

The Works of Cervantes: Other texts <<http://users.ipfw.edu/jehle/wcotexts.htm>>
URL: http://users.ipfw.edu/jehle/CERVANTE/othertexts/Suarez_Figaredo_GuerrasGranada.pdf

GINÉS PÉREZ DE HITA

GUERRAS CIVILES
DE GRANADA

Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO
a partir del de la 'Selección' publicada en el num. 1577
de la *Colección Austral*, Madrid, 1975

ADVERTENCIA

EL texto que ofrecemos lo hubimos de preparar para utilizarlo en nuestras investigaciones respecto a la verdadera autoría del *Quijote* de Avellaneda (véase nuestro *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda*, Barcelona, Edics. Carena, 2004). Como es sabido, entre los posibles candidatos figura Ginés Pérez de Hita, defendido por M. Muñoz Barberán en *La máscara de Tordesillas* (Barcelona, Edics. Marte, 1974).

Nuestro método consiste en buscar en textos del Siglo de Oro los tics en que incurre el autor del *Quijote* apócrifo, así como aquellas construcciones singulares de las que hace uso con cierta frecuencia. Al efecto, de estas *Guerras civiles de Granada* nos bastaba con la *Selección* publicada dentro de la *Colección Austral* (Madrid, 1975, págs. 13-206, con unas 74000 palabras). Corregidos los errores del proceso *ofimático* y algunas erratas que detectamos en el texto, retocada ocasionalmente la puntuación, tras utilizarlo para nuestros objetivos nos ha parecido buena idea ponerlo a disposición de otros que puedan requerirlo con fines similares.

Por cierto, no emplea Pérez de Hita las construcciones más singulares de Avellaneda (las del tipo 'el en que', 'tras esto, 'no menos ... que ...'); en cuanto a los otros tics ('no poco...', 'por tanto,...', 'con todo,...'), los valores obtenidos son *normales* (como en Lope, Quevedo, Espinel, Tirso de Molina...), y la construcción 'con efecto,...' de que gusta Pérez de Hita no se lee en Avellaneda.

E. S. F.
Marzo 2006

INDICE

PARTE PRIMERA

- En que se trata de la fundación de Granada, y los reyes que hubo en ella, con otras muchas cosas tocantes a la historia 8
- En que se declaran los nombres de los nobles caballeros moros de Granada, de los treinta y dos linajes, y otras cosas que pasaron en Granada. Asimismo se nombran todos los lugares que estaban en aquel tiempo debajo de la corona de Granada 16
- Que trata de la batalla que el valiente Muza tuvo con el maestre, y de otras cosas que también pasaron 23
- Que trata de un sarao que se hizo en palacio entre las damas de la Reina y los caballeros de la corte, sobre el cual hubo pesadas palabras entre Muza y Zulema Abencerraje, y de lo que pasó 27
- Cómo se hicieron fiestas en Granada, y por ellas se encendieron más las enemistades de los Zegríes, Abencerrajes, Alabeces y Gomeles, y lo que pasó entre Zaide y Zaida acerca de sus amores 35
- En que se da cuenta de unas fiestas solemnes y juego de sortija que se hicieron en Granada, y cómo se iban encendiendo los bandos de los Zegríes y Abencerrajes ... 60

- En que se da cuenta de una pendencia que los Zegríes
tuvieron con los Abencerrajes, y cómo estuvo Granada a
punto de perderse 68
- En que se da cuenta del cerco de Granada por los Reyes
Católicos, y de la fundación de Santa Fe 107

PARTE SEGUNDA

- En donde se ponen las causas porque se tornó a levantar
Granada y su reino esta última vez, y la orden que se tuvo
entre los moriscos para hacer de secreto un alarde de toda
la gente de guerra del reino, y otras cosas 118
- Que trata de las grandes crueldades que los moros hacían
en las iglesias y en los cristianos, y cómo siendo avisado Su
Majestad, mandó proveer sobre ello, saliendo el marqués
de Mondéjar a las Alpujarras, y lo que más pasó 130
- En que se pone una batalla que el marqués de Vélez tuvo
con los moros de Félix, la más cruda que se dio en las
Alpujarras, con lo que más pasó 138
- En que se pone cómo Abenhumeya viéndose poderoso
pretendió tomar a Motril. Enamórase de la mora Zahara, y
el moro Benalguacil, por celos que tiene desta, trata con
Avenabó, primo del reyecillo, sobre darle la muerte,
urdiendo para el caso una gran traición 156
- El señor don Juan y el duque de Sesa con dos campos
entran en las Alpujarras, y van sobre Güejar, ocurriendo
otras cosas 167

- El señor don Juan puso sitio a Galera. Bravos asaltos que se dieron al pueblo, los cuales escribió el alférez Tomás Pérez de Hevia, vecino de Murcia, que seguía las banderas del señor don Juan y anduvo siempre en el ejército 180
- Desmantelada Galera, el señor don Juan se fue a Baza. Se da razón de las personas de cargos que murieron en Galera, y de los heridos 196
- El señor don Juan llegó a reconocer el castillo fuerte de Serón, y allí le mataron los moros cuatrocientos soldados, entre ellos a su ayo don Luis Quijada. Tócanse otras cosas dignas de memoria sucedidas a la parte del poniente ... 211
- Dícese cómo el señor don Juan puso cerco sobre Tíjola y la ganó a los moros, con otras cosas que pasaron en su conquista 240
- El capitán Habaquí pide paces a Su Alteza; trátase sobre ello y se da fin a la guerra 252

HISTORIA DE LOS BANDOS DE ZEGRÍES Y ABENCERRAJES, CABALLEROS MOROS DE GRANADA

*De las civiles guerras que hubo en ella y batallas
particulares que hubo en la vega entre
moros y cristianos, hasta que el rey
don Fernando el quinto la ganó.*

Ahora nuevamente sacado de un libro arábigo, cuyo autor
de vista fue un moro llamado Aben Hamín, natural de
Granada, tratando desde su fundación. Traducido
en castellano por Ginés Pérez de Hita, vecino
de la ciudad de Murcia.

PARTE PRIMERA

En que se trata de la fundación de Granada, y los reyes que hubo en ella, con otras muchas cosas tocantes a la historia

LA ínclita y famosa ciudad de Granada fue fundada por una muy famosa doncella, hija o sobrina del rey Hispán. Fue su fundación en una bella y espaciosa vega, junto de una sierra llamada Elvira, porque tomó el nombre de la fundadora infanta, la cual se llamaba Liberia, dos leguas de donde ahora está, junto de un lugar que se llamaba Arbuler, que en arábigo se decía Arbulut. Después de pasados algunos años, les pareció a los fundadores della que no estaban allí bien por ciertas causas, y fundaron la ciudad en la parte donde ahora está, junto a Sierra Nevada, en medio de dos hermosos ríos, llamado el uno Genil y el otro Darro, los cuales son de la nieve que se derrite en la sierra. De Darro se coge oro muy fino, de Genil plata; y no es fábula, que yo el autor desta relación lo he visto coger. Fundose aquí esta insigne ciudad encima de tres cerros, como hoy se parece, adonde se fundaron tres castillos: el uno está a la vista de la hermosa vega y el río Genil, la cual vega tiene ocho leguas de largo y cuatro de ancho, y por ella atraviesan otros dos ríos, aunque no muy grandes: el uno se dice Veiro y el otro Monachil. Comiézase la vega desde la falda de la Sierra Nevada, y va hasta la fuente del Pino, y pasa más adelante de un gran soto, que se llama el Soto de Roma, y esta fuerza se

nombra Torres Bermejas. Hízose allí una gran población llamada el Antequeruela. La otra fuerza o castillo está en otro cerro junto a éste, un poco más alto, la cual se llamó la Alhambra, casa muy fuerte, y aquí hicieron los reyes su casa real. La otra fuerza se hizo en otro cerro, no lejos del Alhambra, y llamose Albaicín, donde se hizo gran población. Entre el Albaicín y el Alhambra pasa por lo hondo el río Darro, haciendo una ribera de árboles agradables.

A esta fundación no la llamaron los moradores della Liberia como la otra, sino Granata, respecto a que en una cueva junto a Darro fue hallada una hermosa doncella que se decía Granata, y por eso se llamó la ciudad así; y después de corrompido el vocablo se llamó Granada; otros dicen que por la muchedumbre de las casas y la espesura que había en ellas, que estaban juntas como los granos de la granada, y la nombraron así. Hízose esta ciudad famosa, rica y populosa, hasta el infeliz tiempo en que el rey don Rodrigo perdió a España, lo cual no se declara por no ser a propósito de nuestra historia: sólo diremos cómo después de perdida España hasta las Asturias y confines de Vizcaya, siendo toda ella ocupada de moros traídos por aquellos dos bravos caudillos y generales, el uno llamado el Tarif, y el otro Muza, asimismo quedó la famosa Granada ocupada de moros y llena de gente de África. Mas hállase una cosa: que de todas las naciones moras que vinieron a España, los caballeros mejores y principales, y los más señalados de aquellos que siguieron al general Muza se quedaron en Granada, y la causa fue su hermosura y fertilidad, pareciéndoles bien su gran riqueza, asiento y fundación; aunque el capitán Tarif estuvo muy bien con la ciudad de Córdoba, y su hijo Balagis con Sevilla, de donde fue rey, como dice la crónica del rey don Rodrigo. Mas yo no he hallado que en la ocupación de

Córdoba, de Toledo, Sevilla, Valencia, Murcia, ni otras ciudades poblasen tan nobles ni tan principales caballeros, ni tan buenos linajes de moros como en Granada; para lo cual es menester nombrar algunos destos linajes, y de dónde fueron naturales, aunque no se digan ni declaren todos, por no ser prolijo.

Poblada Granada de las gentes mejores del África, no por eso dejó la insigne ciudad de pasar adelante con sus muy grandes y soberbios edificios, porque siendo gobernada de reyes de valor y muy curiosos que en ella reinaron, se hicieron grandes mezquitas y muy ricas cercas, fuertes muros y torres, porque los cristianos no la tornasen a ganar; y hicieron muy fuertes castillos, y los reedificaron fuera de las murallas, como hoy día parecen. Hicieron el castillo de Bibatambién, fuerte con su cava y puente levadiza. Hicieron las torres de la puerta Elvira, y las del Alcazaba y plaza de Vibalbulut, y famosa torre del Aceituno, que está camino de Guadix, y otras muchas cosas dignas de memoria, como se dirá en nuestro discurso.

Bien pudiera traer aquí los nombres de todos los reyes moros que gobernaron y reinaron en esta insigne ciudad, y los califas, y aun los de toda España; mas por no gastar tiempo, no diré sino de los reyes moros que por su orden la gobernaron y fueron conocidos por reyes della, dejando aparte los califas pasados y señores que hubo, siguiendo a Esteban Garibay y a Camalao.

El primer rey moro que Granada tuvo se llamó Mahomad Alhamar; éste reinó en ella veinte y nueve años y más meses; acabó año de 1262. El segundo rey de Granada se llamó, así como su padre, Mahomad Mir Almuzmelín. Éste labró el castillo del Alhambra, muy rico y fuerte, como hoy se parece; reinó treinta y seis años y murió de 1302. El tercer rey de Granada se llamó

Mahomad Abenhalamar: a éste le quitó el reino un hermano suyo, y le puso en prisión, habiendo reinado siete años; acabó año de 1309. El cuarto rey de Granada fue llamado Mahomad Abenazar: a éste le quitó el reino un sobrino suyo llamado Ismael, año de 1315; reinó seis años. El quinto rey de Granada se llamó Ismael: a éste mataron sus deudos y vasallos, mas fueron degollados los homicidas; reinó nueve años, y acabó año de 1324. El sexto rey de Granada se llamó Mahomad: a éste también le mataron los suyos a traición; reinó diez años, y acabó año de 1334. El sétimo rey de Granada se llamó Iusef Abenhamet: también fue muerto a traición; reinó once años, y acabó año de 1345. El octavo rey de Granada fue llamado Mohamad Lagús: a éste le despojaron del reino después de haber reinado doce años, y acabó año de 1357, por aquella vez que reinó. El noveno rey de Granada se llamó Mahomad Abenhamar, sétimo deste nombre: a éste le mató el rey don Pedro en Sevilla, sin culpa, habiendo ido a pedirle amistad y favor; matole el mismo rey don Pedro por su mano con una lanza, y mandó matar a otros que iban con este rey; habiendo reinado dos años acabó año de 1359. Fue enviada su cabeza en forma de presente a la ciudad de Granada.

Tornó a reinar Mahomad Lagús en Granada, y reinó en las dos veces veinte y nueve años: la primera vez doce, y la segunda diez y siete; acabó año 1376. El décimo rey de Granada se llamó Mahomad Ovadiz, y reinó tres años pacífico, y acabó año de 1379. El undécimo rey de Granada se llamó Iusef, segundo deste nombre, el cual murió con veneno que el rey de Fez le envió puesto en una aljaba o marlota de brocado; reinó tres años, y acabó año de 1382. El duodécimo rey de Granada fue llamado Mahomad Abenámar: reinó once años, acabó año de 1394. Su muerte fue de una camisa que se puso emponzoñada con veneno.

El decimotercio rey de Granada fue llamado Iusef, tercero deste nombre: reinó quince años; murió año de 1409. El decimocuarto rey de Granada fue llamado Mahomad Abenazar el Izquierdo. Habiendo reinado éste cuatro años, le desposeyeron del reino año de 1413. El decimoquinto rey de Granada fue llamado Mahomad el Pequeño; a éste le cortó la cabeza Abenazar el Izquierdo, arriba dicho, porque le tornó a quitar el reino por orden de Mahomad Catraz, caballero Abencerraje: reinó este Mahomad el Pequeño dos años, y acabó año de 1415.

Tornó a reinar Abenazar el Izquierdo, el cual fue otra vez despojado del reino por Iusef Abenalmo, su sobrino: reinó este rey tres años la última vez, y acabó año de 1418. El decimosétimo rey de Granada se llamó Abenozín el Cojo. En tiempo deste sucedió aquella sangrienta batalla de los Alporchones, reinando don Juan el segundo. Y pues nos viene a cuento, trataremos desta batalla antes de pasar adelante con la cuenta de los reyes moros de Granada.

Es a saber que según se halla en las crónicas antiguas, así castellanas como arábicas, este rey Abenozín tenía en su corte mucha y muy honrada caballería de moros, porque en Granada había treinta y dos linajes de caballeros, como eran Gomeles, Mazas, Zegríes, Venegas y Abencerrajes: éstos eran de muy claro linaje; otros Maliques Alabeces, descendientes de los reyes de Fez y Marruecos, caballeros valerosos, de quien los reyes de Granada siempre hicieron mucha cuenta, porque estos Maliques eran alcaides en el reino de Granada, por tener dellos mucha confianza, y así servían en las fronteras y partes de mayor peligro, como eran en Vera, el alcaide Malique Alabez, bravo y valeroso caballero; en Vélez el Blanco estaba un hermano suyo, llamado Mahomad Malique Alabez; en Vélez el Rubio había otro hermano destes alcaides, muy valiente y amigo de los cristianos;

otro Alabez había alcaide de Jimena, y otro en Tirieza, frontera de Lorca, y cercana de Orce y Cuéllar, Benamaviel, Castilleja, y Caniles, y en otros lugares del reino. Estos Maliques Alabeces eran alcaides por ser todos, como hemos dicho, caballeros de estima. Sin éstos había otros caballeros en Granada muy principales, de quien los reyes della hacían grande cuenta, entre los cuales había un caballero llamado Abidbar, del linaje de Gomeles, caballero valeroso y capitán de la gente de guerra; y no hallándose sino en batallas contra cristianos, le dijo un día al Rey:

– Señor, holgaría que tu alteza me diese licencia para entrar en tierra de cristianos, en los campos de Lorca, Murcia y Cartagena: que confianza tengo de venir con ricos despojos y cautivos.

El rey dijo:

– Conocido tengo tu valor, y te otorgo licencia como lo pides; pero temo mal suceso, porque son muy soldados los cristianos desas tierras que quieres correr.

Respondió Abidbar:

– No tema vuestra alteza peligro, que yo llevaré conmigo tal gente y tales alcaides, que sin temor ninguno ose entrar, no digo en el campo de Lorca y Murcia, mas aun hasta Valencia me atreviera a entrar.

– Pues si es tu parecer, sigue tu voluntad, que mi licencia tienes.

Abidbar le besó las manos por ello, y fue a su casa y mandó tocar sus añafles y trompetas de guerra, al cual bélico son se juntó grande copia de gente bien armada para saber de aquel rebato. Abidbar, cuando vio tanta gente junta y tan bien armada, holgó mucho della, y les dijo:

– Sabed, buenos amigos, que hemos de entrar en el reino de Murcia, de donde, placiendo al santo Alá,

vendremos ricos: por tanto, cada cual con ánimo siga mis banderas.

Todos respondieron que eran contentos; y así Abidbar salió de Granada con mucha gente de a caballo y peones; fue a Guadix, y habló al moro Almoradí, alcaide de aquella ciudad, el cual ofreció su compañía con mucha gente de a caballo y de a pie. También vino el alcaide de Almería, llamado Malique Alabez, con mucha gente muy diestra en la guerra. De allí pasaron a Baza, donde estaba por alcaide Benariz, el cual también le ofreció su ayuda. En Baza se juntaron once alcaides de aquellos lugares a la fama desta entrada del campo de Lorca y Murcia, y con aquella gente se fue el capitán Abidbar hasta la ciudad de Vera, donde era alcaide el bravo Alabez Malique, adonde se acabó de juntar todo el ejército de los moros y alcaides que aquí se nombrarán.

El general Abidbar; Abenariz, capitán de Baza; su hermano Abenariz, capitán de la vega de Granada; el Malique Alabez, de Vera; Alabez, alcaide de Vélez el Blanco; Alabez, alcaide de Vélez el Rubio; Alabez, alcaide de Almería; Alabez, alcaide de Cuéllar; otro alcaide de Huéscar; Alabez, alcaide de Orce; Alabez, alcaide de Purchena; Alaben, alcaide de Jimena; Alabez, alcaide de Tirieza; Alabez, alcaide de Caniles.

Todos estos Alabeces Maliques eran parientes, como ya es dicho; se juntaron en Vera, cada uno llevando la gente que pudo. También se juntaron otros tres alcaides, el de Mojácar, el de Sorbas, y el de Lobrín: todos ya juntos, se hizo reseña de la gente que se había juntado, y se hallaron seiscientos de a caballo, aunque otros dicen que fueron ochocientos, y mil y quinientos peones; otros dicen, que dos mil. Finalmente, se juntó grande poder de gente de guerra; y determinadamente a 12 ó 14 de mayo, año de 1435, entraron en los términos de Lorca, y por la marina

llegaron al campo de Cartagena, y lo corrieron todo hasta el rincón de San Ginés, y Pinatar, haciendo grandes daños. Cautivaron mucha gente y ahogaron mucho ganado, y con esta presa se volvían muy ufanos; y en llegando al Puntarón de la sierra de Aguaderas, entraron en consejo sobre si vendrían por la marina, por donde habían ido, o si pasarían por la vega de Lorca. Sobre esto hubo diferencia, y muchos afirmaban que fuesen por la marina por ser más seguro. Otros dijeron que sería grande cobardía si no pasaban por la vega de Lorca a pesar de sus banderas. Deste parecer fue Malique Alabez, y con él todos los alcaides que eran sus parientes. Pues visto por los moros que aquellos valerosos capitanes estaban determinados de pasar por la vega, no contradijeron cosa alguna; y así, las banderas enarboladas y la presa en medio del escuadrón, comenzaron a marchar la vuelta de Lorca arrimados a la sierra de Aguaderas.

Los de Lorca tenían ya noticia de la gente que había entrado en sus tierras. Don Alonso Fajardo, alcaide de Lorca, había escrito lo que pasaba a Diego de Ribera, corregidor de Murcia: que luego viniese con la más gente que pudiese. El corregidor no fue perezoso; que con brevedad salió de Murcia con setenta caballos y quinientos peones, toda gente de valeroso ánimo y esfuerzo; y juntose con la gente de Lorca, donde había doscientos caballos y mil y quinientos peones, gente muy valerosa. También se halló con ellos Alonso de Lisón, caballero del hábito de Santiago, que era a la sazón castellano en el castillo y fuerza de Aledo. Llevó consigo nueve caballos y catorce peones; que del castillo no se pudieron sacar más.

En este tiempo los moros caminaron a gran priesa, y llegando enfrente de Lorca, cautivaron un caballero llamado Quiñonero, que había salido a requerir el campo; y como ya la gente de Lorca y Murcia venían apriesa y los

moros los vieron, se maravillaron viendo junta tanta caballería, y no podían creer que en sólo Lorca hubiese tanta lucida gente.

En que se declaran los nombres de los nobles caballeros moros de Granada, de los treinta y dos linajes, y otras cosas que pasaron en Granada. Asimismo se nombran todos los lugares que estaban en aquel tiempo debajo de la corona de Granada

YA que hemos tratado de algunas de las cosas de la ciudad de Granada y de sus edificios, diremos de los preciados caballeros que en ella vivían, y de las villas, lugares, castillos y ciudades que estaban sujetos a la real corona de Granada; para lo cual comenzaremos por los caballeros, desta manera nombrados por sus nombres: Alradíes, de Marruecos; Alabeces, alarbes; Bencerrajes, ídem; Alfaquíes, de Fez; Gazules, alarbes; Barragis, de Fez; Venegas, de ídem; Zegríes, de ídem; Mazas, de ídem; Gomeles, de Vélez de la Gomera; Abencerrajes, de Marruecos; Albayaldes, de ídem; Abenamares, de ídem; Aliatares, de ídem; Almadenes, de Fez; Audalas, de Marruecos; Hacenes, de Fez; Laugeres, de ídem; Azarques, de ídem; Alarifas, de Vélez de la Gomera; Abenhamines, de Marruecos; Zulemas, de ídem; Sarracinos, de ídem; Mofarix, de Tremecén; Abedhoares, de ídem; Almanzores, de Fez; Abidbares, de ídem; Alhamares, de Marruecos;

Reduanes, de ídem; Aldoradines, de ídem; Alabeces Maliques, de Marruecos, descendientes del Almohabez Malique, rey de Cuco.

Los lugares del reino y vega de Granada son estos: Granada, Cogollos, Alfacar, Colomera, Alhendín, los Padules, Gabia la Grande, Iznalloz, Maracena, Alhabia, Gabia la Chica, la Zubia, Alhama, Arbolote, Moclín, Illora, Loja y Lora, Montefrío, Guadahortuna, la Malá, Pinos, Alcalá la Real, Cardela, Huelma.

Los lugares de Baza son: Baza, Bezalema, Castilleja, Galera, Vélez el Blanco, Tirieza, Zújar, Crastil, Huéscar, Cuéllar, Vélez el Rubio, Freila, Benamanuel, Orce, Cavillas, Jiquena, Tirieza.

Los del río Almanzor son: Serón, Almuñécar, Urraca, Bertanga, Eria, Santoperat, Portilla, Cabrera, Sorbas, Alboteas, Serna, Tíjola, Purchena, Mojar, Abenchez, Zucuyrín, Guercal, Tera, Teresa, Lobrín, Portaloza, Cebro, Bayarque, Vicir, Turre, Cantaria, Ovaria, las Cuevas, Zurgena, Antes, Elvez, Uleya del Campo.

Los lugares de Filabres son: Filabres, Jergal, Vacares, el Voloduy, Sierro.

Los lugares del río de Almería son: Almería, Vicar, Ténix, Guercal, Fénix, Pichona, Alhamalasec, Santa Cruz, Turpe, Rioja, Rágol, Meles, Cucija, Ochovez, Santa Fe, Ilar, Eficion, Marcena, Guenlejas, Almaneata, Abiatar, Lacumbe, Catiyar.

Tabla de Andújar y Oxica: Castillo del Hierro, Velote el Alto, Inoa, Alcundiat, Berja, Veas, la Calahorra, Curiana, Canile-aceytú, Lanjarón, Valor el Chico, Tabernas, Guadix, la Poza, Fiñana, Dalias, Murrall, Cadiar, Potrox, Turón, las Albuñuelas, Guajaras Altas, Guajaras Bajas.

Estos y otros muchos lugares de las Alpujarras, Sierra Bermeja y Ronda, que no hay para qué nombrarlos, estaban debajo de la real corona de Granada. Y pues

hemos tratado de los lugares, será bien tratar de los caballeros moros, Maliques Alabeces, el cual linaje era muy estimado y tenido de los reyes de Granada y de todos; y es de saber, que como Miramamolín el de Marruecos convocase a todos los reyes de África para ir a España, cuando totalmente fue destruida hasta las Asturias, vino un rey llamado Adberiamé, y éste trajo tres mil hombres de pelea: vino otro llamado Muley Abcali, y en su compañía otros veinte y cinco reyes moros, los cuales trajeron grande poder de gente, y entre estos reyes vino uno llamado Mahomad Malique Almohabez, cuyo era el gran reino de Cuco, y traía consigo tres hijos valerosos llamados Maliques Almohabeces, todos los cuales reyes y sus vasallos conquistaron a España. Y en aquella gran batalla en que se perdió el rey don Rodrigo y la flor de los caballeros de España, a manos del infante don Sancho murió el rey Malique Almohabez, y sus tres hijos anduvieron en las guerras, todos los ocho años que duraron, hasta que se apoderaron los moros de casi toda España. Y acabada la guerra el mayor de los hermanos pasó a África, rico de despojos, al reino de su padre, do fue rey, y los hijos deste fueron reyes de Fez y Marruecos, y uno de los reyes de Fez tuvo uno llamado el infante Abomelique, el cual pasó a España en tiempo que los reyes de Castilla tenían guerra con los reyes de Granada.

Fue Abomelique rey de las Algeciras, Ronda y Gibraltar, respecto a que fue ayudado de sus parientes, porque habían quedado en la ciudad de Granada, descendiente de aquellos hijos del valiente rey Almohabez, que como arriba es dicho, uno se volvió a su tierra y reino, y los otros dos se quedaron en Granada, por parecerles la tierra muy amena y agradable; y quedaron muy ricos de los despojos de la guerra de España. Fuéronles dadas grandes partes y haciendas en Granada: sabiendo cuyos

hijos eran, especialmente por el valor de sus personas, que era muy grande, emparentaron con otros claros linajes de la ciudad, que se decían los Almoradines; sirvieron a sus reyes muy bien en todas las ocasiones que se les ofrecieron. Y así éstos y los Abencerrajes eran los más esclarecidos y tenidos linajes, aunque también había otros tan buenos como ellos, como eran los Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Almoradíes, Almohades, Marines y Gazules, y otros muchos. Finalmente, con el favor destes caballeros Maliques Alabeces, que así fueron llamados, el infante Abomelique de Marruecos alcanzó en el reino de Granada a ser rey de Ronda, de las Algeciras y Gibraltar, como está dicho.

Volviendo pues al propósito de nuestra historia, como dice el arábigo rey de Granada Mulahacén, de quien ahora tratamos, se servía de los caballeros más principales de la ciudad, con los cuales tenía su corte próspera y sus tierras pacíficas, y hacía guerra a los cristianos, y era de todos muy temido, hasta que su hijo Aboabdilí fue grande, y entre él y el padre hubo grandes diferencias, y el hijo fue alzado por rey en favor de los caballeros de Granada, que estaban mal con su padre por ver los agravios que dél habían recibido; otros seguían la parte del padre. De aquesta manera andaban las cosas de la ciudad y reino de Granada, y no por eso dejaba de estar en su punto, siendo bien gobernada y regida; y es de saber que de los treinta y dos linajes de caballeros que había en Granada, los que sustentaban la corte eran los que aquí nombraremos, porque hace mucho al caso a nuestra historia, así como lo escribe el moro Abenhamín, historiador de aquellos tiempos, desde la entrada de los moros en España; pero este Abenhamín tuvo cuidado de recoger los papeles y escrituras que trataban de Granada y su fundación primera y segunda; y los caballeros que más se estimaban en

Granada eran los siguientes: Alhumares, Ahencerrojca, Llegas, Abenamares, Almoradíes, Gomeles, Mazas, Gazules, Alabeces, Venegas, Zegríes.

Los caballeros Abencerrajes eran muy estimados, por ser de esclarecido linaje, descendientes de aquel valeroso capitán Abencerraje que vino con Muza en tiempo de la gran derrota de España: éste y de dos hermanos suyos descendieron estos caballeros Abencerrajes de sangre real. Hallaranse los hechos destos insignes caballeros en las crónicas de los reyes de Castilla, a las cuales me remito. Los que tenían mayor amistad con estos caballeros eran los Maliques Alabeces y el valiente Muza, hijo bastardo del rey Mulahacén. Era Muza muy valiente y robusto, y todos le amaban por su nobleza. A la sazón había en Granada muchas fiestas, a causa de haber recibido la corona el rey Chico, aunque contra la voluntad de su padre, el cual vivía en el Alhambra, y el rey Chico en el Albaicín y Alcazaba, visitándole los caballeros más principales, por quien había recibido la corona, así Abencerrajes como Gomeles y Mazas. Pasando estas cosas, el muy valeroso maestre de Calatrava don Rodrigo Téllez Girón, con mucha gente de a caballo y de a pie, entró a correr la vega de Granada, y hizo en ella algunas presas; y no contento con esto, quiso saber si había en Granada algún caballero que con él quisiese escaramucear lanza por lanza; y sabiendo cómo en Granada hacían fiestas por la nueva elección del rey Chico, acordó de enviar un escudero con una letra suya al Rey, el cual estaba en Generalife, holgándose con muchos caballeros, y en llegando el escudero pidió licencia, y dióselo; y siendo en presencia del Rey, hizo el acatamiento debido, y dio el recado de su señor el maestre.

Él lo recibió y lo hizo leer alto que todos lo entendiesen, y decía así:

Poderoso señor: tu alteza goce la nueva corona, que por tu valor se te ha dado, con el próspero fin que deseas. De mi parte he sentido gran contento, aunque diversos en leyes; mas confiado en la grande misericordia de Dios, que al fin tú y los tuyos vendréis al conocimiento de la santa fe de Jesucristo, y querrás amistad con los cristianos. Y pues ahora hay tantas fiestas por tu nueva corona, es justo que los caballeros de tu corte se alegren y reciban placer, probando sus personas con el valor que dellos por el mundo se publica. Y así por este respeto yo y mi gente hemos entrado en la vega, y la hemos corrido; y si acaso alguno de los tuyos quisiere salir al campo a tener escaramuza uno a uno, deles tu alteza licencia para ello, que aquí aguardo en el Fresno gordo, cerca de tu ciudad. Y para esto doy seguro que de los míos no saldrán más de aquellos que salieren de Granada para escaramucear. Cesó besando tus reales manos. El maestre don Rodrigo Téllez Girón.

Leída la carta, el Rey con alegre semblante miró a todos sus caballeros, y vio los andar alborotados y con deseo de salir a la escaramuza, pretendiendo cada uno dellos la empresa; y el Rey, como los vio así andar, mandó que se sosegasen, y preguntó si era justo salir a la escaramuza que el maestre pedía, y todos respondieron que era cosa muy justa salir, porque, haciendo lo contrario, serían reputados por caballeros de poco valor y muy cobardes, y sobre ello hubo muchos pareceres, sobre quién saldría a la escaramuza, o cuántos; y fue acordado que no fuese aquel día más que uno a uno a la escaramuza, que después saldrían más; y sobre quién había de salir hubo muchas y grandes diferencias entre todos, de modo que fue necesario que entrasen en suerte doce caballeros, y que del que saliese primero de una vasija de plata su nombre escrito, que aquel saliese. Así acordado, los que fueron escritos para las suertes fueron los caballeros siguientes: Mahomad Abencerraje, el valiente Muza, Malique Alabez,

Mahomad Maza, Mahomad Almoradí, Albayaldos, Venegas Mahomet, Abenamar, Mahomad Gomel, Almadán, Mahomad Zegrí, el valiente Gazul.

Todos estos caballeros fueron señalados, y escritos sus nombres y echados en una vasija, los revolvieron muy bien, y la Reina sacó la suerte, y leída decía: *Muza*. La alegría que sintió fue grande, y los demás caballeros envidia, porque cada uno dellos se holgara en extremo ser el de la suerte, por probar el valor y esfuerzo del maestro. Y aunque después desto entre todos los caballeros fue conferido y debatido que mejor fuera salir cuatro a cuatro, o seis a seis, no se pudo aceptar con Muza; y así luego se escribió al maestro una carta, y dándosela al escudero en respuesta de la que había traído, le enviaron; y llegando a la presencia del maestro, le dio la carta del rey Chico, que decía así:

Valeroso maestro: muy bien se muestra en tu virtud la nobleza de tu sangre, y no menos que de tu bondad pudiera salir el parabién de mi elección y real corona, lo cual me ha puesto en obligación de acudir a todo lo que a la amistad de un verdadero amigo se debe tener; y así me obligo a todo aquello que de mí y de mi reino hubieres menester. Con muy comedidas razones envías a pedir a mis caballeros escaramuza en la vega, por alegrar mi fiesta, lo cual agradezco grandemente. Entre los principales caballeros desta corte se echaron suertes por quitar diferencias, a causa de que cada uno quisiera verse contigo; cayole la suerte a mi hermano Muza: mañana se verá contigo debajo de tu palabra que de ninguno de los tuyos será ofendido. Conocido tengo que será muy de ver la escaramuza, por ser entre dos tan buenos caballeros. Queda aquí para lo que cumpliere. Audalá, rey de Granada.

Alegre fue el maestre con la respuesta del Rey, y aquella noche se retiró gran trecho la tierra adentro: mandó a su gente que estuviese con cuidado y vigilancia toda la noche, porque los moros no les diesen algún asalto. Venida la mañana se acercó a la ciudad, llevando para su guarda cincuenta caballeros, y dejando el resto gran trecho apartado, avisándoles que estuviesen alistados por si los moros rompían la palabra de seguro que estaba dada: así estuvo aguardando a Muza para hacer con él batalla.

Que trata de la batalla que el valiente Muza tuvo con el maestre, y de otras cosas que también pasaron

A Sí como el mensajero del valeroso maestre partió con la carta atetando el desafío, el Rey y todos los caballeros quedaron tratando dél y de otras cosas. La reina y las damas no holgaron del desafío, porque sabían bien que el valor del maestre era grande, y muy diestro en las armas, y a quien más pesó deste desafío fue a la hermosa y discreta Fátima, del linaje Zegrí, que amaba de secreto mucho a Muza; pero él adoraba a la hermosa Daraja, hija de Mahomet Alabez, y hacía en su servicio señaladas cosas; mas Daraja no amaba a Muza, porque tenía todo su amor puesto en Abenjamar, caballero Abencerraje de mucho valor: el Abencerraje amaba a la hermosa Daraja, y la servía. Volviendo pues a Muza, aquella noche siguiente aderezó todo lo necesario para la batalla que había de hacer, y la Fátima le envió con un paje suyo un rico pendoncillo para la lanza, el medio morado y el otro verde, todo recamado con riquísimas labores de

oro, y sembradas por él muchas F, que declaraban el nombre de Fátima. El paje le dio a Muza diciendo:

– Valeroso señor, Fátima, mi señora, os besa la mano y os suplica pongáis en vuestra lanza este pendoncillo en su servicio, porque será muy contenta si lo lleváis a la batalla.

Muza tomó el pendoncillo, mostrando muy buen semblante, porque era para con las damas cortés, aunque él más quisiera que fuera de Daraja; pero por ser tan discreto como valiente, lo recibió, diciendo al paje:

– Amigo, di a la hermosa Fátima que tengo en muy grande merced y favor el pendoncillo que me envía, aunque en mí no haya méritos para prenda de tan hermosa dama, y que Alá me dé gracia para que la pueda servir, y que la prometo de ponerle en mi lanza, y de entrar con él en la batalla, porque sé que con tal prenda, y enviada de tal mano, será muy cierta la victoria de mi parte.

El paje fue muy contento, y en llegando a Fátima le dijo todo lo que con el valiente Muza había pasado, que no fue poca alegría para Fátima.

Pues el alba no había bien rompido, cuando Muza ya estaba aderezado de todo punto para salir al campo, y dando dello aviso al Rey, se levantó y mandó que tocasen las trompetas y clarines, al son de los cuales se juntaron muchos caballeros, sabiendo ya la ocasión dello. El rey se aderezó aquel día muy galán: llevaba una marlota de tela de oro, tan rica, que no tenía precio, con tantas perlas y piedras de valor, que muy pocos reyes las pudieran tener tales. Mandó el Rey que saliesen doscientos caballeros muy bien alistados, para pelear por la seguridad de su hermano Muza. Aún no eran los rayos del sol bien tendidos, cuando el rey Chico y su caballería salió por la puerta de Biealmazón, llevando a su lado a Muza, y con él los caballeros: iban tan gallardos que era muy de ver. No menos parecer y gallardía llevaban los demás caballeros de

pelea, y parecían tan bien con sus adargas blancas, lanzas y pendoncillos, con tantas divisas y cifras en ellos, que era maravilla. Iba por capitán de la gente de guerra Mahoma Alabez, gallardo y valiente caballero, y muy galán y enamorado de una dama llamada Cobayda. Llevaba este valiente moro un listón morado en su adarga, y en él por divisa una corona de oro, y una letra que decía: *De mi sangre*, dando a entender que venía de aquel valeroso rey Almohabez, que murió a manos del infante don Sancho; y la misma divisa llevaba el gallardo moro en su pendoncillo.

Así salieron estas dos cuadrillas, y anduvieron hasta donde estaba el belicoso maestre con sus cincuenta caballeros aguardando, no menos aderezados que la contraria parte. Luego como llegó el Rey, tocaron sus clarines, y respondieron las trompetas del maestre. Después de haberse mirado los unos a los otros, el valeroso Muza no veía la hora de verse con el maestre, y pidiendo licencia a su hermano el Rey, salió con hermoso donaire y gallardía, mostrando en su aspecto el valor y esfuerzo que tenía. Llevaba el bravo moro su cuerpo bien guarnecido; sobre un jubón de armar, una muy fina cota que llaman jacerina, y encima un peto fuerte, aforrado en terciopelo verde; sobre ella una rica marlota del mismo terciopelo, labrado con oro, y por ellas sembradas muchas *D* de oro, hechas en arábigo. Esta letra llevaba el moro por ser principio del nombre de Daraja, a quien él tanto amaba. El bonete era verde con ramos de oro labrado, y lazadas con las mismas *D*. Llevaba una adarga hecha en Fez, y atravesado por ella un listón verde, y en el medio una cifra; y era una mano de una doncella que apretaba con ella un corazón, del que salían gotas de sangre, con una letra que decía: *Más merece*. Iba tan gallardo el valiente

Muza, que cualquiera que le miraba quedaba aficionado a las galas.

El maestre echó de ver luego que aquél era con quien había de escaramucear, y mandó a todos sus caballeros que ninguno se moviese en su socorro, aunque le viesen puesto en necesidad, y fuese poco a poco hacia donde venía el gallardo Muza. Iba el maestre bien armado, y sobre las armas una ropa de terciopelo azul, recamado de oro, el escudo verde en campo blanco, y en él puesta una cruz roja, la cual señal también llevaba en el pecho. El caballo era bueno, rucio rodado. Llevaba en la lanza un pendoncillo blanco, y en él la cruz roja, y debajo della una letra que decía: *Por ésta y por mi rey*. Parecía tan bien, que en verle daba contento. Y cuando el Rey le vio dijo a los que con él estaban:

—No sin causa este caballero tiene gran fama, porque en su talle y buena disposición muestra el valor de su persona.

Que trata de un sarao que se hizo en
palacio entre las damas de la Reina y los
caballeros de la corte, sobre el cual hubo
pesadas palabras entre Muza y Zulema
Abencerraje, y de lo que pasó

GRANDE fue la reputación que cobró Muza de valiente caballero, pues no quedó del maestro vencido, como lo habían sido otros valientes caballeros, a quien había vencido y muerto por sus manos. Entró Muza en Granada al lado del Rey su hermano, acompañado de todos los caballeros más principales de la ciudad. Entraron por la puerta Elvira, y por las calles donde pasaban, todas las damas le salían a mirar, y otras muchas gentes ocupaban las ventanas, que era cosa de ver. Desta suerte fueron hasta la Alhambra, donde fue Muza curado por un gran maestro, y estuvo casi un mes en sanar; después de sano fue a besar las manos al Rey, el cual tuvo con su vista mucho contento, y asimismo todos los demás caballeros y damas de la corte; y quien más con su vista se alegró fue la hermosa Fátima, porque le amaba mucho, aunque él no la pagaba su amor. La reina le hizo sentar junto a sí, y le preguntó cómo se sentía, y qué le había parecido el esfuerzo del maestro. Muza le respondió:

—Señora, el valor del maestro es en demasía muy grande, y me hizo merced que la batalla no pasase adelante, por excusar el daño notable que estaba de mi parte, que era manifiesto; y juro por Mahoma, que en lo que yo pudiese le tengo de servir.

—Mahoma le confunda —respondió Fátima—, que en tal sobresalto nos puso a todos, y especialmente a mí, que

como vi que de un golpe que os dio os derribó la mitad del bonete con todo el penacho, no me quedó gota de sangre, y faltándome de todo punto el aliento me caí amortecida en el suelo.

Fátima dijo esto, encendiendo todo su rostro en color, de suerte que todos echaron de ver que amaba al gallardo y valiente moro, el cual respondió:

–Mucho me pesa que tan hermosa dama viniese a tal extremo por mi causa.

Y diciendo esto, volvió los ojos a Daraja, mirándola aficionadamente, dándola a entender que la amaba de corazón; pero ella se estuvo con los ojos bajos y sin hacer mudamiento.

Llegada la hora de comer, el Rey se sentó con sus caballeros a la mesa, porque en comiendo había de haber gran fiesta y zambra. Las mesas fueron puestas, y comieron con el Rey los caballeros más principales, y eran cuatro caballeros Bencerrajes, cuatro Almoradíes, dos Alhamares, ocho Gomeles, seis Alabeces, doce Abencerrajes y algunos Almoradines, Abenámar y Muza. Eran estos caballeros de grande estima, y por su valor les daba el Rey su mesa. Asimismo con la Reina comían muy hermosas damas y de buenos linajes, las cuales eran Daraja, Jarifa, Cobayda, Zaida, Sarracina y Alborayda: todas eran de la flor de Granada. También estaba la hermosa Galiana, hija del alcaide de Almería, que había venido a las fiestas, y era parienta de la Reina. Andaba enamorado de la hermosa Galiana el valiente Abenámar, y por ella había hecho muchos juegos y escaramuzas, y por él se dijo este romance

En las guerras de Almería
estaba el moro Abenámar,
frontero de los palacios

de la mora Galiana.
Por arrimo un albornoz,
y por alfombra su adarga;
la lanza llana en el suelo,
que es mucho allanar su lanza.
En el arzón puesto el freno,
y con las cuerdas trabada
la yegua entre dos linderos,
porque no se pierda, y paza.

Este romance lo dicen de otra manera, diciendo: *Galiana está en Toledo*, y es falso, porque la Galiana de Toledo fue mucho tiempo antes que los Abenamares, especialmente deste de quien ahora tratamos, y el otro de la pregunta del rey don Juan, pues en tiempo de aquéstos era Toledo de cristianos, y así queda la verdad clara. La Galiana de Toledo fue en tiempo de Carlos Martel, y fue robada de Toledo y llevada a Marsella por Carlos. Esta Galiana, de quien ahora tratamos, era de Almería, y por ella se dice el romance y no por la otra; y este Abenámar era nieto del otro Abenámar.

Volviendo pues a nuestro caso, el Rey con sus caballeros y la Reina con todas sus damas comían con gran contento al son de muchas y diversas músicas, así de ministriles como dulzainas, arpas y laúdes que en la real sala había. Hablando el Rey y los caballeros sobre algunas cosas, en especial de la batalla del maestro y de Muza, y del gran valor del maestro y de su cortesía, que era muy grande, de lo cual le pesaba al moro Albayaldos, que sentía mucho el no haberse acabado la escaramuza, porque le parecía que no era tanto el valor del maestro como la fama publicaba, y que si peleara en lugar de Muza había de alcanzar victoria del maestro; por lo cual propuso en sí, que la primera vez que entrase en la vega le había de pedir

campo, por ver si lo que se decía era así. Las damas también trataban de la escaramuza pasada, y del grande esfuerzo del valiente Muza, y de su donaire. Abenhamet no quitaba los ojos de Daraja, a quien amaba en extremo, y no era mal correspondido en su fe, porque ella le adoraba, por tener partes para ser querido, y porque en extremo era galán y valiente, temido y muy estimado, y alguacil mayor en Granada; que este cargo y oficio no se daba sino a persona de mucha estima, y nunca salía este oficio de los caballeros Abencerrajes, como se verá en los compendios de Esteban Garibay, y Camalao, cronista de los reyes cristianos de Castilla. Pues si Albayaldos estaba con deseo de probar el valor del maestre de Calatrava, no menos lo tenía su primo Aliatar, que se preciaba de valiente, y holgara ver si era así lo que se decía del maestre. El valiente Muza ya no trataba desto, sino de tener por amigo al maestre, y más se entretenía en mirar a Daraja que en las otras cosas, y tanto se embebecía en mirarla, que muchas veces se olvidaba de comer. El rey su hermano advirtió en ello, y coligió que amaba Muza a Daraja, y pesole grandemente, porque también él la amaba de secreto, y muchas veces le había descubierto su corazón, aunque no daba ella atento oído a sus querellas ni palabras, ni hacía caudal de lo que decía el Rey. También Mahomad Zegrí miraba a Daraja: éste era caballero de mucha calidad, y sabía que Muza la servía, pero no por eso desistía de su propósito, de lo cual no se le daba a Daraja nada, por tener puestos los ojos en Abenhamet, caballero Abencerraje, gallardo y estimado.

La reina trataba con sus damas cosas de los caballeros y sus bizarrías, y entre todos, los Abencerrajes y Alabeces, los cuales linajes eran deudos. Estando la Reina hablando con sus damas, habiendo acabado de comer el Rey y los demás caballeros, y habiéndose comenzado algunas

danzas entre damas y caballeros, llegó un paje de parte de Muza, e hincando las rodillas en el suelo, le dio a Daraja un ramo de flores y rosas, diciendo:

– Hermosa Daraja, mi señor Muza os besa las manos, y os suplica recibáis este ramillete que él mismo hizo y compuso por su mano, para que os sirváis de tenerlo en la vuestra, y que no miréis el poco valor del ramillete, sino la voluntad del que os lo envía, que entre estas flores viene estampado su corazón para que lo toméis en vuestras manos.

Daraja miró a la Reina, y se puso muy colorada, sin saber si lo tomaría o no; y visto que la Reina la miró y no le dijo cosa alguna, tomó el ramillete, por no ser demasadamente descortés ni ingrata a Muza, por ser buen caballero y hermano del Rey, considerando que por tomar el ramo no era ofendida su honestidad, ni su querido Abencerraje, el cual vio bien cómo lo tomó, diciéndole al paje, que ella le agradecía mucho el presente. Quien mirara a Fátima entendiera bien lo mucho que le pesó, porque nunca él la había enviado ramillete; pero procuró disimular, y llegándose a Daraja, la dijo:

– No podéis negar que Muza es vuestro amante, pues en presencia de todos os ha enviado este ramillete, y pues vos lo recibisteis, es argumento que le queréis bien.

Casi afrentada Daraja de aquello, la respondió:

– Amiga Fátima, no os maravilléis si recibí el ramo, que no lo tomé con mi voluntad, sino por no dar nota de ingrata en presencia de todos los caballeros y damas de la sala, que si no pareciera mal, lo hiciera mil pedazos.

Con esto dejaron de hablar sobre aquel caso, porque mandó el Rey que danzasen las damas y caballeros, lo cual fue hecho, y Abenámar danzó con Galiana; Malique Alabez con su dama Cobayda, y muy bien, por ser extremada en todo; Abindarraez danzó con la hermosa

Jarifa y Venegas con la bella Fátima; Almoradí, un bizarro caballero pariente del Rey, danzó con Alborayda; un caballero Zegrí danzó con la hermosa Sarracina; Algamún Abencerraje con la linda Daraja, y en acabando de danzar al tiempo que el caballero Abencerraje le hizo una cortesía, ella haciéndole reverencia le dio el ramillete, y él lo recibió con mucha alegría, y lo estimó en mucho, por ser de su mano.

El valiente Muza, que había estado mirando la danza, y no quitaba los ojos un momento de su señora Daraja, visto que le había dado el ramillete que le había enviado a su dama, ciego de enojo y pasión que recibió por ello, sin tener respeto al Rey ni a los demás caballeros que en la real sala estaban, se fue al Abencerraje con una vista tan horrible, que parecía echar fuego por los ojos, y con voz soberbia le dijo al Abencerraje:

–Di, vil y bajo villano, descendiente de cristianos, mal nacido, sabiendo que a queste ramo fue hecho por mi mano, y que se lo envié a Daraja, lo osaste recibir, sin considerar que era mío; si no fuera por lo que debo al Rey, por estar en su presencia, ya hubiera castigado tu loco atrevimiento.

Visto por el bravo Abencerraje el mal proceder de Muza, y el poco respeto que tuvo a su antigua amistad, no menos encolerizado que él, le respondió diciendo:

–Cualquiera que dijere que soy villano y mal nacido miente mil veces; que yo soy muy buen caballero e hijodalgo, y después del Rey mi señor, no es ninguno tal como yo.

Diciendo esto, los caballeros pusieron mano a las armas para herirse, lo cual hicieran si el Rey no se pusiera en medio, y todos los caballeros. Y muy enojado el Rey contra Muza por haber sido el promovedor de la causa, le dijo palabras muy sentidas, y por haber tenido tanto

atrevimiento en su presencia, mandó saliese desterrado de la corte. Muza dijo que se iría, y que algún día en escaramuzas de cristianos le echaría menos, y diría *¿Dónde está Muza?* Diciendo esto volvió las espaldas para salir de palacio; mas todos los caballeros y damas le detuvieron, y suplicaron al Rey que se quitase el enojo y alzase el destierro a Muza; y tanto se lo rogaron los caballeros, la Reina y las damas, que le perdonó e hicieron amigos a Muza y al Abencerraje, y le pesó a Muza de lo hecho, porque era amigo de los Abencerrajes.

Pasada esta cuestión se movió otra peor, y fue que un caballero Zegrí, que era la cabeza dellos, le dijo a Abenhamet Abencerraje:

—El rey mi señor echó culpa a su hermano Muza, y no reparó en una razón que dijisteis, que después del Rey no había caballeros tales como vos, sabiendo que en palacio los hay tales y tan buenos como vos, y no es de buenos caballeros adelantarse tanto, y si no fuera por alborotar el real palacio, os digo que os había de costar bien caro lo que hablasteis en presencia de tantos caballeros.

Malique Alabez, que era muy cercano deudo de los Abencerrajes, como valiente y osado, se levantó y respondió al Zegrí muy valerosamente, diciendo:

—Más me maravillo de ti en sentirte tú solo, adonde hay tantos y tan preciados caballeros, y no había ahora para qué tornar a remover nuevos escándalos y alborotos; porque lo que Abenhamet dijo fue muy bien dicho, porque los caballeros de Granada son bien conocidos quién son y de dónde vinieron, y no penséis vosotros los Zegríes que porque sois de los reyes de Córdoba descendientes, que sois mejores ni tales como los Abencerrajes, que son descendiente de los reyes de Marruecos y de Fez, y de aquel gran Miramamolín. Pues los Almoradíes, ya sabéis que son de aquesta real casa de Granada, también de linaje

de los reyes de África. De nosotros los Maliques Alabeces, ya sabéis que somos descendientes del rey Almohabez, señor de aquel famoso reino de Cuco, y deudos de los famosos Malucos; pues donde están todos éstos y habían callado, ¿por qué tú quieres renovar nuevos pleitos y pasiones? Pues sabe que es verdad lo que te digo, que después del Rey nuestro señor, no hay ningunos caballeros que sean tales como los Abencerrajes, y quien dijere lo contrario miente, y no le tengo por hidalgo.

Como los Zegrías, Gomeles y Mazas, que eran deudos, oyeron lo que Alabez decía, encendidos en saña se levantaron para darle la muerte. Los Alabeces, Abencerrajes y Almoradíes, que era otro bando, viendo su determinación, se levantaron para resistirle y ofenderlos.

El rey, que tan alborotado vio el palacio y el peligro de perderse toda Granada, y así también todo el reino, se levantó dando voces, diciendo:

—¡Pena de traidor cualquiera que más se moviere y sacare armas!

Y diciendo esto, asió a Alabez y al Zegrí, y llamó la gente de la guarda, y los mandó llevar presos. Los demás caballeros se estuvieron quietos por no incurrir en la pena de traidores. Alabez fue preso en el Alhambra, y el Zegrí en Torres Bermejas, y puestas guardas los tuvieron a buen recado. Los caballeros de Granada procuraron hacer las amistades, y al fin se hicieron interviniendo en ellas el Rey, y fuera mejor que no se hicieran, como se dirá adelante.

Cómo se hicieron fiestas en Granada, y
por ellas se encendieron más las
enemistades de los Zegríes, Abencerrajes,
Alabeces y Gomeles, y lo que pasó entre
Zaide y Zaida acerca de sus amores

ANTES de pasar adelante con la fiesta concertada, diremos del valeroso Zaide y de la bella Zaida, a quien él tanto estimaba, y era tan público en Granada, que ya no se trataba sino de sus finos amores. Sabiendo esto sus padres della, determinaron de casarla con otro y dar fama dello, porque Zaide se apartase de aquel propósito y perdiese la esperanza de sus amores, y cesase en pasearle su calle y puerta, porque no fuese el honor de Zaida tan rompido. Y con este intento pusieron mucho recato en su hija, no dejándola poner a las ventanas, porque no hablase con Zaide; pero poco aprovecharon sus prevenciones, porque no por eso dejaba Zaide de pasear la calle ni ella le dejaba de amar con más fervor que de antes. Y como se publicaba el casamiento de Zaida por toda la ciudad, y que sus padres la casaban con un moro de Ronda, poderoso y rico, el bravo Zaide no podía sosegar de noche ni de día, ocupado en varias imaginaciones, procurando estorbar el casamiento con darle muerte al desposado. Y no cesando un momento de pasear la calle de su dama, por ver si la podía hablar para saber della su voluntad, porque espantaba el gallardo moro de que su Zaida consintiese en el casamiento, a causa de la fe y palabra que entre los dos se habían dado, la aguardaba por ver si salía a un balcón, como solía hacer.

La bella Zaida no estaba con menos pena y cuidado que su galán, deseosa de hablarle, y darle cuenta de lo que sus padres tenían tratado; y así salió al balcón, y vio al valeroso Zaide que se andaba paseando solo, con un semblante triste y melancólico; y alzando los ojos al balcón, y viendo a la hermosa Zaida tan gallarda y bizarra, se le quitó luego todo su mal, y llegándose al balcón temeroso habló a su mora desta manera:

— Dime, bella Zaida, ¿es verdad esto que se dice, que tu padre te casa? Si es verdad, dímelo, no me lo encubras, ni me traigas suspenso; porque si es verdad, vive Alá que tengo de matar al moro que te pretende, para que no goce de mi gloria.

La hermosa Zaida le respondió (los ojos muy llenos de lágrimas):

— Así me parece, Zaide, que mi padre me casa: consuélate, y busca otra mora a quien servir, que por tu gran valor no te faltará; ya es tiempo que nuestros amores tengan fin: el cielo sabe las pesadumbres que por tu causa he tenido con mi padre.

— ¡Oh cruel! — respondió el moro—. ¿Es pues ésa la palabra que me tienes dada de ser mía hasta la muerte?

— Vete, Zaide — dijo la mora —, porque viene mi madre buscándome; y así ten paciencia.

Diciendo esto, se quitó del balcón llorando, quedando el valeroso moro confuso, sin saber lo que determinar para alivio de su pena; y determinando de no dejar su pretensión, sin perder la escaramuza de su pensamiento, desocupó el puesto, dejando allí el alma.

Por esto que le pasó a Zaide con su mora, se dijo este romance:

Por la calle de su dama
paseándose anda Zaide,

aguardando que sea hora
que se asome para hablarle.
Desesperado anda el moro
en ver que tanto se tarde;
que piensa con sólo verla
aplacar el fuego en que arde.
Viola salir a un balcón
más bella que cuando sale
la luna en la oscura noche
y el sol en sus tempestades.
Llegose Zaide, diciendo:
– Bella mora, Alá te guarde,
si es mentira lo que dicen
tus criados a mis pajes.
Dicen que dejarme quieres,
porque pretendes casarte
con un moro que ha venido
de las tierras de tu padre.
Si eso es verdad, Zaida bella,
declárate, no me engañes;
no quieras tener secreto
lo que tan claro se sabe.
Humilde responde al moro:
– Mi bien, ya es tiempo se acabe
vuestra amistad y la mía,
pues que ya todos lo saben.
Que perderé el ser quien soy
si el negocio va adelante:
Alá sabe si me pesa,
y lo que siento dejarte.
Bien sabes que te he querido
a pesar de mi linaje,
y sabes las pesadumbres
que he tenido con mi madre

sobre aguardarte de noche,
como vienes siempre tarde;
y por quitar ocasiones,
dicen que quieren casarme.
No te faltará otra dama
hermosa y de galán talle,
que te quiera y tú la quieras,
porque lo mereces, Zaide.
Humilde responde el moro,
cargado de mil pesares:
– No entendí yo, Zaida bella,
que conmigo tal usases:
No entendí que tal hicieras,
que así mis prendas trocases
con un moro feo y torpe,
indigno de un bien tan grande.
Tú eres la que dijiste
en el balcón la otra tarde:
‘Tuya soy, tuya seré,
y tuya es mi vida, Zaide’.

Aunque la bella Zaida pasó con su Zaide todo lo que habéis oído, no por eso le dejaba de amar en su corazón, y el gallardo Zaide asimismo la amaba. Aunque la dama le despidió, muchas veces se hablaban, no con tanta libertad, porque sus padres no lo sintiesen; y le hacía todos los favores que solía, aunque el moro, por evitar escándalo, no continuaba en pasear la calle de su dama; mas no era tan en secreto que no fuese sentido del moro Tarfe, amigo de Zaide, el cual tenía una envidia mortal en su alma, porque amaba de secreto a Zaida; y considerando que jamás Zaide dejaría de amar a la bella Zaida, acordó de revolverlos poniendo cizalla entre los dos, aunque esto le costó la vida; porque así acaece a los que no son leales con sus amigos,

Pues volviendo al caso de las fiestas atrás referidas, trataremos primero de un romance que compuso un poeta en respuesta del pasado, y después diremos lo que en las fiestas pasó. Dice así el romance:

Bella Zaida de mis ojos,
y del alma bella Zaida,
de las moras la más bella,
y más que todas ingrata:
De cuyos rubios cabellos
enreda amor mil lazadas,
en que ciegas de tu vista
se rinden mil libres almas:
¿Qué gusto, fiera, recibes
de ser tan mudable y varia,
y con saber que te adoro,
tratarme como me tratas;
y no contenta de aquesto
de quitarme la esperanza,
porque de todo la pierda
de ver mi suerte trocada?
¡Ay cuán mal, fiera enemiga,
las veras de amor me pagas,
pues en cambio dél me ofreces
ingratitude y mudanza!
¡Cuán presto le diste al viento
tus promesas y palabras!
Pero bastaba ser tuyas,
para que tuviesen alas.
Acuérdate, Zaida hermosa,
si aun aquesto no te enfada,
del gusto que recibías
cuando rondaba tu casa.
Si de día, luego al punto

salías a las ventanas;
si de noche, en el balcón
o en las rejas te hallaba.
Si tardaba o no venía,
mostrabas celosa rabia;
Mas ahora ¿en qué te ofendo,
que acorte el pasar me mandas?
Mándasme que no te vea,
ni escriba billete o carta,
que un tiempo tu gusto fueron,
mas ya tu disgusto causan.
¡Ay, Zaida, que tus favores,
tu amor, tus palabras blandas
por falsas se han descubierto,
y descubres que eres falsa!
Eres mujer, finalmente,
a ser mudable inclinada,
que adoras a quien te olvida
y a quien te adora desamas.
Mas, Zaida, aunque me aborreces
por no parecerte en nada,
cuando de hielo tú fueras
más sustentaras mi llama.
Pagaré tu desamor
con mil amorosas ansias,
que el amor fundado en veras
tarde se rinde a mudanzas.

Por ser aqueste romance bueno, y aludir mucho al pasado, se puso aquí, y por adorno de nuestra obra. Pues tomando a nuestro moro Zaide, valeroso y gallardo Abencerraje, quedó tan apasionado por lo que la bella Zaida le dijo, que le puso en extremo su pensamiento en si era verdad que los padres de Zaida la querían casar. Con

este cuidado andaba el gallardo moro muy pensativo, y por consolarse paseaba la calle de su dama; pero ella no salía a las ventanas como otras veces solía, si no era muy de tarde en tarde. Aunque la bella y hermosa mora le amaba tiernamente, no lo manifestaba por no dar enojo a sus padres, y por esto no osaba hablar con su querido y amante moro; lo cual él sentía mucho, y lo mostraba hasta en los trajes y vestidos, porque conforme a la pasión que sentía, así traía el vestido, y por él juzgaban los caballeros y damas de Granada los efectos de su causa y de sus amores. Pues con estas congojas y pesadumbres andaba el valeroso Zaide tan imaginativo, sin poderlas apartar de su pensamiento, que le vinieron a poner en grande extremo y flaqueza, y estuvo muy mal dispuesto; y por consolarse, lleno de amorosas ansias, una noche muy oscura, buena a su propósito, bien aderezada la persona, y solo con un laúd, se fue a la calle de su adorada mora a media noche, y comenzando a tocar el instrumento con mucho pesar, cantó en arábigo esta sentida canción:

Lágrimas que no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré a la mar,
pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
mis lágrimas sentimiento,
tanto, que de su tormento
dieron unas y otras señas;
y pues ellas no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré a la mar,
pues que de la mar salieron.

No sin falta de lágrimas decía esta canción el enamorado Zaide al son de su sonoro laúd, acompañado de muy ardientes suspiros que le salían del alma, con que acrecentaba más las ansias de su pasión. Y así como el enamorado moro sentía pasión en su alma, como lo mostraba, no la tenía menor la bella Zaida, la cual luego que sintió el laúd, y que quien le tocaba era su querido Zaide, porque en eso le conocía, se levantó muy quedito y se fue a un balcón bajo, donde oía la canción y los suspiros que daba su amante, y enternecida le acompañaba en su mismo sentimiento con tristes lágrimas, trayendo a la memoria la sentencia de la canción, y por la causa que el moro la decía: la cual era de saber, que la primera vez que Zaide vio a su hermosa Zaida, fue en Almería un día de San Juan, siendo capitán de una fusta, con la cual hacía el moro grandes entradas, y muy grandes robos por la mar, y acaso llegó Zaide con su bajel a la playa de Almería a la sazón que la bella Zaida estaba en ella holgándose con sus padres y parientes. Traía el moro gallardo en su navío ricos despojos de cristianos, y con muchas flámulas, gallardetes y banderas tendidas, las cuales adornaban y hermo세aban el navío, y fue causa que su padre de Zaida y ella entrasen a ver el navío y al capitán dél, el cual fue dellos conocido. El valeroso y gallardo Zaide los recibió con muy grande alegría y aplauso, poniendo los ojos en la bella Zaida, a la cual presentó muchas y muy riquísimas joyas, con las cuales descubrió su deseo y amor, y quedó amartelado della, y ella asimismo se enamoró del bizarro moro. Finalmente, se trató entre ellos que se fuese Zaide a Granada, y se tuviesen mucha fe y amor. Él aceptó el partido, y determinó dejar la mar e irse a Granada, dejando su navío a un deudo suyo. Y estando en Granada el gallardo Zaide sirvió a su dama hasta aquel punto; y visto el proceder de los padres de su querida mora, y el

gran disfavor que ella le había dado, lleno de amorosas llamas, le cantó la canción dicha, trayendo a la memoria sus primeras vistas.

Así como la bella mora consideró la pena que su amante mostraba en sus acentos, hizo el sentimiento que él, y llegose al balcón enternecida, y llamole quedo por causa de sus padres. No se tardó el bizarro moro en su ida, y llegándose cuanto pudo al balcón muy gozoso, le dijo su dama:

— ¿Cómo, Zaide, todavía perseveras? ¿No sabes que me infamas? Advierte la nota que das; considera que mis padres me tienen puesta en vida estrecha sólo por tu causa. Vete antes que seas sentido dellos, porque han jurado que si no hay enmienda, que me han de enviar a Coín a casa de mi tío; no des lugar a esto, porque será mi vida acabada. Y no imagines que te he olvidado, que tan en mi alma te tengo como antes. Pasen estos nublados, que Alá nos enviará bonanza.

Y llorando se apartó de su amante dejando a su amado moro en tinieblas faltándole su luz; el cual confuso se apartó de aqueste puesto, no sabiendo el fin que había de tener su amado deseo.

Pues volviendo al pasado sarao y a las prometidas y concertadas fiestas, las cuales fuera mejor que no se concertaran ni hicieran, por las revoluciones y pesadumbres que en ellas hubo, y duraron por mucho tiempo después como más largamente adelante diremos; en este sarao y fiesta se halló el gallardo y valiente Zaide, caballero Abencerraje, el cual amaba a su bella Zaida, y ella a él, y era con tanto extremo el amor que se tenían, que no excedía un punto de su gusto el uno del otro; y entreteníanse ambos sin gozarse, con sólo verse y hablarse, hasta que llegase el venturoso día de su deseado casamiento. Un día la bella mora hizo una linda trenza de

sus hermosos cabellos, pues eran más que hebras de oro de Arabia, y con sus manos se la puso en el turbante a su querido Zaide; el cual quedó muy ufano, contento y gozoso con el nuevo bien y favor. Audalá Tarfe, su amigo, le pidió le dijese la causa de su demasiado contento; y como quiera que no se gozan tanto los bienes y contentos que no se comunican, fiado en su grande amistad y debajo de secreto, le declaró la causa y enseñó la prenda estimada que su dama Zaida le había dado. El moro Tarfe, lleno de envidia y mortal rabia, viendo cuán favorecido y estimado estaba con Zaida, determinó de revelar el secreto a la hermosa mora, y buscando ocasión para hablarla un día, la dijo:

—¿Eres tú, señora, la que tanto amas a Zaide? ¿La doncella tan estimada, querida y tenida de todos en Granada y fuera della? Pues tu honra anda muy caída: que no ha mucho que en una conversación, tratando de los galanes favorecidos de sus damas, se quitó el turbante y nos enseñó a todos una trenza de cabellos, y dijo ser tuyos, tejida y puesta allí por tu mano: ¡mira si son señas bien conocidas!

Creyole ser así, y como propiamente la mujer es mudable, todo su amor se volvió en rencor y odio, y le dio gran tristeza y pena, considerando cómo andaba su honor; y luego le envió a llamar, y una criada le dijo que había poco que él había preguntado qué colores le agradaban y quién la visitaba. Venido Zaide muy alegre, ella encendida en cólera le dijo:

—Ruégote que por mi calle ni casa no pases, ni hables con nadie de mi casa, porque está mi honra muy abatida por tu causa; la trenza que te di enseñaste a Tarfe, y a otros; y así no hay que confiar en ti cosa alguna, y no esperes de hablarme jamás.

Y diciendo esto, se entró llorando en un aposento, sin bastar las disculpas del enamorado moro, que la decía que mentían cuantos lo habían dicho. En vista de que no aprovechaban sus palabras, juró de matar al moro Tarfe, y por esto se hizo este romance:

Mira, Zaide, que te aviso,
que no pases por mi calle,
ni hables con mis criadas,
ni con mis cautivos trates.
No preguntes en qué entiendo,
ni quién viene a visitarme,
ni qué fiestas me dan gusto,
ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen,
corrida de haber mirado
moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
que hiendes, rajas y partes,
y que has muerto más cristianos
que tienes gotas de sangre;
que eres gallardo jinete,
que danzas, cantas y tañes,
gentil hombre, bien criado
cuanto puede imaginarse;
blanco y rubio por extremo,
esclarecido en linaje,
el gallo de las bravatas,
la gala de los donaires;
que pierdo mucho en perderte,
que gano mucho en ganarte,
y que si nacieras mudo,
fuera posible adorarte.

Y por este inconveniente
determino de dejarte,
que eres pródigo de lengua,
y amargan tus libertades.
Habrá menester ponerte
quien quisiere sustentarte,
un alcázar en el pecho,
y en los labios un alcaide.
Mucho pueden con las damas
los galanes de tus partes,
porque los quieren briosos,
que hiendan, y que desgarran.
Y con esto, Zaide amigo,
si algún banquete las haces,
del plato de tus favores
quieres que coman y callen.
Costoso fue el que me hiciste;
venturoso fueras, Zaide,
si conservarme supieras,
como supiste obligarme.
Pero no saliste apenas
de los jardines de Tarfe,
cuando hiciste de la tuya
y de mi desdicha alarde.
A un morillo mal nacido,
me dijeron que enseñaste
la trenza de mis cabellos
que te puse en el turbante.
No pido que me la des,
ni que tampoco la guardes,
mas quiero que entiendas, moro,
que en mi desgracia la traes.
También me certificaron
cómo le desafiaste

por las verdades que dijo,
que nunca fueran verdades.
De mala gana me río,
¡qué donoso disparate!
No guardas tú tu secreto,
¿y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
otra vez vuelvo a avisarte,
ésta será la postrera
que me veas y te hable.
Dijo la discreta mora
al altivo Abencerraje,
y al despedirse replica:
Quien tal hace, que tal pague.

Este romance se hizo por lo que atrás dejamos dicho, y viene a propósito a la historia. Y volviendo a ella quedó Zaide tan desesperado viendo el cruel desdén de su dama y siendo mentira todo aquello que le increpaba, que saliendo de allí, casi perdió el juicio, y en cólera ardiente fue a buscar a Tarfe para matarle, y le halló en la plaza de Vivarambla, dando orden de algunas cosas para las venideras fiestas. Llamole aparte, y díjole:

—¿Por qué me has revuelto con mi señora Zaida, no guardando la ley de mi amistad?

Tarfe le respondió:

—Yo no te he revuelto con tu dama, y estoy inocente de lo que dices, y de mí no debes presumir tal.

Zaide se afirmaba en lo dicho; Tarfe lo negaba, y se dijeron palabras muy ofensivas. Cesaron las lenguas, y echando mano a sus alfanjes, pelearon muy bien, y Zaide dio a Tarfe una herida mortal, de la cual murió dentro de tres días. Los Zegríes quisieron matar a Zaide, por ser amigos de Tarfe; acudieron los Abencerrajes presto, y si no

viniera el Rey, aquel día se perdiera Granada, porque Muzas, Gomeles, Zegríes y los de su bando se armaron para herir a los Abencerrajes, Gazules, Venegas y Alabeces; mas el rey Chico acompañado de muy principales caballeros de otros linajes, hicieron tanto que los apaciguaron, y a Zaide le llevaron preso a la Alhambra.

Hecha la averiguación del caso, se halló que Tarfe era culpado; y porque el honor de la bella Zaida no fuese manchado, hizo el Rey que Zaide se casase con ella, y le perdonó la muerte de Tarfe. Por esto quedaron los Zegríes enojados; pero no por eso cesaron las fiestas concertadas, porque el Rey mandó que se hiciesen. No faltando quien a Zaida respondiera a su mandato desta suerte:

Di, Zaida, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que mire y que calle?
No des crédito a mujeres,
ni a mal fundadas verdades.
Que si pregunto en qué entiendes
o quién viene a visitarte,
fiestas son de mi contento
las colores que te salen.
Si dices son por mi causa,
consuélate con mis males,
que mil veces con mis ojos
tengo regadas tus calles.
Si dices que estás corrida,
de que Zaide poco sabe,
no supe poco, pues supe
conocerte y adorarte.
Conoces que soy valiente,
y tengo otras muchas partes;
no las tengo, pues no puedo
de una mentira vengarme.

Mas si ha querido mi suerte
que ya en quererme te canses,
no pongas inconvenientes
más de que quieres dejarme.
No entendí que eras mujer
a quien novedad aplace;
mas son tales mis descuidos,
que aun en lo imposible hacen.
Yo soy quien pierdo en perderte
y gano mucho en amarte;
y aunque hables en mi ofensa,
no dejaré de adorarte.
Dices que si fuera mudo
fuera posible adorarme;
si en mi daño no lo he sido,
enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, matarme?
Que no te hable me mandas,
para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
de tormentos inmortales,
mi boca la del silencio,
que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
es de hombres principales;
mas el hacer disfavores
sólo pertenece a infames.
Zaida cruel, hasme dicho
que no supe conservarte;
mejor supe yo quererte
que tú supiste obligarme.
Mienten los moros y moras,
y miente el villano Tarfe,

que si yo le amenazara,
bastara para matarle.
Ese perro mal nacido,
a quien yo mostré el turbante,
no le fío yo secretos,
que en bajo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida,
y he de escribir con su sangre
lo que tú, Zaida, replicas:
Quien tal hace, que tal pague.

Esta es la historia del valeroso moro Zaide Abencerraje, por la cual se han hecho dos romances, a mi parecer buenos, donde nos dan a entender cómo no es bueno revolver a nadie, porque dello no se espera sino el galardón de Tarfe, que murió a manos de su buen amigo Zaide. Y si acaso es mentira que Tarfe no lo había dicho, tomaremos ejemplo en la liviandad de Zaida, que por creerse de ligero fue causa de la muerte de Tarfe.

Finalmente, por esto y por las palabras que el Malique Alabez había hablado en el sarao, y Zulema Abencerraje, todos los Zegríes, Gomeles, Mazas y los de su bando quedaron muy enojados y con malos propósitos y deseos de vengarse del agravio recibido en presencia del Rey y de los caballeros y las damas; pues estaba en el sarao y en aquella fiesta toda la flor y nobleza de Granada, y aun del reino todo; porque fue mucha desenvoltura la de Malique Alabez, y se alargó mucho el Abencerraje también; mas como se habían hecho las amistades, no trataban dello ni lo daban a entender; pero el rencor estaba arraigado en sus corazones, y por no mostrar el odio mortal en que ardían, se comunicaban con los Abencerrajes y Alabeces, disimulando en todo lo que podían, puesto que eficaz y

grande deseo tenían de vengarse todos los del linaje Zegrí, como pareció después.

Estando un día todos los Zegríes en el castillo de Bibatambién, morada de Mahomad Zegrí, cabo y cabeza de los Zegríes, tratando de las cosas pasadas, trayendo a la memoria las palabras de Alabez, y de las fiestas que esperaban de torneo y juego de cañas, Mahomad Zegrí habló a todos los presentes desta manera:

– Bien sabéis, ilustres caballeros Zegries, cómo nuestro real y antiguo linaje ha sido tenido en tanto en España y en África, y cómo han sido nuestros antecesores reyes de Córdoba, y cómo ahora ha sido vituperado y ofendido nuestro honor por los Abencerrajes; y los Almoradíes son nuestros enemigos, porque se han vuelto contra nosotros; con lo cual estoy tan rabioso, que muero de pesar, y lo que me alivia y entretiene es la confianza que tengo de verme vengado. El agravio es de todos, y todos nos hemos de satisfacer; ahora nos ofrece muy buena ocasión la fortuna; aprovechémonos della, y es procurar matar en el torneo o en las cañas a Malique Alabez y al soberbio Abencerraje; que muertos éstos, iremos dando traza cómo se acabe de todo punto este pérfido linaje de los Abencerrajes, que tan estimados y queridos son de todos; y para esto el día del juego de cañas hemos de ir bien armados con jacos fuertes debajo de las libreas. Y pues el Rey me ha hecho cuadrillero, saldremos treinta Zegríes, y llevaremos libreas rojas y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua divisa de los Abencerrajes, para que sea por esto instrumento de que se enojen con nosotros y se revuelva cuestión, y venidos a batalla, cada uno haga como quien es, y pues llevaremos armas, no hay duda sino que los maltrataremos: no hay que temer, pues tenemos de nuestra parte Muzas y Gomeles; y si no les diere nada a los Abencerrajes de la divisa azul, en el juego de cañas les

tiraremos agudas lanzas en el lugar de cañas. Éste es mi parecer, decidme ahora el vuestro.

Así como acabó Mahomad de decir su razonamiento, respondieron todos que era justo lo que decía, y que era buena la traza, que cada uno haría lo posible por vengarse; y concertado esto, fue cada uno a su casa.

A esta sazón ordenaban su cuadrilla Muza y los Abencerrajes, siendo cuadrillero el valiente Muza por mandado del Rey, en la cual cuadrilla habían de ir Malique Alabez y los Abencerrajes; y de común acuerdo sacaron las libreas de damasco azul, forradas en tela de plata fina, con penachos azules, blanco y pajizos, conformes a las libreas; los pendoncillos de las lanzas blancos y azules recamados con mucho oro; en las adargas llevaban por divisas unos salvajes; sólo Malique llevaba su misma divisa, que era el listón morado, que atraviesa la adarga una corona de oro con su letra, que decía: *De mi sangre*. Muza llevaba la misma divisa que sacó el día que escaramuzó con el maestro, que era un corazón en la mano de una doncella, apretando el puño, destilando el corazón gotas de sangre, y la letra decía: *Por la gloria tengo mi pena*. Todos los demás caballeros Abencerrajes sacaron listones y cifras a su gusto, puestas de suerte que no quitaban la vista de los salvajes. Concertada esta cuadrilla del gallardo Muza, acordaron de llevar yeguas blancas, enlazadas las colas con cintas azules de seda y oro muy fino.

Llegado ya el celebrado día de la grandiosa fiesta, mandó el Rey traer veinte y cuatro toros de los mejores que había en la sierra de Ronda, que eran allí muy bravos; y puesta la plaza de Vivarambla como verdaderamente convenía para la tal fiesta, el Rey acompañado de muchos caballeros, ocupó los miradores reales, que para aquellas fiestas estaban diputadas. La reina con muchas damas se puso en otros miradores con la misma orden que el Rey.

Todos los ventanajes de las casas de Vivarambla estaban ocupados de bellísimas damas. Acudió tanta gente, que no había sitio donde estuviesen, y vinieron muchos de fuera del reino, como fue de Toledo y de Sevilla, y la flor de los caballeros desta ciudad se hallaron en Granada a la fama de tan grandes fiestas. Los caballeros Abencerrajes andaban corriendo los toros con tanta gallardía y brío, que daban a todos mucho contento en mirarlos, y en verlos hacer aquellas gentilezas les daban mil alabanzas; y particularmente se llevaban tras de sí los ojos de todas las damas, porque eran tan favorecidos dellas que no se tenía por dama quien no amaba Abencerraje; y donde quiera que había caballeros deste linaje, eran tan tenidos, estimados y queridos de todos, que causaban envidia a los otros caballeros. Y con mucha razón eran queridos de las damas, porque todos ellos eran galanes y gentiles hombres, hermosos y dotados de discreción, y muy bien criados, y de buenos respetos. Ninguno llegaba a cualquiera dellos con necesidad que no se la remediase, aunque fuese muy a su costa. Eran deshacedores de agravios, aquietadores de la república, padres de huérfanos, amigos por extremo de la conservación y obediencia a sus reyes debida. Eran muy amigos de cristianos, porque ellos mismos iban a las mazmorras a visitar a los cautivos, y los consolaban, daban limosnas, y les enviaban de comer; y por estas y otras muchas causas eran tan queridos de todo el reino. Jamás en ellos se halló temor, aunque se les ofreciesen casos muy arduos. Daban tanto contento con su bizarría y nobleza, que las damas y toda la gente no apartaban su vista dellos. No menos galas llevaban los gallardos Alabeces. Procuraron mostrar su valor los Zegríes, porque alancearon ocho toros muy bien, sin recibir daño ningún Zegrí ni los caballos.

A la una de la tarde ya estaban corridos doce toros, y el Rey mandó tocar los clarines y dulzainas, que era señal para que todos los caballeros que habían de jugar se juntasen en el mirador, y juntos, muy gozoso el Rey, les hizo dar colación. Lo mismo hizo la Reina a sus damas, las cuales tenían galas y trajes nunca vistos, a que daba más ser la hermosura de quien los tenía puestos. Llevó la Reina una rica marlota de brocado, con muy ricas labores de oro y pedrería fina. Tenían un tocado muy costoso, y encima de la frente una rosa encarnada, y en medio della un carbunclo precioso. En volviendo el rostro la Reina, era tanto el resplandor y claridad que echaba de sí el carbunclo, que quitaba la vista a quien lo miraba. La bella Daraja salió de azul, la marlota de damasco picada, forrada de tela de plata, que descubría por las picaduras la fineza de la tela. En el tocado dos plumas, una azul y otra blanca, divisa de los Abencerrajes; estábale muy bien la gala, por ser hermosa, que ninguna dama podía competir con ella. Galiana de Almería salió con un vestido de damasco blanco con una labor peregrina; la marlota forrada en brocado morado, con unas cuchilladas grandes; su tocado era de artificio. Entendíase bien desta dama en su traje, cuán libre vivía de amor, aunque sabía que Abenámar la amaba mucho, y deseaba servir. Fátima salió de morado (no imitando a Muza en la librea, porque estaba desengañada de que Muza amaba a Daraja, y se empleaba en servirla): la ropa era costosa, por ser de terciopelo, forrada en tela blanca de brocado; el tocado era muy de ver, puesta en él una garzota verde. Finalmente, Cobayda, Sarracina, Alborayda, Jarifa y todas las demás damas que estaban con la Reina, salieron con tanta bizarría, que era cosa notable. En otro balcón estaban todas las damas del linaje Abencerraje, que no había más que ver en el mundo. Llevaba la ventaja en todo a las damas Lindaraja, hija de

Mahomet Abencerraje. A esta hermosa dama servía un galán y bizarro moro, llamado Gazul, y en su servicio y por darla gusto hizo muchas fiestas en Sanlúcar.

Volviendo pues a nuestro propósito, serían las dos de la tarde, cuando los caballeros y damas acabaron de comer las colaciones, y soltaron un toro de los más bravos que había entre todos, que no seguía hombre a quien no volteaba, ni la ligereza de los caballos ni de las yeguas bastaba a escaparse de sus veloces cornadas. Era tanta su braveza y ligereza, que en breve espacio le desocuparon la plaza todos los de a pie, aunque contra su voluntad.

Como vio su braveza el Rey, dijo a los caballeros:

– Bien será lancear ese toro.

Malique Alabez pidió licencia para hacer algún lance, y el Rey se la dio. Muza venía a pedirla para lancearle, y como se la había dado a Alabez no la pidió. Bajó de los miradores Alabez, y subió en un caballo, el cual le había enviado el alcaide de Vélez el Rubio y el Blanco, que era primo hermano suyo, hijo de un hermano de su padre, al cual mataron a traición unos caballeros llamados los Alfaquíes, por envidia que le tenían, por ser tan querido del Rey; pero no compraron muy barata la muerte del noble alcaide, que el Rey la vengó bien. Siete hermanos eran estos Alfaquíes, y a todos juntos los mandó degollar por la traición que hicieron en matar sin ocasión ni culpa a quien no lo merecía. Sus bienes fueron confiscados por la corona real.

Dio pues vuelta Alabez a toda la plaza, y llegando al balcón donde estaba su señora Cobayda, hizo que se arrodillase el caballo, y él humilló la cabeza, haciendo cortesía a su dama y a todas las demás que estaban allí. La dama enamorada de su Alabez, se levantó y le hizo el acatamiento. Él, muy gozoso de haber visto a su querida señora, y tan favorecido, espoleó al caballo, y partió más

veloz que un rayo: tanta era la ligereza del caballo, que apenas se le veía en la carrera. El rey y los caballeros se holgaron de verle; a los Zegríes les pesó, porque era mortal la envidia.

Era tanta la gritería de la gente, que ponía grima; y era causa, que el toro había dado vuelta por toda la plaza, habiendo volteado y derribado mucha gente, y muerto cinco o seis personas, y venía como el viento adonde estaba Alabez; y como le vio venir, quiso hacer una gentileza, y fue que saltó del caballo y aguardó al toro con ánimo osado, el albornoz en la mano izquierda, y cuando bajó el toro la cabeza para hacer su golpe y darle un bote, le echó tan bien el albornoz delante de los ojos, que dio gran contento a todos; y asiéndole de ambos cuernos, le hizo estar quedo a su pesar, porque era grande la fuerza que tenía. El toro procuraba desasirse para matarle, y Alabez se defendía con el valor de su persona, aunque con mucho peligro. Y pareciéndole al valiente moro que duraba mucho aquella pelea, enojado, y con cólera que tenía, le torció el pescuezo, y con fuerza increíble le derribó en tierra como si fuera muy débil oveja; y como lo vio en el suelo, se fue poco a poco, con semblante apacible, y sin poner el pie en el estribo saltó en su caballo, dejando al toro molido, y tal, que no se pudo levantar de allí, quedando todos muy admirados de su esfuerzo, valor y fortaleza invencible, dándole mil loores. El rey llamó a Alabez, y fue como si no hubiera hecho cosa alguna; y en llegando, le dijo el Rey:

—Mucho contento me habéis dado, y no se esperaba menos de vuestro valor y nobleza; yo os hago merced de la alcaidía de la fuerza de Cantoria, y de que seáis capitán de cien caballeros.

Alabez le besó las manos por las nuevas mercedes que le hacía.

Serían a la sazón las cuatro de la tarde, y mandó el Rey que se tocase a cabalgar. Oída la señal, todos los caballeros que eran de juego se adelantaron para hacer la entrada, y entre tanto comenzaron una muy acordada música, con diversidad de instrumentos. Luego vino entrando por la boca del zacatín el gallardo Muza con su cuadrilla Abencerraje. Entrando de cuatro en cuatro, y dando vuelta por la plaza, haciendo el debido acatamiento al Rey, a la Reina y a las damas, dieron algunas carreras con muy grande brío y donaire. Eran Muza, Malique Alabez y treinta Abencerrajes en la cuadrilla, y parecían muy bien las plumas azules y telas de plata sobre nevadas yeguas, que herloseaban toda la plaza y amartelaban las damas con su bizarría. No con menos gala y brío entraron los Zegríes por otra parte, todos de encarnado y verde, con plumas y penachos azules, yeguas bayas, y en las adargas una misma divisa puesta en listones azules, que era unos leones encadenados por mano de una dama. Decía la letra: *Más fuerza tiene el amor*. Desta manera entraron en la plaza de cuatro en cuatro, y juntos hicieron un caracol y escaramuza con mucho concierto, que no menos contento dieron que los Abencerrajes. Y tomando las dos cuadrillas sus puestos, y apercebidas las cañas, habiendo dejado sus lanzas, al son de las trompetas y dulzainas se comenzó a trabar el juego con mucha gallardía, donaire y brío, de ocho en ocho. Los Abencerrajes, que habían reparado en las plumas azules que los Zegríes traían, antigua divisa suya, muy enojados les tiraban a los turbantes, por derribárselos, muy valerosamente; mas no pudieron los Abencerrajes salir con su intento, y así andaban jugando con muy gran concierto, que era mucho de ver y daban grande contento a todos los que les miraban.

Mahomad Zegrí, como tenía tratado con todos los de su linaje de dar la muerte a Malique Alabez, o a alguno de los

Abencerrajes por las palabras dichas, dio orden que Malique Alabez saliese de la parte contraria, y cayese en su cuadrilla, teniendo inteligencia para que él y los ocho revolviesen sobre Alabez y los suyos. Y habiendo corrido seis veces, dijo el Zegrí a los de su cuadrilla:

–Ahora es tiempo, que está el juego encendido; venguémonos, pues se nos ofrece buena ocasión.

Y tomando una lanza con un muy agudo hierro, aguardó que Malique Alabez viniese con los ocho caballeros de su cuadrilla, revolviendo sobre los de la contraria parte, como es uso y costumbre en semejantes juegos; y al tiempo que Malique Alabez volvía cubierto con su adarga contra él y los suyos, salió el Zegrí, y llevando puestos los ojos en Malique Alabez, mirando por donde mejor le pudiese herir, le arrojó una lanza con tanta fuerza, que pasó la adarga de una parte a otra, y el agudo hierro entró en el brazo derecho, que se lo pasó con mucha brevedad. Muy grande fue el dolor que el valeroso Malique Alabez sintió de aqueste golpe, porque le atormentó todo el brazo, y aun todo el cuerpo, sin entender que estaba herido; y en habiendo llegado a su puesto puso la mano en la parte que le dolía, y ensangrentósela; y mirando al brazo, viendo la herida, dijo en alta voz a Muza y a los Abencerrajes:

–Caballeros, grande traición nos han armado los Zegrís: lanzas con hierros agudos tiran por cañas; veisme aquí herido.

Los valientes Abencerrajes al punto tomaron sus lanzas para estar prevenidos a lo que se les ofreciese. A esta sazón volvía el Zegrí con su cuadrilla para irse a su puesto, cuando Malique Alabez con gran furia se atravesó de por medio, viéndose herido, y le tiró la lanza, diciéndole:

–Traidor, no es de caballero lo que has hecho, sino de villano.

No fue en balde el tiro, pues le pasó el adarga y cota, y le entró en el cuerpo un palmo y más de lanza, y luego cayó el Zegri de la yegua casi muerto.

De ambas partes había apercebimicnto para lo que se ofreciera, y empezaron una escaramuza brava y sangrienta; y como los Zegríes iban bien armados, llevaron lo mejor de la batalla; pero como era tanto el valor de Muza y del valiente Alabez, y el de los Abencerrajes, no dejaban de maltratar a los Zegríes y hacerles daño notable. La vocería y algazara era mucha, y cuando vio el Rey encendido el juego, bajó a la plaza, y subió en una yegua, y entró entre los lidiadores con un bastón, diciendo: *¡Fuera, fuera!* Asimismo todos los caballeros desinteresados ayudaron a poner en paz.

Estuvo este día en peligro de perderse Granada; porque de la parte de los Zegríes fueron Gomeles y Mazas, y de la de los Abencerrajes, Almoradíes y Venegas. Como los bandos y cismas son tan peligrosos entre los príncipes y magnates, lo temió el Rey, y así hizo todo lo posible para apaciguarlos. Quietos y apartados cada uno en su cuadrilla, el valiente Muza y los de la suya se subieron al Alhambra, llevando consigo a los Almoradíes y Venegas. Los Zegríes se retiraron al castillo de Bibatambién, llevando muerto a Mahomad Zegrí.

En que se da cuenta de unas fiestas
solemnes y juego de sortija que se hicieron
en Granada, y cómo se iban encendiendo
los bandos de los Zegríes y Abencerrajes

YA sabía el valeroso y gallardo moro Abenámar cómo el valiente Sarracino era aquel con quien había tenido la pendencia aquella noche en la plaza de palacio, y estaba muy enojado contra él, porque le había herido, e impidió su música; y mirando a los balcones, vio que hacía Galiana a Sarracino muchos favores, de lo cual sintió mucho dolor y pena, y procuró olvidar a la ingrata, visto que no admitía ni se acordaba de lo que había hecho en Almería y Granada en su servicio. Y para ejecutar su propósito con todas veras, puso los ojos en la bella Fátima, que ya la habían traído a Granada, y estaba tan hermosa como de antes, y con tanta salud; y tenía mucha esperanza el moro galán que no le sería ingrata Fátima, respecto de tener olvidado a Muza, por la certidumbre que tuvo de los amores que trataba con Daraja. El moro enamorado empezó a servirla con grandes demostraciones de amor. Fátima que vio las veras con que Abenámar la amaba, comenzó a favorecerle y amarle con grande amor, por ser muy galán, discreto y valiente.

En este tiempo Daraja y Abenhamín Abencerraje estaban ya para casar, por lo cual el valeroso Muza había puesto los ojos en la hermosísima Celima, hermana de la bella Galiana; y no había caballero de estima que no tuviese puesto todo su amor en alguna dama de palacio, y así cada día había fiesta y regocijos en la corte. El valiente Audalá amaba a la hermosa Aja; y como era caballero Abencerraje y muy preso de amor, por dar gusto a su

dama ordenaba y hacía muchas fiestas. El valiente Abenámar, por vengarse de la linda Galiana y de Sarracino, suplicó al Rey que se hiciese una fiesta el día de San Juan de juego de cañas y de sortija, y que él quería ser mantenedor della.

El rey era muy amigo de fiestas, y porque se regocijase toda la corte y se ejercitasen los caballeros ordenó que se hiciesen por el contento que todos tenían de que se hubiese ecapado Malique Alabez de las manos de don Manuel Ponce de León, que fue mucha ventura, y por la salud que ya tenía. Habida la licencia del Rey, mandose pregonar por toda la ciudad el juego de cañas y sortija; que cualquiera caballero que quisiese correr tres lanzas con el mantenedor, que era Abenámar, que saliese a él y trajese el retrato de su dama; que si fuese vencido el aventurero, había de perder el retrato que trajese; y si el mantenedor fuese rendido, llevase el vencedor el retrato de la dama del mantenedor, y una cadena de mil doblas. Todos los caballeros enamorados se holgaron del pregón en extremo, lo uno por mostrar el valor de sus personas, lo otro porque fuesen vistas las hermosuras de sus damas, con esperanza de ganar al mantenedor su dama y cadena. El valeroso Sarracino entendió el motivo de Abenámar, y holgose dello, porque por aquella vía entendía dar a conocer a su señora Galiana el valor de su persona; y él y los caballeros amantes que pretendían correr sortija, hicieron retratar a sus damas como mejor y más al natural pudieron, y con aquellos vestidos y ropas que más de ordinario acostumbraban traer, porque fuesen conocidas.

Venido el día de San Juan, fiesta tan celebrada de todas las naciones del mundo, todos los caballeros granadinos se adornaron de las mejores galas y joyas que pudieron, así los que eran de juego como los que no eran, salvo que los del juego se señalaban en las libreas. Saliéronse a la ribera

del fresco Genil, hechas dos cuadrillas para el juego, la una de Zegríes, y la contraria de Abencerrajes; hízose otra cuadrilla de Almoradíes y Venegas, y otra contraria desta, de Gomeles y Mazas, y al son de muchos instrumentos comenzaron el juego de cañas. La cuadrilla de los Abencerrajes iba de tela de oro y leonado, con labores muy costosas y diferentes, unos soles por divisas, y penachos encarnados. Los Zegríes salieron de verde, con tejidos de oro y estrellas sembradas por las vestiduras, y por divisas medias lunas. Los Almoradíes salieron de encarnado y morado, y muy ricamente aderezados. Los Mazas y Gomeles salieron de morado y pajizo. Era un caso de grande admiración el ver estas cuadrillas corriendo por la vega de dos en dos, y cuatro en cuatro, porque más parecía campo de batalla, que caballeros de juego. El rey Chico estaba entre los caballeros con unas vestiduras de inestimable valor; andaba con ellos sólo por evitar las ocasiones de pesadumbres que se podían ofrecer. La reina y todas las damas estaban mirando el juego desde las torres del Alhambra, admiradas de ver el gran concierto que tenían y la destreza de los jugadores. Los caballeros Abencerrajes y Almoradíes fueron los que más se señalaron aquel día. El valeroso Muza, Abenámbar y Sarracino hicieron cosas notables en el juego. Cuando el Rey vio que andaba muy trabado el juego, y que se iban encendiendo los Abencerrajes y los Zegríes, temiendo no hubiese otra desgracia como la pasada, mandó cesase el juego; y luego fue obedecido, y empezaron un concertado caracol, y luego dieron muchas carreras, con lo cual concluyeron el juego de cañas.

El gallardo y fuerte Abindarraez se señaló aquel día más que ninguno de los jugadores, porque estaba mirándole la hermosa Jarifa, su dama. La reina dijo a Jarifa:

—Por dichosa te puedes tener, por ser tu galán tan bizarro y valiente.

Jarifa disimuló, encendiéndose el rostro de vergüenza que la dio de oír aquello.

Fátima no apartaba los ojos de su Abenámar, por estar muy cautiva de su voluntad; Jarifa, entendiendo que miraba a su amado Abindarraez, porque se paseaban juntos los dos enamorados moros, le dijo a Fátima muy celosa:

—Muy grandes son las maravillas de amor, Fátima hermana y amiga, que donde quiera que da, no puede estar encubierto, porque brota por los ojos cuando la lengua calla. No me podrás negar, amiga, que tú estás tocada de pasión amorosa, pues realmente tu hermoso rostro da dello clara señal, que solías estar como la rosa en su zarza, y ahora te veo triste y melancólica, y son todas las mudanzas evidentes señales que causa el incendio de la llama amorosa que en tu pecho labra; y si no me lo niegas, el causador de todo es el valeroso y gallardo Abindarraez, y así no me debes negar ni encubrir tu secreto, pues sabes cuán leal y verdadera amiga te soy.

Fátima, que era muy astuta, sagaz y discreta, luego entendió el blanco donde tiraba el pensamiento de la hermosa Jarifa, porque ya sabía que trataba amores con Abindarraez, y no se lo quiso dar a entender, y disimulando, la respondió:

—Si las maravillas de amor son grandes, no han llegado a mi noticia sus efectos, ni dellos experiencia tengo. El no tener mis colores como de antes, y estar melancólica, bien sabes que es la causa muy urgente, pues estas presentes fiestas me renuevan mi dolorosa llaga de las tristes pasadas, en las cuales fue muerto mi amado padre, como duran los comenzados bandos entre Zegríes y Abencerrajes; y en caso que de amor procedieran las

causas que dices, te certifico que nunca por Abíndarraez fuera, porque en el juego de cañas hay caballeros que son de tanto valor, esfuerzo y bondad como él, y, en comprobación de mi verdad, el día de la sortija se verán los retratos de las damas servidas, que los caballeros sus amantes sacan, y entonces echarás de ver si te he negado el punto de verdad.

Con esto cesó la celosa conversación de las dos enamoradas damas, y levantando Fátima los ojos para ver la trabada escaramuza, vio entre los caballeros a su querido Abenámar, que hacía notables destrezas; conoció la rendida mora en un pendoncillo morado con una *F* de plata encima una media luna de oro, armas y divisa de la bellísima Fátima. Habiendo escaramuceado el Rey y los caballeros, desde antes que el sol saliera hasta las once del día, se tornaron a la ciudad por aprestar lo que cada uno había de sacar en el juego de sortija.

Por este día de San Juan y fiesta que en él se hizo, que fue muy señalada y notable, se hizo aquel antiguo romance, que dice así:

La mañana de San Juan,
al tiempo que alboreaba,
grande fiesta hacen los moros
por la vega de Granada.
Revolviendo sus caballos,
jugando van de las lanzas,
ricos pendones en ellas,
labrados por sus amadas.
Ricas aljubas vestidas,
de oro y seda labradas:
el moro que amores tiene
allí bien se señalaba;
y el moro que no los tiene,

de tenerlos procuraba:
Míranlos las damas moras
desde torres de la Alhambra.
Entre las cuales había
dos de amor muy lastimadas:
la una se llama Jarifa,
la otra Fátima se llama.
Solían ser muy amigas,
aunque ahora no se hablan.
Jarifa llena de celos
a Fátima le hablaba:
— ¡Ay, Fátima, hermana mía,
cómo estás de amor tocada!
Solías tener colores,
veo que ahora te faltan.
Solías hablar de amores,
ahora obras y callas;
pero si lo quieres ver,
asómate a esta ventana,
y verás a Abindarraez,
y su gentileza y gala.
Fátima, como discreta,
desta manera le habla:
— No estoy tocada de amores,
ni en mi vida los tratara;
si se perdió mi color,
tengo dello justa causa
por la muerte de mi padre,
que aquel Alabez matara;
y si amores yo quisiera,
está, hermana, confiada,
que allí veo caballeros
en aquella vega llana,
de quien pudiera servirme,

y de ellos ser muy amada.

Habiendo el Rey y los demás caballeros ocupado los miradores de la plaza Nueva, donde se había de hacer el juego de la sortija, vieron junto a la fuente de los Leones una rica y hermosa tienda de brocado verde, y junto a la tienda un alto aparador con un dosel de terciopelo verde, y en él puestas ricas joyas de oro, y en medio dellas estaba asida una riquísima cadena, que valía mil doblas de oro, y aquésta era la cadena del premio, sin el retrato de la dama que con ella se ganaba.

No quedaba en toda la ciudad hombre ni mujer que no viniese a ver aquella fiesta; y no faltaron tampoco en ella los moradores de los lugares vecinos. No tardó mucho espacio de tiempo, cuando se oyó muy dulce son de ministriles que salían por la calle del zacatín; y la causa era que el valeroso Abenámar, mantenedor de aquella sortija, venía a tomar su puesto, y su entrada fue desta manera: Primeramente cuatro hermosas acémilas de recámara, todas cargadas de lanzas para la sortija, con sus reposteros de damasco verde, todos sembrados de muchas estrellas de oro, y pretales de cascabeles de plata, y cuerdas de seda verde. Éstos fueron con hombres de a pie y de a caballo, sin detenerse hasta donde estaba la tienda del mantenedor, y allí junto fue armada otra muy ricamente aderezada de libreas verdes y rojas, con muchos sobrepuestos de plata, todos con plumas blancas y amarillas: venían quince de una parte y quince de otra, y al fin de todos ellos, y en medio, venía el animoso y valiente Abenámar, con un vestido de brocado verde, labrado a muchísima costa, y marlota y capellar de inestimable valor y aprecio, y traía una yegua rodada; los paramentos y guarniciones della eran del mismo brocado verde, testera y penacho muy rico de verde y encarnado. Llevaba el gallardo mantenedor

sembradas muchas estrellas de oro finísimo por todas las ropas y vestiduras, y en el lado izquierdo sobre el rico capellar un sol muy resplandeciente, con una letra que decía:

*Solo yo, sola mi dama:
ella sola en hermosura,
yo solo en tener ventura,
más que ninguno de fama.*

Esta misma letra se divulgaba por la plaza. Después del valiente Abenámbar venía un rico carro triunfal, adornado de muchas señas; traía hechas en él seis gradas muy bien aderezadas, y por encima de la más alta grada había un arco triunfal de extraña hechura, y debajo dél una rica silla, y en ella sentado y puesto el retrato de la hermosa Fátima. Estaba tan perfecta, que si su original no estuviera con la Reina, dijeran que era ella.

Causaba espanto ver el adorno y gala del retrato, que no había dama que no la envidiase ni caballero que no la pretendiese. Era el vestido turquesco, de muy extraña y vistosa hechura, la mitad pajizo y la otra mitad morado, y todo sembrado de estrellas de oro, y con muchos tejidos y recamados de oro. El tocado artificioso y galán, sus cabellos sueltos, como una madeja de oro de Arabia; sobre ellos una hermosa guirnalda de rosas blancas, y tejidas muy al natural; sobre su cabeza parecía el dios de Amor, niño y desnudo, con sus alas abiertas y plumas de mil colores, poniendo la guirnalda a la bella imagen; y a los pies della estaba el arco y aljaba de Cupido, como por despojos del rendido. Desta suerte iba el bello retrato de la hermosa Fátima, que agradaba mucho su vista a todos.

El carro en que iba tiraban cuatro yeguas, más albas que la nevada sierra. Después del carro iban treinta caballeros

de libreas verdes y encarnadas con penachos de las mismas colores. De la forma dicha entró el bravo y valiente Abenámar, mantenedor de la justa, y al son de los ministriles y otros instrumentos músicos que llevaba, dio vuelta por la plaza Nueva, pasando por debajo de los miradores del Rey, quedando admirado él y los caballeros de la gallardía, invención y traza. Así como llegó el carro a los miradores de la Reina, ella y las damas se admiraron de ver la belleza, adorno y galas de la efigie de la hermosísima Fátima, y cuán natural era a su señora.

En que se da cuenta de una pendencia que los Zegríes tuvieron con los Abencerrajes, y cómo estuvo Granada a punto de perderse

PUESTOS los caballeros en cura, partió Muza a Granada llevando el caballo de Albayaldos consigo, y puesto el sol llegó a la ciudad; y entrando por ella se rebozó con el cabo del capellar por no ser conocido, y así llegó al Alhambra a hora que el Rey su hermano se sentaba a cenar; y apeándose, dio los caballos a uno de la guardia, y se entró en el real aposento.

El rey se maravilló de verle venir de camino, y le preguntó dónde había estado aquel día. Muza le dijo:

—Señor, cenemos, y después os diré cosas de que os admiréis.

Cenaron, que bien lo había menester Muza, y acabada la cena contó por extenso la muerte de Albayaldos, las heridas de Alabez, y la escaramuza de Gazul y Reduan, con lo cual fue el Rey muy suspenso, y sintió la muerte de

Albayaldos; y el día siguiente se publicó por la ciudad, y todos hicieron mucho sentimiento, y en particular su primo Aliatar, que juró de vengar su muerte, aunque le costase la vida.

Todos los caballeros fueron a darle el pésame a Aliatar; los primeros fueron los Zegríes, Gomeles, Venegas, Mazas, Gazules y Bencerrajes, y otros muy principales caballeros de la corte, y a la postre fueron Alabeces y Abencerrajes; y puestos todos en sus asientos, como en casa de un principal caballero, después de haberle dado el pésame, se trató si sería bueno hacer por él el debido sentimiento, como por semejantes hombres se suele hacer. Para esto hubo grandes pareceres, porque unos decían que no, por cuanto siendo Albayaldos moro, al tiempo de su muerte se volvió cristiano. Los Venegas decían que no importaba eso; que sería bien que sus deudos y amigos hiciesen sentimiento, así por los unos como por los otros. Los Zegríes decían que pues Albayaldos se había vuelto cristiano, que no se holgaría Mahoma de que ellos hiciesen sentimiento, porque se había apartado de su secta, y esto era guardar derechamente el rito del Alcorán. Los Abencerrajes decían que el bien que se había de hacer fuera por amor de Alá, y que si Albayaldos se había vuelto cristiano a la hora de su muerte, que aquel secreto sólo Dios lo sabía, y que no por esa causa se dejase de hacer el debido sentimiento.

Un Zegrí llamado Abenámar dijo:

—O el moro moro, o el cristiano cristiano: dígolo porque en esta ciudad hay caballeros que cada día envían limosnas a los cautivos cristianos que están en las mazmorras del Alhambra, y les dan de comer; y son los caballeros que digo los Abencerrajes.

—Decís verdad —dijo Abenámar—, Abencerraje, que todos nos preciamos de hacer bien a los cristianos y a

cualquier necesitado, porque los bienes los da el santo Alá para hacer bien por su amor; pues los cristianos dan limosnas a los moros en nombre de Dios, y por su amor lo hacen, y yo que he estado cautivo lo sé, porque las he visto dar, y a mí me han hecho bien; y en reconocimiento desto yo y mis parientes hacemos la limosna que podemos a los cautivos cristianos, que por ventura lo estaremos nosotros algún día. Y a cualquier caballero que le pareciere mal, es muy ruin y siente poco de caridad; y tóquele a quien le tocara: cualquiera que dijere que hacer limosna a quien la pide no es bueno, miente, y lo sustentaré.

El valeroso Zegrí, ardiendo en saña por verse desmentido, sin responder alzó la mano para herirle en el rostro al Abencerraje, el cual reparó el golpe en el brazo izquierdo; pero no fue tan bueno el reparo que por eso dejase el Zegrí de alcanzarle en el rostro con las yemas de los dedos, de lo cual se sintió el Abencerraje, y rabioso como un león hircano, en viva cólera ardiendo, puso mano a la daga, y antes que se moviera un paso el Zegrí, le dio dos puñaladas, ambas penetrantes: al momento cayó muerto a los pies del Abencerraje. Otro caballero Zegrí embistió al Abencerraje para herirle con un puñal; pero no pudo, porque con gran presteza le asió del brazo derecho el Abencerraje, de modo que el Zegrí no pudo hacer lo que pretendía, y el animoso y esforzado Abencerraje le dio una herida en el estómago, con la cual cayó muerto. Los Zegríes que allí había, que eran más de veinte, pusieron mano a las armas, diciendo: *¡Mueran los traidores Abencerrajes!* Los Abencerrajes se pusieron en defensa. Los Gomeles fueron en favor de los Zegríes, y serían más de veinte, y con ellos otros tantos Mazas. Lo cual visto por los Alabeces y Venegas, fueron en favor de los Abencerrajes, y entre estos seis linajes de caballeros se comenzó una revuelta brava y reñida, que en muy poco tiempo fueron

otros cinco Zegríes muertos y tres Gomeles, y dos de los Mazas, y en estos tres linajes hubo catorce heridos. De los Abencerrajes no hubo muertos, mas hubo diez y siete heridos: a uno le cortaron un brazo a cercén. De los Alabeces murieron tres, y hubo ocho muy mal heridos. Algunos Venegas salieron heridos, y dos muertos. Mucho mayor fuera la desgracia, si Aliatar y otros caballeros no se pusieran en medio; y algunos de los que ponían paz salieron heridos. Con esta riña, que parecía hundirse Granada, salieron todos a la calle continuando su pendencia; pero como los moros que ponían paz eran muchos y de mucho valor, que eran Sarracinos, Bencerrajes, Gazules, Almohades y Almoradíes, tanto hicieron que los pusieron en paz, aunque con dificultad, porque los de la pendencia eran muchos y había muertos de por medio.

El rey Chico fue avisado de lo que pasaba, y salió del Alhambra, y fue adonde era la cuestión, y aun no estaba de todo punto el negocio acabado. Los caballeros de la pendencia, así como reconocieron al Rey, se apartaron, y se fue cada uno por su parte. Hecha la averiguación del caso, mandó prender a los caballeros Abencerrajes, les dio por cárcel la torre de Comares, y a los Zegríes mandó poner en las Torres Bermejas, a los Gomeles en la Alcazaba, a los Mazas en el castillo de Bibatambién, a los Alabeces en la casa y palacio de Generalife, y los Venegas en una torre fuerte de los Alijares; y el Rey muy enojado se subió al Alhambra, diciendo:

—¡Por Mahoma juro, y por mi corona, que he de apaciguar estos bandos, con quitar seis cabezas a cada linaje!

Los caballeros que le iban acompañando le suplicaron que no hiciese tal, porque eran la mapa de la ciudad, y todos bien emparentados; y si hacía cualquier castigo se

alborotaría la ciudad, y aun todo el reino, y habría un escándalo que quisiese luego remediarlo y no pudiese; que lo mejor sería hacerlos amigos, a cuyo trabajo y cuidado ellos se obligaban. Finalmente, aplacado algún tanto el Rey con lo que dijeron los caballeros, les encargó que hiciesen con brevedad las amistades.

Hicieron tanta diligencia los Aliatares, Bencerrajes y Almoradíes, que en espacio de cuatro días todos los caballeros que riñeron fueron amigos y las muertes perdonadas, llevando las justicias gran cantidad de dinero para la cámara real. Esto pasado, soltaron a los presos, cuando los Zegríes muy lastimados apellidaron entre ellos venganza de tanto daño y deshonor, y para contrastarla se juntaron un día todos los Zegríes y Gomeles en un jardín muy deleitoso de una huerta junto a Darro, y después de haber comido todos a una mesa, estando sentados por su orden, un caballero Zegrí a quien los demás respetaban por mayor y cabeza dellos, hermano de aquel Zegrí que mató Alabez en el juego de cañas, comenzó a hablar, mostrando grande tristeza, y a decir así:

– Valerosos caballeros Zegríes, deudos y amigos míos, y vosotros los Gomeles, advertid lo que quiero deciros con lágrimas de sangre. Ya sabéis en cuánto se debe estimar la honra; cuánto cuesta conservarla y que en un instante se pierde; y una vez perdida, no se cobra jamás: dígoles porque en Granada nosotros los Zegríes, y vosotros los Gomeles, estamos puestos en el trono y alteza que podemos desear: el Rey nos estima, la ciudad nos ama, riquezas tenemos abundantemente, y estos caballeros mestizos Abencerrajes procuran quitarnos el honor y abatirnos, y nos han muerto a mi hermano, y otros tres o cuatro deudos, y asimismo de los caballeros Gomeles, haciendo de nosotros infame menosprecio. Todo esto pide entera venganza; porque si no la procuramos presto, harán

los Abencerrajes que no seamos nada y que nadie nos estime; y para el reparo es menester, por todas las vías y modos que se pudiere, que busquemos cómo seamos vengados y nuestros enemigos aniquilados y destruidos, porque nos quedemos en nuestra honra permanentes. No se puede hacer por fuerza de armas, respecto que el Rey puede proceder contra nosotros; pero tengo imaginado un buen medio, aunque no es a ley de caballeros, sino para vengarnos de nuestros enemigos.

Un caballero de los Gomeles respondió:

—Señor Zegrí Mahomad, ordenad lo que conviene, que aquí os seguiremos.

—Pues sabed —dijo el Zegrí— que he determinado poner mal a los Abencerrajes con el Rey, de modo que ninguno viva, diciendo que Albid Hamete, cabeza dellos, cometió adulterio con la Reina; y he de atestiguar con vosotros, y habéis de decir que es verdad lo que yo digo, y que a quien nos contradijere se lo daremos a entender; y que los Abencerrajes le pretenden matar y quitar el reino, y con esto sin duda que el Rey los mandará degollar a todos; y dejadme el cargo, que yo daré la orden para ello. Éste es mi pensamiento, amigos y parientes; ahora dadme vuestro parecer, y sea con secreto, porque ya veis lo que importa.

Acabando el Zegrí su diabólica y mal pensada razón, todos dijeron a una que estaba bien acordado, y que se hiciese así, que todos favorecerían su intención. Luego fueron señalados dos caballeros de los Gomeles para que el Zegrí y ellos propusiesen el caso delante del Rey.

Acabada de tratar esta tan insolente traición, fueron a la ciudad, donde estuvieron con su dañado pensamiento aguardando tiempo y lugar para ponerlo en ejecución; y así los dejaremos a ellos, y volveremos al moro Aliatar, que estaba enojado por lo que en su casa había sucedido, y triste por la muerte de su primo Albayaldos, y juró de

vengar su muerte, y propuso de ir a buscar al maestro para matarle si pudiese; y para esto no quiso dilatar más su deseo, sino luego se puso un jaco acerado sobre un estofado jubón, y una marlota leonada sin guarnición, y púsose un acerado casco, sobre él un bonete leonado, y en él un penacho negro. Trajéronle un caballo enjaezado de negro, lanza y adarga negra, sin otra señal ni divisa; salió tan gallardo y brioso, que pocos le igualaron en la ciudad, y llegando a la plaza Nueva, vino bajando el camino de Antequera para buscar al maestro, o a otros cristianos en quien vengar la muerte de su primo Albayaldos.

Habiendo pasado de Loja, vio un escuadrón de cristianos que venía para entrar en la vega, los cuales traían un pendón blanco y una señal roja, la cual era la cruz de Santiago, y por capitán desta gente venía el maestro de Calatrava, que ya estaba sano de sus heridas por haberlas curado con precioso bálsamo. Aliatar conoció ser aquesta señal del maestro, porque él le había visto muchas veces en la vega; y arrimándose al escuadrón, dijo en voz alta:

— ¿Por ventura viene aquí el maestro de Calatrava?

El maestro que esto oyó, se adelantó de su gente y le dijo al moro:

— ¿Para qué preguntas por él?

— Quería hablarle — dijo el moro.

— Si no es para más, yo soy; decid lo que queréis.

Aliatar mirando al maestro le conoció luego en la cruz, y arrimándose a él sin ningún temor y sin saludarle, le dijo:

— Maestro esforzado, con razón os podéis llamar el caballero más dichoso del mundo, pues habéis alcanzado victoria de tantos y tan buenos caballeros y más con la que alcanzasteis de mi primo Albayaldos, gloria y espejo de todos los caballeros de Granada, que es tanto el

sentimiento mío, que muero en pensarlo. Mi venida es en busca vuestra para vengar la muerte de mi primo, acudiendo a la obligación que tengo; y pues os he topado, holgaré cumpláis mi deseo; y si muriere en la escaramuza, partiré consolado, por morir a manos de tan principal caballero y por hacer compañía a mi amado primo.

A lo cual respondió el maestre:

—Holgárame, Aliatar, que ya que me habéis topado habiéndome buscado, que fuera para cosa que yo os pudiera servir, que juro como caballero que en mí tendréis eterna amistad, y me holgaría que no hiciésemos escaramuza, porque vuestro primo hizo el deber como caballero; quiso Dios llevárselo al cielo, porque al tiempo de su muerte le conoció, y pidió el agua del bautismo, y se volvió cristiano: ¡dichoso él, pues goza de Dios! Por eso no quería que tuviésemos escaramuza sin haber para qué, sino ved si os puedo servir en algo, que lo haré por vos.

—En mucho estimo la merced que me hacéis, señor maestre —respondió Aliatar—; por ahora no se me ofrece cosa en que me la hagáis, sino que me clama la sangre de mi primo Albayaldos, y querría que no dilatásemos la escaramuza; y asimismo quisiera que me aseguréis que de los vuestros no seré ofendido, sino que sólo con vos he de lidiar.

—Mucho me holgara —dijo el maestre— que no pasaréis adelante con vuestro intento; pero, pues ésta es vuestra voluntad, hágase lo que queréis. En lo que pedís, que no seáis ofendido de los míos, yo os doy seguro dello.

Diciendo esto alzó las manos a su gente, haciendo señal que se retirasen de allí, y ésta era bastante señal de seguro.

La gente luego se retiró; lo cual visto por el moro, dijo al maestre:

—¡Ea, caballero; ya es tiempo de comenzar nuestra escaramuza!

Y diciendo esto movió su caballo a media rienda, escaramuceando con gracia.

El maestre, hecha la señal de la cruz, alzó los ojos al cielo, diciendo:

—Por vuestra santísima pasión, señor mío Jesucristo, que me deis victoria contra este pagano.

Y diciendo esto, con bravo ánimo arremetió su caballo por el campo, escaramuceando contra el moro; y aunque no estaba sano de las heridas que le dio Albayaldos, y le impedían para pelear, su gallardo ánimo suplía los defectos de sus heridas, y notando la braveza de Aliatar, su denuedo y ligereza de escaramucear, dijo entre sí: *Conviene andar cuidadoso porque este moro no alcance victoria, lo cual no permita Dios;* y diciendo esto sosegó su caballo, viniéndose despacio, y los ojos puestos siempre en su enemigo para ver lo que haría.

El moro, que vio andar así al maestre, no sabiendo la causa, se le fue acercando para hacerle algún daño; y estando cerca dél, confiado en el valor de su brazo enderezó para dar el golpe, entendiendo que el maestre no estaría en el caso advertido; y levantándose sobre los estribos le arrojó la lanza con tanto ímpetu, que el hierro y banderilla iban rechinando por el aire. El maestre que vio desembrazar la lanza con tan gran violencia, y que el asta venía crujiendo por el aire, con gran presteza arremetió su caballo y se apartó hacia un lado, hurtándole el cuerpo, de modo que pasó por delante y se clavó en la tierra sin hacer efecto. Habiéndose el maestre apartado con tal presteza, y cual halcón suele asaltar a los astutos gorriones, arremetió al moro para herirle; el cual no osó aguardar, porque le vio venir con violencia, y revolviendo el caballo fue adonde estaba clavada la lanza; y llegando tiró della y la sacó del suelo con una presteza admirable; y revolviendo para herir al maestre, le vio tan cerca de sí, que le venía a los alcances,

que no se pudo hacer otra cosa sino embestirse el uno al otro, y diéronse dos grandes encuentros. El moro dio a su contrario en el escudo y se lo falseó, y le hirió en el pecho de una mala herida. El golpe que el maestre dio fue muy bravo, porque rompió la adarga del moro, aunque era muy fuerte, y el jaco acerado, y le hizo una mala herida por la cual salía mucha sangre.

Bien sintió el moro que estaba mal herido, pero no por eso mostró punto de desmayo, antes con más ánimo arremetió al maestre, blandiendo la lanza como si fuera un junco. El maestre usó de maña con él, que al tiempo que se hubieron de encontrar los dos, ladeó un poco su caballo, de suerte que le dio Aliatar en la adarga al soslayo, y aunque la rompió no entró el hierro en la carne. El maestre le dio de través en lo descubierto, y le hizo una mala herida. El moro, encendido en ira rabiosa, casi desesperado, arremetió al maestre para herirle, pero guardábase de los golpes con gran ligereza. Y visto por el moro la grande destreza del maestre, maravillado detuvo su caballo, y le dijo:

—Cristiano caballero, si queréis y es vuestro gusto, fenezcamos nuestra escaramuza a pie, pues ha gran tiempo que combatimos a caballo.

El maestre dijo que le placía, y se alegró, porque era grande la destreza que tenía a pie; y así se aparearon los dos fuertes guerreros, y embrazando sus escudos, con las armas en la mano se acometieron con tanta fortaleza como dos bravos leones; pero poco le valió al moro su braveza, que tenía poderoso enemigo. Heríanse por todas partes, procurando cada uno dar la muerte a su contrario, y así andaban los dos muy encarnizados: llevaba el moro lo peor, aunque no lo sentía, porque de dos heridas destilaba mucha sangre, y tanta que donde Aliatar ponía los pies quedara rastro; mas como era el moro valiente y de tan

animoso corazón, no lo sentía, y así se mantenía en su escaramuza. A esta sazón tiró el maestre un revés a su enemigo, y le cortó la adarga como si fuera de seda; lo cual visto por el moro lo sintió, y muy sañudo dio un golpe al maestre por encima de su escudo, que parte dél vino al suelo; y como el maestre lo alzó por defender la cabeza, la punta del alfanje alcanzó con tal valor, que el acerado casco del maestre fue roto, y quedó herido en la cabeza: la herida no fue grande, respecto que el alfanje le tocó por los extremos, pero salíale tanta sangre que le bañaba los ojos, de modo que le turbaba; y si a la sazón el moro no anduviera tan debilitado por la falta de sangre, el maestre corría peligro, porque como el moro vio tanta sangre por el rostro del maestre, cobró ánimo, y comenzó a herirle bravamente; mas como estaba desangrado, no pudo acometer al maestre como quisiera, ni mostrar su valor: con todo eso, ponía en aprieto al maestre, el cual como se vio tan perseguido del moro, y que tanta sangre le salía de la herida de la cabeza, de todo punto enojado, poniendo la vida en mucho riesgo, cubierto lo mejor que pudo con la parte de escudo que le quedaba, acometió a Aliatar, llevando su espada de punta. El moro que le vio venir no le rehusó, que también le embistió, pensando con aquel golpe fenecer la escaramuza. El maestre le hirió de punta al moro con gran furia, de suerte que la espada entró hasta lo más escondido de sus entrañas; mas no pudo hacer tan a su salvo el maestre esta herida que él no quedase mal herido de otra en la cabeza; de tal suerte que aturdido vino al suelo, derramando mucha sangre. El moro, que vio al maestre en tierra y cubierto de sangre, entendió que era muerto, y fue para cortarle la cabeza; pero cuando se movió para ello cayó en tierra muerto, a causa de haberle pasado las entrañas. A esta sazón el maestre volvió en sí, y viéndose puesto en tal estado, receloso que el moro viniese

sobre él, con presteza se levantó, y mirando a Aliatar le vio tendido en el suelo que no se movía: entonces se hincó de rodillas, y dio muchas gracias a Dios por la victoria, y levantándose se fue al moro y le cortó la cabeza y la arrojó en el campo; luego tocó la corneta, y al sonido vino su gente, y vista la victoria se holgaron; y como le hallaron tan mal herido les pesó mucho, y cogiendo los caballos le dieron el suyo al maestro, y el del moro cogieron de la rienda, y la cabeza de Aliatar puesta en el pretal, despojado el cuerpo de ropas y armas, se fueron para curar al maestro, el cual quedó desta escaramuza con mucha honra; y por ella se hizo aquel antiguo romance que dice así:

De Granada sale el moro
que Aliatar era llamado,
primo hermano del valiente
y esforzado Albayaldos:
aquel que mató el maestro
en el campo peleando.
Sale a caballo este moro
de finas armas armado,
sobre ellas una marlota
de damasco leonado;
leonado era el bonete,
negro el plumaje azulado.
La lanza también es negra,
adarga negra ha tomado;
también el caballo es negro,
de valor muy estimado.
No es potro de pocos días,
de diez años ha pasado;
tres cristianos se lo cuidan,
y él mismo le da recado.

Sobre tal caballo el moro
se sale muy enojado;
llegando a la plaza Nueva
hacia Darro no ha mirado,
aunque pasó por la puerta,
según va encolerizado;
sale por la puerta Elvira
y por la vega se ha entrado.
Camino va de Antequera
en Albayaldos pensando;
topar desea al maestre
para vengarse a su salvo;
y en llegando junto a Loja
un escuadrón ha encontrado:
todo es de lucida gente,
por señas un pendón blanco,
en medio una cruz roja
del apóstol Santiago.
Llegándose al escuadrón
sin temor ha preguntado
si venía allí el maestre
que don Rodrigo es llamado.
El maestre allí venía,
de su gente se ha apartado.
Y dijo: — ¿Qué buscas, moro?
Yo soy el que has demandado.
Conócele luego el moro
por la cruz que trae al lado,
y también en el escudo
que lo tiene acostumbrado.
— Dios te guarde, buen maestre,
buen caballero estimado:
Sabrás que soy Aliatar,
de Albayaldos primo hermano,

a quien tú diste la muerte
y le volviste cristiano;
y ahora soy yo venido
solamente por vengarlo;
apercíbete a batalla,
que aquí te aguardo en el campo.
El maestre que esto oyó,
no quiso más dilatarlo:
Vase el uno para el otro,
muy grande esfuerzo mostrando.
Dábanse grandes heridas
reciamente peleando:
el maestre es valeroso,
el moro no le ha durado.
Finalmente le mató
como varón esforzado;
cortárale la cabeza,
y en el pretal la ha colgado.
Volvióse para su gente
muy malamente llagado,
y su gente le llevó
donde fue muy bien curado.

A cuatro días que pasó esta escaramuza se supo en Granada cómo Aliatar murió a manos del maestre, lo cual sintió mucho el Rey, viendo que en tan poco tiempo le había muerto dos tan buenos caballeros como eran Aliatar y Albayaldos. También lo sentían todos los caballeros, y la alegría de los días pasados se volvió en tristeza y pesar por la muerte destos dos tan principales; lo cual visto por el Rey, acordó con su consejo que se volviesen a alegrar, y ordenose que todos los caballeros que jugaron en la sortija pasada se casasen con las damas; que se hiciese sarao público y se cantase y danzase la zambra, que es fiesta

entre moros muy estimada, y que se corriesen toros y hubiese juego de cañas. Y para esto dio el Rey orden al valeroso y valiente Muza, el cual se encargó de hacer las cuadrillas del juego y hacer traer los toros. Grande contento sintieron los caballeros mancebos que tenían damas; y así toda la ciudad tuvo tanta alegría como de antes, y aun más; porque luego los caballeros comenzaron a ordenar juegos y máscaras de noche por las calles, mandando poner grandes hogueras y luminarias por toda la ciudad, de suerte que la noche parecía día.

Será bueno decir quiénes fueron los caballeros y damas que se casaron. El fuerte Sarracino con la linda Galiana, Abindarraez con la hermosa Jarifa, Abenámar con Fátima, Malique Alabez con la linda Cobayda, que ya le habían traído de Arbolote y estaba de todo punto sano de sus penetrantes heridas; Azarque con Arbolaya, un caballero Almoradí con la bella Sarracina, un caballero Abencerraje con Celima: todos estos caballeros y damas nombradas fueron casados en la misma sala real, en la cual hubo dos meses de fiesta y zambra.

Como los caballeros y damas ya nombradas era toda gente principal, y la flor de la ciudad de Granada, se hicieron grandísimos gastos, así en comidas como en ricas ropas, oros y sedas; de manera que la ciudad estaba en esta sazón la más rica y opulenta, y más alegre y regocijada que había estado en ningún tiempo. Fuera gran bien para los moradores de la ciudad y para todo el reino, que siempre estuvieran en tranquilidad y concordia; pero como la rueda de la fortuna es mudable, presto volvió lo de arriba abajo, y dio con todo en el suelo, convirtiendo tantos placeres y regocijos en tristes llantos, como adelante diremos.

Muza, como hombre a quien habían hecho cargo de las fiestas, presto concertó las cuadrillas del juego, tomándose

él un puesto con treinta caballeros Abencerrajes, y dando el otro puesto a un caballero Zegrí, hermano de Fátima, mancebo de valor; y éste señaló otros treinta Zegríes deudos suyos para el juego, el cual había de ser en la plaza de Vivarambla, donde se habían de correr los toros; y traídos, un día señalado los corrieron con mucha alegría de toda la ciudad, en presencia del Rey y la Reina, y de toda la corte. Congregáronse de la ciudad y forasteros mucha gente a la fama de las fiestas reales.

Ya se habían corrido cuatro toros muy bravos, y el quinto estaba en la plaza, cuando entró por ella un caballero en un lucido caballo; la marlota y capellar eran verdes, como quien vivía con esperanza, las plumas verdes con argentería de oro. Con él salieron seis con la misma divisa de su librea, y cada uno con un rejón negro en la mano, y unas listas de plata. Grande contento dio el caballero a todos los que estaban mirando las fiestas, y más a la hermosa Lindaraja, porque luego conoció a Gazul, que ya estaba sano de las heridas que le dio Reduán en la escaramuza que tuvieron los dos. Reduán no quiso estar en las fiestas aquel día, por los desdenes que le hacía Lindaraja; y por no verla y por no traer a la memoria sus penas, se salió aquel día armado, por si encontraba algún cristiano con quien pelear. Pues como Gazul entró tan gallardo, y vio que todo el vulgo le miraba, se puso en medio de la plaza y aguardó que el toro viniese por aquella parte; el cual no tardó mucho, que habiendo muerto cinco hombres, y atropellado más de cincuenta, llegó, y así como vio el caballo, arremetió para herirle. Gazul le aguardó, y al tiempo que el toro quiso dar su golpe, le clavó un rejonazo tan cruel por medio de los hombros, que contra su gusto cayó en tierra, y no hirió al caballo. Sentía tanto dolor el lastimado toro, que puestos los pies y manos hacia arriba, se revolcaba en su sangre,

dando unos bramidos espantables. Admirado quedó el Rey y toda la corte de ver la venturosa suerte de Gazul, y qué brevemente había quitado la fuerza y brío a un animal tan feroz. Con mucho contento estaba Gazul, lidiando los toros que se corrían aguardándolos hasta llegar muy cerca, y después los lastimaba con el rejón de tal suerte que no volvían más a él; y porque aquel día lo hizo tan bien el invencible Gazul, se dijo este romance:

Estando toda la corte
de Abdalí, rey de Granada,
haciendo una rica fiesta,
habiendo hecho la zambra,
por respeto de unas bodas
de gran nombradía y fama,
por las cuales corren toros
en la plaza Vivarambla;
estando corriendo un toro,
que su braveza espantaba,
se presentó un caballero
sobre un caballo en la plaza,
con una marlota verde,
de damasco bandeada,
y el capellar de lo mismo,
muestra color de esperanza.
Plumas verdes, y el bonete
parece de una esmeralda;
seis criados van con él,
que le sirven y acompañan,
vestidos también de verde
porque su señor lo manda,
como aquel que en sus amores
esperanza lleva larga.
Un rejón fuerte y agudo

cada criado llevaba;
de color negro eran todos,
y bandeados de plata.
Conocen al caballero
por su presencia bizarra,
que era el muy fuerte Gazul,
caballero de gran fama,
el cual con gentil donaire
se puso en medio la plaza
con un rejón en la mano,
que al gran Marte semejaba,
y con ánimo invencible
al fuerte toro aguardaba.
El toro cuando le vio
al cielo tierra arrojaba
con las manos y los pies,
cosa que gran temor daba;
y después con gran furor
hacia el caballo arrancaba
por herirle con sus cuernos,
que como alesnas llevaba;
mas el valiente Gazul
su caballo bien guardaba,
porque con el rejón duro
con presteza no pensada
al bravo toro hiriera
por entre espalda y espalda;
el toro muy mal herido
con sangre la tierra baña,
quedando en ella tendido,
su braveza aniquilada.
La corte toda se admira
en ver aquella hazaña;
y dicen que el caballero

es de fuerza aventajada;
el cual corridos los toros,
el coso desembaraza,
haciendo medida al Rey
y a Lindaraja su dama;
lo mismo hizo a la Reina
y a las damas que allí estaban.

Volviendo al propósito, el fuerte Gazul corrió los demás toros que quedaban en compañía de otros caballeros que los corrían; y no quedando ya ningún toro, hecho el acatamiento debido al Rey y a la Reina, y a las damas, y en particular a Lindaraja, se salió de la plaza, quedando todos muy contentos en haber visto su hazaña.

Luego se tornó a montar para que entrase el juego de cañas. Los caballeros del juego se fueron a aderezar, y no tardó mucho que al son de militares trompetas entró el valeroso Muza con su cuadrilla, con tanta bizarría, gala y gentileza, que no había más que ver. Toda la librea era blanca y azul con jirones y bandas pajizas, plumas encarnadas y blancas, con mucha argentería de oro; por divisa en las adargas un salvaje que con un bastón deshacía un mundo. Esta divisa era de los bravos Abencerrajes muy usada, con una letra a los pies del salvaje, que decía así:

*Abencerrajes levanten
hoy sus plumas hasta el cielo,
pues las famas en el suelo
con la fortuna combaten.*

Desta forma entró el granadino Muza muy gallardo y bizarro con toda su cuadrilla, que eran treinta Abencerrajes, todos caballeros de mucho valor. En

entrando, hicieron todos un concertado caracol, escaramuceando unos con otros, y al cabo se pusieron cada uno en su puesto. Luego el bando de los Zegríes entró muy gallardo, y no menos vistoso que los Abencerrajes: su librea era verde y morada, cuarteada de color de hojaldre muy vistosa. Venían en yeguas bayas muy ligeras: los pendones de las lanzas eran verdes y morados; y si los Abencerrajes hicieron buena entrada y caracol vistoso, no la hicieron menos los bravos Zegríes. Traían por divisa en las adargas unos alfanjes sangrientos con una letra que decía así:

*Alá no quiere que al cielo
hoy suba ninguna pluma,
sino que se hunda y suma
con el acero en el suelo.*

Habiendo hecho su caracol muy gallardamente, tomaron su puesto, y al punto los dos bandos se apercibieron de cañas para el juego. El rey, que ya tenía vistas las letras y divisas de los caballeros, entendió por ellas el rencor que tenían; y porque no resultase algún escándalo en tiempo de tantos regocijos y fiestas, luego se quitó de los miradores, y acompañado de todos los grandes de su corte bajó a la plaza antes que se comenzasen las cañas, que no fue poco importante su asistencia. Puesto a un lado mandó que jugasen, y al son de los añafles y chirimías se comenzaron a jugar las cañas, hechas cuatro cuadrillas. Las cañas se jugaron sin haber desconcierto alguno, aunque lo hubiera muy grande si el Rey no descendiera a la plaza; porque los Zegríes venían de mano armada contra los Abencerrajes, los cuales, escarmentados de la pasada, estaban apercibidos para lo que se ofreciera; pero con la presencia del Rey, que estaba

con ellos, no ejecutaron su intento los Zegríes. Habiendo visto los moros de los bandos contrarios al Rey, estuvieron con mucha concordia, y se acabaron las fiestas de aquel día sin pesadumbre y con mucho gusto, que no fue pequeño misterio. Y por estas fiestas de toros y juego de cañas se hizo el siguiente romance:

Con más de treinta en cuadrilla,
hijosdalgo Abencerrajes
sale el valeroso Muza
a Vivarambla una tarde;
por mandado de su rey
a jugar cañas se sale,
de blanco, azul y pajizo,
con encamados plumajes;
y para que se conozcan,
en cada adarga un salvaje,
acostumbrada divisa
de moros Abencerrajes,
con un letrero que dice:
*Abencerrajes levanten
hoy sus plumas hasta el cielo,
pues dellas visten las aves.*
Y en otra cuadrilla vienen
atravesando una calle
los valerosos Zegríes,
con libreas muy galanes:
Todos de morado y verde
marlotas y capellares,
en mil jaqueles gualdados
de plata los acicates.
Sobre yeguas bayas todos,
hermosas, ricas, pujantes;
por divisa en las adargas

unos sangrientos alfanjes,
con una letra que dice:
*No quiere Alá se levanten
sino que caigan en tierra
con el acero pujante.*
Apercíbense de cañas,
el juego va muy pujante;
mas por industria del Rey
no se revuelven, ni salen;
porque los Zegríes tienen
contra los Abencerrajes
un concierto de traidores,
y no pudieron lograrle.

Acabado el juego de las cañas, el Rey y los demás caballeros principales de la corte, y la Reina y las damas con sus novios se retiraron al Alhambra, donde el Rey los regaló grandemente en la cena, porque estaba muy contento de que no había sucedido ninguna desgracia. Hubo sarao real, y los desposados danzaron con las desposadas, y el Rey con la Reina, Muza con Celima, con mucho contento de ambos; Gazul danzó con Lindaraja. Tanto danzaron y bailaron aquella noche, que era ya casi de día cuando se fueron a dormir los desposados. La hermosa Galiana, gozosa de verse en aquel punto con su Sarracino, a quien con tan excesivo amor amaba, después de haberle dicho muchas amorosas razones, le dijo:

– Dime, querido señor mío, ¿qué fue la causa que el día de San Juan, habiendo corrido con Abenámar las tres lanzas en el juego de la sortija, luego saliste de la plaza, y no pareciste más en aquellos cuatro o seis días? ¿Fue porque perdiste la joya, o por qué? Que te prometo que lo deseo saber.

—Querida esposa y señora mía, la causa fue porque perdí tu retrato bello y la rica manga labrada de tu mano, y por la vergüenza que me ocupaba de parecer en tu presencia, y por saber que Abenámar ordenó aquel juego por vengarse de los dos: de ti, porque le desdeñaste; y de mí, porque una noche le herí debajo de tu balcón estándote dando una música, que bien creo que tendrás noticia dello, y viendo que fortuna le favoreció tan a medida de su deseo, y que a mí me había sido contraria, me dio tan gran tristeza y desesperación, que enfermé de melancolía y maldecí mi poca ventura; renegué del falso Mahoma, y prometí y juré a fe de caballero de ser cristiano; y lo tengo de cumplir, aunque sobre ello muera, porque tengo por mejor la fe de los cristianos que no la burlaría de la secta de Mahoma; y si tú me quieres bien, como dices, has de ser cristiana, que yo sé que el rey don Fernando nos hará grandes mercedes por ello.

Con esto cesó, aguardando la respuesta que le daría Galiana, la cual luego le respondió:

—Señor y esposo, no puedo yo huir en ninguna manera de tu voluntad, antes seguirela en todo y por todo; tú eres mi señor y marido, a quien yo di y entregué mi corazón; y así digo que no iré contra tu gusto en cosa ni en parte; y más, que yo sé que la fe de los cristianos es mucho mejor que el Alcorán, y así prometo de ser cristiana.

—Acrecentádome habéis las mercedes de todo punto —dijo Sarracino—, y no esperaba menos de tan leal y firme pecho.

Y diciendo esto, la abrazó entre mil ternezas, y así pasaron toda aquella noche.

Venida la mañana, los grandes de la corte se juntaron y ordenaron que Abenámar, pues era tan buen caballero, se casase con Fátima, ya que en su servicio había hecho tan grandes cosas. Los Zegríes no quisieron que aquel

casamiento se hiciese, por cuanto Abenámar tenía amistad con los Abencerrajes; las cuales contradicciones no aprovecharon, porque el Rey gustó de que se casaran, y todos los caballeros fueron en que se efectuase. Hecho el casamiento, las fiestas se aumentaron, haciendo cada día zambra y muchas danzas y juegos; de modo que no había otra cosa en la corte sino galas, invenciones, máscaras y regocijos; y los dejaremos en ellas por contar lo que le sucedió a Reduán en la vega, yendo desesperado por verse aborrecido de Lindaraja, que amaba a Gazul.

Pues es de saber que como salió de la ciudad se fue por el río Genil abajo, y llegó al Soto de Roma, que es un soto muy agradable, de mucha espesura de árboles; y hoy día quien no tiene muy andadas las veredas se pierde en él; hay dentro infinidad de caza volátil y terrestre, y estará de Granada el principio del soto legua y media, teniendo de ancho y largo más de cuatro leguas. Allí vio una escaramuza muy reñida entre cuatro moros y cuatro cristianos, por causa de que les querían quitar una mora muy hermosa, y la defendían, aunque con pérdida y trabajo, por ser los cristianos de mucho valor. La mora miraba su escaramuza derramando abundancia de lágrimas. Reduán espoleó su caballo para favorecer a los moros; pero, por priesa que se dio, ya habían muerto a los dos, y los otros andaban a mal traer; y temerosos de la muerte desampararon a la dama, y volvieron las espaldas a todo correr de sus yeguas. A esta sazón llegó Reduán, y mirando a la hermosa mora la vio vertiendo perlas por los ojos, y que acrecentaba más su triste llanto viendo muertos dos de sus guardadores, y que los otros dos se habían ido huyendo. Movido de compasión el valiente Reduán, por librarla del poder de los cristianos, y sin hablarles palabra, los acometió, y del primer encuentro hirió al uno muy mal en un descubierto de la adarga, de modo que vino a tierra;

y revolviendo su caballo con gran ligereza y velocidad, se apartó de los tres cristianos escaramuceando un gran trecho, y luego tornando como un pensamiento sobre ellos, de un encuentro derribó a otro caballero del caballo, mal herido. Los dos cristianos que quedaban embistieron a Reduán, y el uno dellos le dio una gran lanzada, de suerte que quedó herido de una mala herida; el otro caballero, aunque le entró, no le hirió y rompió su lanza. Reduán viéndose herido, se apartó dellos, y con muy bravo ánimo les volvió a embestir, de suerte que derribó del caballo al que estaba sin lanza. El cristiano que estaba solo hirió a Reduán segunda vez, y él encolerizado acometió al cristiano para herirle, mas no se atrevió a esperarle por verse solo, pues los compañeros estaban en el suelo mal heridos, y los caballos andaban sueltos por el campo. Los dos moros que habían ido huyendo se detuvieron por ver el fin de la batalla; y visto cuán en breve había desbaratado aquel moro a los cuatro cristianos, volvieron espantados adonde habían dejado a la mora, la cual estaba admirada del valor del moro.

Reduán estaba hablando con ella maravillado de su hermosura, que le parecía ser mayor que la de Lindaraja y la de todas las damas de Granada; y así era verdad, que era la más hermosa de todo el reino. Estaba Reduán tan rendido a la mora, que no se acordaba de Lindaraja y sólo se ocupaba en mirarla, y la preguntó quién era. En esto llegaron los dos moros, y dándole las gracias del socorro, le dijeron así:

—Señor caballero, Mahoma os trajo aquí a tal tiempo, que si vos no vinierais, nosotros del todo fuéramos perdidos y muertos a manos de aquellos caballeros cristianos; y lo que más nos pesara es perder esta dama que traemos a nuestro cargo; y porque parece que estáis herido, según demuestra esa sangre, vamos la vuelta de

Granada, y en el camino diremos lo que habéis preguntado; y mirad si destos caballeros cristianos se ha de hacer alguna cosa.

—No —dijo Reduán—; básteles estar heridos. Cogedles los caballos, dádselos, y váyanse.

Desto se maravillaron los moros, y cogieron los caballos y se los dieron a los cristianos, y ellos tomaron la vía de Granada. Yendo Reduán junto a la hermosa mora, la cual no menos pagada iba de Reduán que él iba della, el uno de los dos moros comenzó a hablar desta manera:

—Habéis de saber, señor caballero, que éramos cuatro hermanos y una hermana, que es la que presente veis: de los cuatro, por nuestra desdicha, ya habéis visto cómo quedan allí los dos muertos a manos de los cristianos, y aun habemos sido para tan poco los dos que quedamos, que aun no le dimos sepultura; pero querrá el santo Alá que hallemos algunos villanos que pagádoselo quieran darsela. Nuestro padre es alcaide de la fuerza de Ronda; y como supimos que en Granada se hacían tan grandes fiestas, pedimos a nuestro padre, Zaide Hamete, licencia para venir a verlas. ¡Pluguiera al santo Alá que no hubiéramos venido, que nos ha costado dos hermanos, y afrentosamente huimos y dejamos en tan notable peligro a nuestra hermana Haja, si vos, señor, no lo remediárades! Ésta es, señor caballero, nuestra lastimosa y verdadera historia; y pues ya, señor, habéis sabido nuestro viaje y también quién somos, recibiremos merced, si sois servido, que nos digáis de dónde sois y cómo os llamáis, para que sepamos a quién somos tan obligados.

Reduán les respondió:

—Holgado me he, caballeros, de saber quién sois; bien conozco a vuestro padre, y conocí a vuestro abuelo Almadán a quien mató don Pedro Sotomayor. Pésame de no haber venido antes, que yo sé que no hubieran muerto

vuestros hermanos, y huélgome mucho de haberos servido en algo, y lo haré cada y cuando que se ofrezca; y por si os queréis servir de mí, y daros gusto, os diré quién soy: llámanme Reduán, y soy de Granada; vamos allá a mi casa, y será vuestra, donde os haré regalar y servir conforme merecéis.

—Gran merced, señor Reduán —respondieron ellos—, por el ofrecimiento que nos hacéis; deudos tenemos en Granada donde podemos ir a posar, cuanto más que por la desgracia sucedida nos detendremos muy poco en la ciudad, especialmente siendo ya pasadas las fiestas.

En esto iban hablando los dos hermanos de Haja y Reduán, cuando vieron venir dos leñadores que con sus bagajes iban por leña al dicho soto, y en llegando a ellos dijeron los dos hermanos a Reduán:

—A buen tiempo han venido estos villanos, que podría ser quisiesen dar sepultura a nuestros hermanos, pagándoselo.

—Yo se lo rogaré —dijo Reduán—, y habló a los villanos, diciendo—: hermanos, por amor del santo Alá, que deis sepultura a dos caballeros que están allí bajo muertos, que os será bien pagado.

Los villanos dijeron que de buena gana lo harían sin interés alguno. Los hermanos suplicaron a Reduán esperase allí en compañía de su hermana, en tanto que iban a ayudar a enterrar los muertos, que seguros iban quedando ella con él, y a traer los caballos, siquiera porque no se aprovecharan dellos los cristianos.

—Mucho me holgara de acompañaros —dijo Reduán—, pero pues es vuestro gusto que yo quede con vuestra hermana, soy contento.

Los moros se lo agradecieron mucho, y se fueron con los villanos para dar sepultura a sus hermanos, y cobrar los caballos perdidos. El valiente Reduán, ardiendo en

llamas de amor por la hermosa Haja, y viendo la oportuna ocasión por estar solos, la dijo desta suerte:

—O fue ventura o desdicha mía haberos hallado en esta parte; en un punto vi muerte, vida, cielo, suelo, tempestad, bonanza, paz y guerra; y lo que más siento es no saber el fin de una tan extraña aventura como es la que la fortuna me ha ofrecido; de suerte estoy suspenso, Haja hermosa y bella; que no estoy en mí sino en ti. No sé dónde vaya sino a ti; temo declarar mi mal, muero si no lo declaro; ardo en vivas llamas; estoy más helado que los Alpes de Alemania. No sé si hable o calle, oh bellísima señora; por mejor medio elijo declararte lo que mi alma siente, para que des vida a quien le va faltando, pues tú eres la verdadera medicina, y salutífera a mi enfermedad. Sabrás, vida desta mía, que en la dichosa hora que vi tus soles llorosos por la escaramuza de que tú eras la causa, luego comencé a pelear con cinco contrarios, cuatro los cristianos, y otro tú; vencilos, y te libré; y tú me venciste y cautivaste: ¿con qué armas peleaste, que tan presto me venciste? Pero ¿para qué lo pregunto, pues eres semejanza y cifra de la hermosura, dotada en discreción, bravo donaire, brío y gentileza? Éstas son las armas con que peleaste conmigo. No hallaste en mí resistencia, porque de mis potencias estabas apoderada; tu siervo soy, y tú mi señora y mi bien. Adórote, no me aborrezcas; estímote, no me menosprecies, no seas ingrata a mi pecho fiel, amoroso y verdadero; corresponde a mi casto amor, pues te admito por mi esposa, y dame respuesta piadosa.

Y diciendo esto enmudeció. Haja le respondió, diciendo:

—Noble, brioso y esforzado caballero: aunque sin experiencia de causas de amor, por ser doncella de catorce años, recogida y noble, que presto sabrás quién soy, luego conocí ser tu accidente de amorosas llamas, y a lo que me

has dicho, digo que sea así por no contradecirte; pero bien sé que los hombres, por conseguir su lascivo deseo, dicen mil lisonjas vanas, y otras cosas o cuitas en daño de las tristes mujeres, que de ligero se creen. Quiero resolverme y responder, porque veo venir a mis hermanos, que si tú me amas, soy tu rendida; si con facilidad me quisiste, con fuerza te adoro; si te parezco bien, me parece que no hay otro en la tierra como tú. Y si como dices, me quieres por esposa, pide a mis hermanos que alcancen el sí de mi padre, que el mío en tu boca está; y te prometo que será tan imposible faltar esta ferviente fe que tengo, como pedir a la nieve que caliente, al sol que resfríe y que no alumbre, y como ver en el suelo el firmamento estrellado. Tanto es lo que te quiero, moro, que en mi alma moras; y porque llegan mis hermanos, mudemos plática, no apartándome de tu pensamiento, como yo no te aparto del mío; y cuando caminemos, como que no me has dicho nada, puedes tratar con mis hermanos el casamiento; y de no querer mi padre ni mis hermanos que me case contigo, que no me persuado a que den tan mal pago a una obligación tan grande como te tenemos, y más siendo tan principal caballero, que nosotros ganamos en que tú me quieras por esposa, yo quiero si tú me quieres; tuya soy, pues me libraste de poder de los cristianos, que es cierto que había de ser su cautiva. Pues tanto más me ha valido el trueque, dichosa suerte ha sido la mía, aunque he perdido dos hermanos, en haber venido por aquí, resultándome tanto bien de querer ser tú mi esposo; y en señal de que seré tuya, para que estés confiado en mi palabra, toma esta sortija del dedo del corazón, y ponla en el tuyo, pues el mío tienes en él.

Y diciendo esto sacó una sortija de oro con una esmeralda transparente y fina, y se la dio a Reduán, el cual la tomó con mucha alegría, y besándola mil veces la puso

en su dedo, quedando el más contento y favorecido ante el mundo. Quisiera el enamorado moro dar respuesta a su querida mora; pero no hubo lugar, porque llegaron sus dos hermanos, bañados los rostros en lágrimas por el dolor de sus dos caros hermanos, a quien venían de enterrar, y traían sus caballos del diestro. La hermosísima Haja no pudo dejar de llorar los ya difuntos hermanos. Reduán los consolaba lo que podía, diciéndoles palabras muy eficaces para ello; y con estas y otras pláticas entraron en Granada.

Era ya de noche, y dijeron los hermanos a Reduán que les diese licencia para ir a posar en casa de un deudo suyo, que era de los Almadenes y vivía en la calle de Elvira. Reduán les dijo que hiciesen su gusto, y los acompañó hasta la posada, y despidiéndose dellos se volvió a su casa. Mas al tiempo de despedirse no apartaba la vista de sus ojos el uno del otro amante, de tal manera que apartándose se consideraba sin alma Reduán, por quedársele con su señora; y Haja asimismo, por llevársela Reduán. Los caballeros y la dama fueron bien recibidos de su tío, quien recibió mucha pena por la muerte de sus dos sobrinos. A otro día por la mañana se vistió Reduán, y fue al real palacio por besar las manos al Rey, el cual en aquella hora se acababa de levantar y vestir para ir a la mezquita mayor, a ver el zalá que se hacía por un moro de su secta llamado Gidemahojo; y viendo a Reduán vestido de marlota y capellar verde y plumas verdes, alegróse grandemente con su vista, porque había muchos días que no le había visto; y le preguntó dónde había estado, y cómo le había ido en la escaramuza con Gazul. Reduán le satisfizo diciendo que Gazul era buen caballero, y que Muza los había hecho amigos. Con esto el Rey y los demás caballeros que le salían a acompañar, que por la mayor parte eran Zegríes y Gomeles, se fueron a la mezquita, y con muy grande aplauso se hizo el zalá y alcoranas

ceremonias, y se volvieron al Alhambra; y en entrando en su palacio real hallaron a la Reina y sus damas en la sala, porque era costumbre del rey Chico, y así lo tenía mandado, que en cualquier tiempo que saliese, a la vuelta había de estar la Reina y sus damas en la sala por sólo su gusto y porque se holgaba de verlas; y más a Celima, que la amaba en supremo grado, por lo cual él y el capitán Muza tuvieron muchas diferencias, como adelante se dirá.

Entraron en palacio con todos los caballeros de su corte, y todas las damas pusieron la vista en la bizarría de Reduán, espantadas de la mudanza de librea. Lindaraja le miraba de propósito, y admirada de que no la miraba, dijo entre sí: *Disimula Reduán su pasión: bien hace, que no ofenderé a mi Gazul.*

La reina dijo a Lindaraja:

– Todavía tiene esperanza Reduán de gozarte.

Respondió Lindaraja:

– Bien puede desistir de ese pensamiento, porque estoy muy fuera dél.

Dijo la Reina:

– Pues en verdad que tiene buen talle, y es galán discreto Reduán, y que cualquiera dama se puede tener por dichosa en ser suya.

– Así es, señora, Reduán merece mucho, y de no haber puesto mi afición en Gazul, es sin duda que ninguno sino él fuera señor de mí.

Con esto callaron, porque no advirtiesen las otras damas en lo que hablaban. A esta sazón le dijo el Rey a Reduán:

– Bien te acordarás que me diste palabra de ganar a Jaén en una noche; si lo cumples como me lo prometiste, te daré doblado el sueldo de capitán; y si no lo cumplieres, me has de servir en una frontera, privado de la vista de tu dama. Por tanto, apercíbete a la empresa, que yo iré en

persona a la conquista, que estoy muy sentido destos cristianos de Jaén, porque cada día nos corren la tierra, y talan la vega; y pues ellos me vienen a buscar tantas veces, será bien que vaya yo a buscarles una, y que ésta se concluya con todos.

Reduán le respondió con rostro alegre, diciendo:

—Si algún tiempo di palabra de darte a Jaén ganada en una noche, de nuevo lo confirmo, con que me des mil soldados de los que yo señalare; que yo te cumpliré lo dicho.

El rey dijo:

—No digo mil soldados, sino cinco mil te daré, y aunque yo vaya, tú has de ser capitán de todos.

—Estimo mucho la honra que me haces —dijo Reduán—, y yo me holgaría de acertar a servirte como deseo. Tu Majestad señale la gente y día que hemos de partir, que desde luego estoy dispuesto y obediente a tu gusto.

—No espero menos de ti, y no perderás el servicio que me hicieres; los caballeros que irán contigo serán Abencerrajes, Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Maliques y Alabeces, que bien sabes el valor de todos, y sin éstos irán los demás caballeros e hidalgos, pues yo voy a la jornada.

Diciendo esto entró un portero, y dijo al Rey que pedían licencia una dama y dos moros forasteros para besarle las manos. El rey dijo que entrasen. Luego entraron por la sala dos caballeros de buena gracia, marlotas y capellares, borceguíes y zapatos negros; en medio de ambos venía una dama vestida de negro, tapado el rostro con un cabo del almaizar que no descubría más que dos luceros, y bien se echaba de ver por la hermosura dellos que debía de ser perfecto en todo. Maravillado el Rey de sus funestos trajes, les dijo:

— ¿Qué es lo que queréis?

Haciendo gran reverencia al Rey y a la Reina, y a las damas que allí estaban, propuso el moro lo siguiente:

— Nuestro principal intento ha sido venir a besar tus reales manos y las de mi señora la Reina, y a que conozcas estos tus siervos. Nosotros tres somos nietos de Almadán, alcaide que fue de Ronda, y ahora lo es nuestro padre; y como tuvimos noticias de las fiestas que en esta ciudad se hacían, por celebrar los casamientos que tu Majestad ha hecho en ella, acordamos de venir a verlas. La fortuna no quiso que las gozásemos, y fue la causa que el día de las fiestas, en un lugar de grandes espesuras, que se dice el Soto de Roma, de improviso nos asaltaron cuatro caballeros cristianos muy valerosos, y tanto, que aunque nosotros nos defendimos por amparar esta doncella, que es hermana nuestra, pudieron tanto, que de cuatro hermanos que éramos, nos mataron los dos, y nosotros con temor de la muerte huimos; y si no fuera por el valor deste caballero que está junto a vuestra majestad, todos nos perdiéramos — diciendo esto, señaló con el dedo al fuerte Reduán, que venció con su valentía él solo a tres cristianos, y el otro huyó—. Venimos a darle las gracias al vencedor caballero que estaba consolando a nuestra afligida hermana, y dio licencia a los vencidos cristianos para que fuesen libres, sin quitarles ningún despojo: benignidad de noble caballero nunca vista, que con quedar herido no quiso vengarse. Os certifico, señor, que si todos los caballeros de vuestra corte son como Reduán, podéis conquistar el mundo, porque vimos que de tres botes de lanza derribó tres cristianos mal heridos, y el otro huyó. Acordamos de venir a besar las manos de vuestra majestad y a pedir licencia para ir a contar a nuestros padres esta desdicha.

Con esto no dijo más el moro, mostrando mucha tristeza, y la misma mostró el otro hermano y la doncella.

Mucha admiración causó al rey la tragedia, y la ventura de ir Reduán por aquel sitio para remediar la dama; y volviéndose a Reduán, le dijo:

—Grande era el amor que te tenía, y con esta hazaña le has acrisolado más, y desde hoy te encargo la alcaidía del castillo de Tíjola, que está junto a Pulchena.

Todos los caballeros tuvieron a heroico hecho el que hizo Reduán, y le alababan mucho; lo cual lastimaba a Lindaraja, que estaba casi arrepentida por haber despreciado a Reduán. El rey les dijo a los dos hermanos:

—Pues es vuestra voluntad de iros, id en buen hora, que licencia tenéis; pero antes que os vais querría ver el rostro desa dama por mi gusto y de la Reina; decidle se quite el rebozo, porque no será bien que dejemos de gozar de su vista, que yo bien entiendo que es peregrina a la que se infiere por los hermosos ojos que tiene.

Los hermanos la dijeron que se descubriese; ella lo hizo así, y quitándose un prendero de almaizar, descubrió su rostro que no menos que el de Diana era. Así pareció a todos los de la sala real como el sol que por la mañana sale esparciendo sus ardientes rayos: esto mismo hacía la hermosa Haja, pues los de su hermosura reverberaban en quien la miraba, y quedaban todos deslumbrados, matando con su vista a los caballeros de amor y a las damas de envidia.

A todos admiró la hermosura de la bizarra Haja, y deseaban su amistad por gozar de su hermosura. La reina que asimismo estaba espantada de la beldad de Haja, le dijo al rey:

—Sírvase vuestra Alteza de que goce yo desta dama.

—Vaya en buen hora —dijo el Rey—, que bien sé que ha de haber más de cuatro damas envidiosas de las que hoy os sirven.

Llamaron a Haja, y haciendo mesura al rey y a los caballeros, pasó a besar la mano a la Reina, y de rodillas en el suelo se la pidió. No quiso la Reina dársela, antes la levantó y la hizo sentar junto a sí. A todas las damas causó admiración la perfección con que en todo dotó naturaleza a Haja; pues aunque estaban allí Daraja, Sarracina, Galiana, Fátima, Celima, Cobayda y otras muchas damas de excelente hermosura, ninguna como la de la hermosa Haja. Reduán, que no apartaba los ojos de su adorada Haja, estaba muy receloso, y con gran temor no se le trocase y le quebrase la palabra dada. La mora miraba de cuando en cuando a su amante Reduán, y si con lanza y adarga le había parecido bien, mucho mejor le parecía vestido con el traje de corte, y más tan galán como estaba; y extendiendo los ojos por todos los caballeros presentes, ninguno la pareció llegar a poder competir con su querido Reduán. Mostrábasele grave, alegre y risueña, que no fue poco contento para el moro.

El rey dijo a Reduán:

—Mucho me holgara de ver la escaramuza que tuvisteis con Gazul, porque sería de ver, siendo ambos tan valientes.

—Yo soy testigo della —dijo Muza—, porque no pudiéndolos persuadir a que no peleasen, estuve mirando la cruel y sangrienta escaramuza, que entre un león y una onza no podía ser más violenta; y movido a compasión de que ambos no muriesen, porque no reconocí ventaja en ninguno, me puse en medio, y cesó la escaramuza quedando los dos con igual victoria.

—¿Qué les movió al desafío? —dijo el Rey.

—Son cuentos largos —contestó Muza—; no hay para qué refrescar en la memoria cosas viejas, sino decir que está en la sala la causa de su enojo.

—Ya entiendo lo que puede ser —dijo el Rey—: bien sé yo que Reduán no volverá a hacer escaramuza con Gazul sobre lo pasado en ninguna manera.

—Vuestra majestad está en lo cierto —dijo Reduán—, porque estoy ya olvidado de todo aquello; pero a la sazón perdiera mil vidas por ella, si las tuviera, lo que ahora no me pusiera a perder una.

—Debe de haber algo nuevo, que no es posible menos —dijo el Rey.

Diciendo esto, los dos caballeros hermanos de Haja se habían sentado junto a Mahandín Hamete, principal caballero y rico, del linaje de los Zegríes, el cual, habiendo visto la hermosura de Haja, estaba tan amartelado que no apartaba los ojos della; afligíale tanto la causa amorosa, que no pudiéndola resistir les dio parte a sus hermanos, diciéndoles:

—Señores caballeros, ¿conocéisme?

—No, señor, sino para serviros —respondieron ellos—, que como forasteros no conocemos particularmente a los caballeros granadinos; pero estando en compañía de tan alto rey y en su real palacio, bien inferimos que debéis de ser de estirpe clara.

—Pues sabed, caballeros, que soy Zegrí, descendiente de los reyes de Córdoba, y en Granada valgo yo tanto, que se hace larga mención de mí y de los de mi linaje, y querría, si lo tuvieseis por bien, emparentaseis conmigo dándome por mujer a vuestra hermana Haja, que me ha parecido tan bien, que me holgara ser vuestro cuñado y pariente; y a ley de moro hidalgo, que pudiera estar casado con una dama que era de lo más principal de Granada; mas no me he querido casar hasta que he visto a vuestra hermana, de la cual estoy muy pagado.

Con esto cesó el Zegrí, aguardando su bien o su mal.

Los hermanos de Haja comunicaron entre ambos si convenía o no aquel casamiento, y al fin, considerando el valor de los Zegríes, cuya fama era tan notoria, le dieron el sí, confiados en que su padre tendría por bien lo que ambos hiciesen. El Zegrí muy alegre con el sí de los hermanos, se levantó, e hincándose de rodillas habló desta suerte:

—Alto y poderoso rey, suplico a vuestra real majestad, que ya que se celebran casamientos, y por ellos hay fiestas, que se haga el mío para que goce dellas, porque sabrá vuestra majestad que, vencido de los amores de la hermosa Haja, la pedí en casamiento a sus dos hermanos, los cuales sabiendo quién soy lo han tenido por bien, y me la han prometido por mujer; por lo que suplico a vuestra majestad sea servido de que nos desposen conforme a nuestros ritos, pues se ha ofrecido esta ocasión en tan buen tiempo.

El rey, mirando a la dama y a sus dos hermanos, admirado de tan repentino acuerdo, dijo que si era gusto dellos, y la dama quería, que él era contento.

Todos se admiraron del caso, y callaron hasta ver en qué paraba; pero Reduán ardiendo en enojo e ira, se levantó en pie, y dijo:

—Señor, a este casamiento que pide el Zegrí no hay lugar, porque es mi esposa desde que la libré de los cristianos, y entre los dos nos hemos dado palabra de esposos, y hay también prendas que son confirmación desto que digo: nadie como la dama puede decir lo que pasa; y no pretenda agraviarme ninguno, porque me lo pagará.

El Zegrí respondió alborotado que Haja no se podía casar sin licencia de su padre o hermanos, y que era suya, y la defendería hasta la muerte.

Reduán, que oyó la arrogancia del Zegrí, arremetió a él para herirle con muy encendida rabia. Los Zegrís acudieron a favorecer a su pariente, y los de Reduán, Muza y los Abencerrajes fueron a socorrerle. El rey, viendo el escándalo que se empezaba, mandó pena de muerte a quien más hablase en el caso, que él determinaría lo que había de ser. Con esto se aquietaron aguardando su determinación; y visto que ya estaban sosegados, fue al estrado de la Reina, y tomó de la mano a Haja, y puesto en medio de la sala la dijo que escogiese a Reduán o el Zegrí, o aquel que más gusto le diese. La dama, viendo que no podía dejar de obedecer el precepto de su rey, se puso confusa a considerar la palabra que habían dado sus hermanos al Zegrí, y por otra parte consideraba el mucho amor que tenía a su Reduán y él a ella, y el haberla librado del cautiverio, y los coloquios amorosos que entre los dos habían pasado, y a la fe y palabra que había dado de ser su esposa. Considerándolo todo muy bien, se fue con el Rey de la mano adonde estaban los caballeros juntos, y llegados, haciendo una reverencia al rey, le dio la mano a Reduán, diciendo:

— Señor, éste quiero por esposo.

El Zegrí quedó avergonzado de que él fuese el desechado; y no pudiendo sufrir el dolor se salió de palacio con intento de vengarse de Reduán, del cual se celebraron aquel día las bodas, y al siguiente hubo fiestas y zambra; y estando ocupados en estas fiestas, trajeron nuevas como mucha compañía de cristianos corrían y talaban la vega, y así fue necesario dejar las fiestas por salir a ella para pelear con los cristianos.

El valeroso Muza, como capitán general, salió luego al campo acompañado de mil de a caballo y dos mil peones, y en topando el escuadrón de los cristianos trabaron muy sangrienta escaramuza, en la cual murieron muchos de

ambas partes; mas siendo el poder de los moros mayor, por haber tres veces más gente que de los cristianos, quedaron vencedores, y ganaron dos banderas cristianas, y cautivaron muchos cristianos, aunque les costó cara esta victoria, porque murieron más de seiscientos moros. En este día hicieron los caballeros Abencerrajes y Alabeces grandes cosas en armas, y si no fuera por su valor no se venciera la escaramuza. Volvió Muza victorioso a Granada, con lo cual se holgó el Rey. También se señaló en este día Reduán, a quien el Rey abrazó con muy grande amor, y por la victoria tornaron a hacer fiestas otros ocho días, y por los casamientos; las cuales pasadas, determinó el Rey salir a correr la tierra de los cristianos, porque lo deseaba, en particular a Jaén, que era quien más daño le hacía; y dándole el cargo de capitán general al valiente Reduán, como está tratado y atrás habemos dicho, se partió de la ciudad de Granada.

En que se da cuenta del cerco de Granada por los Reyes Católicos, y de la fundación de Santa Fe

EL verano siguiente vino el rey don Fernando a Córdoba, y allí tuvo ciertas escaramuzas con los moros de Granada, y quitó el cerco de Salobreña que tenían los moros en aprieto. Hecho esto, se fue a Sevilla a tratar ciertas cosas para el cerco de Granada. Volvió a Córdoba, y de allí vino a la vega de Granada y destruyó todo el valle de Alhendín, y mataron los cristianos muchos moros y quemaron nueve aldeas. En una escaramuza murieron muchos Zegríes a manos de los cristianos Abencerrajes, y un Zegrí escapó huyendo a darle esta mala nueva al rey moro.

El rey don Fernando puso su real en la misma vega, donde estaba prevenido todo lo necesario, y puso toda su gente en escuadrón formado con todas sus banderas tendidas y su real estandarte, en el cual llevaba por divisa un Cristo crucificado. Por la nueva que llevó el Zegrí al rey se hizo este romance:

Mensajeros han entrado
al rey Chico de Granada;
entran por la puerta Elvira,
y paran en el Alhambra.
Ése que primero llega
Mahoma Zegrí se llama;
herido viene en un brazo
de una muy mala lanzada.
Y así como hubo llegado,
desta manera le habla,

con el rostro demudado
de color muy fría y blanca:
–Nuevas te traigo, señor,
y una muy mala embajada.
Por ese fresco Genil
mucha gente viene armada:
sus banderas traen tendidas,
puestas a son de batalla,
un estandarte dorado
en el cual viene bordada
una muy hermosa cruz,
que más relumbra que plata,
y un Cristo crucificado
traía por cada banda.
El general desta gente
el rey Fernando se llama:
Todos hacen juramento
en la imagen figurada,
de no salir de la vega
hasta rendir a Granada.
Y con esta gente viene
una reina muy preciada,
llamada doña Isabel,
de grande nobleza y fama.
Veisme aquí, herido vengo
ahora de una batalla,
que entre cristianos y moros
en la vega fue trabada.
Treinta Zegríes quedan muertos,
pasados por el espada
de cristianos Bencerrajes
con braveza no pensada.
Perdóname por Dios, rey,
que no puedo dar el habla,

que me siento desmayado
de la sangre que me falta.
Estas palabras diciendo,
el Zegrí allí se desmaya:
desto quedó triste el Rey,
que no pudo hablar palabra.

Otros cantaron este romance de otra manera; y porque no se le hace agravio al que le compuso, lo pondremos aquí, aunque los romances tienen un mismo sentido, y dice así:

Al rey Chico de Granada
mensajeros lo han entrado;
entran por la puerta Elvira
y en el Alhambra han parado.
Éste que primero llega
es un Zegrí muy nombrado,
con una marlota negra,
señal de luto mostrando;
las rodillas por el suelo,
desta manera ha hablado:
—Nuevas te traigo, señor,
de dolor en sumo grado.
Por ese fresco Genil
un campo viene marchando,
todo de lucida gente,
sus armas van relumbrando.
Las banderas van tendidas,
y un estandarte dorado:
el general de esta gente
es el invicto Fernando.
En el estandarte trae
un Cristo crucificado;

todos hacen juramento
morir por el figurado,
y no salir de la Vega,
ni volver atrás un paso,
hasta ganar a Granada
y tenerla a su mandado.
Y también viene la Reina,
mujer del rey don Fernando,
la cual tiene tanto esfuerzo
que anima a cualquier soldado.
Yo vengo herido, buen rey,
un brazo tengo pasado,
y un escuadrón de tus moros
ha sido desbaratado.
Todo el campo de Alhendín
queda roto y saqueado.
Estas palabras diciendo
cayó el Zegrí desmayado.
Mucho lo siente el rey moro;
del gran dolor ha llorado;
al Zegrí quitan de allí
y a su casa le han llevado.

Dejando ahora los romances, y tornando a lo que hace al caso de nuestra historia, el rey don Fernando asentó su real y le fortificó con muy gran discreción, y conforme práctica de milicia, y en una noche se hizo allí un lugar en cuatro partes partido, quedando en cruz; el cual tenía cuatro puertas, y todas se veían estando en medio de las cuatro calles. Hízose esta población entre cuatro grandes de Castilla, y cada uno tomó un cuartel a su cargo. Fue cercado de un firme baluarte, todo de madera, y por encima cubierto de lienzo encerado, de modo que parecía una firme y blanca muralla, toda almenada y torreada;

siendo una cosa muy de ver, que no parecía sino labrada de una muy curiosa cantería. Otro día por la mañana cuando los moros vieron aquel lugar hecho y tan cerca de Granada, todo torreado, se maravillaron mucho de verle. El rey don Fernando, como vio acabado aquel lugar, y con tan gran perfección, le hizo ciudad, y le puso por nombre Santa Fe, y la dotó de muchas franquezas y privilegios, de los cuales hoy día goza. Y porque esta ciudad se hizo desta suerte, se compuso este romance antiguo, que dice así:

Cercada está Santa Fe,
con mucho lienzo encerado,
al derredor muchas tiendas
de seda, oro y brocado,
donde están duques y condes,
señores de gran estado,
y otros muchos capitanes
que lleva el rey don Fernando.
Todos de valor crecido,
como ya lo habréis notado
en la guerra que se ha hecho
en el granadino estado.
Cuando a las nueve del día
un moro se ha demostrado
sobre un caballo negro
de blancas manchas manchado;
cortados ambos hocicos,
porque le tiene enseñado
el moro, que con sus dientes
despedace a los cristianos.
El moro viene vestido
de blanco, azul y encarnado;
debajo de esta librea
traía un muy fuerte jaco;

una lanza con dos hierros
de acero muy bien templado,
una adarga hecha en Fez
de un ante rico extremado.
Aqueste perro con befa
en la cola del caballo
la sagrada *Ave María*
llevaba haciendo escarnio.
Llegando junto a las tiendas
desta manera ha hablado:
— ¿Cuál será aquel caballero,
que sea tan esforzado
que quiera hacer conmigo
batalla en aqueste campo?
Salga uno, salgan dos,
salgan tres o salgan cuatro:
el alcaide de los Donceles
salga, que es hombre afamado.
Salga ese conde de Cabra,
en guerra experimentado;
salga Gonzalo Fernández,
que es de Córdoba nombrado,
o si no Martín Galindo,
que es valeroso soldado;
salga ese Portocarrero,
señor de Palma nombrado,
o el bravo don Manuel
Ponce de León llamado,
aquel que sacara el guante
que por industria fue echado
donde estaban los leones,
y él lo sacó muy osado.
Y si no salen aquéstos,
salga el mismo rey Fernando,

que le daré a entender
si tengo valor sobrado.
Los caballeros del Rey
todos están escuchando;
cada uno pretendía
salir con el moro al campo.
Garcilaso estaba allí,
mozo gallardo esforzado:
licencia le pide al rey
para salir al pagano.
—Garcilaso, sois muy mozo
para emprender este caso;
otros hay en el real
a quien poder encargarlo.
Garcilaso se despide
muy confuso y enojado,
por no tener la licencia
que al rey le había demandado;
pero muy secretamente,
Garcilaso se había armado,
y en un caballo morcillo
salídose había al campo.
Nadie le ha conocido,
porque sale disfrazado;
fuese donde estaba el moro,
y de esta suerte le ha hablado:
— Ahora verás tú, moro,
si tiene el rey don Fernando
caballeros valerosos
que salgan contigo al campo.
Yo soy el menor de todos,
y vengo por su mandado.
El moro cuando le vido
en poco le había estimado,

y díjole desta suerte:
— Yo no estoy acostumbrado
a hacer batalla campal
sino con hombres barbados.
Vuélvete, rapaz — le dice —,
y venga el más estimado.
Garcilaso se enojó,
puso piernas al caballo,
arremete para el moro,
y un grande encuentro le ha dado.
El moro que esto vido,
revuelve así como un rayo;
comienzan la escaramuza
con un furor muy sobrado;
Garcilaso, aunque era mozo,
muy gran valor ha mostrado.
Diole al moro una lanzada
que el pecho le ha atravesado,
y el moro cayera muerto;
tendido le había en el campo.
Garcilaso con presteza
del caballo se ha apeado:
cortárale la cabeza,
y en el arzón la ha colgado.
Quitole el *Ave María*
de la cola del caballo,
e hincando ambas rodillas
con devoción la ha besado,
y en la punta de la lanza
por bandera la ha colgado;
subió en su caballo luego,
y el del moro había tomado.
Cargado destes despojos
al real se había tornado,

donde están todos los grandes,
también el rey don Fernando.
Todos tienen en grandeza
aquel hecho señalado;
también el Rey y la Reina
mucho se han maravillado,
por ser Garcilaso mozo
y haber hecho un tan gran caso.
Garcilaso de la Vega
desde allí se ha intitulado,
porque en la vega hiciera
campo con aquel pagano.

Como dice el romance, el Rey y la Reina y todos los del real se maravillaron de aquel gran hecho de Garcilaso, y el Rey le mandó poner en sus armas las letras del *Ave María*, con justa razón, por habérsela quitado al moro de tan indecente parte, y por ello haberle cortado la cabeza.

Desde entonces en adelante los moros de Granada salían a tener escaramuzas con los cristianos en la vega, en las cuales los cristianos llevaban lo mejor siempre. Los valerosos Abencerrajes cristianos suplicaron al rey que le diese licencia para hacer un desafío con los Zegríes. El rey conociendo su bondad y valor se la otorgó, dándoles por caudillo al valeroso caballero don Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles. Hecho el desafío, los moros Zegríes salieron fuera de la ciudad.

El desafío se hizo de cincuenta a cincuenta; y no muy lejos vinieron los Zegríes muy bien aderezados, todos vestidos de su acostumbrada librea pajiza y morada, plumas de lo mismo. Los bravos Abencerrajes salieron con su acostumbrada librea azul y blanca, todos llenos de ricos tejidos de plata, las plumas de la misma color; en sus adargas su acostumbrada divisa: salvajes que

desquijaraban leones, y otros un mundo que le deshacía un salvaje con un bastón. Desta forma salió también el valeroso alcaide de los Donceles, y llegándose los unos a los otros, uno de los caballeros Abencerrajes les dijo a los Zegríes:

—Hoy ha de ser el día, caballeros, en que nuestros prolijos bandos han de tener fin, y pagarnos la deuda que nos debéis, causa de vuestra malicia y envidia.

A lo cual replicaron los Zegríes que no se gastase el tiempo en palabras, sino en obras. Diciendo esto, se comenzó entre todos una brava y sangrienta escaramuza, la cual se holgaba el Rey de ver, y todos los demás del real. Duró esta escaramuza cuatro horas buenas, en la cual hizo el valeroso alcaide de los Donceles cosas maravillosas; tanto, que fue parte su bondad para que los Zegríes fuesen desbaratados, y muchos muertos, y los demás puestos en huida. Los Abencerrajes los fueron siguiendo hasta meterlos por las puertas de Granada. Aquesta escaramuza puso a los Zegríes en grande quebranto, y al mismo rey de Granada, que lo sintió mucho, y de allí adelante se tuvo por perdido.

Otro día siguiente la reina doña Isabel tuvo gana de ver el sitio de Granada, y sus murallas y torres; y así, acompañada del Rey y de los grandes, y gente de guerra, se fue a un lugar llamado la Zubia, que está a una legua de Granada, y de allí se puso a mirar la hermosura y amenidad de la ciudad. Miraba las torres y las fuerzas del Alhambra; miraba los labrados y costosos olivares; miraba las Torres Bermejas, la brava y soberbia Alcazaba y Albaicín, con todas las demás torres, castillos y murallas. Holgábase mucho de verlo todo la cristianísima reina, y deseaba verse dentro y tenerla ya por suya. Mandó la Reina que aquel día no hubiese escaramuza, mas no se pudo excusar, porque sabiendo que estaba allí la Reina,

quisieron darla pesadumbre; y así salieron de Granada más de mil moros, y trabaron escaramuza con los cristianos, la cual se comenzó poco a poco y se acabó muy de veras y a gran priesa, porque los cristianos les acometieron con tanta fortaleza, que los moros huyeron, y los cristianos siguieron el alcance hasta las puertas de Granada, y mataron más de cuatrocientos dellos y cautivaron más de cincuenta. En esta escaramuza se señaló grandemente el alcaide de los Donceles, y Portocarrero, señor de Palma.

Este día mataron a casi todos los Zegríes: también esta pérdida sintió el rey de Granada, porque fue mucha. La reina se volvió al real con toda su gente, muy contenta de haber visto a Granada y su asiento.

PARTE SEGUNDA

En donde se ponen las causas porque se tomó a levantar Granada y su reino esta última vez, y la orden que se tuvo entre los moriscos para hacer de secreto un alarde de toda la gente de guerra del reino, y otras cosas

REMATADAS las prolijas y sangrientas guerras que los reyes cristianos de Castilla y León tuvieron con los moros que ocupaban a España, desde el infante don Pelayo hasta don Fernando V y reina doña Isabel, reyes de gloriosísima memoria, habiéndose pasado en la conquista ochocientos años; acabada de todo punto por estos dos esclarecidos monarcas la toma de Granada, como ya tenemos tratado en la primera parte desta historia, y habiendo los mismos puesto y adornado a esta ciudad con toda aquella grandeza que la pertenecía, con una real chancillería y corte, y otras cosas de mucha nobleza, haciendo una real y suntuosa capilla, lugar diputado para su enterramiento, y quedando ya la ciudad y reino quietos y sosegados; después de hechas muchas y muy grandes mercedes a los caballeros moros que en aquella conquista les habían sido propicios y favorables, así como también a sus grandes y a otros que se señalaron en la tal guerra, se tornaron para Castilla, dejando a Granada muy poblada de valerosos cristianos, y la famosa y real Alhambra con muy

buena y segura guarnición de soldados. Pusieron por alcaide della al valeroso conde de Tendilla, llamado don Íñigo López de Mendoza. Pero no habían pasado aún dos meses que los Católicos Reyes habían partido de Granada, cuando ciertos lugares de las Alpujarras se tornaron a levantar y tomar armas contra los cristianos. Esta rebelión fue presto apaciguada, porque los cristianos, haciendo armas con los moros inquietos, los sojuzgaron y oprimieron, y a los principales promovedores castigaron cruelmente.

Mas muy poco aprovechaban estos ejemplares castigos, porque todavía los moros no dejaban de hacer gran daño a los cristianos de secreto, matando al que cogían, de tal forma que éstos no osaban andar por la ciudad de noche, ni salir a las huertas siendo menos de cuatro o seis de camarada, pues si iban de otra suerte, los moros los mataban. Duró esto todo el tiempo que los moros estuvieron en el reino, y no eran parte los crueles castigos que en ellos hacía la justicia para que no usasen sus maldades y odios contra los cristianos.

Levantose entre los moros uno muy bravo, llamado Arroba, el cual con trece compañeros, tan malos y endiablados como él, hacían tanto daño y causaron tantas muertes de cristianos, que pasaron de cuatro mil los que mataron en los caminos de Aguas Blancas, entre Granada y Guadix. Mas Dios fue servido de que al fin él y los suyos fueran presos y hechos piezas, y sus cabezas puestas en una torre; la de Arroba un palmo más alta que las otras, porque fuese conocida.

Sin éste hubo otros muchos moros que hicieron grandes males, y se pasaron en África. Otro muy bravo y cruel, llamado el Cañarí, tomando por guarida el espeso Soto de Roma con varios compañeros de su traza, hizo muchos daños en los cristianos que pasaban por los caminos; pero

también quiso Dios que él y su compañía fuesen presos y hechos cuartos.

Con todo eso, aprovechaban muy poco estas diligencias, porque de secreto eran muchos cristianos muertos y hechos pedazos, y amanecían puestos en la plaza Nueva y en la de Vivarambla, lo que fue causa de que los cristianos, no pudiendo sufrir semejantes maldades, acordaron de pagarles en la misma moneda; y juntándose en cuadrillas muchos, muy bien aderezados, salían de noche, y al moro que encontraban luego le mataban, y al otro día amanecían los muertos tendidos por la ciudad y por las huertas.

Así vino a tal estado el negocio, que dentro de la misma ciudad se renovaron las guerras civiles de tal forma que nadie osaba andar por las calles, y convino que estuviese puesta en arma muchos días, hasta que fue aplacándose aquella furia infernal por los crueles castigos que hacía la justicia, tanto en los cristianos como en los moros. Mas, aunque se aplacó, no paró por eso el mortal odio de los moros contra el bando cristiano, ni quedó jamás desarraigado de sus ánimos, no olvidando las ofensas recibidas con la pérdida de su antigua ciudad: así se puede decir con verdad, que Granada y su reino no fueron acabados de ganar según las cosas sucedían, porque siempre los moros tuvieron deseo de tornar en su libertad y recobrar su dominio, procurándolo por muchas vías y modos, y teniendo para ello en varias partes armas y bastimentos escondidos, que después fueron hallados, como diremos más adelante.

Desta suerte el estado granadino estuvo setenta y siete y más años, floreciendo, sin embargo, la ciudad tan altamente, que bien se puede decir que en España no había otra, por populosa y grande que fuera, que la hiciese ventaja en tratos y comercios, grandes bastimentos y

soberbios edificios. Hízose en ella uno de los más famosos templos del mundo, el cual se puede tener por una de las siete maravillas dél, y además otras muchas y muy famosas iglesias y conventos de todas las órdenes, especialmente el del glorioso San Jerónimo, donde está el enterramiento del duque de Sesa, adornado de inmortales trofeos, banderas y estandartes, señal de las famosas y gloriosas victorias tuyas y de tus pasados, especialmente de aquel famoso y gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, claro sol del hispano suelo, cuya gloria inmortal será para siempre viva entre los hombres.

En este tiempo pues el católico y serenísimo rey don Felipe, segundo deste nombre, mandó con piadoso celo, y por la honra de Dios, que los moros de Granada siendo bautizados y cristianos, para que mejor sirviesen a Dios nuestro Señor, mudasen de hábito, no hablasen su lengua ni usasen sus leylas y zambas, ni hiciesen las bodas a su usanza, ni en las navidades y días de años nuevos sus comidas según su costumbre, que las llamaban mezuamas, siéndoles además desto vedadas otras cosas, porque no convenía que las usasen. Hacíase esto así para que los moriscos se enterasen más en las santas costumbres de la fe católica, y olvidaran el Alcorán y las cosas de su secta. Mandólo Su Majestad por acuerdo de los de su real consejo y de otros santos varones amigos de Dios y celosos de su honra.

Publicado esto en Granada y su reino, se impusieron graves penas a los moriscos que faltaran a su cumplimiento; y estuvo bien acordado y mandado, porque el corazón del Rey está en la mano de Dios, y al cabo debía ser así, pues no se menea la hoja del árbol sin la voluntad divina: se hizo con santo celo, y quiso Dios que fuese así, para que aquel antiguo reino fuese de todo punto conquistado y quitados los moros de tan antigua posesión.

Es verdad también que dello resultó gran pérdida y derramamiento de sangre cristiana, grande menoscabo en las rentas de Su Majestad y ruina de muchos pueblos del reino de Granada, que han caído y se han perdido para siempre.

Habiéndose pregonado pues que los moriscos de Granada dejasen lengua y hábito, luego todo el reino fue alborotado, y quedó malcontento de tal mandamiento; y así los más principales de la tierra se comunicaron sobre lo que harían en este caso. Después de haber tratado muchas cosas sobre ello, pareciéndoles no poder sufrir las que se les mandaban que cumpliesen, teniéndolas por graves e intolerables, determinadamente acordaron de levantarse y tomar armas, incitados de una infernal furia y movimiento y predominando sobre ellos algún furor celeste. Porque se entiende no poder ser menos este movimiento sino que el sangriento Marte les incitara, haciéndoles tomar armas y tender banderas contra las cristianas legiones, bajando al furioso Infierno y despertando a la cruda guerra que estaba ya olvidada y descuidada del bullicio de las armas. Salió ésta pues de la tenebrosa oscuridad, y dando en el vergel rico de Granada y sus tierras, sopló tan duramente en los oídos y entendimiento de los moros granadinos, que les hizo dar en un acelerado movimiento belicoso, disponiéndose a tomar las armas contra el cristiano bando.

Y así de todo punto determinados a tan sangrientos pensamientos, habiéndose comunicado los más poderosos del reino, fue acordado que se hiciese alarde de la gente de guerra que podía haber en él, y que esto fuese con tal secreto, que de nadie fuera entendido, para lo cual se dio en una diabólica astucia, y fue pedir a la ciudad de Granada licencia para hacer un hospital muy grande, en donde fuesen curados los moriscos pobres enfermos del mal de la lepra. Habida esta licencia, y señalado el sitio en

San Lázaro fuera de la ciudad, camino de Albolete, dieron orden con cartas y permiso del provisor, que era el doctor Román, grande hombre en letras, para que fuesen dos moriscos por todo el reino y por todas las Alpujarras a pedir limosna para la obra de aquel hospital. Y el orden que en esto se llevaba era que la casa en que había dos hombres de pelea diese dos cuartos, y donde uno, uno; deste modo, según el número de hombres que había en cada casa, así se daban los cuartos; y por este secreto ardid, contando los cuartos se halló que habría cuarenta y cinco mil hombres de pelea, puestos ya en una lista y conjurados a tomar armas. Acordaron luego escribir al Ochalí, rey de Argel, una carta, cuyo tenor es el siguiente:

El gran Mahoma manda muy expresamente en su ley que los moros necesitados y puestos en trabajos sean por los de su ley socorridos, especialmente en las guerras contra los cristianos: esto nos dice en el Alcorán, en el libro intitulado De la Espada. Ahora pues, esclarecido rey de Argel, forzados de inmensa necesidad en que estamos por causa de los españoles cristianos, te suplicamos que para salir de tan notables trabajos y pesada esclavitud, nos des favor y ayuda con armas y gentes de guerra; que así lo haciendo, te ofrecemos de dar y entregar a España en tus manos. Y para ello sabrás que tenemos cuarenta y cinco mil hombres de guerra, toda gente moza y con deseo de usar las armas; así con el favor del santo Alá será puesta España debajo del mando del Gran Señor, como lo fue en otros tiempo; porque ahora hay mejor aparejo y ocasión para poderlo ser, por estar las Alpujarras deste reino muy pobladas de belicosa gente y deseosa de novedades. Puertos te daremos seguros, bastimentos y dinero para pagar a los tuyos; aquí hay un lugar llamado Sorbas, marítimo, donde podrán seguramente desembarcar, y sin éste, otros muchos lugares, bien conocidos de tus cosarios, adonde ellos y tu gente podrán acudir. Por el santo Alá que no dejes de tomar esta empresa, pues tanta honra y gloria te promete el cielo

por ell., Yy con esto cesamos. De Granada a 20 días del mes de abril de 1568.

Esta carta escribieron los moros de Granada al Ochalí, rey de Argel, y le fue enviada por la parte de Vera, como se supo después; y a esta sazón estaba allí un hidalgo de Lorca, llamado Tomás de Sigura, que hubo en su poder un traslado della, el cual trujo a Lorca y allí se leyó poco antes del levantamiento.

Dada pues esta carta en las manos del famoso renegado Ochalí, luego mandó se juntara toda la gente de guerra que en Argel ganaba sueldo, y con ella a muchos capitanes y cosarios de mar; la leyó delante de todos, y después de leída pidió que le diesen su parecer sobre lo que debía hacerse en aquel caso. Muy grande ruido se movió entre toda aquella canalla, habiendo muchos y diversos pareceres: unos decían, que era justo dar socorro a los moros granadinos; otros decían que no, porque la gente granadina era ruin y de poca palabra, y mal astuta en la guerra, sin experiencia alguna de las armas, y que no podía resultar bien ninguno de aquella ida en España, porque la española gente es muy brava y robusta y muy diestra en las armas. A todas estas cosas estaba presente un morabito muy anciano, hombre de solitaria vida, de los moros de Argel muy estimado, y de quien se hacía muy grande cuenta; el cual, vista la vocería de aquella turbamulta y los pareceres tan diversos que tenían sobre el socorro de Granada, alzó un báculo que llevaba en la mano, haciendo señal para que todos callasen; y habiéndose sosegado, aguardando lo que diría Cide Bujao, que así se llamaba el morabito, habló desta manera, mostrando gran majestad y gravedad en el rostro.

—Valientes y famosos capitanes, bajáes de tierra, y los que el mar de Libia sulcáis, y las riberas españolas,

mostrando los aceros de las armas a las cristianas gentes en servicio de nuestro santo Alá y de Mahoma: entended bien lo que ahora quiero deciros, que es muy justo, y es muy santo, y a todos provechoso y muy propicio a nuestra ley tan justa y tan loable, según lo dejó escrito nuestro Mahoma en su libro *De la Espada*, adonde dice, y manda expresamente que estemos aprestados con las armas en contra de los cristianos, y que demos socorro a los nuestros si le piden; y no haciéndolo, como es justo, caemos en desgracia de Mahoma. Ahora pues es tiempo, gente ilustre, de hacerle este servicio, guardando bien su ley y mandamiento, lo que así será si socorremos al bando granadino que nos llama y quiere volverse a su Mahoma, dándole bastante ayuda con las armas para que España quede por los nuestros, y el Gran Señor corona della tome, que no pequeña gloria será nuestra. Por tanto, amigos todos, que al momento se les dé socorro a los granadinos, pues son de nuestra parte y sangre nuestra; y yo prometo daros una bula y un jubileo pleno de mil gracias, conforme a nuestros ritos y ley justa, a todos los que dieren armas y otras cualesquier municiones de guerra al granadino bando moro. Muy bien sabéis que tengo autoridades, poder y mando para darlo todo; por tanto, cada uno se disponga a dar socorro, armas y otras cosas tocantes a la guerra granadina, pues nos resulta a todos dello gloria.

Esta oración hizo el falso morabito al rey de Argel y a todos sus soldados, y fue de tanta eficacia, que todos a una voz dijeron que era muy justo dar socorro y armas a los de Granada. Luego se diputó una grande mezquita para que allí se allegaran las armas y pertrechos de guerra, y fue cosa de maravilla lo que aquel día y al otro se puso en la mezquita. Unos llevaban alfanjes, otros arcos, otros plomo, pólvora, cuerda, escopetas, y hasta las mujeres y muchachos llevaban lino y cáñamo para hacer las cuerdas;

otros llevaban flechas, y otros harina, pan y bizcocho para los navíos que habían de pasar. En fin, tanto llevaron, que la mezquita, tan grande como era, ya no cogía más: todo por codicia de ganar el jubileo desaventurado del morabito prometido.

Estando ya la mezquita llena de todas estas cosas, el Ochalí mandó llamar a consejo de guerra en su mismo palacio real, y todos los que en él se hallaron fueron capitanes y otros guerreros muy ancianos y experimentados. Tratándose de lo que se haría sobre el caso, y de si enviarían aquellas armas y municiones a los de Granada, al fin de muchos pareceres fue acordado que no se enviase cosa ninguna sin hacérselo saber antes al Gran Señor. Y así, en saliendo del acuerdo fue despachada luego y a toda priesa una galera muy velera, cuyo capitán fue un renegado, llamado Mamí, calabrés, mozo y robusto, muy entendido en la mar y terribleísimo cosario; el cual tomó el camino de Constantinopla como le fue mandado, llevando despachos para el Gran Turco acerca de lo que pedían los granadinos.

Recebidos por el Turco los despachos y enterado éste muy bien de lo que en ellos se contenía, habiendo pedido dictamen a los de su consejo, fue acordado que aquel caso fuese remitido al Ochalí, pues era gobernador de Argel, entendía bien la guerra y estaba frontero de las costas de España. El Turco con este acuerdo despachó al renegado Mamí, calabrés, dándole carta suya para el Ochalí; y aquel famoso cosario volvió en pocos días a Argel, donde la carta del Turco fue abierta y leída por el Ochalí, diciendo así:

Recebí tu carta con la de los moriscos de Granada, en que me avisas del aparato y conjunto de armas que tienes hecho para su socorro; pero no te dispongas sin hacer buena causa. Envía primero doscientos soldados, turcos de nación, y no más, y que

éstos sean valerosos; y según fuere el suceso de la guerra, así te dispondrás y me darás aviso. Si es tal que pueda tomarse semejante empresa, pediré al Francés los puertos necesario, y yo con gran poder entraré por Italia, y daré aviso al de Fez y Marruecos para que entre por la parte del poniente; y si acaso la guerra no saliese a nuestro gusto, se dará de mano. No más. D'Estambor, Selím Solimán.

Leída esta carta por el Ochalí, estuvo muy bien con lo que el Turco le avisaba y mandaba, y después la mostró a los de su consejo, quedando todos conformes. Luego el Ochalí tuvo cuidado de buscar doscientos buenos soldados, turcos de nación, para enviarlos al reino de Granada, a los cuales dejaremos ahora, por decir lo que pasaba en aquella ciudad.

Es de saber que en este tiempo, así como los moros de Granada enviaron los recados al Ochalí, rey de Argel, se iban comunicando de secreto unos con otros sobre a quién podrían elegir por rey, y todos los más principales pusieron los ojos en don Fernando Muley, señor de Valor, porque era de la casta de los reyes de Granada, muy cercano y descendiente del Miramamolín de Marruecos y Córdoba, llamado Mahomat. Este don Fernando era hijo de don Juan Muley y nieto de don Fernando Muley, a quien los Católicos Reyes hicieron muchas mercedes y dieron grandes privilegios de armas y apostamientos de lanzas con aventajados sueldos, como aparece por las reales cédulas de sus majestades, confirmadas por el Emperador nuestro señor y por su augusto hijo don Felipe II, las cuales he visto yo en Murcia en poder de Luis Albayar, granadino.

Este don Fernando que decimos era mancebo de veinte y dos años, de poca barba, color moreno, verdinegro, cejijunto, ojos negros y grandes, gentil hombre de cuerpo:

mostraba en su talle y garbo ser de sangre real, como en verdad lo era, teniendo los pensamientos correspondientes. Era veinticuatro de Granada, y de todos los moros granadinos muy estimado y respetado. Doy tantas señas dél porque le vi vestido de luto en compañía de los demás veinticuatros en las honras de la serenísima reina doña Isabel de la Paz, mujer de nuestro católico rey don Felipe II, y entonces supe quién era y cómo se llamaba. En éste, pues, pusieron los moros sus ojos para que fuera su rey, y no sabré determinar si ya le tenían hablado; pero déjase entender que sí, según después pareció.

Es ahora de saber que este don Fernando Muley, entrando un día en la sala de ayuntamiento de caballeros, habiéndose quitado la espada de la cinta para dejarla fuera, como es costumbre entre los regidores o veinticuatros, no se quitó igualmente la daga, según los demás habían hecho. Por esta razón un caballero veinticuatro, alguacil mayor perpetuo de Granada, llamado don Pedro Maza, al ver que don Fernando de Valor había dejado la espada y no la daga, le dijo:

— Señor don Fernando, mal lo hace vuesa merced en no dejar la daga con la espada, como los demás caballeros.

Don Fernando le replicó:

— Por cierto, señor don Pedro, que inadvertido lo he hecho; pero importa muy poco que yo entre con daga en el ayuntamiento, pues no hay que recelar de mí, especialmente siendo un caballero tal que muy bien podría entrar con espada y daga.

— No niego eso — dijo don Pedro —; que ya se sabe que por ser tal tiene vuesa merced real privilegio para poder llevar armas y traerlas en partes vedadas y no vedadas; mas sabe vuesa merced también que es uso y costumbre en todos los reinos y señoríos de Su Majestad que ningún

caballero, por delantero que sea, pueda meter ningún género de armas en la sala del ayuntamiento; y así no es justo que vuesa merced las meta, habiendo otros tan buenos como vuesa merced que no las meten.

Destas palabras se indignó mucho don Fernando contra don Pedro, diciéndole:

—Ninguno hay que sea tan bueno como yo, ni que con más libertad las pueda meter en cualquiera parte.

A don Pedro le enojó esto que don Fernando dijo; y ateniéndose a su oficio de alguacil mayor, le intimó la orden siguiente:

—Pues por el oficio que tengo, debo de derecho quitarle la daga; que no puede tenerla en la cinta sin tener la espada, y le tengo de hacer por ello denunciación.

Diciendo esto se llegó a don Fernando y le quitó la daga de la cinta. Don Fernando, ardiendo en ira al ver que por ser alguacil no podía estorbárselo, se la dejó tomar, diciendo:

—Vos lo habéis hecho como villano, y juro por la real corona de mis pasados, de quien soy digno, que yo tome tal venganza de vos, y aun de algunos que han consentido que la daga se me quite, que mi agravio quede bien satisfecho.

El corregidor que oyó estas palabras, mandó que le prendiesen; mas don Fernando por no ser preso salió de la sala con gran presteza y fue adonde estaba su espada, la que tomó y desenvainó, diciendo a los porteros que le querían prender, que se tuviesen, y si no, los mataría. El alguacil mayor quiso echarle mano, pero no pudo hacerlo, porque don Fernando, como era mozo muy suelto se desvió afuera, y tomando la escalera, que era llana y ancha, la salvó toda en solos dos brincos; y en llegando al zaguán halló su caballo que tenían aprestado sus criados, y sin poner pie en el estribo saltó en la silla, y apretándole

las piernas salió de las casas del cabildo con tanta ligereza como un rayo. Sus criados, visto el alboroto, y que no podían seguir a su señor, se metieron en la capilla real, que está muy cerca de las casas consistoriales. Por esto se presume que don Fernando de Valor Muley estaba en la conjuración del levantamiento del reino; esto es, por haber ido aquel día a caballo al ayuntamiento y por haber querido entrar con la daga para tener por ella aquella ocasión de salirse de Granada.

Que trata de las grandes crueldades que
los moros hacían en las iglesias y en los
cristianos, y cómo siendo avisado Su
Majestad, mandó proveer sobre ello,
saliendo el marqués de Mondéjar a las
Alpujarras, y lo que más pasó

MUY grandes eran las crueldades que los moros hacían, grandes los robos y grande su codicia de buscar armas, y todo con la pretensión de salir con su dañado intento. Así es que estando casi todo el campo armado, un día acordaron de ir al río de Almería, y llegando a un lugar muy bueno y rico llamado Guecija, lo primero que hicieron fue abrasar un rico convento de frailes dominicos, donde había un estudio grande de predicadores, degollaron a todos los frailes y desnudos en carnes los arrojaron en una balsa grande, en la que se recogían las heces de aceite de muchas almazaras, echando juntamente con ellos a otros cristianos, y en particular a la hija de un licenciado, llamado Gibaja, que era muy

hermosa. Echáronla a ésta vestida con sus ropas costosas y ricas, y así parecía en la balsa cubierta toda de grana, y con sus guantes calzados, que era grande compasión verla, así como a los demás cristianos allí degollados.

Acabadas estas y otras semejantes crueldades, se tornaron los moros a Andarax, donde acordaron de dar en Granada una noche de Navidad, la primera que venía de allí a pocos días. Para esto se concertaron de secreto con los moros de Granada, a fin de que aquella noche se pusiera a sacomano la ciudad, pues era tiempo en que los cristianos estaban ocupados en los maitines.

No quiso Dios que este concierto saliese a luz, porque no hubiese allí la destrucción que se pensaba hacer; así es, que seis días antes de Navidad nevó tan grandemente en todas las Alpujarras, que era cosa de espanto, y los caminos por donde los moros habían de venir a Granada se cubrieron de tanta nieve que por todas partes había dos picas della. Por esta causa los moros no se salieron aquella vez con su intento; pero habiéndose aplacado el temporal, de allí a quince días se metieron los moros en Granada por caminos muy secretos, y encima del Albaicín, en la plaza de Bivalbulud, comenzaron a tañer sus dulzainas, trompetas y atabales: hicieron tanto ruido, que resonaba por toda la ciudad. Luego que lo sintieron los moros de Granada, entendiendo que eran los de las Alpujarras, y viendo el poco remedio que tenían con su venida, por venir pocos y tarde, un moro viejo comenzó a tocar un añafil desde lo alto de una torre, y a cantar la siguiente canción:

Muy tarde viniste, Zaide,
trujiste pocos y venís tarde.
Si tú, buen Zaide, vinieras,
como estaba prometido,

fueras muy bien recibido
y alojadas tus banderas.
Mucho tardó Reduán
para hacer el alarde
con que sirve a su Alcorán;
y así con este desmán
trujiste pocos y venís tarde.
Aguardándote estuvimos
la noche de Navidad,
confiando en tu verdad;
mas nunca, triste, te vimos.
Tus esperanzas se van,
no porque seas cobarde
tú, ni los de Solimán,
mas, valiente capitán,
pocos sois y venís tarde,
grande fue vuestra tardanza
en acudir al Alhambra,
do había de ser la zambra,
llena de toda esperanza.
Y pues os tardasteis, Zaide,
volved, y Mahoma os guarde,
porque nos dice el alcaide
que sois pocos y venís tarde.

Estas coplas se cantaron en arábigo al son de un añafil, y por sacarlas dél a su medida, que es cosa muy dificultosa, no van tan buenas como pudieran ir; solamente diremos que cuando Reduán y Zaide, que eran los capitanes que venían con aquella gente, oyeron lo que la canción decía, y cómo les hacía perder toda esperanza sobre lo que se tenían prometido, mandaron al punto que allí en aquella plaza se publicase el Alcorán. Acabada la prédica delante de más de mil moriscos del Albaicín, que

habían salido al ruido de las armas, se fueron la vuelta de la Sierra Nevada, tres horas antes del amanecer, juntándose con ellos más de quinientos de aquel punto. Las guardas y centinelas del Alhambra, como sintieron tanto ruido y vocería, y algunos arcabuzazos que los moros tiraban, luego dieron en lo que podía ser, porque ya estaban sobre aviso, y al punto tocaron la campana de la Vela, que es muy grande, y soltaron una pieza de artillería, con lo cual toda Granada se puso en movimiento, y salieron al punto los vecinos alborotados, diciendo: *¡Arma, arma! ¡Muera el enemigo que está en nuestra ciudad!*

Comenzó luego a sonar gran ruido de cajas y trompetas, y andaba la gente trastornada por las calles, y cruzando de unas partes a otras, que no parecía sino que se hundía el mundo: todos se veían en gran peligro, porque encontrándose, luego se acometían unos a otros, pensando que eran moros, y cuando se llegaban a conocer, ya de ambas partes se había recibido muy notable daño.

Para evitar esta confusión y excusar muchas muertes, todos los cristianos se concertaron en apellidar *Santiago*, y así no se embestían unos a otros. El corregidor, acompañado de muchos caballeros y de la justicia, acudía a todas partes, y mandó por pregón que los vecinos pusiesen lumbres en las puertas y ventanas, y que en las calles se hiciesen grandes hogueras.

Ejecutándose así, aunque era de noche, parecía toda la ciudad en claro día, porque no había calle en que no hubiese ciento o más hogueras, y por todas las puertas, ventanas y azoteas había muchas luces. Luego se echó otro bando para que todos los hombres de guerra acudiesen con sus armas a la plaza Nueva, a la de Vivarambla y a todas las demás; de suerte, que en cada una dellas se puso un cuerpo de guardia. A esta sazón el marqués de Mondéjar salió del Alhambra, bien acompañado de

alabarderos y arcabuceros, dejando a buen recaudo la fuerza y castillo real, y bajó a la ciudad para saber la causa de tan crecido movimiento. No holgaban los alcaldes de corte, que andaban también exhortando y animando a la gente para que estuviesen todos a punto y bien apercebidos, hasta ver en qué paraba aquel ruido tan grande.

Los cristianos quisieran subir determinadamente al Albaicín y no dejar morisco a vida, pegando fuego a las casas; mas el marqués de Mondéjar, el corregidor y otros muchos caballeros lo estorbaron, no teniendo, sin embargo, tanta parte que al amanecer no estuviese ya lleno el Albaicín de cristianos, dando en las casas de los moriscos grandes golpes, quebrantando las puertas, matando a muchos dellos y pegando fuego a las casas; por lo cual andaba tal ruido y vocería, que semejaba a hundirse Granada. Eran tantos los gritos de las mujeres y de los muchachos, que ya los moros, forzados de los cristianos, hacían armas y peleaban cruelmente con ellos por defender sus vidas y haciendas.

Venido esto a noticia del Marqués y del corregidor, acudieron al Albaicín con gran tropa de soldados para poner remedio a tanto mal; y cuando llegaron andaba ya tan encarnizado el negocio, que era muy dificultoso el remedio; no obstante, hicieron tanto, ayudados de los alcaldes de corte y otros caballeros, que al fin hicieron retirar a los cristianos enfurecidos, y pusieron un bando con pena de la vida al soldado que no bajara luego a la ciudad y dejase al Albaicín. Obedecieron por fuerza los cristianos, dejando muertos en aquel día más de doscientos moriscos; y si los dejaran no quedara uno dellos con vida. También murieron algunos cristianos.

Ya sería buen rato del día cuando se apaciguó este terrible escándalo, y entonces el Marqués envió alguna

gente en pos de los moros que aquella noche habían entrado en la ciudad; pero no pudo haber derecho dellos, porque se habían dado tanta priesa a andar, que ya estaban en la sierra cuando los cristianos salieron de Granada.

Restituidos éstos a la ciudad, el Marqués señaló luego capitanes para que fuesen a las Alpujarras y diesen orden de apaciguar algunos lugares de los que se habían levantado. Al instante salieron con gente, y en llegando la vuelta de los Padules, hallaron que no se podría poner remedio a lo que iban, estando ya toda la tierra sobre las armas y bien apercebida, por lo cual se volvieron a Granada sin hacer cosa alguna. Luego el Marqués y el presidente escribieron a Su Majestad lo que pasaba, y queriéndolo remediar no dejando moro a vida, con asolamiento del reino, muchos de los grandes le fueron a la mano a Su Majestad, persuadiéndole que aquel ruido no era tanto como le hacían, sino causado por unos monfis que andaban salteando por los lugares de las Alpujarras, los cuales serían presos fácilmente, y hecha justicia dellos quedaría todo apaciguado.

Los caballeros que informaron así a Su Majestad eran muchos que en las Alpujarras y en el reino de Granada tenían lugares propios; y porque éstos y sus vasallos no fuesen destruidos, torcían su relación. Entendiendo el Rey que así era la verdad, amainó de su propósito y mandó al marqués de Mondéjar que allanara a los moriscos lo mejor que pudiese.

Como el Marqués tenía también allí lugares propios, y algunos de los susodichos señores le escribieron en el mismo sentido para que remediase aquel caso, con este intento mandó echar un bando prometiendo gran suma de dinero a cualquiera que le trajese la cabeza de don Fernando de Valor, que ya se intitulaba rey de Granada. A

fin de que el negocio saliese con más acierto, hizo llamar a dos moriscos, caballeros y muy ricos, de quien sentía poderse fiar, aunque había pocos de confianza en aquella sazón, y les mandó que fuesen a las Alpujarras y tratarasen con gente escogida de buenos medios para que aquel escándalo no pasase adelante, dando orden de matar al reyecillo, y ofreciendo por su cabeza diez mil ducados, sin perjuicio de las grandes mercedes que el Rey haría al hombre que le matase.

Estos dos caballeros moros partieron de Granada, y pasando por los Padules les fue preguntado a dó era el fin de su viaje y si venían huyendo de la ciudad. Ellos dijeron que sí, y que iban a Andarax a verse con el rey Muley Abenhumeya y tratar con él cosas de su provecho. Desta suerte pasaron la vuelta de Ojíjar; mas como llegaron a la Albuñuelas hallaron grandes tropas de gentes armadas, y entre ellas a muchos moriscos naturales de Granada, amigos suyos. Y maravillados de ver tanta gente de guerra, comenzaron a tratar con ellos cosas tocantes a la desventura que pasaba por todo el reino, y cómo el marqués de Mondéjar tenía prometidos diez mil ducados a cualquiera que le llevase la cabeza del reyecillo, y que además alcanzaría con el Rey que le hiciese grandes mercedes. También estos dos supieron decir, como que iban bien industriados del Marqués, que éste alcanzaría del Rey que perdonase a todos aquellos moriscos que se hubiesen levantado, y así ni más ni menos a todos los monfis, aunque hubiesen hecho muchas muertes, robos y otros males; y a todos los lugares levantados les alcanzaría igualmente el perdón con aseguramiento de sus haciendas.

Todas estas cosas dijeron los dos embajadores del Marqués con tanta habilidad, que a todos aquellos amotinados y rebelados causaron confusión y cierto

arrepentimiento de haberse levantado contra su rey. Luego comenzaron todos a decir a una voz:

– Cristianos somos, y cristianos hemos de morir. ¡Viva el Rey nuestro señor, cuyos vasallos somos! Más queremos la paz que la guerra, pues tan misericordiosamente nuestro rey nos perdona nuestros males cometidos; y de aquí prometemos buscar a Fernando de Valor y darle cruda muerte a él y al malo de su tío Abenohoar, por quien todos nos perdimos habiendo tomado su falso consejo. Desde ahora prometemos la verdadera enmienda.

Las escuadras en que se decía esto contaban más de tres mil hombres no mal armados; y luego aquella nueva del perdón general, y los diez mil ducados prometidos por la cabeza del reyecillo, voló por los pueblos más cercanos, como los Padules, Güejar, las dos Guajaras, y otros muchos lugares de las Alpujarras. Todos se determinaron a seguir la paz, y abandonar la guerra comenzada; por lo cual muchos de los que más valían vinieron a hablar con los dos moriscos que el Marqués envió para tratar aquel caso por buenos medios: el uno de ellos se llamaba el Almandarí, y el otro Abduramen. Ya tenemos dicho que éstos eran caballeros y ricos; a todos los que venían a hablarles daban nuevas de muy buena esperanza del perdón prometido por Su Majestad, con lo que todos quedaban muy contentos prometiendo buscar al reyecillo y darle muerte.

En que se pone una batalla que el marqués
de Vélez tuvo con los moros de Félix, la
más cruda que se dio en las Alpujarras,
con lo que más pasó

HABIENDO el marqués de Mondéjar dado fin a aquella batalla sangrienta de las Guajaras, mandó luego que se enterrasen todos los cristianos muertos; y mandando buscar los cuerpos de don Luis Ponce de León, don Juan de Villaroel y otros caballeros principales, los envió a Granada, donde fueron honradamente sepultados y con toda aquella pompa y grandeza que a tales caballeros correspondía. En el sepulcro del buen don Luis Ponce se puso este epitafio:

Aquí yace don Luis
Ponce de León llamado,
de valor tan ilustrado,
como lo fue, si sentís,
el de Vivar afamado.
Matole el sangriento Marte,
de envidia de su valor,
abatiendo su estandarte;
y aunque muerto, vencedor
queda Ponce en cualquier parte;
porque la fama real,
satisfecha de la gloria
de su valor sin igual,
hace al mundo ser notoria
su grandeza ya inmortal.

A otra parte de la tumba había escrito este romance:

Al pie las Guajaras altas
de un pueblo en peñas armado,
herido están don Luis
Ponce de León llamado;
que un peñasco le hiriera
desde lo alto arrojado,
subiendo que iba la cuesta
como valiente soldado.
Cuando el peñasco le hiere,
con un furor no pensado
probábase a levantar
con ánimo muy sobrado;
mas en su sangre desbarra,
que el suelo tiene bañado.
Viendo cercana la muerte
volvió los ojos al campo:
vido las rotas banderas
y el campo desbaratado;
vido la caballería
que apenas queda caballo;
miró por su gente ilustre:
no vido ningún soldado.
Con lágrimas en sus ojos
desta manera ha hablado:
— ¿Adónde estás, buen Mendoza?
¿Qué es de tu campo formado?
¿Qué es de tu caballería?
¿Dónde está tanto soldado?
¿Dónde están los capitanes
de Córdoba tan nombrados?
¿Dónde está mi escuadrón bello,
que de Sevilla he sacado?
¿Adónde está mi bandera

labrada con tanto ornato?
¿A dó mi gallardo alférez
a quien la entregué en su mano?
¡Adiós, mi patria querida!
¡Adiós claro duque de Arcos,
de mi sangre descendiente,
mi pariente muy cercano!;
ya no espero de ver más
ni patria ni vuestro estado.
¡Ay Virgen santa María,
madre del Crucificado!
Señora, valedme ahora
en este terrible paso;
y vos, mi dulce Jesús,
perdonadme mis pecados:
por defender vuestra fe
soy puesto en aqueste estado;
no por codicia del oro,
ni del despojo sobrado,
que harto me tengo yo
que vos, Señor, me habéis dado.
Diciendo aquestas razones,
la pura Parca ha cortado
el hilo dulce a la vida
de un varón tan señalado.

Encima del doloroso sepulcro estaba colgada su hermosa bandera, toda labrada de coronas de oro, y en medio el león rapante, clara divisa de su honrado y noble blasón: a la otra parte estaban su lucidas armas, las cuales eran listadas todas con oro fino, y su fuerte y acerada rodela toda abollada y casi hecha pedazos, así como las armas, por los crudos golpes de las peñas que en ellas habían dado.

Junto deste honrado sepulcro estaba el del valeroso don Juan de Villaroel, varón de gran estima y soldado veterano que en todas ocasiones había servido con mucho valor al ínclito emperador Carlos V. Encima de la tumba deste noble caballero estaba puesto este epitafio:

Don Juan de Villaroel
yace aquí, a quien ventura
le subió en tan grande altura,
cuanto se mostró cruel
después su gran desventura.
Duras peñas le mataron,
no soldados de valor;
mas no por eso su honor
los que escriben olvidaron,
dándole digno favor.
La fama de su memoria
para siempre es inmortal
por ser caballero tal,
que merece gran historia
de un valor tan principal.

Así estaba puesta también encima deste sepulcro una hermosa bandera de lucidísimos colores, y junto della las fuertes y brillantes armas de don Juan de Villaroel.

Una cosa sé decir: que la muerte destes dos valerosos caballeros fue muy llorada en muchas partes, y aun más en Sevilla y Arcos, porque el buen don Luis Ponce de León era muy gentil y gallardo, y sobre todo valiente. No hubo dama de mérito en Sevilla que no vistiese luto por algunos días, y asimismo muchos caballeros deudos y amigos suyos.

Dejando pues esto aparte y tornando al marqués de Mondéjar, así como acabó de tomar las Guajaras, sacando

de allí gran presa, fue luego tras del enemigo por alcanzarle antes de que se fortificase; siguióle hasta llegar a Lanjarón, en donde había dejado el de Valor mucha gente para su defensa, pasándose a Andarax. Los moros que escaparon de las Guajaras se fueron a Paterna, lugar fuerte, en el que pensaban poderse defender de los cristianos. Llegando el Marqués a Lanjarón tuvo un bravo reencuentro con los moros, en que murieron muchos dellos y los demás se fueron huyendo a Iubiles; siguióles allá y les dio una cruda batalla, en la que estuvo muy a pique de perderse el campo por la codicia de sus soldados que andaban desmandados.

Al fin los moros quedaron vencidos, y se fueron huyendo a la sierra; pero el Marqués, entendiendo que se habían retirado a Ojíjar, fue allá y no halló a nadie, sino saqueado todo el lugar. Volvióse el Marqués a Paterna, en donde encontró gran copia de moros puestos en defensa, y determinó darles la batalla, la cual contaremos después; y ahora referiremos la que el marqués de Vélez dio en Félix, que fue sobre modo sangrienta.

Ya dijimos cómo el valeroso Fajardo, más bravo que Rodamonte, dio la batalla en Guecija; y desbaratados los moros fue saqueado el lugar, y las moras que allí había llevadas a las tierras del Marqués para que estuviesen seguras. Díjose también que esto causó en su campo grande enojo, y que todos los soldados juraron no dejar de allí adelante cosa a vida que a sus manos viniese, atento a que el Marqués no les daba aquella rica parte de la cabalgada de Guecija, después de haber visto las grandes crueldades que hicieron los moros en aquel rico convento de la Orden del glorioso doctor San Agustín, cuyos pobres frailes fueron todos degollados, y echados en una balsa de aceite, el convento quemado y asolado, y los altares y santos hechos mil piezas.

Estando en esto el Marqués, le vino nueva de cómo en Félix se habían juntado muchas escuadras moriscas, no mal armadas, y que aguardaban para dar la batalla. Entendido esto, mandó al punto que se levantase el campo, y siendo cerca del anochecer tomó la vuelta de Félix para que los espías que le observaban de la sierra no viesan adónde marchaba. A esta sazón se encontró con don García, capitán de Almería, que venía de Félix, no habiendo osado acometer a tanta morisma como la que estaba allí junta. No hizo esto fuerza al Marqués, y pasando adelante fue a hacer noche en un campo llano donde había un aljibe lleno de agua, y junto a él hallaron un moro muerto, y algunos reconocieron ser alguacil de aquellos lugares.

Era cosa de ver las lumbres que allí el campo puso, y parecían infinitas; pero no tardó en sobrevenir una tempestad de agua y viento tan recio, que no dejó una viva. Por esta causa pasó allí el campo mucho trabajo aquella noche, especialmente los soldados que no tenían mas que los arcabuces para cobijarse; y a la mañana siguiente, habiendo amanecido muy hermoso día, mandó luego el Marqués que se diera a los soldados bastante munición de pólvora para escaramucear seis o más horas, después de lo cual se puso el campo en orden muy gallardamente.

Este día era víspera del glorioso San Sebastián, cuyo nombre tomó todo el campo para los efectos que iba a obrar; y parecía tan bien con el resplandor que al sol despedían las armas, que era cosa maravillosa. Lorca llevaba la vanguardia; Caravaca la batalla; Totana, Cehegín y los demás lugares la retaguardia. En este día llevaba el pendón del Marqués un hijodalgo de Caravaca llamado Alvaro de Moya, porque don Rodrigo de Benavides, su alférez, estaba indispuerto: este Benavides

era un caballero, deudo muy cercano del señor de Jabalquinto, junto de Linares. El pendón del Marqués era de damasco rojo, con flecos de oro y plata, y el gallardete de dos puntas, más bien grande que pequeño; por las orlas se veían unas letras plateadas, que eran *M* latinas enlazadas con *O*, también blancas, y en medio de las dos partes llevaba unos penachos, queriendo todo ello decir, *Memoria de mis penas*: cifra, si galana, oscura. Della usó el Marqués después de la muerte de su esposa doña Leonor de Córdoba y Silva, hija del conde de Cabra, a quien el Marqués amó en tan alto grado, que jamás quiso volverse a casar, como varón cuerdo y discretísimo.

Puesto el campo en marcha llegó muy cerca de Félix, y mandó el Marqués tomar allí un cerro alto antes que los moros le ocupasen para su defensa. Desde este cerro no sólo se descubría muy bien el lugar, sino que además casi toda la costa de Almería y el llano de Dalias. Enterado el Marqués de la situación de Félix, y del punto por donde más fácilmente podría entrarle, mandó bajar del cerro al ejército, y que rodease la llanura en que el pueblo estaba sentado. Hízose así con mucha brevedad, y llegando abajo la vanguardia, encontró un batallón cuantioso de moros que estaba junto al lugar aguardando para dar batalla. Alargáronse más de lo que se debía en semejante ocasión, y en las primeras cuatro filas iba casualmente un soldado llamado Francisco Sánchez, hermano de aquel Miguel Sánchez, clérigo, que martirizaron allí las moras con navajas, como ya dijimos al principio. Con este Sánchez iban más de veinte entre primos hermanos y deudos suyos; y acordándose de la injuria que se había hecho allí a su hermano, lleno de interno dolor dijo a sus deudos:

—Ahora es tiempo que estos perros paguen la muerte de mi querido Miguel, a quien con tanta crueldad hicieron pedazos.

Diciendo esto, encaró el arcabuz al escuadrón morisco, y disparó; los demás parientes suyos hicieron lo mismo, y saliendo sin orden de las hileras, acometieron con deseo de la venganza, diciendo: *Santiago y a ellos*.

Visto esto por toda la gente de la vanguardia, y creyendo que se hacía así de orden de su general, sin más reflexión arremetieron a las moriscas banderas. Por la presteza que llevaba el escuadrón cristiano, los moros no pudieron dar más de una carga; y en vista del gran poderío que venía sobre ellos, no aguardaron más en aquel paso, y principiaron a retirarse con toda priesa. Tomaron un cerrillo que estaba junto del lugar, donde había una pequeña torre, pensando allí hacer resistencia.

Como vio el Marqués que la vanguardia sin su orden había acometido y dado *Santiago*, lleno de ira mortal por tanto desconcierto, brama como un león, y dando grandes voces pica con furia a Bayarte, y atraviesa velozmente como un rayo, haciendo temblar la tierra hasta llegar a la vanguardia, con ánimo de alancear a los capitanes; mas andaba ya la gente tan revuelta una con otra, que no pudo ejecutar su saña; el ruido era inmenso, tanto de la gritería de los combatientes como del sonido de las trompetas y cajas, y parecía que se hundían los cielos, o que se venían abajo las más altas y empinadas sierras.

Viendo pues el Marqués que aquella gente bisoña andaba tan revuelta y sin orden, y que no podía poner remedio, miró por qué parte huían los moros en mayor número hacia el mar, y por ella guió su caballo, y dando con ellos prestamente, comenzó a desahogar su ardiente cólera matando y alanceando a muchos. La caballería, en vista de que el Marqués pasaba adelante tras de los moros, y que en persona obraba maravillas, le siguió a toda priesa, matando e hiriendo a cuantos pudo. Los moros amedrentados de la furia de los caballos se dividieron en

tres partes: unos tornaron la vuelta del mar, y éstos acabaron todos a manos de la caballería y de alguna infantería que la siguió; otros se dirigieron por unas ramblas abajo la vuelta de la sierra, y por allí escaparon en gran número; la otra parte tomó el cerrillo de que tenemos hablado, y desde allí principiaron a pelear como valientes, habiendo entre ellos muchas mujeres que mostraban en vano varoniles pechos, tirando peñas y losas a los cristianos para impedir que subieran la cuesta. Mas muy poco valió toda su resistencia, porque el endiablado escuadrón de Lorca parecía subir volando por ella arriba con furia infernal, y mataba o hería tan cruelmente a todos los que se le ponían delante, que cada uno de sus soldados parecía un ardiente rayo.

Atemorizadas las moras de ver aquel estrago y de que a nadie se daba cuartel, no osando aguardar el golpe último, puestas a la orilla de un tajo de peñas muy altas que miraba al mar, se abrazaban unas con otras, y llorando y gritando dolorosamente se derrumbaban abajo, llegando al hondo hechas mil pedazos. Otras cuitadas, sin resolución para dar tan peligroso salto, confiando en la misericordia cristiana, hacían cruces con palitos, e hincadas de rodillas, temblando y llorando decían: *A mí cristiana, señor, a mí cristiana*; pero el diabólico escuadrón no usaba de la piedad que aquellas pobres mujeres esperaban, antes las hacían pedazos o las echaban por las peñas abajo: crueldad terrible, nunca vista en la española nación, e indigna de pechos cristianos. ¿Qué furia infernal te incitaba a tanta ferocidad? Contra los moros y enemigos de la fe, nada digo; pero llevar con tanto rigor por el filo de las armas a las sencillas mujeres, gran crueldad era por cierto. ¿Qué culpa tenía el niño recién nacido, ni el de un año, de dos, o de más hasta doce, para que todos con insano furor fueran hechos pedazos o estrellados contra las duras peñas? Y las

tiernas y desdichadas doncellas ¿qué delitos habían cometido para no mirarlas con misericordia? He dicho que las furias infernales militaban en este campo, y no podía ser menos al ver tanta atrocidad; la soldadesca que andaba suelta por el lugar cometió crueldades inauditas y que la pluma se resiste a transcribir.

Después de robadas las casas, mataban y hacían pedazos a todo viviente, sin exceptuar a los gatos y perros. Ciertamente bien vengada fue la muerte del clérigo Miguel Sánchez, pues en menos de dos horas fueron muertas más de seis mil personas entre hombres y mujeres; y de niños, desde uno hasta diez años, había más de dos mil degollados.

Yo vi por mis ojos la cosa más atroz que jamás habían visto las gentes: a una morisca muerta de más de diez estocadas crueles en un bancal junto del lugar, y alrededor della seis hijos varones y hembras, muertos también, y con quienes ella salía huyendo por salvar la vida; mas allí la alcanzaron, la asesinaron y degollaron a sus hijos. La mezquina, por favorecer a un niño de pecho que llevaba en los brazos, se puso boca abajo, y en esta postura la mataron, tirándole también algunos golpes al tierno infante; pero Dios quiso librarle de aquella crueldad, pues aunque las armas traspasaron las mantillas, no le tocaron a la carne; y como estaba bañado en la sangre que con tanta abundancia vertía la cuitada madre, todos los soldados que pasaban por allí, pensando que estaba herido, le dejaban. La mora, revolcándose con las ansias de la muerte, se quedó boca arriba, y el niño arrastrando como pudo se llegó a ella, y movido del deseo de mamar, se asió de los pechos de la madre, sacando leche mezclada con la sangre de las heridas. Quiso su buena o mala fortuna que en aquella sazón pasara yo por allí, y mirando con horror aquel terrible espectáculo, movido de piedad, y estando

para anochecer, tomé el niño en los brazos, y le llevé al lugar, yendo en busca de mis camaradas que encontré bien alojados. Había entre ellos hombres muy honrados, llenos de virtud y misericordia, que habían amparado a muchas moriscas, queriendo Dios librarlas así de aquel cruel asalto, y una dellas que criaba tomó el niño y se hizo cargo dél.

No faltaron otros soldados nobles y piadosos que ampararon a otras muchas mujeres. Yo por mi parte digo, que salvé más de veinte, las cuales juntas con las que salvaron los demás harían el número de doscientas moras.

Este fin tuvo aquella sangrienta batalla en dicho día; y al otro, que era el de San Sebastián, salió mucha gente para reconocer el campo, y de allí se trajeron abundantes despojos de la gente muerta, de ropas, collares, zarcillos, manillas, armas y otras cosas. Todos volvían espantados de ver su propia crueldad, y tanto muerto, que causaba grandísima compasión.

A este tiempo llegó a Félix la gente de Murcia, no habiendo podido llegar antes, y con ella se holgó mucho el Marqués. No había éste olvidado el desorden que el día antes movió la vanguardia, y mandando llamar a los capitanes reprehendió aquel desatino y los trató ásperamente de palabra: ellos dieron su justo descargo, y tomados informes por el Marqués, se halló que el más culpado de todos era un soldado de Lorca llamado Palomares, al cual mandó prender y ahorcar. Visto esto por la gente de Lorca, que serían más de tres mil hombres, valientes y bien armados, se trató de no consentir que se ahorcase a Palomares, o de morir todos en la demanda, para lo cual se juntaron en una parte del campo. Los capitanes de Lorca, al ver próximo a estallar un motín tan grande, y deseosos de que no se descubriese el fatal intento de tanta gente, resolvieron hablar al Marqués y ablandarle para que no ahorcara a Palomares, atento a que era

hombre honrado, buen militar y muy bien emparentado en Lorca; y así, que del hecho podría resultar algún crecido escándalo. Mas enojado el Marqués que estaba antes de estas amonestaciones, dijo que por ningún título dejaría de ahorcar a Palomares, y si fuese menester a todo el tercio de los de Lorca. En vano intercedieron a favor del reo los capitanes y caballeros de Murcia, porque el Marqués, pertinaz en su propósito, mandó que la sentencia se pusiese al instante en ejecución.

Al llegar este caso, los de Lorca, puestos sobre las armas, principiaron a alzarse con gran grito, diciendo que no se había de ahorcar a Palomares, si no se quería que todo el campo se perdiese. Don Diego Mateo de Guevara, regidor de Lorca, padre del capitán Juan Mateo de Guevara, noble muy estimado y tenido en mucho por su valor, acompañado de don Juan Pacheco, capitán de la caballería de Murcia, y de otros caballeros principales, se fue con toda priesa a la posada del Marqués, el cual había mandado que a nadie se diera entrada; pero como don Juan era hombre tan principal y distinguido, en llegando, a pesar de los porteros y de la guardia, entró en el aposento donde estaba el Marqués y le suplicó encarecidamente que aquel negocio no pasara adelante, porque todo el tercio de Lorca estaba empeñado en defender a Palomares, y de su ejecución podría resultar grandísimo daño en el real. Viendo Diego Mateo de Guevara que las palabras de don Juan no ablandaban al Marqués, le habló desta suerte, poniendo en peligro su propia vida.

—No dejo de conocer, excelentísimo señor, que la justicia es buena en todas partes, y más necesaria en la guerra; porque si en tales casos no se ejecutase, muy fácilmente vendría a perderse un crecido campo. Así, digo que la culpa hallada en Palomares es digna de castigo; mas vuestra excelencia considere que la razón estaba de parte

del reo y de los demás deudos y amigos, moviendo los ánimos a cruda venganza del pariente que fue hecho pedazos en Félix; y como gente bisoña, no advertida del castigo que de su atrevimiento le podría venir, descompuso la escuadra de sus capitanes. Atento a esto, y a que el pueblo estaba muy poblado y fortalecido de enemigos crueles de nuestra santa fe católica, me parece, salvo mejor dictamen, que no se debiera ejecutar la justicia en Palomares con el rigor que manda vuestra excelencia; y adviértase que para los yerros impensados y sin malicia hechos hay siempre llana misericordia en los generales y maestros de campo. Ciertamente Palomares no erró de malicia, sino que obró con los demás de su bando, como gente indisciplinada en el arte militar; pues si fuera un soldado de muchos años de servicio, y que sabiendo las leyes de la milicia cometiera un yerro semejante, sería digno de riguroso castigo; y aun para con un soldado tal se ha de extender la misericordia de un capitán generoso. Éste ha de hacer cuenta de no perder sin mucha necesidad ningún soldado de su campo; porque si los enemigos le matan uno y él ahorca a otro, ya le faltan dos soldados que pudieran servir bajo de sus banderas gloriosamente en otra ocasión. Bien sabe vuestra excelencia que el emperador Carlos V, nuestro señor, de gloriosa memoria, bajo de cuyas banderas militó muchos años, usaba siempre deste buen término con los suyos; y así fue de la gente española tan amado como vuestra excelencia sabe y todos sabemos: en los generales y capitanes más ha de campear la misericordia que la justicia. Traiga vuestra excelencia a la memoria aquel hecho del magno Alejandro, que habiendo caído un soldado en falta tal como la de sentarse en su real silla y quedarse allí dormido, cuando llegó allá y encontró ocupado el puesto, los capitanes y caballeros que le acompañaban iban a echar mano del dormido para

prenderle o matarle; pero Alejandro los contuvo diciendo: *Dejadle dormir, que otra vez velará para guardar mi persona, y el buen soldado no merece tan mal galardón. Éste por su largo velar en mi servicio, vino a dormirse, y por cierto que no pudo hallar mejor cama que mi silla; puede que otra vez vele sobre los filos de su misma espada sirviendo a mi corona.* Estas expresiones fueron dignas de un rey generoso y tan buen general como Alejandro; y así, señor excelentísimo, pues en vos reside no menos generosidad y valor de ánimo, según tenemos visto y experimentado, usad de igual indulgencia con Palomares. Su yerro fue grande; mas considerando la inocencia del pecador, y que yendo la guerra adelante, él y sus deudos podrían servir a vuestra excelencia y darle gusto en otra ocasión, perdónesele. Si Palomares no lo merece, sus padres y abuelos lo tienen bien merecido sirviendo a vuestra excelencia y a sus antepasados; y si sus padres y abuelos tampoco lo merecieron, baste haberlo suplicado el señor don Juan Pacheco; y si sus ruegos no alcanzan, merézcalo Lorca, de donde es hijo Palomares, por cuyos servicios la casa de vuestra excelencia está puesta en el cuerno de la luna, con todo el lustre que ahora tiene. Y si en Murcia y su reino hubo adelantados del linaje de vuestra excelencia, Lorca fue siempre parte para que los hubiese; y si los varones ilustres de la casa de vuestra excelencia vencieron veinte y dos batallas de moros, y ganaron setenta y dos villas y castillos fuertes, que pusieron bajo las reales coronas de Castilla y León, los de Lorca tuvieron mucha parte para que aquéllos lo pudiesen hacer; y si ilustración y resplandor ha tenido y tiene la casa vuestra excelencia, Lorca ha sido la causa. Por tanto, a vuestra excelencia suplico que Palomares, hijodalgo de Lorca, no pase por esa muerte contra él pronunciada; advirtiéndole al mismo tiempo que hay tres mil hombres paisanos suyos puestos

sobre las armas y decididos a perder la vida por salvarle. Vea pues vuestra excelencia lo que determina en este caso, y a mí por haber osado entrar en tan largo parlamento, mande vuestra excelencia que se me aplique el castigo que guste, pues mis servicios y los de mis padres hechos a la casa de vuestra excelencia merecen que se me dé.

Aquí dio fin a su razonamiento el buen Diego Mateo de Guevara, y después don Juan Pacheco, Alonso Gualtero, Nofre Ruiz, Andrés Mora, sargento mayor; don Rodrigo de Benavides, alférez del estandarte del Marqués, y otros caballeros y capitanes de Murcia y Lorca hicieron tanto, que al fin el Marqués perdonó a Palomares.

Luego que se supo esta nueva hubo gran contento y regocijo en todo el real, y a esta misma sazón llegó una buena compañía de Lorca, compuesta de cuatrocientos soldados, bien armados todos, y cuyo valeroso capitán se llamaba Juan Mateo Rendón de Luna, hombre hidalgo y distinguido. Dieron noticia del arribo desta compañía al Marqués, quien se holgó mucho saliendo a ver la gente a la puerta de su posada, y observando que venía equipada tan bien. Su excelencia, que estuvo allí algunos días aguardando cierta orden del Rey, mandó que se llevaran a la iglesia las moras para repartirlas entre los capitanes y soldados; y hecho esto así fueron llevadas luego a los Vélez, a Lorca y a otras partes. Mas porque ya nos aguardan el reyecillo y el marqués de Mondéjar, daremos fin a este capítulo diciendo primero el romance relativo a lo pasado.

El campo del buen marqués,
que Fajardo se decía,
parte de Guecija en orden
ya después de mediodía.
Concertadamente marchan

de cinco en cinco las filas,
y allá al ponerse del sol
encuentran con don García,
que volvía ya de Félix,
y ver su gran morería,
dándole aviso al Marqués,
y de cómo se volvía
sin osar acometer
a las moriscas cuadrillas.
El Marqués pasa adelante;
despídese de García,
hizo el campo en la campaña
alto en esta noche fría.
Un agua viento le coge
con mucha nieve esparcida,
que le pone en gran trabajo
y muy crecida fatiga;
mas rompiendo el alba clara
muy bello se muestra el día.
Manda el Marqués que se dé
munición muy bien cumplida
de pólvora al campo todo
para tres o cuatro días.
A Félix el campo parte
con placer y gallardía;
Lorca lleva la vanguardia,
Murcia de batalla iba,
Cehegín y Caravaca
la retaguardia regían.
El campo a Félix descubre
desde un monte que allí había;
manda el Marqués que descienda
el campo de aquella cima,
y que se ponga en lo llano

así marchando como iba.
Mas bien cerca del lugar
un grande escuadrón había
de aquella morisma gente
que con valor insistía,
aguardando la batalla
que el Marqués darles quería.
La vanguardia los embiste
antes que el Marqués lo diga,
y los moriscos descargan
toda su arcabucería;
no cargan segunda vez,
porque la gente se anima
de aquel escuadrón cristiano,
y ataca con gallardía.
Los moros que ven tal campo
y tanta caballería,
al lugar se retiraron
por encontrar mejoría.
Apretaron los cristianos,
y *Santiago* apellidan;
los moros dan a huir
cada uno cual más podía;
otros tomaron un cerro
que junto al lugar había,
y otros tomaban la sierra
que de Gádor se decía;
otros van hacia la mar
por una derecha vía.
El Marqués que aquello vido
a su buen caballo pica,
y por los moros se mete
con gran valor y osadía:
Los de a caballo le siguen,

y todos van a porfía
matando moros y moras
que se iban a la marina.
Todo el lugar se saquea,
no dejan persona a vida,
y tanta es la crueldad
de las cristianas cuadrillas,
que más de ocho mil fenecen
de la canalla morisca,
entre niños y mujeres,
que el verlos es gran mancilla;
sin otra gente de guerra
que murió en aqueste día.

En que se pone cómo Abenhumeya
viéndose poderoso pretendió tomar a
Motril. Enamórase de la mora Zahara, y el
moro Benalguacil, por celos que tiene
de ésta, trata con Avenabó, primo del
reyecillo, sobre darle la muerte, urdiendo
para el caso una gran
traición

YA hemos contado cómo Abenhumeya se alojó en Andarax, y que andaba muy ufano de tener a su servicio tanta gente de guerra, aunque por sus crueldades y soberbias se había hecho aborrecible. Con todo eso, tenía gran partido entre los moros que seguían sus banderas de buena voluntad y le querían bien. Entre ellos había uno muy allegado suyo, llamado Benalguacil, buen militar, gallardo y valeroso, que amaba a una prima suya llamada Zahara, viuda, porque su marido fue muerto a manos de los cristianos. Zahara era muy hermosa, tenía buena voz, tañía a la morisca y a la castellana, y danzaba extremadamente. Amaba de corazón a su primo Benalguacil, pero de suerte que entre los dos amantes se pasaban secretos sus amores.

Éste un día, hablando con Abenhumeya de cosas de galantería y de damas, como hombre favorecido y bien andante en tener por suya a Zahara, pareciéndole que no se goza el bien que se tiene si no es comunicado, principió a contar al rey que tenía una dama hermosísima, dotada de mucho donaire y gracia, buena cantora y maravillosa bailarina. Tanto la elogió y supo decir della, que Abenhumeya

de resultas de haberle oído quedó muy amartelado della y con encendido deseo de verla. Disimulando su propósito a Benalguacil, y sin mandar, como pudiera, le rogó que la trajese a su casa, porque la quería ver y hacerla grande honra y servicio. Aunque arrepentido ya el amante de haber alabado tanto a su dama, sufriendo su pena, aquella misma noche la llevó a casa del reyecillo, en donde a su ruego danzó y tañó, y dijo la canción siguiente en lengua castellana:

Tus banderas ilustradas
veas, rey, con mil trofeos
de los cristianos arreos,
y con glorias levantadas
pasando los Pirineos;
Tu ventura sea tal,
tan alta y tan principal,
que iguales a Octaviano,
que fue emperador romano
con gloria excelsa inmortal.
Y de Granada el imperio
tengas como tus pasados;
los cristianos asolados
queden con gran vituperio
por tus gentes destrozados
y que te canten con glorias
tus señaladas victorias,
tanto que lleguen al cielo,
y a la redondez del suelo
les sean todas notorias.

Cantó esto la hermosa mora con tanta gracia, que de la suavidad y dulzura de la voz se quedó el reyecillo embelesado y fuera de sí. Luego de todo punto rendido a

la bella Zahara, llamó a Benalguacil y en gran poridad le dijo:

– Amigo, harásme tamaño placer en cederme a Zahara tu prima, porque sin ella no podré vivir ni una sola hora. En pago deste servicio yo te daré el lugar que quisieres escoger de mi reino, y te daré además otras grandes mercedes para que vivas contento, tomando otra dama con quien puedas casarte.

Benalguacil abrasado de furiosos celos, y muy confuso de lo que había oído decir a Abenhumeya, respondió:

– Poderoso señor, no es de reyes hacer agravio a sus vasallos; he tomado a Zahara para esposa, y si tu grandeza quiere quitármela me daría la muerte, y quien lo supiera te tendría por tirano. Pon los ojos, gran señor, en los leales servicios que te he hecho desde que levantaste tus reales banderas, y piensa en galardonarlos como rey, no dejándote cegar de la afición de una mujer.

Abenhumeya le dijo buenamente:

– Anda, vete ahora de aquí, y no perturbes mi contento; te he pedido por bien a tu prima, sabiendo que está en mi mano el tomarla por fuerza y sin darte gratificación; conténtate pues con que te daré bastantes bienes para que vivas, y no me repliques más en el asunto.

– Antes me das con que muera –dijo Benalguacil–; pero advierte que aunque seas rey, quedas obligado a pagar la injuria atroz que me haces; hoy podrá ser uno, y mañana podría ser otro.

Enojado desto Abenhumeya, mandó a los de su guardia que prendiesen a Benalguacil. Quisiéronlo hacer, pero Benalguacil desesperado y persuadido de que no podía perder más de lo que perdía ya perdiendo a su bella Zahara, resuelto a morir puso mano a su alfanje, y sin ningún temor acometió al reyecillo para herirle o matarle; y sin duda lo hiciera si no se lo impidieran los mismos de

la guardia que se le pusieron delante con los alfanjes desenvainados. Benalguacil dio en ellos poderosamente, los rompió a cuchilladas y se escapó huyendo a la calle. Como era de noche, tuvo lugar de poderse encubrir, y salió de Andarax yendo en busca de muchos amigos suyos que se habían apartado del servicio de Abenhumeya, y eran más de cuatrocientos, todos bien armados.

La hermosa mora, no cesando de llorar por aquella fuerza que se hacía, se quedó muy a pesar suyo con el reyecillo, que la regalaba mucho y la prometía más, sin alcanzar que ella dejara de mirarle con aversión, porque prefería los amores de Benalguacil a todo cuanto el reyecillo pudiera darla. Gozaba él de Zahara a su placer; pero no estaba sin cuidado de la guerra y de los medios que adoptaría para sustentarla. Quisiera tomar algún puerto de mar adonde pudiera arribar la gente que le había prometido el rey de Fez; y con este designio se presentó delante de Vera, donde nada pudo hacer; e imaginando después que tomaría con más facilidad a Motril, determinó para el caso enviar a los turcos disimuladamente a Valdeleclín, para que el de Austria no sospechase, y sintiendo su intento socorriese a Motril con doblada guarnición. Luego habló con un primo suyo, llamado Avenabó, buen militar, y le dijo:

—Cumple a la seguridad de mi corona y a la de todo el ejército, que salgas al instante con los turcos a Valdeleclín; y si se cumple lo que pretendo, recibirás después otro aviso, el que guardarás y ejecutarás como te fuere mandado, y de las gentes de aquellos lugares, juntando la que pudieres, partiréis adonde señale mi orden posterior.

Avenabó, haciendo luego provisión para seis días, partió y se fue a Cadiar, llevando bajo de sus órdenes todo el escuadrón turquesco a punto de guerra. Benalguacil tuvo noticia desta partida de los turcos por su dama, que le

dio cuenta dello, así como de que el reyecillo les enviaba un correo con la orden que habían de guardar, y como hombre agraviado discurrió algún ardid para darle la muerte. No halló otro mejor que inducir a los mismos turcos a que matasen al reyecillo, poniéndolos desde luego mal con él; y hecho el plan de su traición tomó consigo cien arcabuceros, amigos y de su confianza, que también estaban descontentos con el Rey, y se fue la vuelta de Cadiar. En el camino encontró el correo que llevaba los despachos, le mató, se los tomó y habiéndolos abierto vio la orden que llevaba para Avenabó y los turcos. Ésta decía así:

Amado primo: me haréis placer si así como el mensajero os alcance con mi despacho os partís para Pitos de Ferreira, y dad orden de que lleguéis allá antes del amanecer, que es cosa importante. Estando allí, tendréis luego de mí otro aviso, el cual guardaréis como os fuere mandado.

Entendido esto por Benalguacil, acabó de confirmar la traición que tenía en su pecho, provocado de rabiosos celos contra el tirano; y sabiendo que el reyecillo, por no saber escribir bien el arábigo, tenía que valerse para esto de un secretario llamado Moxajar, el cual andaba también a la sazón agraviado de un mal tratamiento que le había hecho, y era pariente muy cercano de Benalguacil, a quien acompañaba por favorecerle en cuanto pudiera, leído y entendido que fue por ellos el despacho, le rompieron, y Moxajar formó otro bajo el dictado de Benalguacil, que decía desta suerte:

Amado y querido primo, valeroso capitán del bando turquesco: a mi corona conviene que a todos los turcos les deis cruda muerte, porque me tienen agraviado, intentando dármele a mí y alzarse

con el reino. Para hacerlo mejor, así como este mensajero llegue, aunque sea de noche, saldréis a toda priesa con la gente, e iréis a alojaros a Mecina, por el camino que sea más cercano. Cuando estéis en Mecina, y los turcos alojados en su posada, daréis orden para que al punto de la media noche cada huésped mate al suyo; y para esto ahí va Benalguacil con cien arcabuceros, que os podrá dar favor y ayuda. Así como los turcos sean muertos, dadle también cruda muerte a Benalguacil, porque lo merece, y desto sabréis después la causa.

Extendido este falso despacho, firmado de la mano de Moxajar y cerrado del mismo modo que acostumbraba hacerlo con su señor, Benalguacil partió luego para el punto en donde estaba Avenabó con el escuadrón turquesco; ya le había llegado correo con orden para que estuviese alojado en Mecina hasta que se tomase otra disposición. Avenabó acababa de leer este despacho cuando llegó Benalguacil con sus cien arcabuceros y le entregó el otro que era falso. Después que Avenabó le hubo leído, se quedó espantado de un mandamiento tan cruel; y muy confuso, no sabía qué hacer, ni qué decir, sino suspirar y agitarse. No podía decidirse a ejecutar una maldad tan grande como la de dar muerte a aquellos que habían pasado el mar por darle ayuda a su primo, y que tan bien le habían servido durante una guerra que aún no estaba fenecida. Benalguacil, luego que vio al capitán Avenabó tan confuso, y que mostraba gran despecho en su semblante, conociendo que era tiempo oportuno de entablar su traición, le habló desta manera:

— Valeroso capitán, de clara y real sangre descendiente, de ánimo generoso, y de no menos valor que tus pasados fueron: un caso quisiera decirte, y no sé si lo haga. El rey me envía a ti con cien arcabuceros, para que te ayude y favorezca en una pretensión, más bien detestable que

acertada; verdad es que el vasallo debe ser leal a su señor, y hacer en todo su mandamiento; mas si es caso de traición, me parece que no queda desobligado haciéndola por su señor. Veamos ahora, valeroso Avenabó, ¿en qué razón clara cabe, o qué real pecho consiente que una buena obra se pague con tanta crueldad como quiere usar el Rey tu primo con aquellos que tan bien y lealmente le han servido, elevándole al estado en que está de tanta alteza? ¿Qué le ha hecho, di, el bando turquesco, o en qué le puede haber ofendido? ¿Por ventura es ofensa haber pasado el mar de Berbería para darle socorro? ¿Se ha sentido agraviado de que el Ochalí, rey de Argel, condescendiera a sus ruegos enviándole un socorro tan bueno, y armas y provisiones para salir con su pretensión, y estar puesto en el cuerno de la luna? ¿Acaso les ha hallado en alguna deslealtad, o no han hecho el deber en cualquiera ocasión? ¿Quiénes son los que se han hallado más pronto en los encuentros de mayor peligro, y los primeros que se han presentado a la batalla? Ninguno por cierto se ha mostrado al enemigo con más intrepidez y denuedo que los turcos; pues ¿qué crueldad y desagradecimiento es éste de mandar que muera el bando turco? No sé qué me diga, ni de lo que desto sienta, sino que tu primo el Rey, indigno de tal nombre, quiere vender nuestra sangre; y quien no lo conozca no tiene sentido. Pues tú, claro Avenabó, que gobiernas las turquesas banderas, ¿qué dices desto? ¿Qué puedes esperar de un tirano? Veo que los capitanes más principales que estaban en su campo le han quitado la obediencia y se han retirado. ¿Qué es de Gironcillo? ¿Dó está Zarrea? ¿A dó se fue Abenuaile? ¿Qué es del Derri, que el tirano mandó degollar? ¿Dónde está el Rocaime, y otros muchos hidalgos que seguían sus banderas a expensas de sus bienes? No le hartan de sangre trescientos y cincuenta

soldados degollados; no le hartan de dinero tantas haciendas usurpadas; no se abstiene de doncella que le parezca que le puede dar contento. ¿Y cuántas no ha estrupado? ¿Cuántas casadas no ha quitado a sus maridos? Veinte y dos mujeres le conozco, y se sirve, sin embargo, de todas las demás, no guardando ley ni amistad; pues ¿qué tirano hubo que tal hiciese impunemente? Yo no hallo, ¡oh claro Avenabó!, que haya tigre tan cruel, áspid tan venenoso, fuego que tanto abraza, ni torbellino que tanto asuele. Duélete pues de ti y de todos los que siguen las militares banderas; sé advertido, y tomando ejemplo en cabeza ajena, imagina que sobre la tuya podrá venir otro terremoto semejante. Ya ves el fin que tendrá la guerra que traemos entre manos, si los turcos mueren, y los capitanes principales del campo andan fuera de la obediencia de su señor. ¿Qué será de todos nosotros? ¿Quién nos ha de defender? ¿Quién acaudillará las escuadras? ¿Quién vendrá a consejo en los casos de guerra? ¿Qué cuenta se dará al Ochalí, rey de Argel? ¿Qué concepto formará el gran señor del reino granadino y sus gentes? ¡Oh, Avenabó ilustre, a quien real sangre alimenta! Derriba al tirano, y sé rey en su lugar; no aguardes a que mañana te postre por tierra, sin consideración a tus buenos y leales servicios; recoge a los capitanes ausentes, consuela a los soldados, muestra a todos tu real y agradecido pecho, mantén en paz y amor a los tuyos, estima el bando turquesco, y sígase la guerra, que yo te doy mi palabra de que el hado nos sea favorable, que el bando granadino salga con su pretensión, y que a ti se atribuya la gloria de sus crecidas hazañas y victorias, como es costumbre atribuir las a los valerosos reyes y esforzados capitanes.

Muy atento había estado Avenabó Audalla a todo el razonamiento de Abenlguacil, encajándosele luego en el entendimiento dos cosas: la una el temor del tirano, y la

otra el nombre de rey, sacándole la segunda de los apuros de la primera. Y como sea natural en los hombres el deseo de subir y valer más, desde luego aceptó en su corazón el reinado. Maravillábale mucho la traición de Abenhumeya contra los turcos sin haberle ofendido, y echaba de ver que era verdad lo que decía Benalguacil, de que por la tiranía de su primo muchos capitanes y otras gentes principales se habían retirado, causando en el campo grande detrimento y poniendo a todos en peligro de perderse. Acudió pues a dos buenos medios: el uno provechoso al común del reino, y el otro dirigido a la mayor honra y grandeza suya, animado ya del deseo de reinar. Con estos designios respondió así a Benalguacil:

— Por cierto habéis hablado como hombre valeroso y de buena consideración en las cosas de alta importancia. Yo, aunque no quiero ser rey ni mi corazón abriga tal deseo, tengo interés en que se mire por el bien de todos, y se corte el mal que de semejantes tiranías puede resultar y por donde nos viniéramos a perder; y así, bueno es para evitar tales peligros quitar a un tirano el mando y gobierno que ahora tiene, pues no faltará rey a quien de derecho le venga, y que dirija las cosas saludablemente. Vos, que sois de tan buen seso y prudente, disimulad, y en vuestra presencia se comunicará el caso a los dos valerosos capitanes turcos; consultemos su ánimo; que si ellos nos son propicios, todo quedará pronto remediado, el ejército estará seguro, y la guerra pasará adelante, placiéndole a Mahoma.

Diciendo esto, mandó luego que los cien soldados de Abenlguacil fuesen alojados con los demás turcos, y tomando a éste de la mano, le llevó a su posada, donde estando juntos envió a llamar a los dos capitanes turcos, previniendo que tenía que tratar con ellos cierto caso reservado y de grande importancia. Luego pues que todos

estuvieron reunidos, cerrada la puerta del aposento y sentados en sus sillas, el capitán Audalla Avenabó les habló desta manera:

—Valerosos turcos, fuertes capitanes, acostumbrados a seguir con indomable esfuerzo las otomanas banderas, y que ahora en España asistís a las granadinas, por cuyo favor y auxilio os habéis hecho dignos de dobles pagas y de eterno reconocimiento, adquirido por vuestro afán y trabajo en la guerra que llevamos contra los cristianos: habéis de saber que por mi parte y la de todo el escuadrón morisco sois queridos y estimados, como merecéis por vuestras obras. Sólo hay uno que haga punta a vuestro valor, no mirando que está obligado a seros agradecido; antes bien ciego a este conocimiento, en lugar de galardonaros y recompensaros como correspondía a vuestro mérito, manda tiránicamente que en pago de vuestro esfuerzo se os mate, y a mí que sea el ejecutor de tamaña maldad y de una sentencia tan injusta. Pero como yo procedo de sangre real, y no cabe en mi ánimo generoso acceder a tal propuesta, considerando por el contrario que habéis sido gran parte de nuestro remedio, y que por vuestro esfuerzo hemos llegado a la grandeza que no tendríamos sin vosotros, quiero aclararme más, y haceros saber que Abenhumeya Muley es el autor deste atentado. Pero también espero, con el favor de Mahoma, que el designio no pasará adelante, porque tengo pensado impedir que un tirano tan cruel gobierne más el imperio granadino. Para esto, pues sois gente valerosa, quiero que al principio me favorezcáis, para que yo pueda favoreceros luego. Sois en todo cuatrocientos, y Abenalgualcil tiene a sus órdenes otros cien arcabuceros, la cual fuerza es bastante para la primera entrada; pues muerto el tirano todo el campo estará de nuestra parte, hallándose harto ya de tanta sinrazón, y mirando como justo castigo su

desgracia. Los ausentes capitanes se reducirán al servicio de las banderas granadinas, quitado de en medio el autor de los agravios y el monstruo que los ha ahuyentado. Para que veáis la verdad de lo que digo, y de que en mi pecho no se abriga traición ni deseo de gobernar, tomad esa carta y leedla, que ella será la prueba más cabal.

Diciendo esto Avenabó sacó la carta y se la dio a los capitanes turcos Caracacha y Mamí, que dieron crédito a su contenido, no pudiendo apurar la falsedad. ¡Oh traición bien entablada contra aquel mismo que la había hecho a Dios y a su rey! ¡Oh mezquino Fernando de Valor, cuán justamente viene el cielo a descargar sobre ti por tus maldades!

Leída la carta por los valerosos turcos, que quedaron atónitos de semejante traición, se resolvió al punto tomar venganza de aquel que nada sabía della; mas Dios lo quería así por los pecados del desventurado reyecillo. Caracacha le dijo a Avenabó:

—Tú has procedido como corresponde a la sangre real de donde vienes, y por eso serás rey, a pesar de todo el mundo que lo estorbara: desde este punto te juramos por tal, y te prometemos no desamparar tus reales banderas hasta morir o dar fin y cabo a la guerra comenzada. Si fuere menester, yo escribiré a mi rey el Ochalí para que envíe luego de socorro mil turcos, que pienso lo hará a mi ruego. Con esto, partamos luego esta noche, y vamos a Andarax, donde tomarás la corona, y nosotros tomaremos venganza de tamaño agravio, guardándose entre tanto mucho secreto.

Habiéndose acabado este trato y concierto contra el desventurado reyecillo, se salieron todos disimuladamente del aposento aguardando la venidera noche, y teniendo pronta la gente para marchar cuando la fuese mandado.

El señor don Juan y el duque de Sesa con dos campos entran en las Alpujarras y van sobre Güejar, ocurriendo otras cosas

A Sí como el duque de Sesa llegó a Granada, el señor don Juan, teniendo noticia de que el marqués de Vélez estaba todavía en Galera, y que después de los asaltos que le había dado, recibiendo mucho daño, le enviaba a decir que aquel pueblo no podía tomarse sin artillería, escribió inmediatamente a Su Majestad una carta que decía así:

Muy poderoso señor: vuestra majestad sabrá que la guerra de Granada va de mal en peor, porque los moros se han armado muy de propósito, hacen notable daño en las escoltas y en los presidios, y si les acometen, no aguardan batalla, salvándose por las sierras; de modo que hay guerra para toda la vida. Ahora se ha levantado un lugar fortísimo, llamado Galera, y según soy informado del marqués de Vélez, no puede ser tomado sin artillería; yo holgara mucho de ir sobre Galera, pero sería dejar atrás los enemigos. Querría pues que vuestra majestad me diese licencia para que yo y el duque de Sesa entrásemos con dos campos por las Alpujarras, para que con brevedad se diese fin a tan prolija guerra, que lleva ya dos años de duración, estando hoy todavía peor que el primer día, y si no se ataja como digo, nunca tendrá término.

En vista desta carta mandó Su Majestad al señor don Juan y al Duque entrar con gran gente en las Alpujarras, que después que hubiesen desbaratado a Avenabó y su campo, fuese Su Alteza sobre Galera, y asistiese al marqués de Vélez, dándose orden al comendador mayor

de que proveyese de artillería para poner con esto fin a la guerra.

El señor don Juan, obtenida esta licencia, ordena al punto la salida en busca de los moros de la Alpujarra, y llevando consigo al duque de Sesa parte sobre Güejar, aunque más hubiera querido ir sobre Galera; no convenía hacerlo dejando enemigos detrás. Los dos famosos generales partieron a las Alpujarras llevando cada uno diez mil infantes y mil caballos, bien repartidos, y convinieron en seguir distinto camino uno de otro, pero procurando llegar todos al amanecer sobre Güejar, y juntarse en un mismo punto.

Los dos campos marcharon, y el de Sesa acertó a tomar el camino más llano y trillado; Su Alteza tomó las alturas, y fue por caminos ásperos y dificultosos de andar, habiendo dado la vanguardia a un capitán llamado Diego de Quesada, por ser valiente y práctico en aquellos pasos. Llevaba la retaguardia un caballero nombrado García Manrique, con toda la caballería, y el señor don Juan iba de batalla, llevando delante un real y hermoso guión: desta suerte marchaban de noche a la luz de las estrellas aquellos dos fuertes escuadrones. El campo del señor don Juan, a pesar del conocimiento que Quesada tenía de la tierra, al bajar de un monte erró el camino, de suerte que fue preciso dar un buen rodeo. El Duque, como iba por lo mejor, marchaba sin pesadumbre.

A esta sazón tuvieron aviso los moros de Güejar por los de Granada de que el hermano del rey don Felipe iba en persona a darles cruda guerra y acabar con ellos. Los de Güejar tuvieron sobre esto consejo de guerra, y en él resolvieron desamparar el lugar e irse volando a la sierra: al punto cargaron con sus bienes, se llevaron las mujeres e hijos, y dejaron únicamente algunos viejos que no podían caminar con ellos. Al salir el sol llegó al lugar el valeroso

duque, pensando hallar allí al enemigo; pero ya no encontró más que a dichos ancianos, que fueron luego degollados; una buena parte de su gente a toda priesa siguió a los moros que iban huyendo, y por último alcanzó a la retaguardia, donde llevando los moros algunos buenos tiradores, trabaron escaramuza con los cristianos, los cuales les tomaron algunas presas; pero luego salieron de la espesura del monte muchos moros, y dando en los cristianos poderosamente les tornaron a quitar todo cuanto habían ganado. Con esto los cristianos maltratados, y dejando algunos muertos, se tornaron al real.

Ya estaba muy salido el sol, y Su Alteza no llegaba al puesto designado por causa de haber errado el camino don Diego de Quesada, lo que traía al príncipe mohíno y enojado, entendiendo que el Duque habría ya desbaratado a los moros, y pesándole de no hallarse en la ocasión que venía a buscar. Llegado el señor don Juan adonde estaba el Duque, se tuvo noticia de que por la falda de la sierra habían aparecido muchas moras, según de lejos blanqueaban. Los cristianos, entendiendo que serían las mismas que habían huido del lugar, se desbandaron en gran número a toda priesa para alcanzarlas; pero en llegando al sitio fueron recibidos con una gentil carga de arcabucería, porque para engañarlos los moros se habían disfrazado con aquellas tocas. Trabose escaramuza entre los dos bandos, y al fin los moros se metieron en la sierra y fueron a Valor, donde estaba Abenavó con su campo. En esta escaramuza murió el capitán Quesada, y con él otros ocho soldados; los demás se acogieron al real con harto dolor de la pérdida de su buen capitán, aunque después murió otro Quesada, o Quijada, que causó un sentimiento todavía mayor al ejército, como diremos adelante.

Su alteza se parecía en todo y por todo a su valeroso padre Carlos V: en la afabilidad, en el real trato, ademán,

habla y donaire; así todo el campo estaba tan contento con su vista, que era maravilla. Ahora dejaremos de hablar dél para decir cómo Avenabó recibió en Valor a los moros que llegaron huyendo de Güejar.

Tuvo el nuevo rey mucha pesadumbre de ver la cobardía de aquella gente, y con grande ira y desabrimiento les habló a todos desta manera:

—Hombres ingratos, infames, y desconocidos a los favores que la Fortuna os había hecho deparándoos la ocasión de vencer las cristianas banderas y adquirir sobre vuestros enemigos un poder soberano, que así la perdisteis sin tener empacho de venir huyendo de un mozo que no ha abierto aún los ojos a la luz del mundo, carece de experiencia en el militar oficio, no sabe qué cosa sean armas, ni tiene ejercitado el oído con el son de la caja y la trompeta: ¿es posible que por sólo el nombre de su venida desamparaseis los presidios que confiaba yo fueran bien defendidos por vuestro valor, y que ninguna cuenta tuvieseis con el mío, que amedrenta a toda España? Vano es mi poder, y vano el renombre que teníais ganado en tiempo que la tierra, hecha un lago de sangre por vuestras armas y esfuerzo, temblaba de vosotros; todo ha desaparecido para no recobrase jamás. ¿Por ventura, cobardes, me teníais tan en poco a mi campo y a mí, que no os pudiera socorrer? ¿Tan poca confianza teníais de mi valor, para que no os sacara de cualquier peligro, por grande que fuese? Pues decidme, si tan poco aprecio os merecía mi esfuerzo, ¿por qué me disteis corona? ¿Para qué me alzasteis por vuestro rey? Si no habéis de hacer lo que a mi valor sois obligados, mas quiero que me deis la muerte: antes morir que verme en poder de los enemigos cristianos. No sois vosotros como los de Galera, que siendo poco prácticos en la guerra y mal experimentados en las armas, hacen todavía dentro de sus murallas temblar al

enemigo que los sitia. Cuando no mirarais otra cosa, ni que hubierais delante un ejemplo tan perspicuo, no debíais mostrar tal cobardía y hacer una retirada tan infame, sino mostraros como firmes rocas y muros fortalecidos contra el bando cristiano, aunque viniera con mucho mayor poder. También tengo queja de vosotros, valerosos turcos: pues siendo tan diestros en las armas, y habiendo temblado España de vuestro valor, ahora que más convenía mostrar sus finos quilates, habéis caído en una bajeza tan grande. Si así ha de ser, matadme, pues como tengo dicho lo tendré por un beneficio soberano, en comparación de verme entre las manos de mis enemigos los cristianos, a quienes tanto aborrezco por las obras que dellos tengo recibidas.

Con esto el furioso Avenabó acabó su razonamiento, mostrando en el rostro terrible braveza; mas en seguida un turco llamado Noaite, alcaide de Güejar, le respondió desta manera:

—De culpa nos cargas, Avenabó, por lo cual es necesario dar disculpa por mí y por todos los demás soldados de tu ejército, pues todos somos miembros de tu real persona, que es la cabeza; de tal suerte, que hallándose mancha de culpa, a todos alcanzaría parte della, y así para que yo y los demás quedemos disculpados de lo que tu real alteza nos culpa, yo quiero ser el abogado. En cuanto al miedo que dices hemos tenido, bien satisfecho estarás por lo obrado en los pasados tiempos y en todas ocasiones contra el bando cristiano, donde se ha mostrado siempre nuestro valor exento de miedo ni cobardía; y juro por Mahoma, que jamás supimos qué cosa fuese miedo, y fuimos siempre lo que somos y seremos, aunque el mundo se hundiera y fuese en nuestro daño. La causa del desamparo de Güejar no fue temor ni cobardía, sino haber tenido aviso por tus espías de Granada de que venían sobre nosotros dos gruesos campos, el del príncipe

austriaco y el de Sesa, y detrás dellos el resto de España. Pues ¿cómo en un presidio de tan poca importancia y sin murallas querías tú, Avenabó, que resistiesen doscientos soldados, sabiendo muy bien que tus fuerzas y las nuestras están en la fragosidad de las sierras nevadas? Siendo esto así, no cumplía a tu Majestad que aguardáramos el ímpetu de tanto poder en una villa tan flaca y débil, donde se perdiera la fama de nuestros hechos, como tú dices, especialmente estando Güejar tan vecina de Granada. Sabes, digo, que lo mejor de tu defensa está en las montañas, y no tienes que quejarte de nuestra venida, porque te es imposible sustentar la guerra fuera del amparo de la sierra, en donde la caballería no puede hacer su efecto. Nos pones por ejemplo que los moros de Galera, nada expertos en la milicia, muestran gran valor, y hacen mucha resistencia al bando cristiano: los de Galera pueden hacerla muy a su salvo, porque el lugar es una peña por dentro y por fuera, toda armada sobre profundas y firmes bóvedas, de modo que los de dentro tirando por saeteras hacen gran daño a los enemigos sin ser ofendidos ellos. Por eso cien soldados valen allí por mil, y aunque se bata a Galera con artillería, y aunque se la eche por tierra, los que están dentro no pueden ser dañados, teniendo debajo del suelo grandes aposentos donde alojarse; de manera que si no se la mina y vuela con pólvora, jamás Galera será ganada. Advierte ahora que de todo lo dicho fallece Güejar, que no tiene murallas, fosos ni defensa, fuera de la fuerza viva y personal de aquellos que la quieran sostener; y así ciento, doscientos, ni trescientos soldados de presidio es muy claro que no hubieran podido defenderse de veinte mil hombres que vinieron sobre ellos: por todo lo cual mayor honra ha sido dejarla que defenderla; pues vale más perder un lugar hecho de paredes viejas que no trescientos buenos soldados. Las paredes no te podrán sacar de

ningún peligro, y trescientos soldados reservados para mayor ocasión te podrían librar de alguna notable afrenta. Con esto he satisfecho a la culpa que me cargas, si bien me has querido entender. No te acuerdes de Güejar, que es un pueblo inhabitable, yermo, y en vano el de Austria ha hecho presa en él con el grande ejército que trae. Si fuera la ínclita Granada, Guadix el fresco, la ilustrada Baza lo que se hubiera desamparado, gran razón habría para que nuestra infamia sonara por el mundo y fuéramos todos reputados por cobardes; mas Güejar, soberano Avenabó, bien sabes que no es el fin que se pretende; vamos al blanco, busquemos ocasión más grave, y lleve tu alteza a profundo y seguro puerto; esto es lo que hace al caso, y no disputar con sobrado coraje por una cosa de tan poca importancia. Por ahora la sierra es nuestra madre, y ella nos defiende no consintiendo ser hollada de caballos. Así, no estimes en tan poco nuestro valor, pues el de Sesa lo estimó en mucho cuando de noche le asaltamos con tres bravas emboscadas, de suerte que tuvo que retirarse a Acequias a toda priesa, mal de su grado. Venga toda España y no la temas, que el socorro africano llegará con brevedad y el tiempo se mudará en tu favor. Lo que has de hacer, valeroso Audalla, es tener para el desembarque pronto algún puerto seguro: da sobre Almuñécar con tu campo, embiste con Salobreña, y esto sea sin dilación, porque el Ochalí no habrá faltado a tu demanda, y pronto tendrás unida a tus banderas la africana gente, que has de estimar en mucho, pues con ella darás fin a tu glorioso intento.

Así dio fin a su razón el valeroso turco, dejando a Avenabó desenojado, y a toda la gente militar alegre y satisfecha del discreto descargo que presentó en su favor. En seguida mandó el reyecillo que el campo tomase la vuelta de Almuñécar y Salobreña, llevando todo el aparato

necesario de escalas, municiones y otros pertrechos de guerra. Mandó también que el campo se dividiese en dos partes, viniendo a dar cada una en su lugar, y todos a un mismo tiempo y sazón. Marcharon luego las dos divisiones sin parar hasta que llegaron a los dos lugares referidos, y les pusieron terrible cerco, principiando por combatirlos fuertemente con mucha escopetería. Otros arribaban escalas para subir a la altura de los torreones y almenadas murallas; pero de poco vale su recio asalto, porque los dos lugares estaban defendidos de muy buenos soldados, y más querían morir que perderlos.

Estaba en Almuñécar un valeroso capitán, llamado don Lope de Venezuela, que en defensa de la plaza hacía maravillas, matando a muchos de los moros. No menos grandeza de ánimo mostró la gente de Salobreña teniendo por capitán un soldado insigne, llamado don Diego Ramírez. Finalmente, viendo Avenabó que no podía salir con su propósito, determinó retirarse con su campo, dejando mucha de su gente muerta al pie de las fuertes murallas. Mas no por eso se amedrentó ni cansó, antes bien tomó la vuelta de Valor con ánimo de presentar batalla al de Austria y al de Sesa.

Entre tanto el hijo valeroso de Carlos V, reconociendo que las cosas del Alpujarra tardaban en arreglarse, y que no veía la hora de verse en Galera, mandó partir para este lugar, a fin de quitar de en medio aquel padrastro, y volver después más despacio sobre los moros de las Alpujarras. Este pensamiento del valeroso príncipe mereció la aprobación del Duque y de los demás jefes y capitanes del ejército; por lo cual Su Alteza, dejando con un escuadrón muy poderoso al Duque, partió luego hacia Galera, acompañado de muchos caballeros y soldados, que llegaban a seis mil.

Llegó a Guadix sin encontrar impedimento ninguno, y de allí pasó a Baza y a Huéscar, donde halló al marqués de Vélez con su gente. Hízosele a Su Alteza gran recibimiento, tanto por la gente del campo como por la de la tierra, señalándose en esto el Marqués, y mostrando aquella grandeza de ánimo de que siempre fue dotado. El señor don Juan le contemplaba muy de propósito, maravillado de su gallardo parecer, garbo y talle, y diciendo entre sí que no sin razón era tanta la fama del Marqués, pues bien se mostraba en su aspecto y robusta corpulencia ser varón de grande esfuerzo. Después que en esto contentó sus ojos el señor don Juan, abrazó al Marqués con semblante muy alegre y sereno, y le dijo unas palabras semejantes a éstas:

– Ahora digo, valeroso adelantado, que la fama no dice tanto de vuestro valor como en vos se muestra, y que tengo mucho placer en dejar satisfecha mi vista de lo que antes vuestra celebridad me tenía anunciado. Vengo aquí por mandado de Su Majestad para asistir en la guerra debajo de vuestro amparo y protección, porque de un capitán tan valeroso no puede menos de sacarse grande enseñanza en el arte de la milicia. Así podéis estar seguro de que no saldré un punto de vuestra orden, porque siempre debe tomarse de un soldado tan distinguido y experimentado en la guerra como vos lo habéis sido siempre.

El Marqués, mostrando alegre semblante, y manteniéndose descubierto, respondió con avisadas palabras desta suerte:

– Yo soy, príncipe excelso, quien siente un gozo indecible en ver y conocer personalmente a vuestra alteza, por ser hijo de un emperador tan famoso, cuyas banderas tuve la dichosa suerte de seguir, y también por ser hermano de nuestro ínclito rey, el cual por hacerme una

merced singular quiso darme este cargo trabajoso, bien excusado para un hombre de mi edad. Sea vuestra alteza muy bien venido, porque con su llegada me podré ir yo a descansar a mi casa, como será mucha razón, atento a que mis años no me permiten ya andar en el trabajoso oficio de la guerra, bastando lo que hasta aquí se ha pasado.

—Con todo eso —respondió el señor don Juan—, me haréis gran placer en instruirme de lo que tengo que hacer.

En esto llegaron a hablar con el Marqués otros caballeros principales, porque había muchos que por su celebridad deseaban conocerle, y a la sazón no se hallaba príncipe de más valor y esfuerzo, ni podía decir ninguno de los más famosos que le aventajaba en nada. Hablando pues con él el señor don Juan, el comendador mayor y otros muchos caballeros, llegaron a Huéscar, donde Su Alteza fue recibido con grande alegría y aposentado en el alcázar de la ciudad. El Marqués, habiéndose despedido del príncipe, sin apearse del caballo, se salió en seguida de la ciudad, acompañado de sus criados y de algunos caballeros de Murcia y Lorca, tomando el camino de Vélez, para donde ya iba adelante su recámara.

No pasaron muchas horas sin que el señor don Juan preguntara por el Marqués, y respondiéndole que ya había partido del real, sintió la falta de un capitán tan valeroso. Mandó luego Su Alteza que se juntase consejo de guerra para ver lo que se haría acerca de Galera, y se acordó que ante todas cosas se reconociese su situación para plantar con acierto la artillería en las partes que más daño pudiesen hacer. Las personas que concurrieron a este consejo fueron: el señor don Juan, el comendador mayor, Luis Quijada, don Lope de Figueroa, don Pedro de Padilla, don Pedro de Sotomayor, el capitán Molina, que estuvo en Órjiva; últimamente fueron entre todos veinte y cuatro caballeros, todos capitanes famosos de los de Flandes y de

Italia, y además éstos se comunicaban las cosas tocantes a la guerra con otros soldados viejos experimentados en la milicia.

Conviene ahora dejar a Su Alteza y a los demás de su campo, por decir algo del duque de Sesa, que andaba con grande ejército por las Alpujarras, deseoso de dar una batalla decisiva a Avenabó, habiendo puesto antes gente de guarnición en los presidios más necesarios para que las escoltas que saliesen de Granada anduvieran seguras. Para esto metió gente en Acequias, en las Albuñuelas y en las escabrosas Guajaras, poniendo por otras muchas partes guardas y vigías que pudieran descubrir a los enemigos y dar oportuno aviso.

Llegó el Duque a Órjiva, lugar suyo propio, y dejó allí un buen escuadrón de soldados; por todo lo cual hubo alguna dilación en hallar a Avenabó, que excusaba cuanto podía encontrarse con el Duque, mientras no le viniese el socorro que aguardaba de África. Desto hablaremos después, y sobre lo dicho se dirá por epílogo el romance que sigue:

El hijo de Carlos quinto
se salía de Granada,
con él el duque de Sesa
para ir a la Alpujarra.
Veinte mil soldados lleva,
toda gente aventajada;
lleva también mil caballos
con la nobleza de España.
Ricas banderas tendidas,
que el aire las tremolaba,
a Güejar hacen camino
junto a la Sierra Nevada,
porque se tiene noticia

que hay de moros grande escuadra.
El de Austria hace dos campos
por marchar fácil la estrada;
toda la noche caminan
hasta que ya vino el alba.
El Duque llegó primero
a Güejar: moros no halla;
que se salieron de allí
en la misma madrugada,
porque tuvieron aviso
de los moros de Granada,
que un gran campo va sobre ellos
a recorrer la Alpujarra.
Algunos viejos hallaron
que pasaron por la espada.
Tras de los moros camina
el buen capitán Quesada,
y corriendo muy apriesa
alcanzó la retaguardia:
Trabaron escaramuza:
los cristianos nada ganan,
unos y otros se retiran,
y cada bando se aparta.
Los moros a los cristianos
hicieron una emboscada
vestidos como mujeres,
y en un llano los aguardan.
Quesada con su escuadrón
pensó coger la manada;
mas cuando llegan a ella
les dan una rociada
de buena arcabucería,
mostrando furia muy brava.
Los cristianos se retiran

dejando muerto a Quesada,
y con él ocho soldados
por codicia desdichada.
A Valor se van los moros,
donde Avenabó estaba,
el cual muy mal los recibe:
buena fraterna les daba,
porque dejaron a Güejar
sin valerse de las armas.
Mas un turco muy famoso
le ha salido a la parada,
diciendo que es cosa justa
tener a Güejar en nada.
Audalla con mal designio
a Almuñécar caminaba,
y a tomar la Salobreña,
por ser puerto de importancia
para que salte la gente
que del África esperaba.
Almuñécar se defiende,
Salobreña no va en zaga,
porque tienen de presidio
gente valerosa y brava.
Avenabó se retira
sin la presa que pensaba;
a Valor se torna el moro
con acuerdo que tomara.
El de Austria se parte luego
a Galera que está alzada,
dejando gran campo al Duque,
que queda en el Alpujarra.
A Huéscar llegó Su Alteza,
donde el de Vélez estaba,
y al que se holgó de ver,

porque era mucha su fama.

El señor don Juan puso sitio a Galera. Bravos asaltos que se dieron al pueblo, los cuales escribió el alférez Tomás Pérez de Hevia, vecino de Murcia, que seguía las banderas del señor don Juan y anduvo siempre en el ejército

QUEDA dicho en el capítulo pasado que el valeroso marqués de Vélez se fue de Huéscar sin despedirse del señor don Juan, quien sintió mucho su ausencia por la falta que allí le hacían el valor y la experiencia de un capitán tan sobresaliente; pero considerando que esto ya no tenía remedio y convenía proseguir la guerra con celeridad, Su Alteza, habiendo tenido consejo con las personas principales que le asistían, determinó pasase el campo inmediatamente sobre la villa de Galera, por ser la que más había resistido a los reales ejércitos y en quien los moros rebeldes tenían puestos los ojos y su mayor confianza, por la defensa que había hecho al marqués de Vélez cuando pocos días antes fue sobre ella, y por parecerle que quitado este obstáculo no quedaba otro ninguno en que tropezar hasta el río de Almanzora, donde también los moros se habían encastillado y hecho fuertes: que así irían ganándose reputación y fuerzas, y se le quitarían al enemigo, acabándose una guerra que llevaba ya año y medio de duración.

Teniendo yo escrito en mi libro todo aquello de que tenía noticia por vista propia, o por relación sobre lo ocurrido en esta guerra, no habiéndome hallado en el cerco de Galera, y deseando escribirlo con la misma entereza y

verdad que hago lo demás, tuve necesidad de buscar información, y en fuerza de mis diligencias exquisitas adquirí noticia de que el alférez Tomás Pérez de Hevia, vecino de la ciudad de Murcia y soldado veterano muy distinguido, que siguiendo las banderas del señor don Juan se halló en esta jornada, había hecho un escrito sustancial, breve y compendioso del sitio de Galera, y de lo que día por día iba allí sucediendo. Se le pedí, y habiéndomelo dado, me pareció por su estilo y método que contenía la verdad desapasionada y que mostraba muy bien haber sido hecho por persona en quien concurrían el conocimiento y la práctica del arte militar; así acordé copiarle a la letra, sin quitar ni poner cosa alguna, y su tenor es como sigue:

Dice pues ahora el alférez en su discurso, que Su Alteza salió de la ciudad de Huéscar para sitiar el fuerte de Galera miércoles por la mañana del 18 de enero de 1570, con todo su campo, que constaría de once a doce mil infantes, de sesenta y tres compañías, incluyéndose en ellas el tercio de Nápoles y los demás soldados que el marqués de los Vélez tenía consigo, repartidos en tres divisiones, de que eran maestros de campo Antonio Moreno, don Lope de Figueroa y don Pedro de Padilla, y ochocientos caballos, yendo por cabo dellos don García Manrique; que en esto no se contaban los caballeros cortesanos, aventureros y otra gente que seguía el campo, y era mucha; pero que la artillería no vino aquel día con el ejército, sino al siguiente, porque se quedó en Huéscar, a causa de no haberse acabado de encabalar.

Marchó el campo la distancia que hay desde Huéscar a Galera, que es una legua no larga, con este orden: don Pedro de Padilla llevaba la vanguardia con su gente del tercio de Nápoles; la batalla don Antonio Moreno con su

división, y la retaguardia don Lope de Figueroa con la suya. Alojose este día el campo todo junto en un valle que tiene aquella tierra por la parte de tramontana, donde corre un río pequeño; y la caballería, que había ido a la mano derecha de la infantería por otro camino más llano del que llevaban las banderas, se alojó en el propio valle, más a la parte del levante de la infantería, y en este mismo sitio ha quedado. Aquel día por la noche se tocó arma en todo el campo; salió a ella el señor don Juan, y puesto en la plaza de armas, se reconoció luego que había salido de unos bagajeros que inconsideradamente se alteraron y dieron esta voz. Mandando cesar el rumor y aquietar el campo, Su Alteza se tornó a su tienda.

El siguiente jueves salió Su Alteza con una banda de arcabuceros a reconocer bien la situación de la tierra, aunque dos días antes que saliese de Huéscar ya lo había hecho, yendo acompañado de algunos caballeros e infantes, los cuales trabaron una pequeña escaramuza con una manga de arcabuceros que los moros habían echado fuera del lugar para estorbarles el designio que llevaban, y en la que murieron cuatro soldados y salieron heridos diez, por cierto desorden que hizo un capitán de los que habían ido con el príncipe. Reconocidos los sitios en donde pareció más conducente que se plantase la artillería, mandó Su Alteza que el tercio de Nápoles con algunas otras compañías que se le añadieron de las demás, porque estaba falto de gente, tomase la vuelta del pueblo, rodeando por la parte del mediodía, y descendiendo de la cumbre de unas montañas y valles que por allí tiene Galera, sobrepujándola, bajase hasta las eras que están en lo llano a la parte del poniente, donde se alojaría, como lo hizo, para batir desde allí el lugar y tenerle más oprimido.

La división de don Lope mejoró de situación tomando el lugar que había dejado el tercio de Nápoles en aquel

valle, acercándose más a la población que la de don Antonio Moreno, que, como se ha dicho, miraba al levante. Durante la noche el tercio de Nápoles principió a levantar una trinchera desde el río, que teniendo su nacimiento de la parte de levante, traía su corriente por el valle abajo hacia poniente, y pasaba a la larga por la fachada del pueblo hasta la parte de tramontana, que viene a estar frontera de Huéscar. En esta misma noche se hizo una plataforma en donde se colocaron un cañón reforzado con tres medios cañones para batir al pueblo por la parte del poniente leveche, que es lo más llano de aquel sitio, y donde tiene situadas las eras.

Desde el viernes al amanecer estuvieron plantadas dichas piezas de campaña, se empezó a jugar la artillería, y continuó hasta la hora de vísperas, batiendo la torre de la iglesia, que estaba fuera de la muralla del pueblo y apartada della unos sesenta pasos. Esta torre era de una argamasa fuerte, en la cual practicaron los enemigos algunas troneras, y por ellas los escopeteros disparaban sobre la gente de nuestras trincheras. Cuando por casualidad se acertó a hacer este descubrimiento, ya habían muerto cinco soldados, y quedaban heridos otros muchos de los tiros que salían de allí; por manera que pareció muy conveniente ganarla para cortar el daño que se recibía de aquel punto. Felizmente las piezas de artillería hicieron pronto grande efecto sobre ella, y los soldados cristianos la ganaron con facilidad, porque luego fue abandonada por los moros que la guardaban, recogiendo al pueblo sin lesión, bajo el amparo de la escopetería que los defendía desde las murallas. En esta arremetida murieron diez soldados, y quedaron heridos otros, distinguiéndose mucho don Lorenzo Téllez Portugués, marqués de la Fabara en Sicilia.

Como vamos tratando del sitio delta villa, parece conveniente antes de pasar adelante dar alguna idea de su posición, a fin de que puedan entenderse mejor las particularidades que iremos refiriendo. Galera es un pueblo más largo que ancho: su longitud se extiende desde el mediodía a la tramontana, y su latitud de poniente a levante. El circuito no es grande, aunque por tener angostas las calles y ser las casas pequeñas, bien que no mal labradas, contenía más vecindario del que mostraba a primera vista. Su forma es la de una galera que está con la quilla arriba, de lo que se presume tomó su nombre. La popa della, usando de los nombres de que sirvió el campo cuando llegó a este lugar, mira a la parte del mediodía, y la proa en derechura a la tramontana y camino de Huéscar. El pueblo se edificó sobre una peña tajada a la redonda, salva la parte que venía a tener por frente las eras, donde se había alojado el tercio de Nápoles y estaba la iglesia, la cual parte, como se ha dicho, era algo llana, pero no tanto que dejase de ser por allí tan fuerte como las demás, teniendo delante un foso, abierto después de la rebelión, el que sin ser muy grande, ayudado de la disposición del terreno, era muy suficiente para su defensa. Por la parte de la popa, que era la más alta y recta, descollaba un castillejo labrado a lo antiguo, con un revellín que llegaba hasta unos seis pasos de la muralla, dejando en medio una pequeña calle que dominaba a todo el lugar. La muralla, hecha asimismo a lo antiguo, no era muy alta, y tenía algunos torreoncillos, sin ningún género de traveses ni de otra fortificación ingeniosa o nueva.

Siguiendo el símil que hemos puesto de que el pueblo parecía, así como se llamaba, una galera con la quilla arriba, digo que estaba fundado sobre la propia piedra en la cinta o corona, quedando de allí abajo muy alto e inaccesible. Por las bandas de levante, mediodía y

poniente, hasta llegar al foso que nuevamente habían abierto, parecían valles o ramblizos de más de doscientos pasos de anchura por la parte que menos, los cuales servían de defensa, como un foso natural, bien que por la parte de la popa no eran tan hondos y más llanos: por la de tramontana hacía el mismo oficio el río pequeño de que ya hemos hablado. Circundaban por todas partes a Galera lomas y cumbres elevadas, pero a más de cuatrocientos pasos de distancia; con todo eso, desde ellas pudieron batirse algunas casas y disparar contra las defensas. Era tan difícil la arremetida, que parecía imposible ganar el pueblo por asalto, porque aun cuando se arrasaran toda la muralla y las casas, que por la mayor parte estaban arrimadas a ella, desde allí abajo había una altura tan grande de peña tajada y pelada, que no se podía batir, y por donde con mucha dificultad pudiera un hombre subir teniendo quien le ayudara, que aun quedando llano todo el pueblo, los que estuvieran dentro dél conservarían los reparos que tenían hechos, y los que les ofrecía la disposición y natural asiento del lugar para salir y atender a la defensa, manteniéndose a cubierto. Es verdad que por ser el ramblizo de la popa algo llano y menos hondo que los otros, ofrecía más comodidad para acometer a la población, y ganarla por esta parte antes que por las demás.

Había dentro unos tres mil hombres de pelea, la mayor parte naturales del lugar, y el resto de los circunvecinos, que días atrás se habían acogido allí con sus familias y haciendas. Tenían también de guarnición unos cuatrocientos moros de las Alpujarras, y berberiscos con algunos turcos, bien que pocos, y a quienes los demás llamaban forasteros, y les daban sueldo como a buenos soldados y gente práctica en la guerra. Habría unas cuatro mil mujeres y criaturas de ambos sexos, haciendo de jefes o

cabeza de todos dos hombres de los más ricos y principales del propio lugar, los cuales administraban los oficios de guerra y de justicia, habían repartido los cuarteles, nombrado capitanes para dirigir la pelea, y hecho todas las provisiones que habían entendido serles de provecho. Tenían copiosa cantidad de trigo, harina, carne salada, pasas, higos, granadas, habas, garbanzos y otras cosas de sustento, y también agua dulce muy buena de beber, y un pozo manantial que habían abierto después de la rebelión. Sus armas se reducían a unos doscientos arcabuces, andando escasa para ellos la munición, y a dos falconetes, que formaban toda su artillería, y los habían puesto en la torre del castillo, desde donde no produjeron ningún efecto: destos falconetes el uno se ganó a los cristianos cuando el Marqués mandó dar el primer asalto a Galera.

El viernes por la noche se comenzó a hacer otra trinchera por la parte de la popa, tomándola desde una loma que estaba más a la banda del mediodía, y della tiraba la vuelta del siroco, continuando después hasta llegar a unos treinta pasos de la peña sobre que estaba fundada la muralla del pueblo; y en una plataforma que allí se hizo se plantó un cañón reforzado, dos medios cañones, y una pecezuela; con esta artillería principiaron a batir el pueblo al amanecer del sábado. A mano derecha desta batería, en una loma alta de las que tiene la popa por delante, se plantaron tres sacres sobre otra plataforma que allí se hizo, los cuales tiraban contra el fuerte, y se ciñó este puesto de una pequeña trinchera, desde donde nuestros arcabuceros disparaban contra los enemigos cuando se descubrían. En otra loma que estaba a la siniestra mano, por la parte del poniente de la misma popa, se plantaron otros cuatro sacres, y se hicieron trincheras que servían para el mismo efecto que las demás. Las piezas puestas en

las eras y las de popa estuvieron siempre batiendo el pueblo; las de las defensas jugaban solamente algunas veces; pero ni las unas ni las otras lo hacían con el calor conveniente, por no tener las municiones que eran necesarias y no haber llegado las que cada día se esperaban de Cartagena: trece piezas de artillería más, que también se traían de allá.

Desde el jueves hasta el lunes próximo siguiente, durante todo el día no hubo novedad, ni se causó grande efecto, aunque la artillería batió siempre al pueblo. En este intervalo de tiempo, haciendo las trincheras, entrando y saliendo de guardia en ellas, y asistiendo la gente al servicio de la artillería, mataron los moros a un capitán reformado, a otro de los artilleros, y a veinte y ocho soldados, quedando heridos algunos más. Ganada la torre de la iglesia por la batería de las eras, y alargada aquella trinchera, se acercaron más las piezas a la muralla, y habiéndola batido todos estos días por esta parte, que con respecto a las demás estaba llana, según se ha dicho, el señor don Juan ordenó en la mañana del martes, que por allí se diese a los enemigos un asalto a la sorda, tanto para reconocer la batería, que era el fin y principal intento, como para entrar en la población habiendo oportunidad para ello; y aprovechando la ocasión, si acaso se les ofreciese, como suele suceder, ya que no para tomarla, a lo menos para que ganadas algunas casas de las que estaban como pegadas y cosidas a la muralla, pudiera entrar dentro nuestra gente, y sustentándole allí ir acabando de ganar el resto del lugar.

Para este efecto los nuestros, llevando al frente dos capitanes del tercio de Nápoles, algunos caballeros y soldados particulares, acometieron por esta parte, y llegando al foso pequeño que allí había le pasaron con facilidad: algunos destes soldados subieron ya sobre la

muralla, y entraron en algunas de las casas que estaban más abrazadas a ella; pero los moros, habiendo tocado al arma y salido a defender su batería con grandísima algazara, opusieron a los nuestros la resistencia más animosa; de modo que sin poder dar un paso adelante, tuvieron que retroceder de allí y perder cuanto terreno habían ganado. Trabose una cruel pelea entre los cristianos por entrar y los moros por defender la entrada, siendo tal la gritería de unos y otros, que juntamente con el ruido de la caballería causaba espanto oír y ver aquella acción. Finalmente, sostenida más de una hora, resolvieron los nuestros retirarse con no poco daño recibido, pues perdieron uno de los dos capitanes, y el otro fue herido, y quedó muerto un caballero muy principal llamado don Juan Pacheco, del hábito de Santiago; también don Juan de Castilla salió mal herido de un arcabuzazo, de que murió después, asimismo que Pagan de Oria, hermano del príncipe Juan Andrea de Oria, que fue herido de otro arcabuzazo que le pasó los dos muslos; de los soldados murieron veinte y cinco, y salieron malamente heridos otros muchos.

Pasada esta cruel refriega, nuestra artillería continuó batiendo las fortalezas del pueblo, aunque más flojamente que al principio, por falta de municiones, no habiendo llegado todavía las que ya se esperaban por horas de Cartagena, juntamente con los otros trece cañones. Tanto por esto como porque estando muy altas las baterías era poco el efecto de nuestra artillería, a causa de la mala disposición del sitio; y porque el escarpe que obraba, ni podría levantar lo batido de la muralla, ni era posible fuera tanto que igualase a la peña tajada, para que al arremeter se pudiese subir por él y ganar la plaza, se acordó obrar una mina por este mismo punto, cortando por debajo de lo batido la peña que no era muy fuerte, sino blanca y

arenisca, y por lo mismo practicable con facilidad, encargándose de la ejecución Francisco de Molina, que fue gobernador de Órjiva cuando estuvo sitiada, según ya hemos dicho, asistido de un ingenioso veneciano. Hecha la mina el jueves por la tarde, se metieron en ella cuarenta y cinco barriles de pólvora.

El viernes, día 27 de dicho mes, por la mañana, habiendo acordado el señor don Juan con su consejo, que pues ya estaba cerrada la mina y la tierra batida, lo que parecía más posible, según la disposición del terreno y de la muralla, era que volándola levantase bastante abertura para entrar la batería y tomarla, se diese un asalto general, así por esta parte de la popa como por la de las eras, que con lo que de nuevo se había batido por allí, después del primer asalto, parecía haberse abierto camino bastante por donde los enemigos pudiesen ser combatidos y entrados con menos impedimento y mayor facilidad que de antes. Resuelto esto así, se dio la orden del asalto en la forma siguiente:

Que el tercio de Nápoles por la misma parte de las eras diese este día otro asalto, llevando los soldados unas mantas que para el caso se habían hecho, a fin de que los moros, ocupados en la defensa de aquella batería, se sorprendiesen al sentir el estrépito y estrago de la mina volada por la parte de la popa; que con el polvo que levantase, el humo y estruendo de la artillería, que jugaría al mismo tiempo, se hiciese la arremetida, habiendo señalado para la ejecución cinco compañías de la división de Antonio Moreno que fueran de vanguardia, otras cuatro de la misma división que estuviesen de batalla para su socorro, si fuese menester, y otras siete de la de don Lope de Figueroa de retaguardia, guardando las demás su alojamiento, y la caballería la campaña.

Serían ya las ocho de la mañana cuando al maestre de campo don Pedro de Padilla y a las compañías que de aquella división estaban señaladas para el asalto, se les dio la señal de acometer por su batería, lo cual hicieron con denuedo; y pasando ligeramente el foso ganaron la muralla y las casas más pegadas a ella, en donde habían entrado ya la primera vez. Los moros salieron a esto esforzadamente para defender sus personas y haciendas, trabándose al instante entre los unos y los otros una cruda pelea, hasta venir a echar mano de las espadas: los cristianos obraban maravillas por entrar, y los moros no se quedaban atrás, defendiendo sus hogares con bravo furor: los unos gritaban, *¡Santiago, Santiago!*; los otros, *¡Mahoma, Mahoma!*, y batallaban desta suerte largo tiempo, cayendo de ambas partes muchos muertos. En este día la gente de Murcia y Lorca con los lugares de su jurisdicción se portaron heroicamente, cubriéndose de gloria como acostumbraban, y haciéndose dignos de llevar aquel real blasón que habían ganado de seis coronas de oro.

El ruido y la vocería eran tan grandes, que no se podían entender unos a otros, ni tampoco verse entre el polvo y la densa niebla de la pólvora; pero amontonándose los cristianos, los moros no tenían necesidad de echarse las escopetas a la cara, ni de apuntar a sus contrarios, sino de disparar sobre el confuso remolino que formaban. No obstante mostraban los nuestros tanta obstinación, que hubieran entrado en el pueblo, si no se lo impidieran unos fuertes traveses que habían hecho los moros para esta defensa; pero durante su porfía recibieron mucho daño, sin poder dar un paso adelante. En esta demanda quedaron cuatro capitanes muertos y tres gravemente heridos de arcabuzazos; salieron heridos también algunos alféreces; de los soldados murieron más de ochenta, quedando gravemente heridos unos ciento y cincuenta.

Causaba mucho dolor ver herido igualmente de un arcabuzazo el maestre de campo don Pedro de Padilla.

Viendo el señor don Juan que andando la batalla tan revuelta y sangrienta entre los nuestros y los moros, tenía la Ocasión oportuna en las manos, no quiso soltarla del copete, antes mandó al punto que se pusiese fuego a la mina que estaba a la parte de la popa, según antes se había acordado. La mina hizo su efecto, aunque no tanto como se esperaba, por haber salido algo ladeada del punto principal: sin embargo, causó notable daño, porque con el movimiento que hizo al tiempo de volar, derribó gran parte de la peña tajada con la muralla y las casas que estaban construidas sobre ella; de manera que formó un escarpe por donde se podía acometer mejor que antes, quedando todavía agria y difícil la subida, por lo que los de adentro podían con facilidad defender el acceso, como lo hicieron.

Al ver nuestros soldados que había reventado la mina, y creyendo que el efecto fuera mayor del que había sido, como desde fuera parecía, codiciosos de verse envueltos con los enemigos, o por mejor decir, de coger la presa que esperaban, y esto es lo más cierto, porque se decía que había en el pueblo muchos esclavos y mucho dinero, joyas y ropa, sin aguardar orden de nadie, ni esperar, como fuera justo, que se hiciera el reconocimiento de la batería y se diese la señal del asalto, portándose como gente bisoña, licenciosa y mal disciplinada, y gritando *¡Santiago, cierra España!*, principiaron a subir por la cuesta arriba furiosa y desconcertadamente. Los alféreces advirtiéndolo el desorden de los soldados y que no habían sido parte para detenerlos la eficaz persuasión y grande resistencia de los capitanes, resolvieron hacer lo mismo arrojándose también con ellos para darles fuerza y calor, pues en aquella disposición de la gente se tuvo este acuerdo por acertado: lo propio

hicieron luego los capitanes con algunos otros soldados particulares y la gente suelta que con deseo de pelear y de señalarse se habían metido entre ellos. Con el ímpetu que llevaban llegaron las banderas hasta arrimarse al revellín del castillejo.

Los moros, que amedrentados del movimiento de la mina y del daño que había hecho al reventar, volando por el aire más de veinte dellos que estaban de guardia, distribuidos por la parte que alcanzó de la muralla, se habían retirado a lo interior de la población, y los demás que estaban no muy lejos de aquel peligro, oyendo tocar al arma por algunos de los suyos, y que de varios puntos distantes daban voces los centinelas, avisando que se les entraban los cristianos, acudieron todos de golpe a la batería, siguiéndoles también algunas mujeres y muchachos; y viendo que los nuestros estaban ya tan inmediatos como hemos dicho, dando un grande alarido como tenían de costumbre, y que le ponían en el cielo, acometieron con ánimo desesperado a los cristianos, disparando sus arcabuces, aunque no podían ser muchos por la escasez de municiones que siempre tuvieron, y arrojando piedras hasta venir a estar pie con pie y herirse con las espadas furiosamente. Deteniéndose los nuestros por la resistencia y defensa brava que les hacían los moros, pelearon con tanto esfuerzo y ceguedad que era cosa de espanto; pero no pudieron marchar adelante, ni ganar un paso más de la población.

Las banderas que con algunos soldados habían llegado al revellín, y que a causa de haberle hallado alto y fuerte, y por la mucha resistencia que se les hacía por los de adentro se habían parado y acumulado sin poder ir adelante, principiaron a remolinar; lo cual, visto por un alférez, a quien pareció flojedad estar allí desta suerte, llamando a algunos amigos y camaradas suyos, procuró subir sobre el

revellín a despecho de cuantos le defendían. Tres veces lo intentó, y otras tantas fue rechazado y derrumbado abajo: porfiando en su intento, y queriendo subir la cuarta vez, le cogieron la bandera, y pugnaron por arrancársela de las manos; pero el valeroso alférez la defendió heroicamente a cuchilladas; y aunque quedó muy mal herido y lastimado, principalmente por haber caído de lo alto del revellín abajo, quedó ufano de haber podido conservar su bandera.

En este tiempo no holgaban los muchachos ni las mujeres, antes bien con suma diligencia andaban allegando piedras junto a los que peleaban, y de las mujeres dos se señalaron entre las demás por su valentía y presencia de ánimo, peleando admirablemente. La una iba capitaneando y animando a todos por la batería, descubriéndose con denuedo y poniéndose al alcance de los arcabuzazos y cargas de artillería que partían de nuestras trincheras y plataformas; la otra, peleando con una espada en la mano, acometió a un soldado que muy confiado en su valor subía al revellín, y le hirió cruelísimamente; pero no contenta con esto, le agarró con grande esfuerzo y derribó a sus pies, y en un punto le degolló y quitó un coselete y morrión que llevaba, sin que nadie se lo pudiese defender. Esta brava mora se llamaba la Zarzamodonia; era corpulenta, recia de miembros y alcanzaba grandísima fuerza; se averiguó que en este día mató ella sola por su mano a diez y ocho soldados, no de los peores del campo.

Andaba la batalla tan cruel y obstinada por ambas partes, que en el espacio de tres horas no se echaba de ver se hubiese aflojado el coraje de los unos ni de los otros; pero los moros llevaban la ventaja, porque morían muchos cristianos, bien que dellos no pudiera ser menos la mortandad, a causa de las descargas de la artillería y de los arcabuzazos que de todas partes llovían sobre el pueblo.

Ya a este tiempo, habiéndose retirado de su batería el tercio de Nápoles, y llegando a ella nuevos moros de refresco en ayuda y socorro de los que todavía peleaban furiosamente, llenos de brío y coraje por haber defendido aquella parte tan bien, y hecho retroceder a los soldados nuestros que tanto los apretaban, se hacía la empresa mucho más difícil, creciendo la resistencia, y subsistiendo la misma dificultad, de que, por estar tan alto el revellín del castillo, no era posible subir por él ningún viviente para ganar la población, al mismo tiempo que tampoco podía hacerse la entrada por otra parte. Por eso principió a notarse en los nuestros alguna flojedad; y reconocida por Su Alteza, mandó al instante que las cuatro compañías de batalla acometiesen vigorosamente, como lo hicieron con grande ímpetu y pujanza; pero estas banderas nuevas, llegando al sitio en donde las demás hicieron represa, y comenzando los soldados a detenerse un poco, fue necesario enviar dos de las otras siete compañías que habían quedado de retaguardia, para que acometiesen juntamente con las otras, sin que produjesen mayor efecto, porque hicieron la misma demostración y represa que las pasadas.

Ya había cerca de cuatro horas que duraba la pelea, y nuestros soldados obraban con desigualdad, cuando los enemigos se mantenían con tanto brío, que era claro resultaría de la obstinación una ruina muy grande y poco fruto; pues parecía que la fortuna, para ser de todo punto favorable a los cercados, permitió que en aquel momento se cayese un pedazo grande de la muralla con las casas que estaban pegadas a ella, enterrando vivos a más de treinta soldados; y no solamente hizo este daño, sino que los pedazos que se desmoronaron, juntándose con el revellín del castillo por donde había la única esperanza de poder subir y entrar en la población, se hizo el paso mucho más

difícil, y quedó aquel punto casi inexpugnable. Por esta razón el señor don Juan mandó tocar la retirada, y los soldados entraron en el real, dejando muertos tres capitanes, y todos los demás quedando heridos de pedrada o de arcabuzazo, por cuyas resultas murieron después otros dos. El maestre de campo don Lope de Figueroa salió mal herido de un arcabuzazo que le dieron al principio del asalto, y el otro maestre de campo Antonio Moreno salió también mal herido de las pedradas que los moros le tiraron. Todos hicieron su deber como buenos y valerosos soldados en esta sangrienta jornada; pero murieron unos ciento y cincuenta infantes, y quedaron heridos más de cuatrocientos, añadiendo a este número todos los alféreces y sargentos de las banderas.

Entendiose que los moros recibirían también notable daño, y no pudo ser menos, aunque de pronto no se pudo apurar; pero se supo después por algunos que salieron del fuerte y se vinieron al campo del señor don Juan, que la mortandad de los moros había sido grande.

Al retirar los cadáveres de los cristianos muertos, se halló que había muchos heridos por las espaldas, dejándose entender que murieron de los arcabuzazos de los nuestros, poco diestros en aquel ejercicio, y no pudo ser menos; porque además de la confusión grande que hubo durante el asalto, y la corta distancia que mediaba entre la batería de los enemigos y nuestros soldados que peleaban al pie della, no se podía disparar con tanto acierto que por dar en los unos no se diese algunas veces en los otros; y había tanta mayor razón para presumirlo, cuanto que la mayor parte de nuestra gente era bisoña y poco práctica en el manejo de las armas.

Visto por Su Alteza el ruin suceso que habían tenido los asaltos pasados, la poca muestra que daban de rendirse los enemigos, que la población se mantenía no menos fuerte

que al principio, y que se conseguía muy corto efecto de la artillería para pensar que perseverando en batir con ella al fuerte podría abrirse camino para ganarle, aunque fuese de mucha importancia para el caso arrasar las casas, derribar los reparos y los traveses que della se formaban, porque la disposición del terreno favorecía todavía mucho a los cercados; pensó que de preferencia a todo se continuase usando la máquina de las minas, como más provechosa y de mayor sustancia que los demás medios. Así pues, ordenó que por la misma banda de la popa, a unos treinta pasos más a la mano derecha, y cuarenta o cincuenta a la izquierda de la primera mina, se abriesen de nuevo otras dos, entrando con ellas tan adelante que pudiesen volar el revellín y castillo. Al punto se pusieron por obra las dos minas con mucho calor, fundando en el efecto deste instrumento la esperanza del éxito de toda la jornada.

Desmantelada Galera, el señor don Juan se fue a Baza. Se da razón de las personas de cargos que murieron en Galera, y de los heridos

LA toma y destrucción de Galera se divulgó luego por toda España, y hasta Argel llegó la noticia, al mismo tiempo en que el Ochalí tenía dispuestos dos mil turcos, todos jenizaros y excelentes soldados, para enviarlos a las Alpujarras. Éste al punto desistió de su intento, y los demás moros levantados del reino de Granada concibieron tanto terror de lo sucedido, que perdieron enteramente sus buenas esperanzas al ver que un lugar tan fuerte como Galera ya estaba asolado, y

habían muerto en él, sin que quedara uno de tantos y tan valerosos moros y turcos. El Ochalí, rey de Argel, no se atrevió a contrarrestar la gran potencia que el príncipe don Juan llevaba en su campo; pero quien más tembló del caso fue el capitán Maleh, que tenía allí a la sazón una hermosa doncella, la cual había ido a ver a unas parientas suyas muy cercanas, y hallándose allí cuando se levantó el lugar, murió entre las demás mujeres al tiempo de su rendición. Dicen della que era hermosa en extremo, de modo que la fama de la bella Maleha era celebrada y universal por todo el reino de Granada. Así que se supo la rota de Galera en el río de Almanzora, se dijo también que entre la asolación y ruina del lugar se habían quedado escondidos unos quince moros y moras en partes muy ocultas y secretas, especialmente en el caño o mina por donde el agua del río entraba en Galera; porque los cristianos, aunque llegaron a aquel sitio, viendo que el pozo tenía agua no se persuadieron de que pudiera haber allí persona viviente, cuanto más que desde arriba no podía notarse ni descubrirse por dónde entraba la mina, ni la longitud della.

Además pues destos moros y moras de que hemos hablado, se quedaron escondidas otras personas en lugares ocultos, sin que tuviesen noticia dellas los cristianos, que así como acabó la pelea, y siendo ya de noche, se ocuparon principalmente de sacar sus muertos de entre los moros y juntarlos todos hacia una parte para darles sepultura. Los soldados, cansados de pelear, y después de haber buscado su provecho durante aquella noche, que fue muy oscura, se recogieron a sus cuarteles sin cuidar de otra cosa hasta el día siguiente, que debían emplear en el enterramiento de los muertos y en quemar el pueblo, según se les había mandado.

Entre los moros que estaban escondidos, no oyéndose ya rumor de guerra, salió uno a la boca de la mina, y vio que era muy de noche, que todo el suelo estaba cubierto de nieve y llovía copiosamente; por lo cual, determinado a saber el fin en que aquello había parado, subió a lo alto del lugar, espantándose de tanta mortandad como se manifiesta por aquellas calles. Yendo adelante con gran recelo, se halló con otro moro que hacía la misma investigación; y habiéndose reconocido después de haberse causado mucho temor el uno al otro, preguntándose quién eran, dijo el que salió el último que en el hueco de una casa tenía escondidas ciertas mujeres y criaturas, y que había salido a observar en qué estado estaban las cosas.; que a él le parecía ser muy cómoda la noche, y que el campo estaba descuidado, por lo cual podrían salir de aquel sitio muy a su salvo, y poner en cobro las mujeres y niños. El otro, que había salido al mismo efecto, convino con su parecer, y ambos acordaron que se saliese por la mina del agua, y no por las baterías. Así pues los de la casa se fueron a la mina, y por la boca que salía al río comenzaron a andar de la media noche en adelante, y siguiendo el agua abajo salieron a bastante distancia de allí sin ser sentidos de nadie.

Parecía un milagro de Dios que los niños chiquitos no llorasen ni bullesen en aquella sazón, yendo todavía como trastornados por el estruendo de la artillería pasada. Deste modo se escaparon éstos y algunos más por otras partes, ayudados de la oscuridad de la noche, viniendo a juntarse unos y otros al amanecer cerca de la venta del Peral, desde donde, por una travesía que se hace de un pinarejo que va a dar al río del Almanzora, se metieron llorando su desventura, aunque por otra parte contentos de haberse salvado de tan gran peligro, en un lugar que se llama

Urraca, siendo ya bien de noche, porque las mujeres no pudieron andar más.

Por fin, allí se hallaron puestos en salvo, y dando noticia a los del lugar de lo que había pasado, se supo luego por la gente del río de Almanzora, y de allí fue avisado Avenabó, el cual sintió gran pesar, porque tenía prontos quince mil hombres para ir con ellos a socorrer a Galera. En Purchena supo luego el capitán Maleh lo que pasaba, y lo sintió muchísimo por la razón especial de tener a su hermana en Galera; y así triste, pensativo y temeroso, no esperando próspero fin de tales negocios, buscó quien fuera allá secretamente y averiguara si se hallaba su hermana entre las demás mujeres muertas, o si estaba cautiva. Por fortuna un mancebo moro, que la amaba mucho y la había servido muchos años pretendiendo ser cuñado del Maleh, dijo que él iría a Galera y traería noticia cierta de la suerte de la Maleha. Su intento era, en el caso que la hermosa mora estuviese cautiva, ir a echarse a los pies del señor don Juan, ofreciéndose a ser su esclavo, y rescatando a su señora casarse con ella y quedarse en Huéscar, o pasarse a vivir a Murcia.

Determinado al viaje, el enamorado moro se despidió del Maleh, y montando en un brioso caballo tomó el camino de Galera. Luego que llegó a Orce, que estaba despoblado, entró en una casa que él conocía, y dejó allí encerrado su caballo, con copia de pienso para que se pudiese mantener. Luego a media noche, estando el tiempo lluvioso, entró en Galera, donde le espantó el gran número de muertos que iba encontrando y con que tropezaba a cada paso; pero viendo que todo estaba tan embarazado, no sólo por la destrucción del lugar, sino también por los traveses de las calles, que le hacían perder el tino; aunque sabía muy bien la casa donde estuvo

alojada su señora, no quiso continuar su marcha por la confusión de aquellas entradas y salidas, hasta que viniera el día, y con la claridad pudiera acertar el camino por donde había de ir. Se arrimó a una trinchera, sin poder pegar los ojos en todo el resto de la noche, atormentado de su imaginación y atemorizado de los aullidos dolorosos de los perros y otros animales, que parecía se lastimaban de su desventura con la pérdida de sus dueños.

Al romper del alba el animoso moro buscó un punto de donde pudo descubrir todo el campo del señor don Juan, y quedó admirado de su gran potencia; en seguida buscó la casa donde su señora había de estar, y entrando en un patio della encontró a un lado muchos moros muertos, y más adelante muchas moras muertas, entre las cuales reconoció muy bien a su querida Maleha, como quien la tenía tan impresa en el alma. Aunque la mora estaba muerta de tres días, se conservaba tan bella como si estuviera viva, fuera de la extrema palidez que ocasionó la falta de la sangre que había vertido de las heridas. Estaba en camisa la hermosa Maleha, en lo cual manifestó el cristiano que la mató ser de ánimo noble, pues aunque la habían quitado la ropa la dejaron la camisa, que era rica y labrada de seda verde a su usanza.

Al parecer los cristianos acabaron de saquear el lugar y de matar a todos los moros, siendo ya muy de noche el día que entraron en Galera; y aunque el señor don Juan mandó que al siguiente se derribase la muralla, no se había podido hacer por estar lloviendo y nevando de continuo: ésta es la causa por que los cristianos aún no habían vuelto al lugar y la mora se mantenía entre las demás muertas, cubierta con aquella camisa tinta en sangre. Tenía dos solas heridas, y ambas en el pecho, dando mucha compasión ver tal belleza tratada con tan horrible crueldad. Así que el moro vio y reconoció a su señora, oprimido del gran dolor su

corazón, la tomó en sus brazos, y echando un raudal de lágrimas de sus ojos la besaba mil veces en la fría boca, y la decía:

— Bien mío, esperanza de mi consuelo, no pensé yo al cabo de siete años que te he servido alcanzar la gloria de juntar mis labios con los tuyos, aunque fríos, porque la muerte ha triunfado de tu belleza. Cristiano cruel, ¿cómo tuviste valor para sacarla del mundo? ¿Quisiste bien algún día? ¿Fuiste algún tiempo enamorado? ¿Supiste lo que es una mujer hermosa? Di: sí, o no. Si no lo sabías, no me admiro de tu crueldad bestial; mas si lo sabías, ¿por qué no te acordabas de que fuiste amante, y que esta dama hermosísima que tenías delante de los ojos era un retrato de la tuya, para que detuvieras la mano airada al tiempo de herirla? Si por caso te hubiera enojado u ofendido algún moro, enhorabuena que en él vengaras tu saña; pero ¿cómo podía merecer esta pena un ángel, criado para ser objeto de adoración? ¿Pensabas, miserable, que la gloria de un general, cuando triunfa del enemigo, estaba en matar a una beldad, que no se había conocido mayor en el reino de Granada? Mal pensaste y peor hiciste: que semejantes atrocidades son indignas de los que menean las armas; con los varones esforzados debías hacer alarde de tu valor, y no contra quien ningún daño te podía hacer. Cruel, mataste a quien daba vida y muerte con sus ojos, a aquella que tras de su mirar se llevaba mil almas colgadas. Di, villano, ¿si no la mataras, dejaras de alcanzar mayor gloria y provecho, teniendo presa a quien a tantos sabía prender? Yo fuera a buscarla donde la tuvieras, y en lugar de un esclavo hallarías dos, porque te sirviera como tal, entregándome en tus manos. Mal lo miraste, cristiano, y yo te juro por el alma de mi bien, que cuanto pueda te he de buscar para darte el galardón que merece tu villana mano.

Y así lo hizo este moro, como se dirá más adelante; pues muchas veces se hallan las cosas que bien se buscan.

Volviendo ahora al caso, digo, que el moro después de haber desahogado su pasión, y cansándose de abrazar y besar con mil amores a su señora difunta, estaba determinado a aguardar la noche para al abrigo de su sombra poderla sacar de allí y llevarla consigo al río de Almanzora; pero viendo luego que era caso dificultoso, mudó de intento y resolvió darla allí sepultura, disimulando cuanto pudo el lugar donde la dejaba depositada. Tomó luego un carbón, y en la pared, que era blanca, escribió en lengua arábica este epitafio:

Aquí la bella Maleha
yace, hermana del Maleh;
yo el Tuzani la enterré
por ser mi señora idea.
Matola un perro cristiano;
mas él me vendrá a la mano,
donde perderá la vida,
pues de mi bien fue homicida,
como pérfido villano.

Luego que el Tuzani (así se llamaba el moro) acabó de escribir el susodicho epitafio, se salió de Galera siguiendo el río abajo por la mina del agua, teniendo ya de antes noticia della; y como la caballería cristiana se había separado de allí después de rendido el lugar, tuvo el moro la facilidad necesaria para salir del río y meterse por un ramblizo oculto, el cual siguiendo, no fue de nadie descubierto, porque no cesó de nevar y llover; y luego que llegó a Orce tomó su caballo en la casa donde le había dejado, y no paró hasta Purchena.

Allí refirió al Maleh cuanto había visto, la gran mortandad de moros, moras y criaturas que halló por las calles y las casas, entre las cuales había encontrado muerta a su hermana, y dádola sepultura; todo lo cual sintió él mucho, y lloró amargamente la pérdida de su amada hermana Maleha, dando ocasión a que sobre esto se hiciera el siguiente romance:

En Purchena está el Maleh,
que no osaba salir della,
con deseo de saber
lo que pasaba en Galera;
y estando un día en consejo
con muchos moros de guerra,
vuelto a ellos suspirando,
deste modo les dijera:
—Mucho deseo saber
lo que ha pasado en Galera;
cómo sostiene el asedio
y cerco que está sobre ella.
Le daría por mujer
a mi hermana la pequeña
al que me dijese ahora
lo de Galera y de Huéscar;
si es ganada o no es ganada,
si está libre o está presa,
porque tengo allí a mi hermana
la que le llaman Maleha,
que fue a ver a mis parientes:
¡Ojalá que allá no fuera!
Y si Mahoma quisiese
decir lo que pasa en ella,
yo le hiciera sacrificio
de una cristiana doncella.

Allí habló un moro mozo,
diciendo desta manera:
— Ofrezco hacer ese viaje
por ganar tan alta empresa.
Siete años serví a tu hermana
sin alcanzar cosa della.
Porque veas si es así,
he aquí un retrato della.
Allí sacara el retrato
en una hoja pequeña
de un blanco y liso papel,
que cualquier la conociera,
pareciendo tan al vivo,
que dijeran que era ella
Otro día de mañana
se saliera de Purchena
en un ligero caballo
que rucio rodado era.
Borceguí lleva calzado,
y un alpargate de seda,
lanza y adarga llevaba,
y un alfanje en la correa.
Y en el arzón de la silla
una escopeta de piedra,
que el moro la entiende bien,
que en Valencia lo aprendiera.
Toda una noche camina
por una áspera sierra,
sin temer fuerza cristiana,
porque amor va en su defensa;
y al tiempo que el sol salía
descubre el campo de Huéscar.
En Orce aguardó la noche,
que entrar oculto quisiera,

y allí dejó su caballo
con recado que le diera,
en una casa escondido,
y él parte por una senda.
En Galera entraba el moro
por sitio que conociera,
sin ser de nadie sentido,
porque el cielo llueve y nieva.
El moro se espanta al ver
tan destruida la tierra,
y de encontrar tantos muertos
de la batalla sangrienta;
y como era ya de noche,
no puede atinar la puerta
do entiende que está su dama,
o la piensa hallar muerta;
y sí muerta no la halla,
que es cautiva es cosa cierta:
aguarda que venga el día
para poder dar la vuelta.
El día siendo venido,
la casa bien conociera;
sin temor se mete el moro
hasta el patio, donde viera
estar muchos moros muertos
de cuchilladas muy fieras.
Mas adentro en una sala
vido muchas moras muertas,
donde muerta también halla
a la hermosa Maleha.
Con lágrimas en sus ojos
la abraza y mil veces besa,
con palabras muy sentidas
solemniza su tristeza:

– El cristiano hubiese mal
que mató tanta belleza;
mas yo juro por Mahoma
de tomar dello la enmienda.
Con esto el moro buscaba
por la casa una herramienta
para poder sepultar
a su infeliz dama muerta.
Un azadón ha hallado,
y con él hizo una huesa;
llorando entierra a su dama,
cubriéndola bien de tierra,
hacia una parte del patio
que no fuera descubierta;
y en la pared con carbón
un epitafio escribiera,
que el nombre suyo declara
y el de la bella Maleha.
Habiendo hecho esto el moro,
de Galera se saliera
por la mina que va al río
muy secreta, y de manera
que de ninguno fue visto
por la lluvia que cayera.
A Orce se vuelve el moro,
do su caballo le espera;
en él huye muy lloroso,
y vuelve para Purchena,
donde le contó al Maleh
la rüina de Galera,
y cómo a su buena hermana
entre otras halló muerta.

Dicen que este moro animoso era de Cantoria, o de los Vélez, y le llamaban el Tuzani; estaba tenido por muy ladino y valiente, y tan aljamiado que nadie le pudiera tomar por morisco, habiéndose criado de niño entre cristianos viejos. Así que éste llegó a Purchena dando la nueva de lo que había pasado en Galera, y del gran campamento de los cristianos, resuelto a vengar la muerte de su dama, se salió del río de Almanzora en traje de soldado cristiano, tan bien puesto que al verle nadie le creyera morisco. Una buena espada en un tahalí bien hecho, su escopeta de rastrillo, también muy buena, y que él sabía manejar porque había estado muchas veces en Valencia y en Játiva y en otros lugares donde se usan semejantes armas, y en donde compró aquella llave de su escopeta.

Saliendo así de Purchena, y llevando recados del Maleh para que los moros de aquel río no le impidieran su camino, no paró hasta Baza; de allí se fue al campo del señor don Juan y se llegó a las banderas del tercio de Nápoles. Después contaremos lo que hizo este moro, que es digno de memoria, y ahora trasladaremos aquí otro romance, que sobre el levantamiento de Galera escribió un amigo nuestro:

Mastredajes marineros
de Huéscar y otro lugar
han armado una Galera
que no la hay tal en la mar.
No tiene velas ni remos,
y navega y hace mal;
el castillo de la popa
tiene muy bien que mirar.
La carena es una peña
muy fuerte para espantar;

quien pudo galafatarla,
bien sabe galafatar.
No lleva estopa ni brea,
y el agua no puede entrar
sino por escotillón,
hecho a costa principal.
Marinero que la rige
sarracino es natural,
criado acá en nuestra España
por su mal y nuestro mal.
Abenhozmín ha por nombre,
y es hombre de gran caudal.
Confiado en su Galera
va diciendo este cantar:
—Galera, la mi Galera,
Dios te me guarde de mal,
de los peligros del mundo
y del príncipe don Juan,
y de su gente española
que te viene a conquistar.
Si deste golfo me sacas
delante pienso pasar
a la vuelta de Toledo,
Madrid y El Escorial;
El Pardo y Aranjuez
los presumo visitar,
y llegar a las Asturias,
do otra vez pudo llegar
Abenhozmín mi pasado
que vino de allende el mar
y poseyó las Españas
casi mil años, o más.
Estas palabras diciendo
la Galera fue a encallar;

no puede ir adelante
ni puede volver atrás.
Cristianos la rodearon
para haberla de tomar;
toda es gente belicosa,
con ellos el gran don Juan.
Comienzan de combatirla,
y ella quiere pelear
sin darse a ningún partido,
antes quiere allí acabar.
Fuertemente la combate
el de Austria sin la dejar;
con cañones reforzados
comienza a cañonear.
Poco vale combatirla,
que es fuerte para espantar,
hasta que le arrojan dentro
pólvora, fuego, alquitrán,
con que la dan cruda guerra
y al fin la hacen volar.
Así acabó esta Galera
sin poder más navegar.

Para manifestar la importancia de la toma de Galera daremos noticia de los caballeros capitanes y alféreces que murieron y salieron heridos durante el cerco, y en los asaltos que se dieron a su fortaleza.

Jefes y capitanes heridos: el marqués de la Fabara, el maestre de campo don Pedro de Padilla.

Los capitanes: Rui Francos de Buytrón, Vilches, Valenzuela, Gómez García de Guevara, de Lorca; don Pedro Zapata, don Pedro de Sotomayor, don Alonso de Luzón, Pedro Ramírez de Arellano, Juárez, don Felipe de Samano, el capitán y sargento mayor Salante; Lázaro de

Heredia, don Pedro de Zambrana, don Sancho de Leiva, don Luis Carrillo, don Diego y don Rodrigo de Mendoza, Francisco de Molina, Torrellas, Salinas, Tordesillas, Salvador Navarro, Francisco Galtero, don Fernando de Silva, don Juan de Benavides, don Juan de Perca, del hábito de San Juan; Juan de Velasco, Pagán de Oria, hermano del príncipe Juan Andrea; Diego Vázquez de Acuña.

Ídem muertos: don Juan de Castilla; los capitanes: Beltrán de la Peña, Martín de Lorita, alférez mayor de Lorca; Adrián Leonés, de Lorca; Carlos de Antillán, don Antonio de Peralta, Pedro Méndez de Sotomayor, Maqueda, Pedro de Luján, entretenido; Mendoza, continuo del Rey; el capitán de campaña del tercio de Nápoles; el capitán Baltasar de Aranda; don Juan Pacheco, del hábito de Santiago; don Juan de Castañeda; el capitán Zurita.

Alféreces heridos: el alférez de Diego Vázquez de Acuña, Tomás Pérez de Avia, entretenido; Camarga, Barrios, el sargento Bustillos, el alférez Tapia, Baltasar de Aranda, Juan Ponce, Barahona, Francisco Riquelme, Bocanegra, el alférez del capitán Valenzuela, el alférez y el sargento del capitán Peralta.

Ídem muertos: don Juan de Benavides, Zorita.

El señor don Juan llegó a reconocer el castillo fuerte de Serón, y allí le mataron los moros cuatrocientos soldados, entre ellos a su ayo don Luis Quijada. Tócanse otras cosas dignas de memoria sucedidas a la parte del poniente

ACABADA de ganar la inexpugnable fortaleza de Galera con muerte de tantos y tan valerosos capitanes, alféreces y soldados, fue necesario que todo el campamento se detuviese allí siete días por estar lloviendo y nevando continuamente; cosa que pareció de misterio, porque aunque se estaba en el rigor del invierno, no había llovido una gota de agua durante todo el tiempo del asedio. Luego que el cielo se tornó claro y sereno, y que los caminos se orearon para que se pudiera retirar la artillería con comodidad, mandó Su Alteza que el ejército tomase la vuelta de Baza, quedándose en Huéscar los heridos hasta su curación.

Hubo, sin embargo, cuatro capitanes de Murcia, a saber: don Pedro Zambrana, Francisco Gaitero, Salvador Navarro y don Luis Carrillo y el alférez don Francisco Riquelme, que aunque estaban mal heridos no quisieron dejar el campo, sino seguir las banderas del señor don Juan, y con su ejemplo salieron después otros muchos capitanes. Pero de todos ellos ninguno estaba herido de más peligro que el capitán de Murcia, Francisco Galtero, porque la herida le cogía debajo de la barba, no muy lejos de la vena orgánica. Éste era hermano de Alonso Martínez Galtero, aquel que en la batalla de Verja se había portado tan valerosamente, que salió todo bañado de sangre de los enemigos que

había muerto por sus manos, y que dio en el mismo día un consejo tan acertado, que si el Marqués le quisiera tomar, se acabara entonces la guerra del reino de Granada. Por desgracia su excelencia, pensando de otro modo, no le tuvo por seguro y pasó por ello fácilmente sin pensar bien el caso.

Llegando a Baza con su ejército el señor don Juan, supo que don Enrique había salido desbaratado de la entrada del río de Almanzora, perdiendo gran parte de su gente, y pesándole mucho a Su Alteza determinó entrar por el mismo río para poner fin a la guerra de aquellos lugares, dejando en todos bastante presidio, y pasar luego a las Alpujarras, juntándose con el duque de Sesa, y no descansando hasta que quedase sofocada toda la rebelión. Ya estaba Su Alteza determinado a seguir este plan, cuando recibió cartas del Duque, las cuales leyó, y decían así:

Esclarecido príncipe: he hecho todo lo posible por llegar a las manos con Avenabó; mas el moro lo excusa y cifra todo su negocio en darme alarmas falsos, y andar siempre tras de mis escuadrones por cansar a los soldados, saliendo a las escoltas para desbaratarlas y robarlas. Si por caso nos hallamos alguna vez en rompimiento de batalla, siempre es en parte donde pueda presentármela a su salvo, junto a la sierra más fragosa que se halla al paso, porque ésta es su amparo; de forma, que andando desta suerte jamás se acabará la guerra. Para que se termine es necesario que vuestra alteza ande por una parte con un ejército y yo con otro por estas Alpujarras. Si desta suerte no se hace, hay guerra para siempre: véngase vuestra alteza por acá lo más pronto que pueda. Está por los míos Castil de Ferro, adonde se tiene entendido que ha de venir a los moriscos el socorro de África. Guarde Dios nuestro señor la real persona de vuestra alteza muchos años. De Órjiva, etc.

Esta carta apresuró la marcha del príncipe hacia el río de Almanzora, saliendo luego de Baza con su campo hasta un pueblo llamado Caniles, distante dos leguas, donde se alojó. Allí se dispuso que el señor don Juan saliese con tres mil hombres de a pie y de a caballo para reconocer a Serón, y que el resto del ejército permaneciera en Caniles, donde le dejaremos para decir alguna otra cosa del Duque, pues hace ya mucho tiempo que no hablamos de sus cosas.

Dice ahora la historia que Avenabó, como tan interesado, fue uno de los que primero tuvieron noticia de la rendición de Galera; y considerando que ninguno de todos los demás lugares tenía tanta fortaleza, y que por esta causa la guerra que llevaba adelante el hermano del rey don Felipe no podría menos de parar en daño suyo, lleno de temor, jamás osaba entrar en batalla con el duque de Sesa; divertíale disimulando su cobardía, y sólo se ocupaba en ir tras de las escoltas para los presidios. Con este propósito dio gran cantidad de soldados moros al capitán Dalí, y le mandó que se apostara siempre en las estrechuras de los caminos para que no se le escapase escolta alguna a la cual dejara de quitar los bastimentos que llevase. Por su parte procuraba andar cerca de las banderas cristianas, ocupándolas bastante para que no osasen acudir a favorecer las escoltas, y procurar deste modo que el Dalí pudiera siempre salir victorioso contra ellas, porque sabía muy bien que aunque el Duque no tenía tanta gente, llevaba artillería y gran cantidad de caballos, en lo cual le aventajaba mucho. Así no le osaba esperar ni dar batalla, sino entretenerle y fatigarle, para que sus soldados, hartos de los trabajos que pasaban inútilmente por las sierras, desertasen y fuera sucesivamente deshaciéndose el ejército enemigo, hasta el punto que viéndose el Duque sin gente se saliera de las Alpujarras y las dejase libres.

Pero su excelencia no tenía tal designio, y sólo pensaba en acabar la guerra, ayudado del príncipe, como ya se ha dicho. Por este tiempo salió de Granada una gruesa escolta de cuatrocientos soldados bien dispuestos; y el Dalí en seguida se puso en el camino tomando la parte más secreta para dar sobre ellos de improviso. Avenabó teniendo aviso desto, salió también por el camino de Acequias, que es un pueblo que está sobre el camino de Granada, para que si el Duque venía a proteger la escolta, encontrase allí impedimento que se lo estorbara mientras daba en ella el Dalí con los suyos.

Con efecto, así que el Duque supo la venida de aquella escolta, pensando que traería bastimentos para su real, salió a la parte de Acequias por librarla de cualquier peligro; luego se encontró allí con Avenabó, por lo cual se trabó a deshora una escaramuza cruel entre los dos ejércitos; pero el Duque mandó jugar ciertas piezas de campaña que llevaba en el suyo, y por su efecto se retiró Avenabó muy poco a poco, sin mostrar pesadumbre alguna, para que el Duque se entretuviera en perseguirle y entretanto el Dalí tuviese tiempo de habérselas con la escolta y desbaratarla. El valeroso duque, viendo que Avenabó se retiraba, resolvió marchar a un lugar cercano llamado Poqueira, rodear por allí el monte, que era muy alto, y dar en Avenabó por la retaguardia; mas éste no inadvertido de semejante industria, se retiró un poco más adentro.

En este tiempo el Dalí cayó sobre la escolta de los cristianos cerca de Lanjarón, con tanto poder, que si no fuera por el esfuerzo del buen capitán que traía, llamado Andrés de Mesas, soldado viejo y valeroso, y de don Pedro de Velasco, pariente muy cercano del condestable, a quien por ser buen militar enviaba Su Majestad para que reconociese el estado de la guerra de las Alpujarras, y

poniéndose de acuerdo con el Duque se adoptaran por vía de negociación los medios convenientes de terminar las disensiones con los moriscos; digo que al verse estos dos capitanes tan audazmente acometidos por los moros, animando mucho a los suyos, dieron en ellos con tanto ímpetu, que se vieron por último los moros obligados a retirarse. Viéndolo el Dalí excitaba a los suyos, diciéndoles a grandes voces que se mantuvieran firmes y que no temiesen a los cristianos que eran pocos; que considerasen cuánto les iba en quitarles los bastimentos que llevaban al Duque para su ejército. Con esto cobraron aliento los moros y volvieron a la batalla con grande ánimo; pero fueron bien recibidos de los cristianos y de ambas partes se trabó una pelea tan reñida, que a don Pedro de Velasco llegaron a tomarle el caballo, y él quedó a pie con la espada y rodela por defensa, obrando prodigios como soldado valeroso.

Poco, sin embargo, les valiera su denuedo a los cristianos, si la discreción del Duque no les proporcionara socorro en tal apuro, porque como vio su excelencia que Avenabó, después de haberle presentado la batalla, se había retirado con poca ocasión, pensó desde luego que su ánimo no había sido otro que entretenerle con las apariencias de pelea, enviando por otra parte gente bastante para que diese en la escolta que venía de Granada. En fuerza desta presunción, mandó que al punto saliesen cuatrocientos caballos de los mejores del ejército, y con ellos otros tantos peones bien armados, para que tomasen con la mayor diligencia el camino de Granada, hasta encontrar la escolta que venía y que deberían convoyar. Salieron al instante dichos caballos, llevando cada uno a las ancas un peón, y a toda priesa tomaron la vuelta de Granada; más aún no habían andado una legua cuando oyeron la arcabucería que andaba entre los

cristianos y los moros del Dalí. Oyendo el estrépito de la pólvora, y guiados por él al campo de batalla, apretaron el paso y llegaron a tan buen tiempo que los cristianos llevaban ya lo peor, por ser muchos los moros que habían caído sobre ellos; pero así como vieron éstos encima aquel tropel de caballos, hicieron de su gente dos partes, para que la una diese en ellos y la otra en la escolta. Al principio creyeron que la caballería llegaba sola; pero cuando vieron saltar un peón de cada caballo, y que juntos todos acometían gritando *¡Santiago, Santiago!*, no quisieron los moros aguardar más; y tomando por amparo la escabrosidad de la sierra, desaparecieron repentinamente y cesó la batalla, quedando de ambas partes algunos muertos; así llegó la escolta al campo del Duque, que no fue mal recibida. El Dalí fue a juntarse con Avenabó, dándole cuenta de lo mal que le había salido su intento, y de allí se retiraron todos a Andarax.

El Duque se fue con su ejército adonde llaman los Algines, con ánimo de hacer allí alto; y llegando entre Ferreira y Cadiar, junto al río de Jubiles, al ponerse el sol, se alojó el ejército cansado en el sitio más fuerte que para su seguridad se pudo hallar, y permaneció allí algunos días, durante los cuales un valeroso capitán moro, llamado Noabe, con quinientos arcabuceros, se atrevió a alarmar el campo del Duque; pero los nuestros desde una emboscada le dieron, a una, tan terrible descarga, que malamente roto pudo escapar de sus manos.

Ahora conviene dejar al Duque alojado en Jubiles, para hablar del señor don Juan, que estaba en Caniles, habiendo mandado ir a reconocer la villa de Serón, como queda dicho.

Su alteza llegó con su campo a un lugar llamado Caniles, y allí dio orden de seguir por el río de Almanzora, dando sobre Serón, Purchena y los demás lugares de aquel

río, hasta que se diera fin a la guerra de Granada. Con este intento salieron tres mil hombres de a pie y de a caballo tomando la vuelta de Purchena, y en el camino se le dio noticia al señor don Juan de que no podía llegarse a aquel punto siguiendo el río abajo, sin tocar primero por las faldas de Serón, donde había gran copia de moros, que con buen campo aguardaban que llegase allí. Su alteza, de acuerdo con los demás capitanes y con su ayo Quijada, determinó que diesen desde luego sobre Serón, al cual punto llegaron el día siguiente al romper el alba.

Maravillose de ver tan alto e inexpugnable aquel puesto, coligiendo que si su fortaleza se ponía en defensa, había de ser aun más dificultoso de ganar y con mayor costa de sangre que la villa de Galera. Los moros, noticiosos de antemano de la venida del ejército contrario, se valieron de un ardid para perderle más pronto; y con este intento mandaron que las mujeres y las criaturas salieran del lugar tomando la vuelta de la sierra, y que delante dellas fuera la mitad de la gente de guerra que tenían, quedándose la otra mitad escondidos en el castillo. Así pues las moras y los muchachos principiaron a salir del lugar llevando delante y detrás dellos una buena tropa de moros, bien prevenidos de arcabuces. Los cristianos que los vieron salir de aquella manera comenzaron a gritar:

—¡A ellos, que huyen! No se nos vayan a la sierra, porque si se van, no tendremos derecho a ellos.

Diciendo esto y considerando que el engaño de los moros pudiera salir favorable a su intento, los cristianos acometieron al lugar por aquella cuesta arriba, y cuando llegaron a lo alto, más codiciosos de robar que de batallar, se hicieron dos mangas, de las cuales la una siguió a los moros y moras que a su parecer huían, y la otra se metió en el pueblo y principió a saquear las casas con mucha diligencia. Las moras que habían salido de allí se pararon

todas y se sentaron en tierra; llegaron los cristianos y las prendieron, y algunos soldados fueron tras de los moros que las llevaron para pelear con ellos.

A este tiempo pareció en lo alto de la sierra una humadera no muy grande, que era señal cierta que tenían los moros adoptada para socorrerse; y apenas se divisó cuando por la parte de Tíjola vieron asomar unas banderas con más de diez mil soldados moros, todos tiradores. Los que habían salido del lugar con las moras se volvieron luego sobre los cristianos, que los seguían con un ímpetu terrible, y les dieron una brava descarga de arcabucería; de tal manera, que convino a los cristianos retirarse hasta el punto en que sus compañeros habían alcanzado a las moras, a fin de hacer desde allí rostro a los moros hallándose todos juntos. De poco les sirvió este acuerdo, porque venían contra ellos los moros con gran pujanza, e iba acercándose el poderoso socorro que aguardaban; por lo cual principiaron a escopetear a los cristianos, trabándose entre unos y otros una brava escaramuza. Pero en ella llevaban los nuestros lo peor; de suerte que se vieron forzados a desamparar las moras y volver las espaldas a sus contrarios, que los fueron persiguiendo, matando, hiriendo y cautivando a muchos dellos.

En aquel momento, los moros que veían lo que pasaba desde el castillo en que estaban escondidos, entendiendo que los cristianos que entraron en el lugar estarían ocupados en el saqueo, salieron de donde estaban ocultos, y lo primero que hicieron fue tomarles todas las salidas para que ninguno se escapase; los demás, que eran más de mil, dieron luego sobre los que estaban robando, muy descuidados de aquel peligro, y mataron a muchos dellos, yendo buscándolos por las casas; de suerte que no se escapaba ninguno.

El señor don Juan, que estaba con la caballería a la orilla del río, viendo por la altura venir aquel socorro, y otro además por el mismo río, que traía el Maleh con más de seis mil moros, mandó a toda priesa que se tocase a recoger, recelando el peligro de la gente que andaba por la altura y dentro del lugar. Tocaron luego las trompetas y las cajas; pero los soldados que estaban embebidos en el saqueo, pensando que aquella señal se hacía para que cesaran, se estuvieron quietos, llevados de su desenfrenada codicia y sin atender a lo que les obligaba el arte militar. Mas cuando vieron luego sobre sí tanta multitud de moros, entendieron que el aviso de recoger era bueno y oportuno; y queriéndolo hacer no pudieron, porque, como dicho es, les tenían tomadas todas las salidas, y si alguno escapaba era por gran ventura y especial favor del cielo.

Tanto los miserables cristianos que habían ido tras de las moras, como los que se habían quedado en el lugar engolosinados con el robo, viéndose todos tan cercados y oprimidos que no podían escapar por ninguna parte sin notorio daño, unos resolvieron meterse dentro de la iglesia haciéndose allí fuertes, y otros romper por los pasos defendidos y bajar adonde estaba la caballería. De aquellos que tomaron esta última resolución escaparon muchos, y los demás quedaron allí muertos, porque la salida era por unas calles muy estrechas que estaban tomadas por los arcabuceros moros. Muchos cristianos murieron de la primera rociada de arcabucería; pero, luego que con la espada en la mano vinieron a embestirse unos y otros, se trabó una escaramuza cruel y sangrienta, en la cual murieron no pocos moros. La caballería no podía socorrer a los nuestros, porque los caballos no podían andar por aquellas estrechuras.

Puestos en defensa los cristianos que se refugiaron en la iglesia, ofendían a los moros con tesón, esperando que el señor don Juan les socorriese; mas era vana su esperanza, porque el Maleh en compañía del alcaide de Tíjola y más de seis mil moros embistieron a la caballería cristiana, de suerte que impidió que pudieran ser socorridos los del lugar. El Maleh llevaba consigo unos cincuenta hombres de a caballo armados de muy buenas escopetas, a modo de herreruelos de Flandes, los cuales acometieron con furia y dieron una buena descarga de arcabucería; retirados éstos, entraron los moros de infantería y dieron otra carga muy cruel, que hizo grande estrago en los nuestros. Viéndose apretado el señor don Juan, y que su gente de infantería andaba desconcertada, principió a animar a sus soldados, y a fuerza de voces y exhortos reunió bastante número dellos, con los cuales y la caballería hizo frente al enemigo; pero reconociendo Su Alteza la ventaja que le llevaba, mandó luego que sus banderas fueran retirándose con buen orden, y de modo que los suyos no fuesen desbaratados.

En aquel momento andaba gran vocería y confusión por todas partes, porque dentro del lugar se oían los tiros de arcabucería que andaban entre los cristianos y los moros, y a la margen del río no había menos estrépito. El señor don Juan lleno de valor andaba por todas partes animando a su ejército, y ordenando la retirada, para que se hiciese con buen concierto y sin dejar de pelear. Los moros no los dejaban un punto, y les decían palabras injuriosas, como *¡Ahora pagaréis lo que hicisteis en Galera!* Andando la acción tan revuelta le dio a Su Alteza una bala en la celada, de suerte que se la abolló. Esto dice Rufo; pero otros afirman que no le pegó sino en el acerado arzón trasero de la silla, y que de allí botó y mató a un soldado, natural de Baza. En seguida vino otra bala diabólica de los enemigos, y alcanzó

al buen don Luis Quijada, ayo de Su Alteza, dándole un golpe tan malo, que le pasó el muslo y le rompió la canilla. Luego que el príncipe supo la desgracia de su ayo, sintió gravísimo pesar, y mandó que con toda diligencia se le llevase a Caniles.

Los moros vinieron siguiendo a los nuestros más de una legua; pero, recelosos luego de alguna grande emboscada, no pasaron adelante, y se volvieron a Serón, donde hallaron trabada gran batalla entre los moros y los cristianos que estaban dentro de la iglesia. Éstos se defendieron valerosamente todo aquel día y parte del otro; pero habiéndoseles acabado las municiones, y viendo que no eran socorridos, tuvieron que rendirse a discreción: unos fueron muertos, otros declarados cautivos, recibiendo todos el justo pago de no haber atendido al cumplimiento de su obligación por cebarse en el robo.

Pesole mucho de su desgracia al señor don Juan, que no pudo remediarla, y pasó a Baza, donde se hicieron todas las diligencias posibles por la curación de don Luis Quijada, sin obtenerse buen resultado; de manera que murió pocos días después, causando a Su Alteza gran dolor, como si hubiera perdido a su propio padre. El único consuelo que quedaba en aquella desgracia era hacer al difunto solemnísimas obsequias y un enterramiento digno de un buen general y militar esclarecido; para lo cual el señor don Juan mandó que todos los capitanes, mostrando gran tristeza, salieran con sus compañías y llevaran los atambores destemplados y los pífanos tocando dolorosamente; que los alféreces llevasen las banderas tendidas y arrastrando por el suelo, y los soldados con los arcabuces al revés de como se suelen llevar. Desta suerte fueron pasando por su orden los tres tercios del ejército, el de Nápoles que era de don Pedro de Padilla, el de Antonio Moreno, y el de don Lope de Figueroa. Iba detrás de toda

la infantería don García Manrique con la caballería, los estandartes arrastrando, y tocando las trompetas sonatas lúgubres, de tal modo que cuantos oían aquella música sentían en su alma profunda tristeza y prorrumpían en llanto aunque fueran de duro y empedernido corazón. En la retaguardia de la caballería llevaban el ilustre cuerpo de don Luis Quijada, dentro de un ataúd cubierto de paños negros, y le acompañaba inmediatamente el señor don Juan con muchos caballeros principales, duques, condes, marqueses y señores de estado, todos vestidos de luto. Con esta ceremonia llegaron a San Jerónimo, y allí fue sepultado el noble caballero con tanta honra y grandeza como si fuera un rey; teniéndolo muy bien merecido, tanto por haberse hallado sirviendo al Emperador en todas las guerras de Flandes, Francia e Italia, como por haber sido ayo de un príncipe tan excelso como el señor don Juan de Austria.

Creemos piadosamente que el alma de don Luis subiría al cielo con el oloroso incienso que se quemó en los altares de San Jerónimo, porque siempre había empleado la vida en pelear contra enemigos de nuestra santa fe, y por último murió batallando con ellos como soldado valeroso. Hechas las funerales obsequias con tanta solemnidad, de orden de Su Alteza se puso sobre su sepulcro en un mármol blanco y pulimento este epitafio:

Cortó la dura parca
el hilo de la vida
a aquel que en vida y muerte siguió a Marte.
Y al hijo del monarca
de fama más crecida,
le fue adoptivo padre en toda parte.
Sintió el segundo Marte,
hijo de aquel famoso

don Carlos, dolor fuerte,
en ver la dura muerte
de su querido ayo, piadoso
Quijada, que ya el suelo
el cuerpo cubre, y el alma goza el cielo.

La mujer del buen Quijada, que era del linaje de los Ulloas, se halló en este tránsito doloroso, y haciendo grandes lamentos fue muy conhortada del señor don Juan, ofreciéndose Su Alteza a mirarla en adelante y respetarla como a su misma madre.

Luego después mandó el príncipe que tomase el campo la vuelta de Serón, con ánimo de asolarle y vengar así en los moros la muerte de su ayo. Comenzaron a marchar por el río de Almanzora para dar en Serón, donde los dejaremos hasta su tiempo, y diremos algo del Duque y de Avenabó, que estaban en la sierra sin llegar a las manos, porque el moro ponía todo su estudio en eludir la batalla y cansar al Duque, dando tiempo a que sintiera la necesidad de bastimentos, y en fuerza della se le deshiciese el ejército.

No andaba en esto muy engañado el moro, porque efectivamente el Duque tenía gran campo y padecía necesidad: desta suerte buscando a Avenabó para dar fin a la guerra, llegó a Pitos de Ferreira, pasó a Ojjar, y de allí se fue a Valor, pero en ninguna parte pudo hallarle y darle la batalla. Toda su diligencia y trabajo eran inútiles, porque el perro de Avenabó le huía siempre la parada, pensando vencerle huyendo; porque, como se ha dicho, sabía muy bien que en el campo del Duque andaban ya muy escasos los bastimentos y a él no le faltaban.

Un día pues, estando en Andarax, pronunció a sus capitanes el razonamiento siguiente:

— Ahora, capitanes valerosos y fuertes soldados, quiero valerme con nuestros enemigos del mismo ardid que usó

el prudente Fabio Máximo de Roma con los de África, en el tiempo de aquellas crudas guerras que hubo entre romanos y africanos. Todo consistió en ir dilatando a los enemigos la batalla, sin llegar al rompimiento de las armas con ellos, trayéndolos a la necesidad de rendirse por falta de medios para proseguir la guerra. Y no se crea que es cobardía rehusar la batalla al enemigo, si se le puede vencer sin peligro ni derramamiento de sangre; pues es prudencia y discreción ardidés de buenos soldados y generales sagaces. Así pues, sabiendo yo que el Duque tiene grande falta de bastimentos, y que su campo padece, por haberse metido en parte de donde sin comprometer su honor no pueden retroceder ni desistir de su propósito, no viniéndole de Granada el sustento que espera por momentos con escoltas, quitándole éstas y destruyéndolas los nuestros, dad al general y a su ejército por perdidos. Así digo que el valeroso capitán Partal asista en Orjiva, siempre inmediato al campo del Duque, para que cualquier escolta que venga de Granada se la quite, llevando consigo mil soldados valerosos. Digo también, que el capitán Moxaxar con otros mil soldados corra desde la taha de Andarax hasta la tierra de Gador y vuelta de Almería y Adra, haciendo cruda guerra; y el Garal con cinco compañías extienda su distrito hasta Ventomiz y la vuelta de Vélez-Málaga, teniendo allí sus espías para saber lo que pasare por aquellas partes. El capitán Arrendate con seis banderas tome la Sierra Nevada y sus faldas, y el capitán Puntal con siete banderas llegue hasta la vega y puertas de Granada, estando todos siempre alerta para coger las escoltas y no dando lugar a que lleguen al campo del Duque. Desta suerte yo sé que amainará su loca presunción, porque el hambre le pondrá en tal aprieto, que le convenga abandonar su intento y salir de las Alpujarras. A esotro campo del hermano de Felipe, que el Duque

aguarda por horas, yo le pondré tales tropiezos e inconvenientes, que no llegue a la Alpujarra tan presto como piensa, porque en Serón, que es lugar fuerte, hay mucha gente de guerra con el valeroso Maleh y el alcaide de Tíjola; de modo que la vista de Serón le ha costado ya al de Austria más de quinientos soldados y la vida de su ayo, de lo cual ha sacado más pena que gloria; y si por caso tomare a Serón, que no le costaría poco, luego le pondremos por delante a Tíjola, que es un fuerte inexpugnable, y así le iremos entreteniéndolo hasta que el Duque se apure de todo punto y se deshaga su ejército. En este intervalo de tiempo nos vendrá el socorro de Argel, pues ya envié yo a decir al Ochalí que la pérdida de Galera no hace ni deshace nuestro intento principal, y que no por eso deje de enviar la gente que tiene pronta para venir a España. Desta manera podremos luego dar fin con nuestros enemigos y salir triunfantes de la empresa comenzada, a pesar de todo el mundo.

A la conclusión deste discurso, todos los del consejo de Avenabó aplaudieron su buen juicio, teniéndole por muy discreto y sagaz en la dirección de las operaciones militares. Así como él había indicado, salieron inmediatamente a sus respectivos lugares los mismos capitanes que designó.

Por aquel mismo tiempo, el Duque con gran conato buscaba el ejército de Avenabó para presentarle batalla, sin haber advertido que él de intento andaba huyendo la ocasión.

Volvamos ahora al señor don Juan, que tomó con su campo la vuelta de Serón, y luego que llegó allá, mandó al valeroso don Lope de Figueroa que con su tercio asaltase la fortaleza; hízolo con tanto esfuerzo y felicidad, que en una sola acción la rindió y desbarató. Espantados los enemigos de tan impetuoso ataque salieron de allí

huyendo para Tíjola; y habiendo quedado Serón desamparado, fue en seguida saqueado y abrasado; allí se ganaron tres banderas, la una dellas blanca, teñida por muchas partes de sangre de cristianos.

Aunque el duque de Sesa tenía rodeado por todas partes a Avenabó para obligarle a venir con él a las manos, la necesidad de víveres a que se hallaba reducido hacía gran perjuicio a su intento, porque a no haber sido su excelencia tan franco y benévolo para remediar en cuanto podía a todos los necesitados, no le quedara hombre vivo; pero siendo tan grande el apuro, envió al marqués de la Fabara con una escolta numerosa y muy lucida a la Calahorra y a Guadix para que trajese bastimentos al campo.

Salió el Marqués acompañado de la gente de Sevilla, que era muy buena y no estaba mal armada, y llevaba gran bagaje, y en él muchos soldados malos para que se curaran, porque no eran de ningún provecho en el campo. Caminando desta suerte el Marqués, llegaron al puerto de la Ragua, que es de áspero y angosto tránsito; de manera que por él no pueden pasar sino dos personas juntas. En este punto estaban apostados dos valerosos capitanes moros, el uno llamado el Marzape del Cenete, y el otro el Picini de Verja, juntando entre los dos cerca de mil hombres, todos arcabuceros de los monfis; estaban allí guardando aquel paso, sabiendo que habían de dar en él las escoltas que salieran de Granada para el campo del Duque; y como vieron que aquella iba al contrario para Granada, se estuvieron emboscados sin salir al Marqués que llevaba la vanguardia e iba bastante adelante de los demás.

Habiendo dejado pasar más de la mitad de la gente, y viendo luego los moros que se había alargado tanto el Marqués, salieron de la espesura del monte, dando en los

bagajes y en la retaguardia con tanto ímpetu y fiereza, que de la primera rociada de arcabucería mataron a muchos de los nuestros. Viéndose éstos asaltados súbitamente y con tanto poder, se turbaron y descompusieron, no sabiendo qué hacerse; de modo que algunos dellos poseídos de miedo huyeron, y siguiéndolos los moros fueron muertos y destrozados sin remedio alguno. Los cristianos enfermos sufrieron la peor parte, porque ni podían huir ni pelear, y así morían muchos: otros se precipitaban por aquellas laderas abajo con temor de la muerte, que ellos mismos se tomaban con sus manos. Viéndolos los moros en infame fuga y desbaratados, tomaron mayor brío para ofenderlos, y los perseguían sin dejarles tomar aliento. Fue tanta la gritería que levantaron, que se oyó en la vanguardia, y al instante el buen marqués tornó animosamente con la gente que llevaba, y a toda priesa embistió a los moros, matando por su propia mano a siete u ocho, y dando voces a los suyos para que embistiesen con ellos, mirándolos como gente cobarde y de poquísimo valor. Cobraron ánimo los cristianos con las palabras del Marqués, y luego acometieron a los moros con tanta valentía, que los hicieron retirar precipitadamente. Visto esto por muchos de los nuestros que andaban desmandados, se reunieron con los suyos en seguida, e hicieron grande estrago en los enemigos, los cuales huyeron dejando, sí, muchos cristianos muertos, pero también perdiendo no menor número de su parte.

Si no hubiera sido por el ínclito valor del Marqués, fuera sin duda esta refriega todavía peor que la de Álvaro de Flores; pero él como buen soldado, recogió todo el bagaje a los suyos que andaban dispersos, y con buen orden llegó a la Calahorra, donde se proveyó de todo lo que necesitaba, así para los heridos como para la subsistencia del campo del Duque.

Luego supo el caso su excelencia por algunos soldados que huyendo se volvieron a sus reales, y contaron cómo por ir muy adelante la vanguardia habían hecho los moros tanto estrago en el bagaje y la retaguardia. Muy pesaroso el Duque deste daño, juró vengarle en los moros, y para ello mandó que marchara inmediatamente el ejército hacia Castil de Ferro, que era el punto donde los moros aguardaban que arribase el socorro de África; y para estorbar que tomasen tierra por allí, quiso que se atacase la fortaleza con intento de ganarla.

Pasando por el territorio de Dalías, donde tenían los moros muchos sembrados y ya en sazón de segarse las cebadas tempranas, mandó el Duque que a todo se pegase fuego para que perdiesen la esperanza de su remedio y no pudiesen aprovecharse de aquellas mieses y panes, después de haberlas guardado con gran diligencia durante su crecimiento y maduración. Llegó el Duque a Castil de Ferro y le combatió reciamente, aunque había dentro buena guarnición con algunos turcos y otros capitanes.

A esta sazón llegaron allí las galeras con el comendador mayor, y viendo lo que pasaba, se holgaron de llegar a tan buen tiempo para poder obrar por mar y el Duque por tierra la pronta rendición de la fortaleza; e hicieron tanto, que los turcos perdieron la esperanza que tenían de recibir por allí el socorro que aguardaban de Argel.

Con efecto, al mismo tiempo llega éste a tomar tierra en España por Castil de Ferro, guiándole el turco Carbagi, como estaba concertado; acercándose y oyendo la recia batería que daban los cristianos a la fortaleza por tierra, al paso que las galeras hacían lo mismo por el mar, el capitán sobrecogido de temor, mandó luego mudar de rumbo a los navíos en que venía el socorro, y que eran catorce galeotas grandes cargadas de bastimentos, armas y muy lucida gente turquesca; y con gran dolor en su corazón, por haber

llegado tan tarde, fue buscando otro lugar más cómodo donde pudiera tomar tierra su gente. El Duque, habiendo ganado aquella fortaleza, puso en ella buena guardia, y se fue a buscar a Avenabó para darle la batalla. Las galeras se dirigieron a Málaga y al Puerto de Santa María para aguardar allí las órdenes posteriores que se les diesen.

Avenabó no tardó en saber que Castil de Ferro quedaba en poder de los cristianos, de lo cual le pesó mucho, y especialmente de que allí no hubiese podido tomar tierra el socorro de Argel. Muy acongojado desta desgracia no sabía qué hacerse, pues el Duque le seguía a todas partes y el de Austria iba destruyendo las riberas del río Almanzora, para venir a juntarse con el ejército de aquél, y causar su perdición. Veía que en los lugares que tomaban iban dejando mucha gente de guarnición, que quemaban los panes y talaban las tierras, poniéndole cada día en mayor estrechez; y así iba apartándose del Duque sin osar presentarle la batalla, teniendo todavía puesta su esperanza en los socorros de Argel. Mas bien entendía Avenabó que aquella guerra había de parar en daño de los moros, y disimulaba todo lo posible el desventurado con intento de pasarse a África, lo cual, si los suyos lo supieran, le habrían hecho pedazos.

Por este tiempo muchos moros, que pasarían de dos mil, tornaron a fortificarse en Bentomiz y Frigiliana; todos los lugares cercanos de Ronda y su sierra se levantaron desvergonzadamente y principiaron a hacer mucho daño a los cristianos, poniendo banderas para reclutar gente y formando escuadrones bien armados; además destes lugares siguieron el mismo ejemplo los de las sierras Bermeja y de Distán, que eran muchos, y tomaron los puestos más seguros junto a la mar para poderse embarcar con facilidad cuando no pudiesen hacer otra cosa, y también porque de aquellas partes podrían ser socorridos

de las gentes de África. Destos puntos salían atrevidamente a correr las tierras de los cristianos hasta las puertas de Ronda, llevándose los ganados, los pastores y la demás gente que andaba por el campo.

El duque de Arcos, don Luis Ponce de León, salió contra ellos, pero con especial orden de Su Majestad para que si podía los redujese a la obediencia sin batalla, y si no, que los acabase por fuerza de armas. Trató con ellos el Duque, y algunos se rindieron a su voluntad, pero impidió el que lo hicieran todos un moro de animoso corazón, dándoles por consejo que no torciesen las voluntades, sino que llevaran adelante lo que habían comenzado. Por esta causa fatal los moros se obstinaron en su rebelión, y tomaron las armas, de modo que el duque de Arcos se vio obligado a salir contra ellos de mano armada, y lo primero que hizo fue visitar los puntos de Sierra Bermeja, porque los moros no hiciesen allí alojamientos fuertes.

Entrando por esta sierra, se renovó en la memoria de los cristianos la venganza que debían tomar por sus pasados, encontrando por ella gran cantidad de calaveras de hombres muertos y de despojos de caballos del tiempo en que don Alonso de Aguilar fue allí muerto y el de Viena desbaratado; también había muchos trozos de armas y cuchillas de lanzas; y todo esto inflamó el pecho de los cristianos contra los moradores del país.

Llegando a la altura en donde pereció el famoso don Alonso, que era un corto llano al pie de unos peñascos, y había puesta una cruz, se encontró grabado en las vivas peñas un letrero, que en castellano decía así:

Aquí murió el de Aguilar,
don Alonso intitulado,
de moros sobrepujado
siendo él solo en pelear.

Estos versos declaran la verdad del caso de la muerte de don Alonso; porque al tiempo que andaba la batalla y los moros en gran muchedumbre pusieron en fuga a los cristianos, matándolos o hiriéndolos a su salvo, el buen don Alonso de Aguilar se halló solo, desamparado de los suyos; y viendo que allí no había más remedio que morir, tomando por abrigo aquellas altas peñas para tener las espaldas seguras, mostró su gran valor matando por su propia mano más de cincuenta moros de los que atrevidamente osaron a acercarse a él. Entonces advirtiéndolo los moros que tanto se defendía y que no se le podía entrar sin peligro, mudaron las armas para ofenderle, y a pedradas le mataron; pero dejó de su valor fama eterna. Y lo que dice el Rufo en su *Austriada*, que murió peleando cuerpo a cuerpo con el capitán moro llamado Ferri, es falso, pues no era tan corto el valor de don Alonso, que por esforzado que fuese un moro le rindiera y matara. Esta batalla ya la dejo yo descrita en la primera parte desta historia, y la puse así como pasó.

Pues volviendo al caso, así que supo el Malique, capitán de las banderas moras, que el duque de Arcos había tomado a Sierra Bermeja, salió con su campo a tomar la de Distán, que era otra sierra muy fuerte. Pensando el Duque que se juzgara cobardía no ir a buscar al enemigo, lo puso luego por obra, y llegando a la Fuente Fría, que es muy buena posición, mandó asentar allí su ejército. En la misma noche ocurrió la desgracia de haberse allí encendido un gran fuego, sin que se pudiera saber quién le había echado; pero la actividad de su excelencia contribuyó mucho para que el fuego se apagara pronto e hiciera poco daño en el real.

Inmediatamente mandó el Duque que se levantara el campo y partiera en demanda del enemigo, siendo maestros dél don Pedro Bermúdez, de Galicia, y Pedro de

Mendoza, dos nobles caballeros, y ayudante Juan de Espuche, que era un soldado veterano de los de Flandes.

Llegando el campo junto a la sierra de Distán se vio otra sierra no menos áspera llamada de Arboré, y que le pareció al Duque importante ganarla porque estaba casi encima de la de Distán; y así mandó que se subiese por ella a toda priesa. Los soldados la principiaron a subir, mas los moros la defendían con tal esfuerzo, que se trabó entre ambos ejércitos una gran pelea, cuyas resultas fueron favorables al del Duque, que quedó dueño de la sierra de Arboré.

En vista de su importancia puso en ella su excelencia una gran guarnición, y con el resto de su gente se fue a la sierra de Distán, y por la parte menos áspera la puso sitio con buena fortificación; luego mandó que los gastadores abriesen un sendero bastante ancho para que subiera la artillería tirada por caballos; y dejando su campo dividido en cuatro partes, subió acompañado de mucha gente, y con la artillería, para dar el día siguiente un asalto a los moros.

Todos los cuatro trozos de la milicia cristiana subían en buen orden, sin perder punto de las hileras, siendo cabo de la caballería don Juan Ponce de León, deudo muy cercano del Duque; con éste iba el hijo de su excelencia, mozo gallardo, a quien ya apuntaba la barba, y de no menos valor que sus antepasados; toda esta caballería guardaba los llanos para que ningún moro se fuese.

Venida la noche, el Duque alojó su gente en parte cómoda y segura, con ánimo de asaltar al otro día un fuerte que allí tenían los moros. Éstos, viendo subir tan despacio el campo del Duque, entendieron luego su designio, y acordaron acometer a los cristianos aquella misma tarde. Viendo el Duque el arrojamiento de los moros, mandó que todos se defendiesen a pie quieto, sin deshacer el orden en que iban; pero hubo algunos soldados que no

tuvieron cuenta con este mandamiento, y dejando sus filas empezaron a subir la sierra arriba.

Al ver el Duque ir desmandada su gente tras del enemigo, entendió luego como discreto capitán que los moros se retiraban engañosamente, dejando puestas emboscadas; y en atención a que cerraba la noche, receloso deste daño que seguía el mismo rumbo que el de la Sierra Bermeja, resolvió subir arriba con todos los suyos, y así se puso delante de todos, gritando: Santiago. El ejército, que vio a su general acometer de aquella manera, le siguió con gran furia; y no fue éste mal aviso del Duque, porque si aguardara a que se acabase la poca luz del cielo que quedaba, él y toda su gente se perdieran sin duda alguna, pues los enemigos tenían tomados todos los pasos por donde los nuestros no podían escapar.

Estando el Duque arriba con su gente, luego se pegó contra el muro de la fortaleza, el cual estaba lleno de enemigos que la defendían, y allí se trabó una pelea muy cruda y sangrienta, donde los cristianos sacaban la peor parte, llevándoles los moros la ventaja de estar en alto y poderles desde allí arrojar infinidad de balas, peñascos, piedras, chuzos y asadores. El valeroso duque, émulo de la heroicidad de sus antepasados, se arrojó por una parte, que le pareció más franca, dentro del fuerte, apellidando *¡Santiago, cierra España!*; con él entraron otros valientes soldados gritando *¡Victoria!*, habiendo tenido por mejor ventura meterse allí dentro a pelear que correr el riesgo que de fuera se ofrecía. Entonces fue la confusión terrible entre unos y otros.

Estando ya cerrada la noche, y casi no pudiéndose ver ni conocer sino al resplandor de los fogones cuando las escopetas disparaban, los cristianos, para reconocerse y no ofenderse unos a otros, gritaban *¡Santiago!*; y viendo los moros que usando de aquel apellido español los mataban

sin piedad, acordaron de tomarle ellos propios; y así aquel que más claro lo podía pronunciar, iba gritando ¡*Santiago!* y se metía entre los cristianos matándolos a su salvo, porque aquél era el nombre que tenían ellos adoptado para no hacerse daño mutuamente. Entendida luego la cautela de los moros en vista del estrago que hacían, acordaron de mudar de nombre, gritando: ¡*Arcos, Arcos!* Entendiendo mal los moros aquel grito nuevo, y queriéndole tomar, por decir *Arcos* decían *Arcas*, y todavía mal pronunciado; y así los cristianos los mataban cruelmente. El alboroto y la confusión eran tan grandes, que por todas partes no se oía otra cosa que el hórrido estruendo de las armas, los ayes dolorosos de los heridos y los lamentos de los que iban muriendo entre los pies de los vivos que peleaban; de modo que aquel que una vez caía no se volvía a levantar ni podía remediarse.

Viendo su perdición el capitán Malique y el destrozo de los suyos, determinó huir de la batalla desamparando la fortaleza; y valiéndose para ello de la tenebrosa noche, encubrió en su sombra su cobardía, y se fue por las laderas de la sierra huyendo cansado, desatinado, mal herido y sin saber dónde iría ni a qué parte. Sin embargo, no se halló solo, porque otros muchos de su bando habían hecho lo mismo que él; y recogiendo a todos cuantos pudo, salió de aquella sierra amedrentado y maldiciendo el fin de sus esperanzas.

Alojose el buen duque con su gente en aquella fortaleza, y el resto del ejército fuera della, manteniéndose siempre quieta la caballería, por guardar el orden que se le había dado.

Mientras pasaban estas cosas en las cercanías de Ronda, y publicaba la fama por toda España la brillante victoria del duque de Arcos, Avenabó temblando no sabía qué hacerse, y suspiraba y gemía grandemente viendo que al

mismo tiempo le apretaba el duque de Sesa, y que estaba ya aguardando al señor don Juan para que, juntándose los dos ejércitos, consumasen la ruina de su bando. Lo que más sentía él era que el señor don Juan había desbaratado todas sus emboscadas.

Los turcos y aquellos moros más allegados a su persona tenían ya reconocida su intención de pasarse a África y dejarlos metidos entre el fuego de tan cruda guerra; atento lo cual, sus mismos familiares se conjuraron contra él para darle muerte, sin haber podido llevar tan ocultamente su propósito adelante que Avenabó no lo sintiera o sospechara. Él disimuló, no dando a entender que le hubiese venido a la memoria tal pensamiento, y así pasaba entre mil sospechas y recelos las noches y los días, aguardando a que la Fortuna le ofreciese alguna coyuntura más favorable.

La gente de sus banderas andaba ya muy floja; nada se le daba por las armas, y quería más morir una vez que pasar por tantas y tan amargas ansias, así del hambre como de los fríos y otras muchas necesidades que ocurrían. Andaban ya los turcos muy tristes y licenciosos, estropeando a muchos muchachos y doncellas, sin temor ninguno de los moriscos ni del rey Avenabó, no yéndoles nadie a la mano, porque en ellos estaba el nervio de la guerra contra los cristianos.

Dejémoslos aquí siguiendo sus maldades, y a Avenabó poseído de sus recelos y temeroso de la muerte, para decir lo que hizo en Tíjola el señor don Juan, insertando antes sobre lo pasado el romance siguiente:

De Baza sale don Juan,
el de Austria intitulado;
la vuelta va de Almanzora
en busca del moro bando.

El campo llega a Caniles,
lugar de Baza cercano,
y él pasa con tres mil hombres
para descubrir el campo
y la fuerza de Serón,
que está por el moro bando.
Al llegar así Su Alteza
no le fue muy bien contado,
por llevar tan poca gente
para intentar aquel caso.
Serón está apercebido,
lo que no piensa el cristiano;
los moros usan de maña
por salir más a su salvo;
las moriscas echan fuera,
que salgan al despoblado;
mas llevaban buena guarda
de un escuadrón bien formado.
Piensan los nuestros que huyen;
arremeten denodados
por coger aquella presa
de moras, que se han mostrado:
unos siguen a las moras,
otros el pueblo han entrado;
comienzan a saquearle
sin tener ningún cuidado.
Escondidos más de mil
moros allí se han quedado,
que cuando vieron la suya
y que estaban descuidados
los cristianos en el robo,
les dieron muy crudo asalto.
Matábanlos en las casas,
los despojos saqueando.

Con esto vino el alcaide
de Tíjola con grande bando
a socorrer a Serón
que está puesto en aquel paso.
Los que siguieron las moras
huyendo vuelven acaso
de un escuadrón muy crecido
que los venía cercando
de moros arcabuceros
con un furor endiablado.
El Maleh con gran socorro
el río viene marchando;
el Austriaco que lo vido
a recoger ha mandado
que se toque prestamente,
recelando grave daño.
Matanza hacen los moros
en los cuitados cristianos,
que huyendo se retiran
a su campo amedrantados.
Llegó el Maleh con pujanza
muchos tiros disparando.
El Austriaco se defiende
de aquel escuadrón doblado,
sus cristianos recogiendo:
poco a poco y peleando,
se retira el río arriba
perdiendo muchos cristianos;
y al buen don Luis Quijada,
que mostraba ser soldado,
en un muslo le han herido
de un cruel arcabuzazo.
Siéntelo el Austriaco mucho,
y promete de vengallo.

Retirose el de Austria al fin
con dolor nunca pensado,
y llevó a curar a Baza
al buen Quijada su ayo;
pero es mortal la herida,
y no puede ser curado.
Así dio el ánima a Dios,
y el cuerpo fue sepultado
en un convento de frailes,
San Jerónimo nombrado.
Hízosele enterramiento
de general afamado,
arrastrando las banderas
y atambores destemplados,
todos cubiertos de luto,
señal de duelo mostrando.
En este tiempo el de Sesa
buscaba al moro Avenabó
para dalle la batalla;
mas él se la va excusando.
Con esto el campo del Duque
de hambre está fatigado,
y para buscar remedio
el buen duque le ha mandado
al marqués de la Fabara
que se vaya apresurado
a Guadix por bastimentos;
y el Marqués salió de grado
con una escolta muy buena
y el bagaje a buen recaudo.
Mas en el puerto la Ragua
fue el Marqués desbaratado
por dos capitanes moros
que le dieron crudo asalto

peleando luego el Marqués
como valiente soldado,
hizo retirar los moros,
llevando su escolta a salvo
a Calahorra y Guadix,
donde le fuera mandado.
El Duque supo esta nueva
y le pesó en sumo grado;
pero vengola muy bien,
pues así lo había jurado;
que ganó a Castil de Ferro
y las mieses ha quemado,
matando muy muchos moros,
y retirando a Avenabo.
En este tiempo y sazón
en Ronda el morisco bando
se ha levantado furioso
mil banderas tremolando.
El duque de Arcos los sigue,
y los ha desbaratado,
matando muy muchos dellos,
como la prosa ha contado.
Conviene volver ahora
a don Juan de Austria y su campo.

Dícese cómo el señor don Juan puso cerco sobre Tíjola y la ganó a los moros, con otras cosas que pasaron en su conquista

LUEGO que Su Alteza dio fin a lo de Serón, mandó que el campo tomase la vuelta de Tíjola, lugar antiguo y fortísimo, con un castillo inexpugnable, fabricado sobre unas peñas muy altas y tajadas, donde los moros recogidos de todos aquellos lugares, como Urraca, Almuya, Bayarque y otros muchos, tenían depositadas sus prendas más queridas, pareciéndoles estar seguros.

Marchó el campo con el orden que designó Su Alteza, y llegando a Tíjola la Nueva, que era otro lugar que estaba en lo bajo, de donde los moros se habían ido, subiéndose a la población antigua y castillo fuerte, asentó su real tomando la traza que era conveniente para estar mejor y con menos peligro. El asedio se puso en esta forma:

El tercio del señor don Juan, que era el de Antonio Moreno, se fijó en el lugar nuevo, hacia la parte del río. El tercio de don Lope de Figueroa se puso en lo alto de la montaña, a la parte del mediodía, en donde se obró luego una plataforma y se plantaron seis buenos cañones de los de don Juan Manrique: esta plataforma estaba construida de suerte que tenía la tierra sitiada. A la parte de la tramontana, sobre el camino de Baza, se sentó el tercio de don Pedro de Padilla, adonde se plantaron otros seis cañones muy buenos; en el tercio de Su Alteza no se pusieron cañones, porque estaba situado en una hondura.

Sentado el campo en esta forma, y repartidos los tercios, mandó a Su Alteza que se comenzase a batir el fuerte por la parte del mediodía y la de tramontana; pero la artillería no hacía efecto ninguno, porque, como los cimientos de los

muros estaban encajados en los peñascos, y entretejidas las obras, daban las balas en las peñas, y dellas botaban con tanta violencia, como si de allí salieran disparadas de cañones de la parte contraria. Viose una bala destas rebatida dar en el llano de la huerta, y matar a dos bagajeros que estaban juntos, y otra pegar contra un olivo grande y hacerle pedazos. Entraban algunas balas en la tierra, pero no se reconocía el daño que hiciesen; y así determinó el señor don Juan que plantasen otras dos piezas en la ladera de más abajo del tercio de don Lope, para que desde allí se pudiera batir un lienzo de muralla que por aquella parte se descubría; Su Alteza dio el encargo de llevar aquellas piezas a dos capitanes zamoranos al lugar que había designado.

Los zamoranos tenían muy buena gente, y la mandaron que subiera las piezas a fuerza de brazos, tirándolas con maromas; y muchos soldados, cargados de fajinas para hacer una trinchera y plataforma, comenzaron a subir por la cuesta arriba. Llegados al punto donde había de hacerse la obra, reconocieron los moros su intento, y viendo que si se plantaban allí dos piezas les causarían mucho daño, resolvieron estorbarlo; y así salió denodadamente un cuerpo de turcos y de moros, que dio en la gente de Zamora con tanto ímpetu y valor, que la puso en grande aprieto y confusión, de manera que hubo muchos soldados que con la fajina a cuestras se volvían precipitadamente por la cuesta abajo, forzados del temor que sintieron de improviso. Siendo luego los zamoranos exhortados por sus capitanes volvieron la cara y se trabó una brava escaramuza en que murieron algunos de ambas partes; al fin se plantaron las dos piezas, y se hizo la trinchera y plataforma, a pesar de los moros.

En seguida se principió a batir aquel lienzo de muralla que más se descubría, y las balas hicieron en él grande

efecto; pero los moros le iban trasmurallando, escarmentados de lo que había pasado en Galera, y temerosos de que les sucediera otro tanto. Con este recelo iban reparando el daño que causaba la batería, y por encima de las murallas tiraban a los nuestros con tanta certeza, que en pocos días mataron a seis artilleros de los mejores del ejército, hiriéndolos a todos en la frente o la cara, que era la parte mayor que se podía descubrir de su cuerpo. Con todo eso no dejaban los moros de estar poseídos de mucho miedo, imaginando trazas para escaparse de allí a su salvo sin ser sentidos; y así, un día entrando en consejo de guerra sobre lo que habían de hacer, un moro anciano, llamado el Jumaimit, que tenía parte de judío, habló a todos desta manera:

—Hace ya veinte días, valerosos capitanes moros y turcos, que estamos sitiados, y si nos obstinamos en aguardar otros veinte más, nos perderemos totalmente como los de Galera; porque aunque es verdad que estamos proveídos de lo necesario, tanto de bastimentos como de municiones, nos ha de faltar muy presto el agua, que es la mayor falta que podemos tener, especialmente habiendo niños y mujeres, gente de poco sufrimiento en casos semejantes. Faltándonos lo que digo, y siendo al mismo tiempo grandes el poder y el empeño del enemigo que nos ha puesto sitio, de modo que no abandonará la empresa hasta haber allanado las peñas y murallas que nos defienden, y echando por tierra las casas, ¿qué fin se puede esperar? No otro por cierto que el de Galera. Pues si debe ser éste, más vale tomar uno de los dos medios que yo ahora diré, y sea aquel que mejor pareciere a todos. El primero es que nos pongamos en manos del general cristiano, confiados en la generosidad de su noble ánimo. El segundo, desistir de la defensa, dejando la tierra una noche que el cielo nos depare cómoda para poderlo

ejecutar sin que seamos sentidos, e irnos adonde está Avenabó. En llegando allá, Alá y el tiempo dispondrán otra cosa que nos esté bien o mal. Éste es mi parecer; diga ahora el suyo aquel que le tuviere mejor y más acertado, para que le recibamos todos de buena voluntad, buscando la propia salud.

Con esto dio fin a su razonamiento el ajudaizado moro, y a todos pareció muy bien, trayendo a la memoria el fin doloroso de Galera, los trabajos pasados y presentes, los que esperaban venir, y la poca esperanza que tenían de remedio; por lo cual, de los dos extremos les parecía el mejor entregarse en las manos del Rey, implorando su misericordia para acabar con tantas desventuras. Casi todos convinieron en este dictamen, y sólo un moro infame, pariente del Maleh, opinó de contrario modo, y habló desta manera:

—Valientes capitanes, parientes y amigos: ya que la desventura, y por nuestros pecados Mahoma quiere que las banderas de los cristianos victoriosas nos hayan puesto en el presente apuro, de las dos cosas en que el capitán Jumaimit ha puesto nuestra última esperanza, la que me parece más acertada es aguardar la coyuntura de una noche tenebrosa y lloviosa o en que esté nevando, y que aventuremos la fuga por la parte en que menos postas y centinelas hubiere; porque es cosa cierta, y no admite duda, que nos tienen tomados todos los pasos; y así nuestra salvación depende de hurtarles el nombre que aquella noche les diere su general a los cristianos, para poder matar a sus centinelas mediante este ardid cuando no estuviesen durmiendo, y si durmieren, pasar con el menor rumor que sea posible, para echar adelante las mujeres y muchachos, acompañados de solos doce o catorce mancebos moros que las encaminen, y salir luego el resto de la demás gente. Si acaso pasando o quedando

ya poco de pasado nuestro escuadrón fuésemos sentidos y los cristianos tocasen a arma en noche tan oscura y tenebrosa, no conociendo ellos la tierra, tampoco osarían desmandarse en nuestro seguimiento. Así se podría escapar por la sierra de Batares, que casi tocamos con la mano, y es muy áspera, en donde llegando haríamos lo que más nos conviniese. Tengo por mejor este acuerdo que el de darnos a los cristianos, no sabiendo después de habernos entregado qué es lo que harán de nosotros, y especialmente de los turcos, a quienes no querrán dar pasaje para África. Éste es mi parecer, y no se tome otro alguno, porque es el más acertado.

Oído este discurso, los capitanes turcos dijeron que el último medio propuesto, o morir peleando, eran los únicos partidos que se podían tomar; y quedando todos conformes en este acuerdo, aguardaron la noche más oscura y tenebrosa que el cielo les enviara para escaparse; y así movidos desta esperanza pasaron treinta o más días de asedio, durante los cuales no dejó la artillería de hacer su obligación, aunque no pudo asaltarse el lugar, porque no abrió bastante brecha por donde pudiera entrarse. Desde adentro tiraban los moros con escopetas, y no dejaban de hacer daño; pero al cabo deste tiempo quiso serles favorable la Fortuna con lo que deseaban, siguiéndose un menguante de luna oscurísimo y lluvioso por las noches, en las cuales hicieron los moros un portillo, rompiendo la muralla por la parte que miraba a la sierra, con tanto secreto y disimulo que no fueron sentidos.

Cuando le tuvieron abierto, a la hora en que los cristianos guardaban más silencio, arrebuados en sus mantas para sustraerse a la inclemencia del cielo, y no mirando a la obligación de la milicia, especialmente la gente bisoña, que no enseñada a semejantes trabajos se ocupaban más en dormir que en velar, iban echando los

moros por aquel portillo a sus mujeres y niños, y les hacían tomar la vuelta de la sierra.

Destá suerte se desahogaron de casi toda su gente inútil, y cuando ya no quedaba más que la apta para la guerra, les sobrevino una noche todavía más cómoda que las otras por la espesa niebla en que se envolvió, y en que a veinte pasos no era posible que se divisaran los unos a los otros. Recelando ya el señor don Juan la fuga del enemigo con tales noches y tan cómodo tiempo, mandó entonces que las postas perdidas se pusiesen más arrimadas al lugar, y con todo eso los moros se aprovecharon de la favorable coyuntura, por la ocasión que vamos ahora a referir.

Ya hemos dado noticia del moro Tuzani que salió de Purchena para saber la suerte de Galera, y si era muerta o viva la hermana del Maleh; dijimos cómo entró allí, la halló, la enterró, y después, que en hábito de cristiano, confiado en que hablaba clara y cortesanamente el castellano, se alistó bajo las banderas del señor don Juan y siguió su real como buen soldado. Este Tuzani pues, con otros tres soldados, fueron por su turno en aquella noche puestos de centinelas, no muy lejos de las murallas del lugar, llevando por nombre *Santa María*, que les dio su sargento, como es costumbre en la guerra. Estando ya en su puesto los tres o cuatro soldados que le ocupan, es costumbre también que se repartan el tiempo de la centinela, distribuyéndole en tres pedazos, estando aquel a quien toca el primero velar, poco apartado de los demás que duermen, hasta el tiempo en que debe ser relevado; cuando acaba el uno se levanta el otro, y luego el que se le sigue hasta que viene el día. Estando pues estos soldados en el puesto que va dicho, tocó al Tuzani ser el primero a estar de centinela; y lleno de malicia, después de haber

hablado algún rato con sus compañeros, como es costumbre en tales ocasiones, les dijo:

—Camaradas, duerman vuestras mercedes a su placer y sin sobresalto, mientras yo sigo la primera vigilia, que es la más larga, pues por servirles me tomaré este trabajo, y también desempeñaré una parte de la siguiente, que llaman *de la modorra*, porque conozco estas tierras y estoy enseñado a andar por ellas sufriendo el frío y la nieve, como natural de Guadix, y que he pasado mi niñez yendo detrás de los ganados. Yo tengo para esto más resistencia que vuestras mercedes, que no están acostumbrados al clima, y pasarían mucho trabajo. Si me siento fatigado, llamaré, y el que me siga concluirá el resto del tercio que le toque. Deste modo pasaremos todos menos mal una noche tan penosa como ésta, que yo les aseguro que no están ahora los moros dispuestos para salir de su fuerte; antes bien se decía hoy en el campo que mañana querían entregarse al señor don Juan, y esto es lo más cierto. En cuanto a lo demás que toque al orden de la milicia, pueden vuestras mercedes estar descuidados, que yo haré el deber por todos, si acaso acierta a venir la ronda, para que nos halle pronto y apercibidos como es razón.

Los camaradas del Tuzani se lo agradecieron, teniéndole en mucho; y como eran bisoños e inadvertidos de la malicia que pudiera tener el consejo, se entregaron gustosamente al reposo, bien abrigados con sus ferreruelos. Luego el Tuzani, algo separado dellos comenzó a pasearse un rato, como lo acostumbraban los soldados para no dormirse o no dejarse llevar del sueño, el cual estaba aquella noche muy distante de sus ojos para poner en ejecución su mal intento.

Serían ya las once de la noche, que es el remate del primer cuarto de vigilia, y empieza el siguiente de la modorra, cuando el Tuzani, discurriendo que el bando

cristiano estaría ya recogido por la aspereza del temporal, que despedía un agua nieve fríísima agitada de un viento muy recio, y viendo que todas las postas cuidaban más de abrigarse que de velar, se acercó lentamente a sus compañeros, y los halló dormidos, de suerte que los pudiera muy bien degollar; pero al verse seguro dellos se volvió de priesa hacia la muralla, que por aquella parte estaba más baja, y hallándose al pie della, sacó del seno un pito, el cual tocó para que sirviera de señal a los moros, siendo ésta la que usaban para reconocer a los de sus banderas que traían recados.

Apenas hubo tocado el pito, cuando desde el muro se le respondió por otro con igual disimulo; volvió el Tuzani a tocar, y fue del mismo modo correspondido, no tardando mucho en asomarse a la muralla un moro, que era el alcaide de Tíjola en persona; preguntó en voz baja quién llamaba, y el Tuzani le dijo quién era, reconviniéndole sobre qué aguardaban él y la demás gente, que en una noche tan tenebrosa como aquélla no se salían del lugar para salvarse de la muerte. Dijo el moro que estaban esperando saber el nombre del campo para poderse salir por entre las primeras centinelas. Al punto se le reveló el Tuzani, y luego se retiró, diciéndole que echaran por aquella parte donde él estaba, para alcanzar su fin con más comodidad. Con esto se apartó de la muralla y volvió adonde había dejado a sus camaradas, que aún dormían a su sabor, exento su ánimo del cuidado que aguijaba a los del lugar y el Tuzani había tenido.

Muy alegre el alcaide de Tíjola, y maravillado del servicio del Tuzani, que muy bien le había conocido, aunque no pudieron verse los dos por la espesura de la niebla, dio luego aviso a todos los moros y turcos que estaban en el lugar diciéndoles que era llegada la hora de que saliesen, porque ya tenía el nombre del campo, y

declaró quién se lo había comunicado. Todos los que conocían al Tuzani se admiraron deste atrevimiento, y aprestándose al punto para la fuga, abrieron el postigo y echaron delante a las mujeres que quedaban, acompañadas de mancebos moros, a quienes el alcaide indicó el paraje por donde habían de tirar. Aunque el temporal era tan recio y la niebla tan densa, fueron a dar muy cerca de donde estaba el Tuzani, que sintió muy bien sus pasos; y ya había pasado la mayor parte de los moros cuando uno de los compañeros de aquél despertó, y mirando por el que rendía la guardia, que estaba muy cerca, le dijo:

—¿Es hora, señor camarada, de relevaros? ¿Queréis dormir?

El Tuzani respondió:

—Por Dios, que aún no me ha venido el sueño, y lo debe de causar el frío.

—Ése me ha despertado a mí —dijo el soldado—, y por eso querría andar un poco, que tengo los pies como un muerto.

—Pues, señor, paseaos, y os calentaréis —dijo el Tuzani.

El soldado se comenzó a pasear por allí, y apartándose un poco, oyó el rumor que llevaban los moros; pero no pudiendo ver lo que era por la oscuridad de la noche, se volvió al Tuzani y le dijo:

—No sé qué rumor he oído a la parte del lugar, que con la espesura de la niebla no he podido descubrir ni divisar cosa alguna; no sé qué podrá ser.

El Tuzani haciéndose el desentendido respondió:

—¿No sean por ventura algunos pedazos de la muralla que se vayan desprendiendo, desmenuzados por la fuerza de las balas de la artillería?

—Será muy posible —dijo el soldado bisoño.

Mas no tardó mucho en llegar muy cerca dellos una tropa de moros que se habían metido demasiado hacia las

postas cristianas, no pudiéndolas descubrir; y luego el compañero del Tuzani se adelantó un poco por aquella parte, y divisando los bultos, dijo:

– ¿Qué gente?

Le respondieron:

– Amigos.

– ¿Qué amigos? – dijo el soldado; y le contestaron:

– Santa María.

Como el soldado vio que le habían dado el nombre, se volvió al Tuzani y le dijo lo que pasaba. El Tuzani contestó:

– Sin duda es la ronda, que va visitando las postas; retírese con los amigos, que si llegaren acá, yo responderé.

Hízolo así el soldado, y el Tuzani se quedó solo, apartado un buen trecho de los demás. En todo este tiempo el escuadrón morisco no dejó de ir pasando adelante.

Ya iba corrido largo espacio del cuarto de la modorra, cuando de otra posta que estaba al otro lado del lugar fue sentido el rumor de los moros por algunas chinas que rodaban y se chocaban unas con otras; y como nada se veía por la oscuridad, ni podía alcanzarse de qué provenía aquel ruido, se estaban sin tomar ninguna resolución; mas luego un soldado viejo, que rendía el cuarto del alba, como experimentado en semejantes casos, quiso satisfacerse de todo punto; y así, caminando a la parte donde se sentía el rumor, no hubo andado muchos pasos cuando reconoció que era causado de los moros que se salían del lugar, desengañándole más un niño que lloró en los brazos de quien le llevaba. Estando ya satisfecho de lo que era, gritó al instante: *¡Arma, arma, que se salen los moros del lugar!*

Estas voces de arma no solamente se oyeron en aquel cuerpo de guardia, donde se tocó reciamente el tambor, sino también en donde estaba el Tuzani, quien principió en seguida a dar voces de *¡Arma, arma, que se va el enemigo!*, y

corrió el grito hasta el cuerpo de guardia de don Lope de Figueroa. Luego se meneó todo el campo con mucha priesa, y acudieron los soldados en gran número a la parte del lugar para dar en los moros. Formose allí una confusión babilónica, donde sólo se oía *¡Arma, arma!* por todas partes, yendo los unos por un lado y los otros por otro, sin saber ninguno lo que se había de hacer.

Don Lope, soltando media docena de mantas que tenía encima, daba voces a sus soldados para que se reconociese la causa del arma, y Su Alteza se levantó y quiso también salir, pero no le consintieron que lo hiciera. Hubo muchos cristianos que pasaron de la otra parte del lugar, y llegaban a los moros gritando *¡Arma!*, haciendo éstos lo mismo; de suerte que andaban todos turbados y revueltos, sin saber lo que habían de hacer. Hubo no pocos moros que, viéndose atajados por el camino que llevaban, se volvían desde donde estaban los cristianos, y pasaban por medio dellos sin ser conocidos, mediante la oscuridad de la niebla.

Imagínese ahora cada uno cuál andaría la pelea en semejante ocasión, no faltando mucho para que nuestros soldados se matasen unos a otros. Como no sólo era oscura la noche, sino que llovía agua nieve y hacía un viento muy recio y frío, todo cuanto se hiciese resultaría en daño de los nuestros; y así se tuvo por mejor acuerdo tocar a recoger, por evitar un peligro tan notorio.

Pero fue esta señal por demás, pues los soldados en tropel, movidos de su codicia, sin temor de la oscuridad ni arredrados del agua nieve que caía, acometieron al lugar intrépidamente, y recorriendo la muralla dieron en el postigo que estaba abierto, y rompieron con los que aún salían. Reconociendo los moros ser cristianos los que por allí entraban, comenzaron a lidiar con ellos, haciendo el último esfuerzo para echarse fuera, porque no los matasen

estando adentro. Allí se principió una vivísima escaramuza, y los soldados que ya habían entrado abrieron la puerta del lugar para que por ella entraran otros muchos y saquear las casas. Los cristianos comenzaron a quemarlas para andar seguros de los moros, si los hubiese, y levantando grandes hogueras por las calles, procuraron ver lo que andaba por ellas. Pero cuando se hizo esto quedaban ya muy pocos moros dentro del lugar, y fueron todos muertos.

Sin embargo, donde murieron más fue en la llanura del río, al tiempo de que los prófugos subían a la sierra. Venida la mañana, fue reconocido todo el pueblo y saqueado lo que en él había, viéndose los rastros en la nieve de la gente que se había salido y el camino que habían tomado, que fue a Bacares y a Sierro.

Esta fuga del enemigo se ejecutó en día de jueves Santo por la noche, y durante el asedio no sucedió otra cosa notable, sino lo que ya va dicho, y también el que Pagán de Oria, al tiempo de reconocer a Bavarque y a Tíjola la Nueva, tuvo una escaramuza con una partida de moros que venían de Purchena, y mostró en ella ser un soldado muy valeroso. También se distinguió mucho Francisco Galtero, capitán de Murcia, cuando asistió con su gente a las compañías de Zamora que subieron a plantar las dos piezas de artillería y los turcos dieron en ellos, como ya hemos declarado.

Al otro día, Viernes Santo, llegó un moro con una bandera, y dio noticia de que el Maleh había salido de Purchena con siete compañías, y tomado la vuelta de la sierra de Filabres; por lo cual mandó el señor don Juan que marchase luego el campo a Purchena con intento de dejar en ella una buena guarnición de soldados, para que los enemigos no pudieran volver a alojarse allí.

El capitán Habaquí pide paces a Su Alteza; trátase sobre ello, y se da fin a la guerra

TRISTE, pensativo y muy corto de esperanza andaba el moro Audalla Avenabó al ver cuán mal se entablaban sus cosas y que, desmayando sus gentes, no curaban ya de las armas, especialmente cuando llegaron las nuevas de la pérdida del castillo de Tíjola, donde todos tenían puesta su última esperanza. Viendo que el Turco no le asistía, que el de Marruecos no le había escrito, y que se había vuelto a Argel el socorro que le vino de allí; que el hermano del rey de España, don Felipe, estaba en Andarax y había juntado con su ejército el del duque de Sesa; que ya todas sus cuadrillas y capitanes no parecían ni osaban parecer por los caminos, huyendo de oír el llanto de las mujeres y niños que andaban descarriados; no osando entrar en poblado, sino viviendo en las sierras y montes como animales, curtidos de frío, de las nieblas y soles, ateridos de hambre y con muy corta esperanza de remedio, perdió de todo punto el ánimo y dio de mano a la guerra, no permitiendo que por su causa se perdiesen tantas vidas.

Así, mandó llamar a consejo de guerra, y estando juntos todos los capitanes que a la sazón se hallaban en su campo, con las palabras más tristes y sentidas, les habló desta manera:

— Valerosos capitanes, que habéis sostenido con tanto trabajo esta peligrosa guerra, sabed, que reconozco no ha podido hacerse más de lo que hemos hecho, y que hemos llegado al fin della sin poder llevar más adelante nuestras esperanzas. El socorro que nos vino de Argel se volvió sin

tomar tierra en parte alguna; el Turco no ha dado muestras de venir ni de querer saber en qué estado está la guerra; los reyes de Fez y Marruecos no han tenido consideración ninguna de nuestros trabajos; y así en tal situación, faltándonos estos socorros, mal podremos salir con lo pretendido. Los enemigos nos han tomado todas las fortalezas y han puesto bastante gente de presidio en todos los lugares importantes; nos han asolado los panes, nos han llevado los ganados, nos faltan los bastimentos, y el hambre nos hace ya más guerra que las armas; las mujeres y las criaturas padecen, y dicen que más quieren morir o ser cautivas, que tolerar más tiempo su triste suerte. Por tanto, amigos y compañeros míos, tengo por conveniente que rindamos las armas al hermano de Felipe, a quien Dios presta tan soberana ventura; acábense de una vez los llantos, los sollozos, los suspiros y las muertes; suba el de Austria al punto sublime de la fortuna que el alto cielo le concede. Mas yo no tengo de rendirme a las banderas cristianas, porque así lo tengo jurado por Mahoma: me pasaré a África con el bando turco, y allí aguardaré el fin de mis días. Búsquese a los que quedaren la salud y la paz que tanto desean; y para esto vaya el capitán Habaquí, que es hombre que sabrá tratar con el hermano del Rey un caso de tanta gravedad. Lo primero que pida sea que al bando turco se le den bajeles para que con toda seguridad pase al mar líbico, sin que ningún daño se le haga en España, y que a los granadinos se les mantenga en sus tierras sin tomarles las haciendas. Haciendo esto el hermano de Felipe, serán luego firmadas y ratificadas las deseadas paces: éste es mi dictamen y la última esperanza que nos resta. Ahora diga cada uno lo que siente sobre mi parecer; si es bueno, tómese, y si no, pase la guerra adelante, pues yo con morir correspondo a los inmensos trabajos que puedan sucedernos.

Oído el razonamiento de Audalla Avenabó, todos los capitanes, así turcos como moros granadinos, tuvieron por acertado el designio de hacer las paces, como el único para que cesaran los trabajos y pesadumbres de que andaban todos tan cargados. Se acordó también procurar el bien de Avenabó para que no pasase a África sujeto a vivir en tierras ajenas; y concluido este acuerdo en el consejo de guerra para ajustar el tratado, se le dio al Habaquí una carta credencial, firmada y sellada de la mano de Avenabó.

Luego que se extendió por todo el campo la voz de que se trataban medios de paz, el júbilo fue general, especialmente de parte de las mujeres que lloraban de alegría y ya quisieran que estuviera todo concluido; más largo se les hacía aquel corto espacio de tiempo que quedaba de trabajos, que todos los pasados durante los dos o tres años de la guerra. Los moros granadinos deseaban verse en sus lugares y quietos en sus casas como antes solían, y arrebatados desta dulce esperanza, unos arrojaban las armas por el suelo, otros lloraban de contento y otros alzaban las manos al cielo, dando gracias a Dios por la merced que les hacía en acarrearles la paz; ya quisieran que el Habaquí hubiese partido al real de los cristianos para tratar de tan saludables medios.

Con efecto, luego salió éste para Andarax, no menos deseoso que los demás de su bando de que Dios trajese a buen fin su negociación, y en su compañía fueron solamente dos moriscos amigos suyos, llevando una bandera blanca en señal de paz. Cuando el Habaquí llegó cerca del campo de los cristianos fue muy pronto observado y reconocido; por lo cual se pasó aviso al señor don Juan de que venían tres moros de paz con una bandera blanca. Mandó Su Alteza que en llegando los llevasen a su posada. Y con efecto, el Habaquí se presentó a caballo con sus dos compañeros, muy bien aderezados

todos, y preguntando por el señor don Juan, rogó que le dijese a Su Alteza de parte del Habaquí que venía a besarle los pies y tratar un negocio de alta importancia. Su alteza mandó luego que entrase, y en seguida el Habaquí, apeándose de su caballo, se dirigió a la posada del príncipe acompañado de algunos capitanes y soldados que salieron a recibirle de orden de Su Alteza. Luego se hincó de rodillas ante la real presencia del señor don Juan, y se bajó para besarle los pies; mas Su Alteza no lo consintió, antes levantándole del suelo le dijo que fuese bien venido y declarase el fin de su embajada.

El discreto Habaquí sin turbación de rostro, antes bien mostrándole muy sereno, con palabras llenas de admirable facundia, habló desta suerte:

Honor y gloria del valor hispano,
hijo de Carlos ínclito famoso,
a quien el alto cielo le apercibe
mil glorias inmortales y trofeos;
que la Fortuna muestra el rostro alegre
y le señala en su movible rueda
lugar sublime, puesto en lo más alto:
yo soy el Habaquí, si en algún tiempo
mi nombre oíste andando en estas guerras,
porque también el hado a mí me puso
en lista infame y torpe desvarío,
haciéndome seguir injustas causas
siguiendo las banderas de los reos;
mas ya de todo el caso arrepentido,
con firme fe y propósito me pongo
delante de tu real acatamiento,
trayendo de Avenabó aquesta carta,
porque por ella entiendas mi venida
y que lo que tratares será cierto.

Audalla pues te besa pies y manos,
y pide no se niegue tu clemencia
al reino de Granada, que humillado
y muy arrepentido la demanda,
y quiere reducirse y entregarse
de toda voluntad a tu grandeza.
Las armas rinden, póstranse las gentes,
perdón demandan de sus grandes yerros;
con lágrimas lo piden muy humildes;
los niños y mujeres ya te llaman
con lágrimas crecidas y gemidos,
y dicen que en tus manos quieren todos
morir, y no vivir en los desiertos
pasando hambres, muertes y trabajos.
Pues, ínclito varón, invicto Marte,
la guerra cese, cese la ruina,
revuelvan las banderas a las astas,
los parches de las cajas no se toquen,
los pífanos no suenen, ni las trompas,
la pólvora no haga más estruendo,
los ecos por los valles no resuenen
de la arcabucería disparada,
el humo de las piezas no parezca
al cielo remontando como nubes;
ya no los acerados hierros hagan
verter la roja sangre por los campos;
su templo Jano cierre, y a sus puertas
de la Discordia el cuerno más no suene;
haya paz, haya bien, haya contento,
todo se allane, todo sea justo.
¡Paz y clemencia, príncipe, clemencia!
Mirad el fuerte César vuestro padre,
que della se preció muy grandemente;
con los vencidos era muy piadoso.

No más Marte, señor, no haya más Marte;
Felipe viva, viva tu grandeza,
vasallos somos todos como antes;
esténse como de antes las haciendas,
esténse como de antes los lugares,
las fardas como de antes contribuyan;
el bando turco pase allá en la Libia,
y lleve tu licencia, y no le dañen;
pase a Argel, embárguese al momento;
quede Avenabó puesto ya en tu gracia.
Aquestas condiciones solas pido,
y ruego a tu grandeza las conceda
con una piedad, cual esperamos
que un hijo de tal César nos otorgue.
Olvídense los males cometidos,
y pónganse en olvido las traiciones.
Advierte, gran señor, que Dios no quiere
que muera el pecador, sino que viva,
y que de sus errores se arrepienta,
dispuesto a enmendarse de sus culpas.
Pues, príncipe, no más, ya no más digo.
A lo que vine he dicho, no me vaya
de ti desconsolado ni arrojado,
pues es de tu grandeza real costumbre
dar el perdón al triste que le pide.

Estas razones dijo el valeroso capitán Habaquí a Su Alteza delante de muchos caballeros y capitanes, dejándolos muy satisfechos de su buen porte, y más alegre que todos al señor don Juan en saber que los moros de Granada querían reducir y rendir las armas, considerando que Su Majestad holgaría dello, pues había mandado que por los mejores medios que se pudiese feneciera la guerra y que los moros fuesen acogidos a misericordia. Así el

señor don Juan, mostrando el rostro alegre, respondió al Habaquí con suaves palabras lo siguiente:

–Mucho me huelgo, Habaquí, capitán valeroso, de conoceros personalmente, pues de fama ya tenía de vos larga noticia y también de vuestras cosas; porque no habéis sido pertinaz en la rebelión, y por vuestra parte habéis hecho reducir al verdadero conocimiento de su obligación a los mal mirados jefes, reprehendiendo sus malas inclinaciones. Tengo bien entendido que si Avenabó se rinde, es más por vuestra persuasión que por su voluntad. Mas sea como se fuere, digo que yo confirmo las paces, y doy mi palabra, en nombre de mi señor el Rey, de que los moriscos serán muy bien recibidos por mí con aquella afabilidad que Dios manda y la grandeza real de Su Majestad requiere; que serán regalados, traídos a su gusto, y sus haciendas, dinero, joyas y ropas, todos les será guardado, sin que nadie les quite, pida, embargue, ni estorbe cosa que sea en su daño; que los turcos se podrán ir embarcándose en Castil de Ferro libremente, sin que nadie los enoje ni perturbe su pasaje. Esto pudiera haberse hecho muchos días antes de ahora, y no hubieran ellos pasado tantos males, ni sucedido tantas muertes así de la una parte como de la otra. En esta atención pues, ya que vos, buen capitán, habéis venido a tratar de tan saludables medios, no perderéis nada en ello, atento a que se ha reconocido vuestro buen celo, confesando ser cristiano y leal servidor de Su Majestad; por cuya vida y real corona juro de hacer que él os dé una encomienda del hábito de Santiago, y con ella algo con que podáis vivir como caballero honrado, tanto vos como vuestros descendientes, y juntamente privilegios reales de vuestra nobleza e hidalguía, la cual será guardada a vos y a ellos para siempre jamás. Y en señal de lo que digo y prometo, recibid de mi mano esta cadena, y también la espada que

en la cinta llevo, para que de hoy en adelante os tengáis por más caballero de lo que sois, aunque sé muy bien que tenéis grande calidad.

Diciendo estas palabras el señor don Juan, se quitó del cuello una hermosa y rica cadena de oro, y se le dio al Habaquí, juntamente con la espada que tenía en la correa, que era dorada y de mucho valor. El Habaquí, hincadas las rodillas en tierra, quiso besar los pies a Su Alteza, mas no se lo permitió; le besó por fuerza las manos, dándole palabra de que él haría tanto, que todo el reino se redujera y pusiese a la obediencia de Su Alteza.

Con esto se despidió, quedando concertado que con él vendría Avenabó y daría asiento en las paces; y para que a Avenabó le constase la verdad del tratado, Su Alteza le dio al Habaquí un anillo de oro en que estaban talladas y esculpidas las armas imperiales de su padre. En seguida salió el Habaquí de Andarax tomando el camino de Valor, donde estaba Avenabó, llevando consigo a los dos compañeros que trajo, y que maravillados de los ofrecimientos que Su Alteza había hecho al Habaquí y de los regalos que le había dado, concibieron contra él una envidia mortal.

Cuando el buen Habaquí llegó de vuelta a Valor, todo el campo salió a recibirle, y muchos capitanes, amigos suyos, se holgaron de verle venir tan bien aderezado con aquella rica cadena de oro y la espada dorada. Preguntáronle en qué estado quedaban las cosas, y él les refirió todo lo que había pasado, con lo cual se alegraron mucho, dando gracias a Dios por tan buen suceso. El Habaquí se presentó luego a Avenabó refiriendo cuanto le había pasado con el señor don Juan, que había manifestado mucha alegría de la proposición de las paces y prometido hacer mucho bien al estado granadino; que quedaba concertado irían los dos juntos a ver al señor don Juan,

para dar firme asiento a las paces deseadas; de todo lo cual se mostró muy satisfecho Avenabó, y determinó pasar allá inmediatamente para dar fin a las cosas de la guerra y sacar el mejor partido posible. Así lo hiciera con efecto, si lo consintiese la variable Fortuna, o si algún demonio no urdiera otra trama en contra de lo que estaba ya tratado.

Fue así: estando concertados en que irían Avenabó y el Habaquí en compañía de algunos capitanes a besar las manos del señor don Juan, entraron luego aquella misma noche a hablar con Avenabó los dos moros que acompañaron al Habaquí, los cuales llenos de ponzoñosa envidia le dijeron:

—Mira, rey Audalla, lo que haces y de quién te fías: tú enviaste al Habaquí a procurar el bien de todos y tu salvación; pero él ha procurado más por su persona que por la tuya y la de todos, prometiendo, como si fuera rey, que haría se redujese todo el reino de Granada a pesar tuyo y de todo el mundo. Por eso le dio don Juan aquella rica cadena de oro y la espada, que vale una ciudad; él prometió llevarte preso a su presencia. Abre pues los ojos, y mira hoy por ti, porque si vas mañana, no volverás, ni has de ver concluidas las paces deseadas; considera que porque te llevara preso a su presencia le prometió hacer caballero del Hábito de Santiago con grandes privilegios, y que le daría bienes con que vivir siempre cómodamente él y todos sus descendientes. ¿Te parece bien, famoso Audalla, que a tu costa triunfe el Habaquí, que él sólo se lleve la gloria y honra del rendimiento de las armas y la reducción del reino, y que exclusivamente a él se hagan tan singulares mercedes? Pues si así lo quieres, hágase tu gusto; que nosotros con esto cumplimos la obligación que tenemos de serte leales, y a lo menos no dirás que no fuiste avisado con tiempo para que pudieras remediarte.

Así hablaron a Avenabó estos traidores. ¡Oh, gente infame y desleal! De muy lejos te viene ser falsa y más mudable que la veleta que está al viento; así por tu falta de fe vinieron a perderse muchas monarquías de reyes moros. ¡Oh, por el contrario, noble gente española, Dios te guarde y bendiga, pues por tu valor y lealtad tu rey ha venido a sojuzgar el mundo!

Pues así, como el falso Avenabó tuviese ciegos los ojos de la razón, creyó luego los malos consejos y falaces acusaciones que le dieron contra el buen Habaquí, y muy indignado acordó hacerle matar, y para ejecutarlo sin escándalo mandó a aquellos capitanes y soldados, que sabía eran sus mayores amigos, que con cierta gente escogida salieran a guardar unos pasos de que se recelaba, mientras se asentaban las paces. Luego que los capitanes susodichos partieron, dijo Avenabó que quería ir a Pitos de Ferreira, donde su presencia era necesaria; y así se marchó allá con mil hombres, llevando consigo al Habaquí, y estando allá mandó un día a éste que viniera a su posada, y le habló desta suerte:

—Di, infame y falso Habaquí, ¿es ésa la lealtad que me has tenido? ¿Así me pagas las singulares mercedes que te he hecho, los bienes que te he dado y la autoridad que tienes como general supremo de todo mi campo después de mi persona? ¿Así correspondes a la confianza que he hecho de ti, poniendo en tu mano todas mis cosas y dándote mi comisión y carta credencial para el hermano del rey de España, a fin de que por mí y en mi nombre dieses asiento en las paces? ¡Tú vas allá y negocias por ti, atribuyéndote la honra y gloria del rendimiento de las armas y restauración del reino, y das palabra de llevarme preso o muerto a la presencia del general de los cristianos! ¿Entendías que faltaría quien me diese aviso de tu traición? Muy contento volviste con tu cadena de oro, la

espada dorada, y esperanza de la merced del hábito de Santiago; pues hágote saber, que no verás ese día; que por Mahoma, que te haga yo poner en un palo, para que tu muerte infame sirva de escarmiento a otros que intenten ser traidores, como tú lo has sido conmigo.

Espantado y muy atónito se quedó el buen Habaquí de las razones de Avenabó, y como estaba exento de culpa en todo aquello que le imputaba, sin mostrar punto de turbación, y como hombre de valeroso ánimo, respondió deste modo:

—No sé qué causa haya habido, rey Audalla, para que me trates de traidor, no habiéndolo sido jamás, ni a ti ni a otra persona en el mundo, porque no me viene de línea serlo. Me enviaste a don Juan para que en tu nombre diese asiento en las paces, y yo hice en ello lo que era obligado, hablando por ti como mensajero leal. Si el señor don Juan me dio por su gusto una cadena de oro y esta espada, no por esto incurrí en traición; y si me ofreció hacer caballero del hábito de Santiago, no hay duda en que a ti te diera más. Yo dejé tratado que tú y yo iríamos a verle, y allí se daría la conclusión de las paces; si no quieres ir, y de mí no te fías, yo en tu nombre me ofrezco a hacerlas. Sin razón alguna te has indignado contra mí, pues sabes bien que te he servido lealmente, y no puede ser menos que hayan intervenido traidores a indisponerme contigo. Sabe ciertamente, Audalla, que todo el campo estaba amotinado contra ti, y había muchos conjurados para darte muerte, y por mi respeto se apaciguó todo y conservas la vida. Pues si esto es así, y lo sabes tan de cierto, ¿por qué me das el nombre de traidor? Haz de mí lo que quieras, que si me mandas dar muerte no faltará en el campo quien la vengue, y aun si me faltare, sé de cierto que Dios me ha de vengar de tal modo, que viviendo has de sentir mil muertes, pues Dios mira que ha sido siempre bueno y justo

mi celo, y sabe que contra mi voluntad he seguido las banderas moriscas, porque soy verdadero cristiano, redimido con la sangre de Cristo crucificado; y si hoy trataba yo las paces, no era por otra cosa que por el remedio de las almas de los rebeldes. No tengo más que decirte: haz a tu voluntad, que estoy dispuesto a morir por Dios.

Con esto el buen Habaquí dio fin a sus razones, las cuales fueron mal entendidas y peor consideradas por Avenabó; y así, poseído de una furia infernal le mandó prender y en seguida ahorcar. Prendieronle luego, y sin embargo de apelación ni de descargo le llevaron al pie de una zarza con las manos atadas atrás, y le echaron el lazo al cuello, llevando a ejecución el cruel mandamiento.

El buen Habaquí, viéndose solo y desamparado de sus amigos, rogó a los que le iban a ahorcar que suspendiesen el acto de aquella injusticia mientras hablaba dos palabras con Dios; y así puestos los ojos en el cielo dijo con muchas lágrimas esta devota oración:

Cristo Dios, que en un madero
moriste, Señor, por mí,
hoy ampárome de ti,
pues por tu ley santa muero.
No mires a mis pecados,
sacrosanto Redentor,
mas con puro y grande amor
sean por ti perdonados.
De mi parte está ofenderte,
de la tuya el perdonarme:
no quieras desampararme,
pues acierto a conocerte.
Muy grandes son mis pecados,
bien lo tengo en la memoria;

mas, Señor, misericordia;
sean por ti perdonados.
Que te ofendí lo confieso,
que fui malo y fui traidor;
mas no me juzgues, Señor,
conforme a mí, pecador:
conforme a tu gran bondad
me juzga, muy gran Señor,
no mires mi grande error,
ni mi perversa maldad.
Recibe, Señor, mi alma,
que presto estará en tus manos,
y el cuerpo entre los gusanos
se quedará puesto en calma.
Hasta que vengas, Señor,
a juzgar vivos y muertos,
quedaré en estos desiertos
aguardando en tu favor.

Más quisiera decir el buen Habaquí implorando el auxilio de Dios; pero no le dieron lugar los envidiosos de su gloria, sino que lo suspendieron de una carrasca, donde murió como cristiano católico, mostrándolo en clamar a Dios y a su bendita Madre para que le asistiese en aquel paso trabajoso.

Luego que fue ahorcado el Habaquí, toda la gente de guerra considerando el mal porte de Avenabó con tan valeroso capitán, se amotinó contra él de tal suerte, que le convino huir de la furia de los amotinados, con un número muy corto de soldados que le siguieron; y sabiendo quiénes habían sido causa de la muerte del buen Habaquí, los cogieron y en la misma carrasca los ahorcaron, sin ser nadie parte para poderlos librar. Recogido el cuerpo del Habaquí, se le dio sepultura honrada, mostrando todos en

sus lágrimas el grande sentimiento que les causaba su pérdida. Luego se supo por todas partes esta injusta muerte, y los capitanes amigos del valeroso Habaquí, a quienes Avenabó había entretenido fuera de Valor, fueron a buscarle para darle muerte; pero el traidor se escondía, y no le podían hallar.

Súpose también esta infausta nueva en el real del señor don Juan, y a Su Alteza y a todo su campo les pesó grandemente. ¿Quién pudiera contar el desconsuelo de las moras y moros, que perdiendo la esperanza de las paces se lamentaban vertiendo un raudal de lágrimas por la muerte del buen Habaquí?

Viendo pues el Maleh, el capitán Avenaix de Cantoria, el Mozalbán, el Dalí y Arrendate, que el Habaquí había dejado propuestas las paces bajo las condiciones designadas, determinaron pasar juntos a Andarax a hablar a Su Alteza para la confirmación dellas y conclusión del tratado. Y así, en compañía de mucha gente y de todas sus banderas, fueron a ponerse en manos del señor don Juan, siendo concertado que las armas se rindiesen en Granada, en Guadix y en Almería, y que todos se restituyesen a sus lugares aguardando las órdenes que se les dieran; que los turcos fueran a embarcarse a Castil de Ferro, como en efecto marcharon con escolta y buena custodia, que los asistió hasta dejarlos embarcados, aunque mejor fuera que los degollaran a todos.

Viendo los demás capitanes y su gente que las paces estaban ya confirmadas, acudieron a rendir las armas al señor don Juan, siendo todos bien admitidos y recibiendo especiales mercedes de Su Alteza. Todas las gentes se volvieron a descansar en sus lugares, dando gracias a Dios por un favor tan señalado como el de las paces. Unos iban a Almería, otros a Granada, y allí entregaban las armas:

Alrocaime y Abonuaile con sus compañías se fueron a Guadix.

Finalmente, todo el reino se redujo y rindió las armas; solamente quedaba Avenabó con unos quinientos monfis, pues no le seguía otra gente; y así salían de Granada a buscarle para prenderle o matarle; y con efecto, toda su gente fue muerta y destrozada, y al fin él también hallado y preso; y llevándole a Granada montado en una mula, de propósito se dejó caer de unas peñas abajo y vino a dar en una rambla muy honda hecho pedazos. Allí le cortaron la cabeza y la llevaron a Granada, do está en una jaula de hierro en la puerta del Rastro, con un letrero encima que hoy parece, y dice desta suerte:

*Aquesta cabeza es
del grande perro Avenabó,
que con su muerte dio
cabo a la guerra e interés.*

Los moros, que quedaban todavía muchos, se pasaron a África, y todos los demás que quisieron se redujeron. Tuvo noticia el señor don Juan de que estaba enterrado en Andarax don Fernando de Valor, que había sido rey y muerto como cristiano; por lo cual mandó Su Alteza que sus huesos fuesen llevados a Guadix; lo mismo se hizo con el cuerpo del Habaquí, sepultándole honrosamente en su patria y poniendo encima de su sepulcro este epitafio:

*Aquí yace sepultado
el Habaquí valeroso,
que por ser hombre famoso
fue de traidores odiado.
Su alma goza del cielo
porque murió buen cristiano,
y el de Austria con franca mano
merced le hizo en el suelo.*

Mucho sintió Guadix y toda su tierra la muerte del valeroso capitán Habaquí, siendo de todos bien quisto por sus buenas prendas y costumbres. El señor don Juan, dado asiento a las paces y viendo que no quedaban ya moriscos que no estuviesen reducidos, se fue a Guadix, y de allí dio cuenta a Su Majestad de lo que pasaba. En seguida mandó Su Majestad que los moriscos fueran sacados de sus tierras y llevados a Castilla, a la Mancha y a otras partes más distantes del reino de Granada.

Publicado este mandamiento, luego se puso por obra su expulsión del reino. ¿Quién podría ahora explicar el profundo dolor que sintieron los granadinos al ver que se les mandaba salir de sus tierras? No fue menor que en los cartagineses, cuando después de rendidas las armas les fue mandado que dejaran a Cartago para que fuese asolada. ¡Cuántas lágrimas se derramaron en todo el estado granadino, al tiempo que los moriscos se despedían de sus tierras! ¡Con qué pesadumbre lloraban las mujeres mirando sus casas, abrazando las paredes y besándolas muchas veces, al traer a la memoria sus glorias pasadas, su presente destierro y sus trabajos por venir! Decían las desventuradas sollozando: *¡Ay, Dios mío, ay tierras mías, que no esperamos veros más!* Muchos pronunciaban aquellas mismas palabras que dijo Eneas al salir de Troya: *¡Oh tres y cuatro veces fortunados aquellos que peleando murieron al pie de sus muros; pues al fin quedaron en sus tierras, aunque muertos!* Así se lamentaban los moriscos piadosamente llorando; mas si supieran que al fin de tantos trabajos habían de arrancarlos de su patria, mil muertes murieran antes de rendir las armas ni haber hecho las paces.

Finalmente, los moriscos fueron sacados de sus tierras; y fuera mejor que no se les sacara, por lo mucho que han perdido dello Su Majestad y todos sus reinos. Este fin tuvieron las guerras granadinas, al cabo de mil años que

los alarbes habían entrado en España, reinando el señor don Felipe, segundo deste nombre, a quien Dios nuestro señor guarde largos años.

Sacolas en limpio y acabolas Ginés Pérez de Hita,
vecino de Murcia, en 22 de noviembre de 1597.

Del capítulo pasado se hizo este romance:

Temeroso de la muerte
estaba Avenabó Audalla,
viendo como ya la guerra
con su daño se acababa,
y también sus capitanes
ya no curan de las armas,
y los niños y mujeres
por las paces suplicaban.
Al fin acuerda rendido
pedir a don Juan de Austria
que las paces les conceda
como las pide y demanda:
que las haciendas se queden
en los moros de Granada,
como solían estarlo,
pagando su pecho y farda;
y que los turcos se embarquen
pasando la mar salada.
Para tratar de las paces
al buen Habaquí enviara,
porque es hombre muy prudente
y discreto en cualquier habla.
Marchándose el Habaquí,

para Andarax caminaba,
adonde asiste Su Alteza,
y le expuso la embajada,
pidiendo las condiciones
que Avenabó demandara.
El buen don Juan las otorga
con voluntad pura y llana,
y al Habaquí, porque vino
a traer esta embajada,
le dio una cadena de oro
y una espada muy dorada.
Con esto tornó a Avenabó,
ya las paces concertadas;
mas traidores con envidia
al Habaquí maltrataban,
dando a entender a su rey
que grande traición le armaba,
por querelle llevar preso,
y entregarle a don Juan de Austria,
con la honra de las paces
para su bien ajustadas.
Avenabó con enojo
que le ahorquen luego manda,
lo cual al punto fue hecho
del ramo de una carrasca.
Murió el Habaquí cristiano,
Dios perdone la su alma.
Mucho le pesó a don Juan
de su muerte desastrada.
Todo el escuadrón morisco
se rebela contra Audalla,
y así éste se va huyendo
junto a la Sierra Nevada.
Allí en una oscura cueva

tiene el moro su posada
con muy pocos que le siguen
de los monfis, gente mala.
Luego los más capitanes
de la chusma rebelada,
Abenaix de Cantoria,
el Maleh y su mesnada,
con otros no pocos moros
a Andarax hacen jornada,
y allí confirman las paces,
como estaban ya tratadas.
A Guadix partió Su Alteza,
de allí envía embajada,
haciendo saber al Rey
de las paces ya asentadas.
Su Majestad mandó luego,
que saliesen de Granada
todos los moros y moras
y los de las Alpujarras,
y que pena de la vida
a aquel que en contrario haga.
Mucho sintieron los moros
aquesta nueva demanda,
que más quisieran morir
que dejar su dulce patria.
Mas al fin todos la dejan,
y a Castilla se trasladan
de toda la Andalucía
y Sevilla la nombrada,
fijándose en otras tierras
fuera de lo que es Granada.